



Memorias
de la
Revolución







Memorias de la Revolución

II

Coordinadores
Enrique Oltuski Ozacki
Héctor Rodríguez Llompart
Eduardo Torres-Cuevas

IMAGEN  CONTEMPORANEA

La Habana, 2020



Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA

Director:

Eduardo Torres-Cuevas

Subdirector:

Luis M. de las Traviesas Moreno

Editora principal:

Gladys Alonso González

Coordinadora general:

Esther Lobaina Oliva

Administradora editorial:

Yasmin Ydoy Ortiz

**Primera reimpresión de la primera edición,
Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2008.**

Responsable de la edición:

Gladys Alonso González

Diseño y maquetación:

Yamilet Moya Silva

© Todos los derechos reservados, 2008

© Sobre la presente edición:

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA, 2020

ISBN 978-959-293-008-7 Obra completa

ISBN 978-959-293-010-0 Tomo II

Ediciones IMAGEN CONTEMPORÁNEA
Centro Interdisciplinario Casa de Altos Estudios
Don Fernando Ortiz, Universidad de La Habana,
L y 27, Vedado, La Habana, CP 10400, Cuba.
email: yariortiz@ffh.uh.cu
yasminortiz@ach.ohc.cu



Índice

Rasgos socioeconómicos generales de Cuba: 1958

Oswaldo Martínez Martínez / 1

El Gobierno Provisional Revolucionario

Reinaldo Suárez Suárez / 15

La Revolución toma el poder

Enrique Oltuski Ozacki / 44

Vigencia del programa del Moncada

Mario Mencía Cobas / 49

Las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui

Pedro Álvarez-Tabío Longa / 65

Cultura y educación cubanas: desde la forja de la nación
hasta nuestros días

Armando Hart Dávalos / 97

El Che como estadista en la Revolución cubana

Orlando Borrego Díaz / 110

La defensa de la Revolución por las masas

Jorge Lezcano Pérez / 132

Relaciones con los países socialistas

Héctor Rodríguez Llompарт / 141



La contrarrevolución en los primeros años
de la Revolución cubana

Fabián Escalante Font / 169

La lucha contra bandidos

Aníbal Velaz Suárez / 197

Playa Girón

José Ramón Fernández Álvarez / 222

La Crisis de Octubre

Carlos Lechuga Hevia / 259

Estados Unidos vs. Cuba: una espiral de 30 años

Ramón Sánchez-Parodi Montoto / 278

Los gobiernos de izquierda en América Latina

Roberto Regalado Álvarez / 309

La epopeya de Cuba en el África Negra

Jorge Risquet Valdés Saldaña / 349

De los autores / 371





Rasgos socioeconómicos generales de Cuba: 1958

Oswaldo Martínez Martínez

En el tiempo disponible en la mañana de hoy nos limitaremos a presentar ante ustedes los rasgos generales socioeconómicos de Cuba en 1958 que demuestran la deformación y debilidades de la supuesta “florecente economía” que nuestros enemigos pretenden presentarnos como existente al triunfo de la Revolución.

Los enemigos de la Revolución cubana tienen en la crítica a nuestra economía uno de sus temas predilectos. Repiten una y otra vez que la economía cubana es un total fracaso, que es débil e, incluso, resulta frecuente encontrar cierta nostalgia batistiana al pintar de rosa la economía de Cuba en 1958, llamándola “economía próspera”.

El propósito es transparente: presentar a la Revolución como la destructora de “una economía próspera”, para implantar el fracaso y también afirmar que el triunfo de la Revolución no fue el resultado de una acertada táctica, organización y dirección revolucionaria, actuando en una sociedad profundamente injusta, excluyente y tiranizada, que era la base objetiva de la Revolución, sino de la acción aventurera de un grupo de violentos.

Rasgos generales socioeconómicos de Cuba: 1958

- Estructura económica predominantemente agrícola; la industria más importante, el azúcar, era producción primaria de base agrícola; el resto de la industria tenía un volumen poco significativo.



- Economía agrícola extensiva, latifundiaría, tanto en manos extranjeras como en las de una minoría cubana; la gran masa campesina vivía en la miseria, agobiada por los intermediarios, sin créditos, con precios ruinosos.

- Completa dependencia del imperialismo norteamericano, que controlaba la industria exportadora; 1 200 000 hectáreas de tierras (incluido el 25 % de las mejores tierras agrícolas); la energía eléctrica; el abastecimiento de combustible; en medida importante, el crédito bancario; el servicio telefónico.

- Desempleo y subempleo permanentes y masivos, que llegaban a más del 25 % de la fuerza de trabajo, con más de 600 000 desempleados en el denominado “tiempo muerto” y 300 000 desocupados permanentes.

- Alto grado de apertura de la economía (a cada peso de producción bruta correspondía entre 25-28 centavos de importaciones, con similar porcentaje de exportaciones). Monoexportación azucarera, que alcanzaba el 80 %, y alta concentración geográfica de las exportaciones e importaciones, que dependían del mercado norteamericano en el 60 % de las primeras y entre 75-80 % de las segundas.

- El crecimiento promedio del PIB entre 1950 y 1958 fue del 1,4 %, por debajo del crecimiento de la población.

- Sólo los 13 principales latifundios azucareros norteamericanos, dominaban aproximadamente 87 213 caballerías de tierra en 1958 (1 173 015 hectáreas), lo que representaba el 47,2 % del área total controlada por la industria azucarera.

- Mientras que, entre 1950 y 1958, las inversiones totales de Estados Unidos en Cuba aumentaron en 344 millones de pesos, en ese mismo período extrajeron 397 millones de utilidades; o sea, 53 millones más.

Esta situación de dependencia se agravaría aún más entre 1949 y 1958, cuando la balanza comercial de Cuba con Estados Unidos acumuló un déficit de 347,2 millones de pesos.

La política del gasto compensatorio

La política del gasto compensatorio se basaba en el supuesto keynesiano del efecto multiplicador del gasto público sobre el crecimiento del ingreso nacional.

Cuadro 1
Inversiones norteamericanas en Cuba
 (en millones de pesos a precios corrientes)

Sectores	1929	1936	1946	1950	1958
Agricultura	575	256	227	263	265
Petróleo	9	6	15	20	90
Minería	—	—	15	15	180
Manufacturas	45	27	40	54	80
Servicios públicos	215	315	251	271	344
Comercio	15	15	12	21	35
Otros	60	38	8	13	7
Total	919	666	568	657	1 001

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de Departamento de Comercio de Estados Unidos; Carlos Rafael Rodríguez: *Cuba en el tránsito al socialismo (1959-1963)*, Editorial Siglo XXI, México, 1978, p. 21; Francisco López Segre: *Cuba: Capitalismo dependiente y subdesarrollo (1510-1959)*, Editorial Casa de las Américas, La Habana, 1972, p. 350.

El objetivo declarado oficialmente de esta política era promover la diversificación agrícola y el desarrollo industrial del país, pero su objetivo real resultaba otro: “de una parte, promover gastos de salarios y sueldos que mitigaran los desastrosos efectos de la caída de la producción azucarera y, de la otra, crear márgenes ilícitos que permitieran a los gobernantes y a sus socios de la burguesía empresarial un enriquecimiento fácil y rápido”.

Para organizar esta política se plantearon los siguientes instrumentos:

1. La expansión del gasto público en inversiones improductivas.
2. La expansión del crédito privado.
3. Concesión de incentivos fiscales para el fomento de la industria y la agricultura.

Resultados de la política del gasto compensatorio

1. Pérdida de las reservas de divisas ocasionada por la política de expansión inflacionaria, al repercutir de manera negativa sobre la balanza de pagos del país, por 4 289 millones de pesos en siete años.

2. Crecimiento desmedido de la deuda pública, que llegó a 7 881 millones de pesos.

3. Concentración de la casi totalidad de las inversiones en obras públicas o servicios básicos con un elevado coeficiente de capital, mientras que sólo una parte ínfima se dedicó a la agricultura o a la industria.

4. Desarrollo del robo y la especulación por parte del capitalismo burocrático. Se calcula que se cargaban sobrepuestos que fluctuaban entre el 30 % y el 50 % del valor de las inversiones realizadas.

5. La política de desarrollo planteada fue incapaz de crear los nuevos empleos necesarios, pues en 1958 existía un promedio anual de 549 000 desempleados de una fuerza laboral de 2 204 000.

Cuadro 2
Empleo y desempleo
(mayo de 1956 - abril de 1957)

Concepto	Miles de personas	% del total
Totalmente ocupadas	1 439	65,2
Desocupadas	361	16,4
Parcialmente ocupadas	223	10,1
Ocupadas sin remuneración	154	7,0
Otras	27	1,3
Fuerza de trabajo total	2 204	100,0

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de datos del CNE; Oscar Pino Santos: *El imperialismo norteamericano en la economía de Cuba*, Editorial Lex, La Habana, 1960, p. 92.

Del Cuadro 2 se desprende que a un desempleo del 16,4 % se sumaba un subempleo del 17,1 %. En general, el 33,5 % de la fuerza

de trabajo del país, 738 000 personas, se encontraba en condiciones de desempleo o subempleo.

Por otro lado, la situación del desempleo abierto fluctuaba de un nivel mínimo del 8,3 % en los meses de máxima actividad azucarera, a un 18,1 % en el llamado “tiempo muerto”.

Cuadro 3
Estructura de la población activa por sectores (1953)

Sector	Hombres	Mujeres
Agricultura	47,4	5,8
Industria	20,4	19,7
Comercio	18,2	9,5
Servicios	13,4	64,7
Total	99,4	99,7

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987; citado de CEDEM: *La población de Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1976, p. 183.

La estructura ocupacional reflejaba, igualmente, las consecuencias del subdesarrollo, con un alto nivel de concentración en el sector agrícola en el caso de los hombres y en el sector de los servicios —con un alto peso del servicio doméstico— en el caso de las mujeres.

Inequidad social

El 50 % de la población de ingresos más bajos sólo disponía del 10,8 % del total de ingresos del país. Por otro lado, el 5 % de la población con los ingresos más altos disponía del 26,5 % de ellos.

El ingreso nacional per cápita en 1958 se situaba en 313 pesos (a precios corrientes); los ingresos per cápita de una familia de un trabajador agrícola, se estimaron en 91,46 pesos en 1956-1957. Este último estrato social, a pesar de constituir el 34 % de la población, sólo obtenía el 10 % de los ingresos.



Seguridad y asistencia social

El régimen de seguridad social en Cuba prerrevolucionaria mostraba grandes disparidades sectoriales y un débil nivel de cobertura, pues más de la mitad de los trabajadores no estaba incluida en sus beneficios.

Las características del sistema eran la descentralización y diversificación en unidades autónomas que atendían los requerimientos de determinados estratos de la población. En la práctica resultaba muy limitada la efectividad del seguro de enfermedad y de accidente, quedando fuera del sistema parte de la fuerza de trabajo.

Existían 52 cajas de retiro independientes, con su propia reglamentación y cuyos recursos se formaban por descuentos sobre salarios y por aportes patronales. No obstante, se daban grandes irregularidades en el otorgamiento de sus beneficios y con frecuencia quedaban sin fondos, por causa de desfalcos o malversaciones.

A pesar de que, en teoría, las pensiones alcanzaban un mínimo de 30 pesos mensuales y un máximo de 400, había jubilados —sobre todo, en el sector agrícola— que recibían sólo 6 pesos al mes, mientras que, en el sector azucarero, el 90 % de las pensiones era inferior a 40 pesos mensuales.

En cuanto a los subsidios por enfermedad y accidentes de origen común (no profesional), a los empleados de la administración pública se les concedía licencia por enfermedad con el pago del salario completo el primer mes y la mitad el segundo mes. Con posterioridad, la licencia podía durar hasta seis meses, pero sin subsidios.

Todos los demás trabajadores recibían, como única protección en caso de enfermedad, el salario de tres días en el mes, con un límite máximo de nueve días al año.

Para los accidentes y enfermedades profesionales, el sistema vigente consistía en la obligación que tenía el patrono de contratar la cobertura con las compañías de seguros. Éstas debían facilitar atención médica, hospitalaria y medicamentos. El salario se sustituía por una dieta que se abonaba por un período no superior a un año y si se trataba de incapacidad parcial, total o muerte, cabía el pago de una suma alzada o de una renta vitalicia.

Las compañías de seguros proporcionaban una atención insuficiente, pues el salario base para calcularla no podía exceder de 1 500 pesos anuales. Por su parte, el seguro de maternidad se organizó en forma de ente autónomo. Los beneficios que percibían las trabajadoras eran de una licencia pre y posnatal de 12 semanas de duración total y el pago de un subsidio que no podía exceder de 5 pesos ni ser inferior a 2 pesos diarios. También podían concederse en el periodo inmediato posterior al parto, jornadas reducidas en una hora para atender la lactancia del recién nacido. A toda esta situación, se sumaba la engorrosa tramitación burocrática de las pensiones por parte de los beneficiarios, lo cual tomaba con frecuencia de uno a dos años, que limitaba aún más los efectos de la seguridad social.

Según datos de una muestra de 1956-1957, el 43 % de la población rural era analfabeta y el 44 % de ella nunca había asistido a la escuela.

La situación era aún peor, si se toma en cuenta la asistencia escolar con respecto a los alumnos matriculados, calculada para el curso 1957-1958, en un 60 %. En las escuelas públicas, de cada 100 niños que matriculaban sólo el 6 % llegaba al sexto grado.

Como consecuencia de la política educativa aplicada en el modelo neocolonial cubano, en 1958 existían más de un millón de analfabetos; más de un millón y medio de semianalfabetos; la población mayor de 15 años tenía un nivel educativo promedio inferior a tres grados; había 600 000 niños sin escuela y 10 000 maestros sin trabajo.

Cuadro 4
Tasas de analfabetismo
en la población cubana mayor de 10 años

Año	Total	Analfabetos	Tasa de analfabetismo (%)		
			Total	Urbana	Rural
1943	3 575 431	1 024 584	22,1	—	—
1953	4 376 529	1 032 849	23,6	11,6	41,7

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de Carlos del Toro: "Algunos aspectos económicos del movimiento obrero cubano (1933-1958)", en *La república neocolonial*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1973, t. 1, p. 224.



Cuadro 5
Niveles de matrícula en relación con la población escolar
en la enseñanza primaria

Año	Por ciento
1933	38,4
1942-1943	36,8
1952-1953	45,9
1958	45,2

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de José Acosta: "Cuba: De la neocolonia a la construcción del socialismo", en *Economía y Desarrollo*, La Habana, no. 19, 1973, p. 79; Claes Brundenius: *Economic Growth, Basic Needs and Income Distribution in Revolutionary Cuba*, University of Lund, Malmö, 1981, p. 204.

Cuadro 6
Niveles de matrícula con relación a la población escolar
en la enseñanza media y superior

Año	Por ciento	
	Media	Superior
1934-1935	6,4	2,8
1952-1953	8,7	4,0

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de Carlos del Toro: "Algunos aspectos económicos del movimiento obrero cubano (1933-1958)", en *La república neocolonial*, ed. cit., t. 1, p. 233.

Cultura y publicaciones

La industria gráfica sólo producía alrededor de un millón de libros anualmente, a fines de la década del 50. Sin embargo, la utilización fundamental de los medios de producción gráfica estaban destinados a los impresos comerciales y publicaciones periódicas, muchas de las cuales, editadas en español, eran revistas norteamericanas que se distribuían en Cuba y América Latina.

- Por otro lado, el grueso de los libros editados se reducía a textos escolares que se vendían a altos precios en las escuelas privadas.



- Como mecanismos de difusión del libro, en 1958 sólo existían 60 librerías y se contaba con 129 bibliotecas públicas.
- En diciembre de 1958 funcionaban únicamente ocho pequeñas salas-teatro y existía un solo grupo de teatro dramático.

Salud

Ausencia de un sistema estatal de salud

- Se contaba con 98 hospitales —entre ellos, sólo un hospital rural— y un sistema de casas de socorro que prácticamente sólo ofrecían servicios limitados a los primeros auxilios.
- La cobertura de este sistema era ínfima. Así, hacia 1957, en la población rural se reportaba que solamente el 8 % recibía atención gratuita por parte del Estado.
- Si se toma en cuenta el alto grado de concentración de este personal en La Habana, se tiene entonces que aproximadamente, como promedio, fuera de la capital del país la proporción de habitantes por médico era de 2 378, frente a 361 en La Habana y una media nacional de 1 067.
- La Habana, con el 22 % de la población, concentraba el 65 % de los médicos y contaba con el 62 % de las camas existentes.

Cuadro 7
Principales recursos humanos
para los servicios de salud del Estado

Profesión	1958
Médicos	6 250
Estomatólogos	250
Personal de enfermería	394
Otros técnicos	478

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Eradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de Instituto de Desarrollo de la Salud: *Estudio acerca de la eliminación de la pobreza crítica en Cuba: aspectos de salud pública*, MINSAP, La Habana, 1982, Cuadro no. 2.



- Las consultas privadas costaban entre 5 y 20 pesos, según el renombre y la especialidad del médico. Además, un análisis clínico costaba 3 pesos; una radiografía, 5 y una operación simple, de 300 a 500 pesos, con tres días de ingreso y sin incluir los medicamentos.

- Se contaba con una escuela de medicina y una de estomatología en La Habana, que graduaban alrededor de 300 médicos y 60 estomatólogos anualmente, así como con una escuela de enfermeras que graduaba alrededor de 80 enfermeras por año.

- Para la práctica docente sólo se contaba con cuatro hospitales.

- Cerca de un 20 % de los egresados se veían obligados a emigrar por no encontrar trabajo en el país.

- El 70 % del mercado de medicamentos estaba controlado por empresas extranjeras, en el cual proliferaba la producción de fórmulas de dudosa calidad; en el país circulaban unos 40 000 productos, que, en no pocas ocasiones, se recetaban por los médicos con el solo fin de recibir comisiones.

Según la encuesta desarrollada en 1957 por la Agrupación Católica Universitaria, el 14 % de los trabajadores rurales padecían o habían padecido de tuberculosis, el 13 % había padecido de fiebre tifoidea, el 36 % se encontraba atacado de parasitismo intestinal y el 31 % padecía de paludismo.

Cuadro 8
Indicadores de salud

Indicador	Índice
Esperanza de vida al nacer	62,3 años (alrededor de 1950)
Mortalidad infantil	40,0 x 1 000 nacidos vivos (1958)
Mortalidad materna	118,2 x 10 000 nacidos vivos (1960)
<i>Tasas de mortalidad por:</i>	
Gastroenteritis	41,2 x 100 000 habitantes (1958)
Tuberculosis	15,9 x 100 000 habitantes (1958)

Fuente: Tomado de José Luis Rodríguez y George Carriazo Moreno: *Erradicación de la pobreza en Cuba*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1987, citado de Instituto de Desarrollo de la Salud: *Estudio acerca de la eliminación de la pobreza crítica en Cuba: aspectos de salud pública*, ed. cit.



Vivienda

El 46,6 % de las viviendas estaban en un estado ruinoso o malo y sólo el 33 % era de mampostería. En las zonas rurales estos índices eran del 74,2 % y del 2,5 %, respectivamente.

Los habitantes de estas zonas sólo disponían de instalaciones sanitarias en el 4,1 % de los casos, agua corriente en el 10,4 % y de electricidad en el 10 % de las viviendas.

El 36 % de las viviendas existentes en 1953 eran alquiladas.

- El promedio de alquiler arrojaba 11,91 pesos; es decir, una suma equivalente alrededor del 20 % del salario mínimo vigente en la fecha del censo.

- Debido a la situación acumulada durante años, el déficit habitacional hacia 1958 alcanzaba las 700 000 viviendas.

El problema campesino

En la década del 50, existían 600 000 obreros agrícolas, unos 100 000 obreros azucareros y 200 000 familias campesinas, de las cuales 140 000 estaban integradas por campesinos pobres.

El grupo de campesinos ricos, terratenientes y burgueses agrarios no campesinos dedicados a la explotación agrícola, no pasaba de 25 000 entre personas naturales y compañías, pero entre todos ellos concentraban casi el 75 % del área agrícola. Esa concentración se hacía mayor entre el sector latifundista de ese grupo, propietarios individuales y compañías, pues menos de 2 500 titulares disponían del 45 % de la tierra.

Según datos del Censo Nacional Agrícola de 1945, en el 8,1 % de las fincas estaba concentrado el 71 % de la tierra, en tanto que al 91,9 % de las fincas sólo correspondía el 29 % de la tierra; sólo el 21,7 % del área cultivable se hallaba bajo cultivo; únicamente, el 4 % del total de fincas disponía de riego y un 12 % utilizaba fertilizantes.

El 64 % de los agricultores no eran propietarios de las tierras que trabajaban y buena parte de ellos se veían obligados a pagar una renta.



La pobreza en el campo

- La alimentación de los obreros agrícolas consistía en viandas, arroz y frijoles; solamente, el 11,2 % tomaba leche; el 4 % comía carne; el 2,1 %, huevos; el 1 %, pescado, y el 3,4 %, pan.

- Sólo el 8 % percibía atención médica gratuita por parte del Estado, en tanto que el 14 % padecía o había padecido de tuberculosis; el 13 % había padecido de fiebre tifoidea y el 36 % se hallaba parasitado.

- El 43 % de la población era analfabeta y el 44 % no había asistido nunca a la escuela.

- Finalmente, según datos del Censo de 1953, el 74,2 % de las viviendas en zonas rurales estaban en estado ruinoso o malo, y sólo el 10 % tenía electricidad.

Las transformaciones en 1959

Se procedió a la confiscación inmediata de todos los bienes malhabidos por los funcionarios del régimen. El viejo ejército que había reprimido al pueblo, fue disuelto, y la función correspondiente a las fuerzas armadas la asumió el Ejército Rebelde.

- La administración pública se saneó de elementos que habían sido cómplices de la tiranía.

- La malversación de los fondos públicos, las prebendas y las funestas prácticas del cobro de sueldos sin desempeñar el cargo, se erradicaron de inmediato.

- Los partidos políticos que habían servido a la opresión quedaron disueltos.

- La dirección corrompida de los sindicatos fue barrida. Los obreros despedidos de sus puestos de trabajo bajo la tiranía, se reintegraron a sus cargos. Cesaron los desalojos campesinos.

- El 3 de marzo de 1959 se dispuso la intervención de la Compañía Cubana de Teléfonos, monopolio norteamericano implicado en negocios con la tiranía contra los intereses del pueblo.

- El 6 de marzo se dictó una ley que rebajaba hasta el 50 % los onerosos alquileres que pagaba el pueblo; medida que despertó gran



entusiasmo en la población urbana y suscitó verdadera conmoción en los medios burgueses.

- El 21 de abril se declararon de uso público todas las playas del país.
- El 17 de mayo se dictó la primera Ley de Reforma Agraria.

Aunque el límite máximo establecido de 30 caballerías, equivalentes a 402 hectáreas, era todavía relativamente amplio, había empresas norteamericanas que poseían hasta 17 000 caballerías; es decir, 227 000 hectáreas, con relación a las cuales la ley era profundamente radical.

- El 20 de agosto de 1959 se rebajaron las tarifas eléctricas, poniéndose fin a los abusos de otro monopolio norteamericano.
- El juego, el tráfico de drogas y el contrabando se suspendieron de manera radical.

Cuatro medidas revolucionarias que enfrentaron a la Revolución con el imperialismo

a) La ley que denunciaba las concesiones que Batista había otorgado a la Compañía Cubana de Teléfonos (empresa norteamericana), por la cual además de anular otros privilegios, las tarifas se restablecían al nivel que tenían anteriormente.

b) La rebaja de las tarifas eléctricas (empresa norteamericana), las más altas del mundo.

c) La Ley de Reforma Agraria imprescindible para resolver los problemas de la miseria y atraso de nuestros campos. Ley realmente generosa, pues postulaba el pago de la tierra en un plazo de 20 años a un 4,5 % de interés y dejaba un límite de tenencia de 30 caballerías, alrededor de 400 hectáreas.

d) La ley de minas que obligaba a los monopolios pagar un impuesto del 25 % sobre las exportaciones de minerales.

Hasta aquí, la presentación de la dura realidad económica y social por la que Cuba atravesaba al triunfo de la Revolución.

En un próximo taller nos referiremos, más allá de las mentiras y deformaciones del odio de los enemigos y más allá también de las



insatisfacciones que tenemos los revolucionarios, a la situación de la economía revolucionaria desde el triunfo de la Revolución hasta el presente.

Muchas gracias.

La Habana, 28 de septiembre del 2007.



El Gobierno Provisional Revolucionario

Reinaldo Suárez Suárez

Cuando el 3 de enero de 1959 se establece en la Universidad de Oriente el doctor Manuel Urrutia Lleó, en su momento designado por el Frente Cívico Revolucionario como presidente provisional de la república, y toma juramento a una reducida nómina de ministros, anuncia una serie de designaciones y adopta varias decisiones de la mayor importancia política, de inmediato confirmadas en la primera reunión del Consejo de Ministros, comienza propiamente el accidentado camino de conformación y funcionamiento de lo que dio en llamarse Gobierno Provisional de la República.

Será una extendida experiencia de gobierno de 17 años, cuya primera etapa —3 de enero-16 de febrero de 1959— se caracterizará, en esencia: por la adopción de medidas emergentes para constituir abruptamente las autoridades y funcionarios que harían cumplir los encargos sociales del sistema de organismos e instituciones públicas del país; la aplicación de medidas extraordinarias para dar respuesta a perentorias exigencias derivadas de la caída de la tiranía de Fulgencio Batista; la insuficiente proyección legislativa en la realización de los compromisos programáticos de la insurrección; el estancamiento y contradicciones en el funcionamiento del Consejo de Ministros, y la sustracción del líder de la Revolución, doctor y Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz, de la actividad del Gobierno Revolucionario, aunque no de los asuntos de Estado. La etapa terminará con la asunción por parte de Fidel del premierato y de la dirección política del Gobierno



Revolucionario y la producción de un giro sustancial en la profundidad y ritmo de su trabajo.

En esta intervención, haré un recorrido por diversas incidencias de la etapa, con la mira atendiendo a las razones que determinaron, finalmente, que el doctor Fidel Castro abandonara su retraining gubernamental inicial y pasara a ocupar el cargo de primer ministro. En ocasiones culminaré ciertos temas, aunque sin reincidir en los antecedentes que introduje en la intervención anterior.¹

Aunque ésta es una historia que viene de atrás, el desenvolvimiento del Gobierno Provisional de la República se desencadena a partir de la noche del 1° de enero de 1959, cuando el doctor Manuel Urrutia Lleó juramenta su cargo de presidente ante el pueblo congregado en el parque Céspedes de la ciudad de Santiago de Cuba, convertida por decreto en capital provisional del país, y en las horas siguientes realiza una serie de designaciones en los mandos militares y en las autoridades judiciales de la república, aunque sólo resulta posible hablar de Gobierno Revolucionario desde 40 horas después, cuando en el salón de la Biblioteca de la Universidad de Oriente comenzó el proceso de articulación del Consejo de Ministros. En efecto, en la tarde-noche del 3 de enero, el presidente se constituyó en la Universidad de Oriente, que pasó a ser la sede del Gobierno Revolucionario, y produjo lo que sigue:

- Anunció pública y formalmente que con anterioridad había designado al comandante Fidel Castro Ruz como su delegado en los institutos armados del país, a la vez que Comandante en Jefe de las Fuerzas de Mar, Aire y Tierra de la República; al coronel Rego Rubido, jefe del Estado Mayor del ejército; al comandante Gaspar Brooks, jefe de la Marina de Guerra, y al comandante Efigenio Ameijeiras Delgado, jefe de la Policía Nacional; como presidente del Tribunal Supremo de Justicia, al doctor Emilio Menéndez y Menéndez, y como fiscal del mismo órgano al doctor Felipe L. Luaces Sebrango.

1 Se refiere a la segunda conferencia impartida en el Club Martiano Faustino Pérez, “El Gobierno Revolucionario en Armas”, publicada en *Memorias de la Revolución*, Ediciones Imagen Contemporánea, La Habana, 2007, pp. 353-385.



- Comunicó varias decisiones de extraordinario valor simbólico y material: cesar en sus funciones a Fulgencio Batista y Zaldívar como presidente de la república; cesar a los representantes y senadores y disolver el Congreso Nacional; cesar a los gobernadores de las provincias y a los alcaldes y consejales de los ayuntamientos; traspasar al Consejo de Ministros las funciones legislativas del Congreso de la República; reafirmar la vigencia de la Constitución de 1940, introduciendo la posibilidad de hacerle modificaciones para adaptarla a las circunstancias revolucionarias; designar a Santiago de Cuba como capital provisional de la república hasta tanto el Gobierno Provisional no se trasladara a La Habana.

- Tomó juramento a la primera hornada de ministros: doctor Roberto Agramonte Pichardo, ministro de Estado; doctor Ángel Fernández Rodríguez, ministro de Justicia; doctor Julio Martínez Páez, ministro de Salubridad y Asistencia Social; Faustino Pérez Hernández, ministro de Recuperación de Bienes Malversados, y doctor Luis María Buch Rodríguez, ministro de la Presidencia y secretario del Consejo de Ministros.

De esta manera empieza a existir un Gobierno Revolucionario integrado por un presidente y cinco ministros, que representarán apenas el 26 % de quienes llegarán a ser sus miembros: cinco de 19 ministros.

El presidente es el doctor Manuel Urrutia Lleó, un magistrado virtualmente desconocido para el país, hasta que en mayo de 1957 emergió públicamente con un voto particular en el juicio político más importante del año, el de la Causa 62 de 1956 del Tribunal de Urgencia de Santiago de Cuba por los hechos relacionados con el reinicio de la insurrección armada del Movimiento 26 de Julio: el alzamiento armado del 30 de noviembre y el desembarco del *Granma*. El doctor Urrutia era casi ignorado en la propia judicatura cubana, al no brillar ni por los cargos y puestos que ocupó en la judicatura republicana, ni por su producción intelectual en el campo de la dogmática jurídica o en la jurisprudencia. Sólo ocupó puestos secundarios, de juez municipal en puntos distantes o secundarios de la república: Jiguaní, Los Arabos, Limonar y Cienfuegos, entre otros, hasta que se le promovió a la Audiencia de Oriente, cargo que ocupó desde 1949 hasta 1957. No he hallado una sola sentencia suya digna de figurar por su enjundia o



renovación en una antología cubana de la cultura jurisprudencial. En una judicatura que se caracterizó por su amplia producción editorial, apenas hizo un folleto sobre el Decreto 804 de 1944 acerca de *La permanencia y el comprador de la finca arrendada*.² Al momento de trascender políticamente, acababa de comenzar a presidir el Tribunal de Urgencia de la Audiencia de Santiago de Cuba. De manera sorprendente para sus propios compañeros del Tribunal de Urgencia, el doctor Urrutia legitimó mediante la emisión jurisprudencial de su opinión la insurrección en Cuba, al reconocer el derecho de resistencia frente a la tiranía política. Ése fue su pasaporte histórico: una enormidad simbólica, en un momento crítico de la historia nacional.

De los ministros juramentados en Santiago de Cuba, tres se habían escogido por el presidente: Estado, Justicia y Presidencia. Dos de ellos no habían tenido una relación orgánica con el Movimiento 26 de Julio: Agramonte Pichardo y Fernández Rodríguez.

El doctor Roberto Agramonte Pichardo fue un prominente intelectual y profesor de Sociología en la Universidad de La Habana y candidato presidencial ortodoxo a las elecciones generales de junio de 1952, truncadas por el golpe de Estado del 10 de marzo. Fue de quienes más desgaste sufrió por sus inercias e irresoluciones en la respuesta al golpe de Estado y a la dictadura misma. Lamentable para él y para la ortodoxia, que de haber actuado con resolución y radicalidad quizás habría capitalizado la insurrección. Por un extraño y no aclarado mecanismo de encuentro, reconocimiento y selección, resultó el primer individuo en ser nombrado ministro por el presidente Urrutia. La cartera de exteriores de lo que debió ser el Gobierno Revolucionario en Armas se la concedió el presidente en la ciudad de Nueva York en una fecha por precisar, aunque en el segundo semestre de 1958.

El doctor Ángel Fernández Rodríguez fungió como fiscal durante muchos años, incluidos los primeros del batistato, de la Audiencia de Santiago de Cuba. Era abogado y amigo personal del presidente de la república.

2 Sobre el mismo tema publicó en 1948 un artículo brevísimo en la revista *Repertorio Judicial*: “El Decreto 804 de 1944 y el artículo 1571 del Código Civil”. En la misma revista, un año antes, apareció el artículo “Miguel Agramonte y Álvarez”.



Sólo uno de los ministros escogidos por el presidente Urrutia, el doctor Luis María Buch Rodríguez, ministro de la Presidencia, pertenecía al Movimiento 26 de Julio, al cual se incorporó vía Movimiento de Resistencia Cívica, donde fue responsable de relaciones públicas. Abogado influyente y solvente, con negocios de bienes raíces, en su juventud perteneció a la organización insurreccional Joven Cuba. En 1958 fungió como coordinador general del Movimiento 26 de Julio en el Exilio, con el encargo de atender personalmente al candidato de la organización a la Presidencia Provisional de la República, doctor Urrutia Lleó.

Los otros dos ministros juramentados, Salubridad y Recuperación de Bienes Malversados, emergieron por iniciativa del Movimiento 26 de Julio. Aunque el 18 de diciembre de 1958 en La Rinconada, la dirección del Movimiento 26 de Julio, a iniciativa y con el criterio influyente de Fidel —oportunidad en que se reservó la iniciativa para proponer al doctor Urrutia a otras personalidades para ocupar varias carteras ministeriales—, escogió a varios candidatos a ministros, que el presidente aprobó en las horas siguientes, sólo uno de ellos, el doctor Julio Martínez Páez, eminente médico ortopédico y comandante del Ejército Rebelde, juramentó en la Universidad de Oriente.

El otro ministerio, de Recuperación de Bienes Malversados, se le confió a última hora a Faustino Pérez Hernández, a quien se tenía como médico, aunque en realidad no lo era, pues se negó a partir de 1951 a presentar su tesis para el grado, mientras el país estuviese gobernado por camarillas corruptas o golpistas. Uno de los dirigentes fundadores del Movimiento 26 de Julio, integró como capitán y miembro del Estado Mayor la expedición del *Granma*, tras lo cual pasó a ser el coordinador del Movimiento 26 de Julio en La Habana y en el segundo semestre de 1958 actuó como responsable de la Administración Civil de los Territorios Libres de la Sierra Maestra.

Después de constituido el 3 de enero, el Gobierno Revolucionario aún permaneció unas 38 horas más en la ciudad de Santiago de Cuba, constituido en la Universidad de Oriente, aunque se desconoce de alguna labor o decisiones adicionales que descubran una actividad gubernativa. Por ejemplo, el presidente no designó a ninguna otra personalidad para integrarse al Consejo de Ministros, o alguna medida



que descubriera un nivel de actividad propia del poder ejecutivo que desempeñaba en aquellas anormales y muy especiales circunstancias.

En la mañana del 5 de enero, el Gobierno Revolucionario evacua la ciudad con destino a La Habana, a la cual no se ha dejado de reconocer su condición de capital permanente del país. Dos razones parecen haber coincidido para determinar que el presidente y los miembros de su gabinete que lo acompañaban en Santiago de Cuba, desembarcaran en Camagüey en lugar de proseguir hacia La Habana: el completamiento del Consejo de Ministros, incluido el nombramiento del primer ministro, y la solución que habría de dársele a la ocupación del Palacio Presidencial por parte del Directorio Revolucionario 13 de marzo.

Para lo primero resultaba lógico que el presidente quisiera consultar con el líder de la Revolución, o que éste quisiera abordar el asunto con el presidente provisional. Probablemente haya sido esto último, si nos atenemos a que su iniciativa determinó el aterrizaje del avión presidencial en la ciudad agramontina. Por lo que conocemos, Urrutia hubiese preferido aguardar o quedarse definitivamente en Santiago de Cuba. Lo segundo implicaba al presidente y a todo el gobierno, y dada la complejidad de la situación político-militar en La Habana en estos primeros días del triunfo, exigía de coordinación y sabiduría.

Ya una vez en la ciudad, por iniciativa de Fidel, el presidente Urrutia hizo nuevas designaciones ministeriales.

Al doctor Armando Hart Dávalos se le nombró ministro de Educación. En su caso, lo curioso es que asistió al momento en que se deliberó para nombrarlo. Posiblemente de Armando Hart fue la iniciativa de nombrar en el cargo a la principal ayudante de Fidel Castro, la infatigable Celia Sánchez Manduley, pero ante la negativa de Fidel de perder los eficientes servicios de Celia, Hart resultó escogido por iniciativa de su amigo y compañero de clandestinidad también presente, comandante Faustino Pérez. En ese momento se convirtió en el ministro más joven: 27 años. Era abogado y uno de los dirigentes fundadores del Movimiento 26 de Julio. Actuó activamente en la clandestinidad en una función coordinadora, como miembro de la Dirección Nacional del Movimiento. Terminó la guerra en prisión en el presidio Modelo de Isla de Pinos.



Como ministro de Gobernación se escogió al doctor Luis Orlando Rodríguez, antiguo líder juvenil del Partido Revolucionario Cubano (Auténtico). Al romper con los auténticos, se convirtió en dirigente del Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos). Director del periódico *La Calle*, surgido en un momento crítico del planteamiento opositor a la dictadura de Fulgencio Batista, que sirvió de plataforma de expresión política al amnistiado Fidel Castro. Integró el aparato clandestino del Movimiento 26 de Julio, primero, y luego su guerrilla en la Sierra Maestra, donde se le ascendió a comandante.

Al ingeniero Manuel Ray Rivero, de elevada reputación profesional por su intervención en importantes obras constructivas en La Habana, uno de los líderes del Movimiento de Resistencia Cívica, organización en la órbita del Movimiento 26 de Julio que posibilitó sumar a la insurrección a importantes y numerosos elementos de los sectores profesionales, medios y altos de la sociedad cubana, se le nombró como ministro de Obras Públicas.

Como ministro de la Agricultura se designó al doctor Humberto Sorí Marín, un ex dirigente auténtico que tempranamente apoyó, primero, y se enroló, después, en el aparato clandestino del Movimiento 26 de Julio en La Habana; después subió a la Sierra Maestra donde fue ascendido rápidamente hasta el grado de comandante y designado Auditor General del Ejército Rebelde, siendo el responsable de la elaboración de las primeras normas jurídicas escritas emanadas del alto mando guerrillero, las cuales firmó en su alta condición junto al Comandante en Jefe Fidel Castro Ruz.

Al doctor José Miró Cardona se le nombró primer ministro. En el ánimo de Fidel Castro primó la idea de escoger una figura que contara con suficiente solvencia como figura representativa de las llamadas *clases vivas*, para que sirviera como *bálsamo para la burguesía*³ cubana.

3 Testimonio de Luis María Buch Rodríguez, uno de los tres dirigentes veintiseísta que asistió al intercambio con Fidel Castro. Aunque la idea es muy ideológica y abierta, resulta enteramente creíble, no sólo porque la fuente es directa, sino porque Fidel Castro leyó antes de su publicación el libro del doctor Buch y no objetó la exactitud de su testimonio.



El doctor Miró Cardona era un abogado influyente y profesor universitario. Como abogado intervino en notables defensas penales que le construyeron mucho crédito profesional y connotación pública, aunque no lo acreditaban gran cosa en lo político: abogado defensor del ex presidente Ramón Grau San Martín en la Causa 82, radicada por actos de corrupción durante su período de gobierno, y del capitán Joaquín Casillas Lumpuy por asesinar a Jesús Menéndez Larrondo, líder de la principal federación obrera del país y representante a la Cámara del Congreso de la República. Fue presidente del Colegio de Abogados de La Habana, el más poderoso e influyente del país. Como secretario de la Sociedad de Amigos de la República fue, junto al veterano insurrecto Cosme de la Torriente, un firme promotor del Diálogo Cívico, una fórmula mediatizadora de la crisis cubana, que al fracasar por la negativa del régimen a transegir, abrió el camino a la solución armada del conflicto. Pese a todo, gozaba de mucha ascendencia política, a tal extremo que se le escogió en el verano de 1958 para coordinar el llamado Frente Cívico Revolucionario (FCR), la formulación unitaria de la oposición insurreccional. El vertiginoso desenlace de la guerra a partir de entonces y el afianzamiento del hegemonismo político del Movimiento 26 de Julio al momento de su designación, conspiraron firmemente para que su posición política se fortaleciera.

Su nombramiento descubre las características de la ecuación política del momento. Si nos atenemos a las formas, el doctor José Miró Cardona, en su condición de coordinador del FCR, la organización resultante del acuerdo político de las organizaciones insurreccionales —entre ellas, el Movimiento 26 de Julio—, en aquellas horas debía estar desempeñando un papel activo en la conformación del Gobierno Revolucionario, al resultar la máxima autoridad formal de la oposición. No obstante, lejos de ello, estaba virtualmente ignorado. Lo fue en Santiago de Cuba, en el acto de constitución del Consejo de Ministros, cuando no quedó excluido de la mesa presidencial por el gesto incluyente del doctor Luis Buch, su amigo personal y, acaso, el dirigente veintiseísta que más nexos tuvo con él en los últimos meses del exilio, de invitarlo a sentarse entre todos, aunque quedó relegado al extremo izquierdo de la mesa presidencial. En consecuencia, su nom-



bramiento, además de útil, podría entenderse como un reconocimiento al FCR, aunque lejos de ser lo que en otras circunstancias de relativo equilibrio político entre las organizaciones opositoras debió ser.

Las designaciones hechas en Camagüey tienden a fortalecer el Gobierno Revolucionario, a través de su completamiento y de la inclusión de personalidades de prestigio y ascendencia. También fortalece dos características o rasgos en su articulación: el papel de árbitro del doctor Fidel Castro —también la dependencia política del presidente—, y la militancia veintiseísta de una parte de los miembros del gabinete. En propiedad, se articula un gabinete rojinegro —por los colores de la bandera y los estandartes y propagandas del Movimiento 26 de Julio—, y de personalidades de distinta extracción política que se incorporan a título individual.

El Movimiento 26 de Julio, por el peso hegemónico que finalmente tuvo en la lucha, constituyó el arquitecto del Gobierno Provisional. El presidente provisional, el doctor Manuel Urrutia Lleó, era su candidato, y la composición del gabinete, hasta ese momento, resultaba el fruto de la iniciativa presidencial o de la dirección del Movimiento 26 de Julio; en especial de su líder, el doctor Fidel Castro. Una parte de los ministros eran miembros activos y prominentes de la organización revolucionaria, y los demás estaban a título individual, aunque pudieran asociarse con formulaciones políticas diversas. A todas luces, el Movimiento 26 de Julio era el gran orfebre de la toma del poder y de la articulación del Gobierno Revolucionario. El liderazgo del doctor Fidel Castro resultaba indiscutido, y los presupuestos de su conducción lograron imponerse.

En el juicio del doctor Fidel Castro, quien ha actuado de manera determinante en la vertebración del Gobierno Revolucionario hasta ese momento, por ser de hecho y admitidamente líder simbólico y real de la insurrección, aunque es un gobierno controlado por el Movimiento 26 de Julio, no está pensado para responder de manera estratégica a esa bandería organizacional. No, en el concepto de Fidel Castro. El control veintiseísta pretende evitar que el Gobierno Revolucionario se convierta en terreno de disputas estériles por repartos de cuotas de poder político y quiere garantizar, en última instancia, la consecución



de un programa mínimo de transformaciones. La unidad ha de lograrse entre los revolucionarios a partir de coincidir con la marcha, la profundidad y los ritmos de la Revolución misma, y no de ponerse de acuerdo para repartir cargos públicos.

En la visión del comandante Fidel Castro, el Movimiento 26 de Julio constituye un vehículo para triunfar, y servirá para avanzar un tramo, pero no está pensado como el vehículo definitivo para cargar el peso de la Revolución. En esta visión, el gran problema en enero de 1959 está en que no se han establecido consensos, concertaciones políticas de manejo del poder entre los dos actores principales de la Revolución cubana: el Directorio Revolucionario y el Movimiento 26 de Julio, lo que devendrá fuente de dificultades.

En una visión externa: aquél era un gobierno veintiseísta, que expresaba un estado de cosas, pero que ignoraba o dejaba fuera a otros importantes factores de la insurrección. En tanto, excluyente, especialmente del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, que tanto aportó en sacrificio y mártires a la Revolución triunfante. La clave está en la falta de concertación para el consenso político; el Directorio Revolucionario 13 de Marzo y el Movimiento 26 de Julio, no actuaban unidos ni concertados para el manejo del poder.

Después de la Carta de México no volvió a ocurrir un encuentro personal entre los máximos líderes de ambas organizaciones revolucionarias que posibilitara una coordinación efectiva y continuada de las acciones y del curso político de la lucha batistiana. Incluso, no se conoce hasta hoy de una práctica epistolar de acercamiento y coordinación político-militar; en particular, después de las heroicas acciones del 13 de marzo de 1957. Por el contrario, las diferencias o desencuentros tácticos afloraron a la opinión pública en más de una oportunidad (por ejemplo, Pacto de Miami).

Afortunadamente, se produjo la aproximación y concierto que significó el Pacto de El Pedrero, rubricado en nombre del Ejército Rebelde por el jefe de sus fuerzas en la provincia de Las Villas, el comandante Ernesto *Che* Guevara, y la dirección del Directorio Revolucionario, para combinar las fuerzas militares y las estructuras clandestinas de las organizaciones en pro del avance militar de la lucha



contra la dictadura en aquella región. Mas, a la hora de la huida del dictador no hubo coordinación entre ambas organizaciones para penetrar en la capital, controlar las instalaciones militares y los principales edificios públicos y asegurar el triunfo revolucionario.

Las tropas del Ejército Rebelde y del Directorio Revolucionario avanzaron por separado sobre La Habana, y ocuparon instalaciones diferentes. Las fuerzas del Ejército Rebelde desplegadas y actuantes en la provincia de Las Villas, comandadas por Ernesto Guevara y Camilo Cienfuegos, tal y como ordenó desde Santiago de Cuba su Comandante en Jefe, se apoderaron del Cuartel General del Ejército en la Ciudad Militar de Columbia, y de la estratégica guarnición de la fortaleza de La Cabaña; y también de otras instalaciones militares menos importantes. Sus milicias urbanas y otras fuerzas guerrilleras del Movimiento 26 de Julio, tomaron control de todo el sistema de instalaciones policíaco-represivas de la dictadura, además de estratégicas instalaciones públicas y medios de comunicación. De hecho, la mayor parte del orden y la seguridad en el país dependían de la articulada y desplegada capacidad militar y política del Ejército Rebelde y las milicias urbanas del Movimiento 26 de Julio.

Por su parte, el Directorio Revolucionario ocupó objetivos de mucha significación política: el Palacio Presidencial, sede del poder ejecutivo; el Capitolio, sede del poder legislativo, y la Universidad de La Habana, símbolo de la lucha revolucionaria del país.

El Palacio Presidencial, vetusto edificio, era sede del ejecutivo de la república. Allí residían los presidentes del país y sesionaban sus consejos de secretarios o ministros. Para el Directorio Revolucionario tenía una significación especial, pues el 13 de marzo de 1957 sus comandos lo asaltaron con la intención de ajusticiar al dictador Fulgencio Batista y Zaldívar y tomar el poder para instaurar un gobierno provisional revolucionario que, a la vez que abriera el país a una nueva etapa democrática, permitiera la implementación de un paquete de reformas y transformaciones revolucionarias en la economía, la sociedad y la política nacionales. A partir del saldo heroico y la estela de mártires de aquel día, la organización fue bautizada y se identificó en lo adelante como Directorio Revolucionario 13 de Marzo.



El Capitolio Nacional era uno de los edificios emblemáticos del poder en Cuba, al albergar desde su construcción a la Cámara de Representantes y al Senado de la república. En el proceso político de democracia representativa que se suponía emergería con la Revolución, allí debían expresarse eventualmente las nuevas fuerzas que se articularon en la lucha insurreccional, más lo que sobreviviera del viejo sistema político.

La Universidad de La Habana fue el principal foco de resistencia inicial y de articulación posterior de la oposición insurreccional a la dictadura. Devino el reservorio social natural y más fértil que tuvo el Directorio Revolucionario, de donde emergieron algunos de sus más prominentes mártires y la mayor parte de sus dirigentes, donde a la sombra de sus murallas el 13 de marzo de 1957 cayó combatiendo su carismático y popular líder, José Antonio Echeverría. Era un conjunto de sólidos edificios, amurallados en una colina estratégica de la cual se dominaba buena parte de la ciudad.

El inesperado, vertiginoso y aplastante control de la capital del país por parte de las fuerzas revolucionarias, rápidamente convirtió en una necesidad imperiosa el traslado del Gobierno Revolucionario. Lo que debió ser un Gobierno Revolucionario en Armas en los territorios liberados o un gobierno paralelo a la Junta Cívico-Militar o cualquier ecuación post-Batista, las circunstancias lo hicieron inoperante o ineficaz en la ciudad de Santiago de Cuba. Para normalizar la situación política del país y propiciar el necesario proceso de reconocimiento internacional de la Revolución cubana era urgente llevarlo a La Habana, a la cual debía restablecerse la condición de capital.

El Gobierno Revolucionario debía instalarse en la sede del poder ejecutivo de la república, como era tradición. En consecuencia, se necesitaba lograr que el Directorio Revolucionario evacuara el Palacio Presidencial para posibilitar la instalación del presidente y su gabinete, protegidos por los efectivos del Ejército Rebelde. Políticamente, el asunto era complicado, por cuanto el Directorio Revolucionario tenía exigencias y militarmente resultaba engorroso, porque podía desencadenar enfrentamientos de no actuarse con cuidado. La urgencia del asunto era visible: prolongar la estancia en Santiago de Cuba resultaba



contraproducente, para el país y para los asuntos externos, y establecer el gobierno en lugar distinto a la mansión ejecutiva, menos que inaceptable en aquellas circunstancias. El presidente no podía instalarse en otro edificio público, porque significaría una evidencia de precariedad que dañaría de manera notable la capacidad de irradiar control y estabilidad político-militar, garantías para el pleno reconocimiento internacional de las nuevas autoridades.

Esa tarde, el presidente y sus ministros llegaron al aeropuerto de Rancho Boyeros, donde se les unieron el primer ministro designado y varios de los ministros que aún no habían prestado juramento. Afortunadamente sin incidentes, esa noche el presidente se instaló en el Palacio Presidencial, y formuló declaraciones que apuntaban a un arreglo político de inclusión del Directorio Revolucionario en el Gobierno Revolucionario: “Tendremos gabinete de concentración revolucionaria. Cuantos intervinieron en esta brega tendrán allí su representación. Es la responsabilidad compartida, y al mismo tiempo el matiz de las iniciativas según las necesidades populares”.⁴ Finalmente, la anunciada integración del Directorio Revolucionario al gabinete ministerial no llegó a suceder. El primer miembro del Directorio Revolucionario en integrarse al Gobierno Revolucionario lo será José (*Pepín*) Naranjo, a la altura de junio de 1959, y no como representación del Directorio Revolucionario en el gabinete, sino como revolucionario integrado a la transformación del país.

La noche del 5 de enero, el Palacio Presidencial aún permaneció resguardado por las tropas del Directorio Revolucionario. El edificio se evacuó al día siguiente, y las tropas del Ejército Rebelde pasaron a servir como guarnición presidencial, comandadas por el capitán José Ramón Machado Ventura, oficial solicitado en Santiago de Cuba por el presidente al comandante Raúl Castro para que comandara la Casa Militar del Palacio Presidencial. Aún hubo algunos días más de dificultades políticas, de tensión pública entre ambas organizaciones revolucionarias; ante todo, por la ocupación de armas realizada por el Directorio Revolucionario en un cuartel militar.

4 *Revolución*, La Habana, 6 de enero de 1959.



A mediados de enero, la situación quedó resuelta en lo fundamental, cuando los máximos dirigentes de las organizaciones revolucionarias se entrevistaron y el Directorio Revolucionario reintegró el armamento y muchos de sus efectivos se integraron armoniosamente como oficiales o soldados al Ejército Rebelde.⁵ Por su valor histórico-gráfico, comparto el testimonio del comandante Faure Chomón, secretario general del Directorio Revolucionario 13 de Marzo, acerca de cómo: “Cuando Fidel nos hace las críticas, yo pido un canal de televisión para responderle. Goar Mestre se muestra conforme, pero trata de averiguar previamente qué yo voy a decir. Lo hace ladinamente, manifestando preocupación de que la respuesta nuestra pueda crear un estado de desorden público. Pero querían saber cómo íbamos a polemizar con Fidel. Goar me envía a su hermano Abel Mestre interesándose por la posición que sostendremos. Le insistí en que iba a ser moderado. La tesis que llevo a la televisión es que el enemigo nuestro es la contrarrevolución naciente. Porque toda revolución engendra un movimiento contrarrevolucionario, si es una verdadera revolución. Se sorprendieron porque esperaban una polémica encendida. Con Jorge Mañach y Wangüemert, que fueron los periodistas, sostuvimos ese día la tesis de que el enemigo era la contrarrevolución.

”Intentamos después un segundo programa, esta vez con un periodista de apellido Parajón. Esta vez llevamos la táctica concertada con Fidel de definir nuestras posiciones hasta un punto, un límite: y definimos al Directorio Revolucionario ‘13 de Marzo’ como una organización de izquierda democrática.

”Hubo varios encuentros posteriormente [con Fidel y otros dirigentes veintiseístas] en los cuales se esclareció la posición y la conducta militar y política de nuestra organización. Después de los incidentes, Fidel va a la Universidad, cariñosa y amistosamente. Le expliqué detalladamente del porqué de nuestras acciones. Él comprendió y quiso tener un gesto muy delicado con nosotros, pero que rechazamos por creerlo innecesario. Él me dijo:

5 El comandante Faure Chomón y otros oficiales del Directorio Revolucionario integran la primera delegación militar rebelde que, a finales de 1959, visita la Unión Soviética y la República Popular China.



”—Si tú quieres, yo aclaro esto en la televisión. Pero lo más importante para los revolucionarios es saber quiénes van a permanecer con la Revolución y quiénes no.

”—Estoy de acuerdo contigo. No hay mejor aclaración que nuestra unidad.

”Y me dice Fidel, en una estrategia unitaria que después quiso transmitir a los partidos y fuerzas que apoyaron al Gobierno de la Unidad Popular y a Salvador Allende:

”—Nos une más estar de acuerdo por la lucha misma que sentarnos en torno a un gabinete a especular sobre la Revolución. En torno a la mesa quizás no nos pongamos de acuerdo nunca. Pero la lucha nos unirá. Hagamos la Revolución.

”En esencia, avanzar mucho y teorizar menos (...) Estas acciones de aproximación, de limar posibles asperezas, tiene su momento cumbre cuando Fidel nos invita a un acto en apoyo de la Reforma Agraria que iba a tener lugar en la Sierra Maestra, en los Lirios de Nagua. Es curioso, en Manzanillo, el pueblo nos pidió que abrazáramos a Fidel, porque aún estaba muy reciente la situación de los primeros días de enero. En este viaje, Fidel se abre con nosotros y nos trae la estrategia revolucionaria, la que nos conducirá al socialismo.

”—Vamos a hacer la Revolución con leyes. Éstas radicalizarán al pueblo. El imperialismo nos va a ayudar sobremanera. Cada ley, aunque no sea radical, afectará intereses del imperialismo en Cuba y vamos a ser atacados. Para el pueblo va a quedar claro que las medidas de la Revolución son justas porque lo benefician y que los ataques que recibimos a cambio son profundamente injustos. Y nuestra táctica va ser, con el apoyo del pueblo, dictar nuevas leyes revolucionarias, más profundas y radicales. Por ese camino, la Revolución se hará muy radical”.⁶

Al final, como lo proyectó Fidel Castro, la marcha misma de la Revolución unió a los revolucionarios, y no una asamblea o reunión, o un reparto de puestos públicos. El camino de la unidad de los revolucionarios cubanos es largo, complejo y aleccionador —y su recons-

6 Testimonio de Faure Chomón Mediavilla, La Habana, 28 de junio del 2000.



trucción tiene una importancia capital para el futuro de la Revolución—, pero no constituye el objeto de esta aproximación. Sólo quise completar, *grosso modo*, un cuerpo de ideas introducidas en la conferencia anterior.

Establecidos en La Habana, completar el Consejo de Ministros fue una de las urgencias. Por eso, la misma noche del 5 de enero, los ministros designados en Camagüey juraron sus cargos: José Miró Cardona, primer ministro; Luis Orlando Rodríguez y Rodríguez, ministro de Gobernación; Manuel Ray Rivero, ministro de Obras Públicas; Humberto Sorí Marín, ministro de Agricultura; Armando Hart Dávalos, ministro de Educación.

También lo hicieron dos ministros escogidos en diciembre en La Rinconada, pero que por no estar en Santiago de Cuba el 3 de enero, no pudieron jurar sus cargos: Manuel Fernández García, ministro de Trabajo, y Raúl Cepero Bonilla, ministro de Comercio. Ninguno de los dos tuvo una militancia activa en el Movimiento 26 de Julio. Manuel Fernández fue, en los años 30, miembro de Joven Cuba, y tras el golpe de Estado de marzo de 1952, uno de los dirigentes del Movimiento Nacional Revolucionario. Raúl Cepero Bonilla era periodista, economista e historiador, pero no tuvo una militancia destacada en la insurrección.

Los nombramientos propendían a producir, al interior del gabinete, un equilibrio numérico entre los militantes del Movimiento 26 de Julio y las personalidades cuya incorporación no respondía a su militancia política. Esta tendencia al equilibrio se acentuó en las horas y días siguientes, a partir de dos fuentes de iniciativa: la del presidente u otras figuras independientes del Gobierno Revolucionario, y la de algunas figuras prominentes del Movimiento 26 de Julio; en especial, el ministro de la Presidencia.

En las horas inmediatas al establecimiento del Gobierno Revolucionario, en el Palacio Presidencial hubo dos designaciones, los nombramientos de los ministros de Hacienda y de Transporte, que no fueron fruto del cálculo político, sino respondieron a necesidades inmediatas de gobierno o administración, lo que evidencia la velocidad y relativa espontaneidad políticas con las que se operaba. ¿Qué ocurrió?



La demora o posposición de las respectivas designaciones ministeriales, obligó a cubrir algunas carteras interinamente. Por decretos presidenciales, el ministro de Comercio lo era igualmente de Hacienda y el ministro de Gobernación, de Defensa Nacional. Esto es, los doctores Raúl Cepero Bonilla y Luis Orlando Rodríguez y Rodríguez ocupaban, respectivamente, los cargos interinos. En realidad, el segundo, pues Cepero Bonilla se deshizo de la responsabilidad casi enseguida.

En la noche del mismo 5 de enero, sin haber tenido oportunidad real de ejercer la doble función asignada de ministro interino de Hacienda, el doctor Raúl Cepero Bonilla planteó la imposibilidad de cumplir cabalmente con las obligaciones inherentes a la responsabilidad. Como ministro de Hacienda se limitó a efectuar una destitución y un nombramiento: la destitución del doctor Joaquín Martínez Sáenz como presidente del Banco Nacional de Cuba y presidente del Consejo Director de los Ferrocarriles Occidentales de Cuba S.A., y su sustitución en ambas responsabilidades por el doctor Felipe Pazos y Roque.

Aceptada la objeción de Cepero Bonilla para el ejercicio de ambas carteras ministeriales, al resolver técnicamente el asunto en su condición de ministro de la Presidencia, sin trámites políticos de consulta con el Movimiento 26 de Julio, dada la envergadura de su iniciativa, y sin asesorarse con nadie, el doctor Luis Buch le sugirió al presidente provisional nombrar al doctor Rufo López Fresquet como ministro de Hacienda. De esta manera entró al gabinete este economista, experto en impuestos, que había sido columnista económico del *Diario de la Marina*, consejero del ministro de Hacienda en el gobierno del doctor Ramón Grau San Martín (1944-1948) y director de la Sección Industrial del BANFAIC durante el gobierno de Carlos Prío Socarrás (1948-1952). López Fresquet se vinculó activamente al Movimiento de Resistencia Cívica. Su relación personal con el doctor Luis Buch y su ascendencia profesional, llevaron a que se le considerara para el cargo de ministro de Hacienda en el Gobierno Revolucionario, el cual debió instaurarse en caso de que la Huelga General del 9 de Abril de 1958 se saldara con la caída de la dictadura.

La designación del ministro de Transporte ocurrió de manera *sui generis*. En la mañana del 6 de enero, compelido a resolver el estado



de anarquía existente en la Corporación Nacional de Transportes, resolviendo la situación el ministro de la Presidencia dispuso que el comandante Julio Camacho Aguilera, quien en el preciso instante entraba a su despacho, actuara interinamente como delegado interventor de la Presidencia de la República. En los días posteriores, el presidente avaló el nombramiento, y como la responsabilidad máxima de la CNT equivalía a la de ministro de Transporte, se le tomó juramento a Camacho Aguilera. En ese momento, Camacho Aguilera era comandante del Ejército Rebelde, colofón de una intensa y extensa hoja de servicios en la lucha insurreccional, tanto en la lucha clandestina de las ciudades como en la guerrilla, por casi toda la geografía nacional. En el Gobierno Revolucionario devendrá el ministro de extracción proletaria, dado su origen obrero en Guantánamo.

En la sesión del Consejo de Ministros del 9 de enero se designaron dos nuevos ministros: el de Comunicaciones y el de la Ponencia y Estudio de Leyes Revolucionarias. Las designaciones recayeron en dos dirigentes del Movimiento 26 de Julio en la provincia de Las Villas: el ingeniero Enrique Oltuski Ozacki como ministro de Comunicaciones, y el doctor Osvaldo Dorticós Torrado como ministro encargado de la Ponencia y Estudio de las Leyes Revolucionarias.

La designación de Oltuski Ozacki, consultada por Faustino Pérez a Fidel, amén de incorporar al gabinete a un joven ingeniero formado en Estados Unidos, con una larga y protagónica labor revolucionaria, resolvía la situación particular creada en la provincia de Las Villas, donde en lugar de ser nombrado gobernador, como acordó la Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, el coordinador del Movimiento, al trasladarse el Che a La Habana, en su condición de Comandante Jefe de la provincia, designó a uno de sus comandantes, Calixto Morales. Durante el último año de la lucha y al momento de su designación, Oltuski Ozacki era coordinador del Movimiento 26 de Julio en Las Villas.

El nombramiento del doctor Osvaldo Dorticós Torrado como ministro encargado de la Ponencia y Estudio de las Leyes Revolucionarias, resultó más un acto de previsión legislativa que una necesidad experimentada. Su nombramiento fue iniciativa de su amigo, el primer



ministro doctor José Miró Cardona. Dorticós provenía de una familia tradicional de la ciudad de Cienfuegos, donde fue dirigente del Movimiento de Resistencia Cívica y del Movimiento 26 de Julio, indistintamente, cargos facilitados por su doble condición de comodoro del Cienfuegos Yacht Club y presidente del Colegio Nacional de Abogados. En diciembre de 1958 fue detenido y obligado a partir al exilio, en México, de donde regresó horas antes de ser nombrado.

El 20 de enero, el presidente nombró y juramentó al comandante Augusto Martínez Sánchez como ministro de Defensa Nacional, poniendo fin así al desempeño interino de la cartera por parte del ministro de Gobernación. Obviamente, su designación provenía de la iniciativa del Comandante en Jefe, doctor Fidel Castro, a cuyo lado estuvo Martínez Sánchez desde las primeras horas del triunfo de la Revolución. Abogado y hombre meticulado, en su condición de Auditor General, fue el pulmón de la articulación del estado guerrillero del II Frente Oriental Frank País, que bajo el mando del comandante Raúl Castro operó en las montañas al noreste de la provincia de Oriente.

Igualmente, ese día, el presidente designó y juramentó al doctor Regino Boti León, renombrado economista, personalidad en la Comisión Económica para América Latina (CEPAL), profesor de la Universidad de Oriente y coautor de un proyecto de Plan Económico del Movimiento 26 de Julio, como ministro encargado del Consejo Nacional de Economía.

Tres días después se cerró propiamente el proceso de articulación del Gobierno Revolucionario, cuando el presidente propuso y el Consejo de Ministros acordó la creación del Ministerio de Bienestar Social, el cual se le confió a Elena Mederos Cabañas, personalidad de larga y prominente ejecutoria social, quien era vicepresidenta de la Sociedad de Amigos de la República y directiva del Lyceum Lawn Tennis Club.

Cuando el Gobierno Revolucionario quede completamente integrado, en la segunda mitad de ese primer mes, algunas características resultarán notorias.

Fue un gabinete esencialmente masculino, con la sola excepción de Elena Mederos, e integrado de manera mayoritaria por profesionales; en particular, abogados, el 60 % de sus miembros.



La edad constituyó uno de los elementos más característicos de la nueva administración provisional. Fue una revolución impulsada y conducida principalmente por jóvenes; en consecuencia, resultó una administración pública extraordinariamente joven. Los benjamines del primer gabinete revolucionario tenían en común, entre otras cosas, los 27 años: el abogado Armando Hart Dávalos y el ingeniero Enrique Oltuski Ozacki. Se hizo necesario modificar la Constitución de 1940 para posibilitar el ejercicio público de los jóvenes.

Algunos ministros eran muy jóvenes, pero tenían una escuela impar: la lucha insurreccional, en la cual ocuparon responsabilidades que lo maduraron rápidamente. Tenían una anemia absoluta en la conducción de los asuntos públicos, pero estaban dotados de olfato político, orientación ideológica para las reformas y oficio para la relación.

Ahora que varios ministros no superaran los 30 años describe una tendencia, no necesariamente mayoritaria, y que varios ministros fueran mayores de 40 años describe otra tendencia, tampoco mayoritaria. El Gobierno Revolucionario se dividía, en lo esencial, en dos bloques generacionales. Los elementos más conservadores, por lo común, sobrepasaban los 40 años; los más radicales se movían en los 30 años. Los más jóvenes habían tenido una militancia insurreccional destacada; no así los más maduros.

En su composición era un gobierno ajíaco. Había personalidades de varias tendencias políticas; en especial, veintiseístas, auténticos y ortodoxos.

El gobierno se dividía en dos bloques de procedencia y proyección políticas. De un lado, los provenientes del Movimiento 26 de Julio y las figuras independientes; y sus miembros podrían evaluarse políticamente como reformistas, aunque podría subclasificarse como reformistas-conservadores y los reformistas-revolucionarios, de acuerdo hacia donde apuntaran de manera estratégica.

Un hecho es cierto: el Gobierno Revolucionario tranquilizó a los sectores económicos más importantes del país y a la comunidad internacional más inmediata a los asuntos cubanos: Estados Unidos y las naciones americanas, gobernadas todas por las burguesías locales.



“El nuevo gobierno era el primer motivo de entusiasmo”. La razón base para el *entusiasmo* es la disipación de los temores, por “la participación de estos hombres”, razón para que “el gobierno pareciera, en cierto modo, el tipo de gobierno que Agramonte podría haber nombrado si hubiera sido elegido Presidente en 1952: hombres decentes, para el momento de decencia”.⁷

O en palabras de uno de sus miembros, el doctor Luis Buch: “Con estas características, no es de dudar que en los Estados Unidos y entre los grandes intereses económicos hubiera un clima de relativa confianza, y que los compañeros que habían proclamado la necesidad de una revolución profunda tuvieran ciertas reservas (...) En realidad, varios éramos mucho más radicales de lo que los enemigos y algunos compañeros creían, y experimentamos, además, un vertiginoso proceso de radicalización, en la misma medida en que la Revolución fue encontrando y superando escollos y tropiezos”.⁸

En la visión rebelde de los cauces y destinos, aquel gobierno habría de desempeñar un doble papel: realizar los cambios básicos prometidos al país y servir de bálsamo a los potenciales enemigos de los cambios: la burguesía nacional y extranjera, la derecha cubana y Estados Unidos y sus aliados internacionales. Lo segundo lo lograba su composición. Lo primero dependía en lo esencial de la armonía en la velocidad y profundidad de las medidas que adoptara el gobierno constituido.

La Revolución había vencido una primera etapa, la conquista del poder, y había que preparar la segunda. En la primera, el enemigo principal, más visible, había sido la dictadura de Fulgencio Batista; en la segunda, el enemigo se complicaba de manera extraordinaria: ya no serían los remanentes del batistato, sino un amplio espectro de individuos que por razones económicas, sociales y política colisionarían con la agenda de cambios, y donde habría de todo: batistianos, escép-

7 Hugh Thomas: *Cuba, la lucha por la libertad, 1762-1970*, t. 3; *La República Socialista, 1959-1970*, Ediciones Grijalbo, S.A., Ciudad de México, 1964, pp. 1369 y 1371.

8 Luis M. Buch Rodríguez y Reinaldo Suárez Suárez: *Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002, p. 14.



ticos, ex revolucionarios, y el más importante: Estados Unidos de América. De la misma manera que hubo que preparar paciente y profundamente la guerra contra la dictadura en la primera etapa, sangrienta y compleja; había que preparar al país para la segunda etapa, compleja y sangrienta. Si en Cuba se producía una revolución verdadera y no una simple reforma del sistema, a lo cual aspiraban muchos individuos y grupos muy influyentes, habría una gran colisión político-militar. Fidel Castro y muchos de sus compañeros —no todos— estaban conscientes.

Nadie se percató tanto de la necesidad de preparar ese segundo momento como Fidel Castro, quien tuvo bien en claro qué se necesitaba hacer: ganar tiempo, crear una cultura de respaldo a lo que significaría la Revolución, organizar las fuerzas y medios propios, y avanzar en la aplicación de un programa de transformaciones, a la vez que se neutralizaban y derrotaban las reacciones enemigas de los sectores e intereses afectados. El objetivo estratégico que lo animaba consistía en hacer una revolución, con la inteligencia de preveer sus necesidades temporales, personales, organizativas.

El Gobierno Revolucionario apunta a cubrir esas necesidades, a la vez que él se esforzaba por crear las condiciones políticas e ideológicas de la revolución social y económica en Cuba. Por supuesto, aquel gobierno, que debía ser revolucionario por definición coyuntural, podía no serlo, y limitarse a ser un gabinete reformista para un inigual momento de tránsito político del país. Es más, por disfuncionalidades no ideológicas podía estancarse, desperdiciar el tiempo y comprometer la realización de las reformas básicas que le estaban reservadas desde los días de la insurrección.

La prioridad de la nueva administración revolucionaria en cada ministerio e institución del Estado, radicó en reemplazar a los directivos y parte del funcionariado heredado del batistato y organizar el funcionamiento institucional en las nuevas condiciones. En todos los casos hubo que hacerlo sobre la marcha, de manera vertiginosa, por inesperado, apelando principalmente a las personas que ofrecían confianza política a los nuevos rectores institucionales. Ésa fue casi una norma, la excepción resultaría que criterios técnico-profesionales de-



terminaran los nombramientos. No hay nada de extraño en ello. La súbita caída del régimen y la naturaleza de conformación de la nueva administración revolucionaria, determinaron en mucho los grados de improvisación con que se cubrieron en un inicio las principales responsabilidades en los ministerios y organismos públicos. La condición primera de nombramiento fue la filiación revolucionaria del escogido, por lo menos cuando los ministros respondían a una militancia revolucionaria precedente.

Las primeras leyes revolucionarias, como es de suponer, apuntaron a las mayores urgencias de las circunstancias institucionales y políticas, y en algunos casos también delataron el sello personal, a ratos caprichoso, que imponía a las decisiones de gobierno el presidente, abocado ante todo a tomar medidas en su mundo de origen profesional: el jurisdiccional.

La primera ley dictada por el Gobierno Revolucionario⁹ declaró extinguida la jurisdicción especial de las salas de Urgencia, decretando la disolución de la Sala Segunda de lo Criminal del Tribunal Supremo de Justicia. En lo adelante, el conocimiento de los casos adjudicados a la jurisdicción de Urgencia pasó a la jurisdicción ordinaria criminal. La primera Reforma Constitucional aprobada fue suspender transitoriamente la inmovilidad judicial consagrada en la Constitución de 1940, para acometer algo en lo que Urrutia se mostró vivamente interesado: una depuración. Acaso a destiempo, el presidente consumió muchas energías en realizar con prontitud, desde una perspectiva muy personal, la depuración de las instancias jurisdiccionales cubanas.

Por otro lado, al caer la dictadura, el tratamiento de las personas, y los bienes, de quienes estuvieron comprometidos con el régimen *de facto* determinó algunas decisiones de una elevada incidencia humana y hondas repercusiones públicas. Por el mecanismo de Reforma Constitucional, el Consejo de Ministros autorizó el 10 de enero la aplicación de las leyes penales con efecto retroactivo a los “delitos cometidos al servicio de la dictadura”, los cuales podrían “ser juzgados de acuerdo con las leyes penales que deberán ser promulgadas”, a cuyos autores

9 *Gaceta Oficial Extraordinaria*, de 6 de enero de 1959.



podría aplicarse de manera excepcional la pena de muerte por fusilamiento y la confiscación de bienes.¹⁰

Para garantizar que, por vía legal, las personas vinculadas al anterior régimen y contra quienes existieran atisbos de responsabilidad pudieran evadir la jurisdicción criminal, el Consejo de Ministros derogó la Ley-Decreto 1463 de 10 de junio de 1954 que exigía que los pasaportes cubanos deberían tener una Certificación de Vigencia emitida por el Ministerio de Estado, y exigió que todo ciudadano cubano que quisiera trasladarse fuera del país debería tener un permiso o autorización otorgado por el jefe de la Policía Nacional, quien quedó facultado para tomar decisiones a discreción que garantizaran el espíritu de la nueva ley.¹¹

A iniciativa del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados, que inició una enérgica campaña de intervención y ocupación, sujetas a expedientes de confiscación, de las propiedades de individuos vinculados a la dictadura sospechosos de haberse enriquecido ilícitamente, el Consejo de Ministros acordó ordenar que los funcionarios de los registros de la propiedad, mercantil y sociedades anónimas, se abstuvieran de realizar cualquier tipo de operaciones sin previa autorización ministerial. De igual manera, se decretó el congelamiento de los depósitos bancarios.

En igual dirección apuntó la decidida campaña en los organismos públicos de supresión de las botellas, incluidos los pagos subterráneos a periodistas y medios de comunicación que había caracterizado al anterior régimen. Hubo un verdadero esfuerzo gubernamental por limpiar raigalmente la administración pública cubana. Queriendo poner remedio a los manejos turbios del anterior régimen, en materia educativa se declararon nulos los exámenes realizados y las titulaciones expedidas en los institutos de segunda enseñanza durante el tiempo que estuvieron cerrados.

Hubo muchas más medidas de este corte. Pero más allá de las medidas adoptadas, preciso es observar un fenómeno: la limitación del

10 *Gaceta Oficial*, edición extraordinaria, 14 de enero de 1959, pp. 1 y 2.

11 Ley número 2, de 9 de enero de 1959. *Gaceta Oficial Extraordinaria*, de 12 de enero de 1959.



contenido y alcance de las leyes promulgadas. La atención se concentró en lo urgente: atacar la herencia de corrupción y crímenes de la dictadura, pero el gobierno descuidó avanzar en la materialización de los derroteros derivados de los enunciados programáticos de la Revolución. Ésta constituirá la gran limitación en el funcionamiento del Gobierno Revolucionario, cuando llegue a los primeros 45 días de su creación.

A ello es preciso unir las dificultades y contradicciones en su funcionamiento interno. ¿Qué ocurría? La combinación de un grupo de factores. Basta con algunos. En primer orden: el presidente no era propietario de un plan de gobierno, ni tomó la iniciativa para estructurar un diseño legislativo de realización del programa revolucionario, el cual tampoco estaba delineado con precisión. En segundo orden: el primer ministro tampoco era propietario de un proyecto de reformas, y su autoridad y posibilidades de manejo del gabinete resultaban muy reducidas por disposición constitucional, pues el Consejo de Ministros lo dirigía el presidente. En tercer orden: el presidente y el primer ministro, por características personales, lejos de armonizar en sus desempeños, se enfrascaron en una sorda disputa de protagonismos discursivos que entorpecía la agilidad y productividad de las sesiones del Consejo de Ministros.

Por otro lado, echar a andar la maquinaria del Estado, las redes institucionales de los ministerios, tras tan abrupto cambio, exigía tiempo y dedicación. Pero con un Consejo de Ministros convocado a sesiones permanentes, resultaba virtualmente imposible atender de manera adecuada los problemas ramales. Como si fuera poco, las extenuantes sesiones del Consejo de Ministros presididas por el presidente se daban de una manifiesta improductividad. En todas las reuniones presididas por el presidente a partir del 3 de enero y hasta el primer tercio de febrero, se emplearon 153 horas de deliberación para adoptar 265 acuerdos; o sea, 1,7 acuerdo por hora de sesión; en la única reunión que, por indisposición del presidente, dirigió el primer ministro, en nueve horas de deliberaciones se adoptaron 40 acuerdos, a razón de 4,4 acuerdos por hora de reunión.¹²

12 Luis Buch Rodríguez: *Gobierno Revolucionario Cubano. Génesis y primeros pasos*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2001, p. 72.



Uno de los ministros resumió el asunto en estos términos: “Lamentablemente, en los primeros cuarenta y cinco días, el Gobierno Revolucionario avanzó lentamente, con dificultades, aunque se sentaron las bases jurídicas e institucionales para las medidas más profundas. Los ministros apenas podían trabajar en sus organismos, pues estaban completamente abocados en reuniones extraordinarias de carácter permanente, en las que Urrutia y Miró Cardona pugileteaban discursivamente. El Gobierno Revolucionario no funcionaba con la agilidad que se requería. Urrutia asumía posiciones torpes en el manejo de situaciones de conflicto. Miró Cardona, aspirando a sustituirle, con frecuencia imponía su retórica en las reuniones del Consejo de Ministros, en una táctica evidente de crearle una crisis y reemplazarlo”.¹³ A tal extremo llegaron estas dificultades que, a mediados de enero, el primer ministro presentó su renuncia y el presidente la aceptó en principio, aunque se le convenció para no hacerlo oficialmente para evitar una crisis de gobierno.

Los ministros se veían atorados para el ejercicio de sus facultades. Pronto, varios de ellos, quienes actuaron en el aparato clandestino del Movimiento 26 de Julio, Faustino Pérez, Julio Camacho, Enrique Oltuski, Armando Hart y Luis Buch, entraron en conciencia del problema y decidieron actuar para resolverlo. Ellos sabían que la gran debilidad del Gobierno Revolucionario, más allá de las limitaciones de sus miembros, o las contradicciones entre el presidente y el primer ministro, residía en las dificultades que planteaba el liderazgo político de Fidel Castro y su no integración al gabinete.

Un asunto en el cual no hubo contradicciones entre los actores revolucionarios constituye, quizá, la mejor prueba de la dicotomía política que se daba en el país. La primera crisis política internacional que tuvo que afrontar el Gobierno Revolucionario fue la dañina campaña de prensa hemisférica contra los fusilamientos de individuos condenados como criminales de guerra, que tuvieron lugar desde las primeras semanas del triunfo rebelde en distintos puntos de la geografía nacional; especialmente, en el centro-oriente del país.

13 Luis M. Buch Rodríguez y Reinaldo Suárez Suárez: *Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano*, ed. cit., pp. 14 y 15.



En el Gobierno Revolucionario había unanimidad en cuanto a la necesidad de castigar con severidad, incluido acudir al recurso de la pena de muerte, a quienes se les probara que habían cometido graves crímenes en la terminada guerra civil. Por eso, cuando tras las dos primeras semanas de juicios sumarios por parte de los Tribunales Revolucionarios y ejecuciones se originó una reacción crítica en todo el hemisferio, los más prominentes miembros del gabinete salieron en defensa de los procedimientos y sus consecuencias jurídicas. El presidente, el ministro de Estado y otros miembros del gabinete revolucionario, hicieron declaraciones públicas de respaldo a la actuación de la justicia revolucionaria. No obstante, el peso de la reacción cubana la llevó, por mucho, el doctor Fidel Castro, quien concibió e instrumentó una rápida y extraordinaria operación publicitaria internacional, conocida como Operación Verdad, que incluyó la invitación y traslado a Cuba de cientos de periodistas extranjeros para que observaran *in situ* las causas y naturaleza de los procedimientos y escucharan las razones históricas, circunstanciales y políticas de las medidas.

Como parte de la Operación Verdad hubo una muy concurrida y extendida conferencia de prensa, pero que tuvo lugar en el hotel Havana Hilton —cuartel general de Fidel Castro—, y no en el Palacio Presidencial. Ante los cerca de 500 periodistas concurrentes disertó Fidel Castro y no el presidente, el primer ministro o los demás miembros del gabinete presentes. La conferencia de prensa sirvió de termómetro para medir dónde radicaba el centro magnético de la Revolución cubana, y dejó en claro la real dualidad de poder en el país.

Un hecho posterior lo hizo más visible, al expresarse contradicciones en el manejo de un escabroso asunto: el juego en cabarets, hoteles y casinos. El presidente había sostenido en público la determinación de erradicar de inmediato el juego, aplicando subsidios a los trabajadores afectados como fórmula de compensación laboral. Coincidiendo plenamente en la necesidad social de exterminar el juego, Fidel Castro difería de manera notable en cuanto al momento de actuar. El presidente, de inmediato, sin dilaciones; Fidel Castro en el momento que la economía recién asumida, en apremios diversos, lo posibilitara. Sus palabras, en un acto público en que se resolvía otro



de los numerosos conflictos laborales heredados, no dejan a dudas de la disparidad: “es muy fácil escribir en un despacho olvidándose de que hay medio millón de desempleados y cientos de obreros que trabajan en los centros de diversiones (...) Yo llegué a la convicción de que nuestras condiciones económicas actuales no nos permitirían el lujo de suspender el juego en los casinos (...) ¿Subsidios? ¿Pero de dónde vamos a sacar subsidios si aquí tenemos que pagar todos los millones, las deudas, los intereses? (...) Es muy bonito resolver teóricamente estos problemas con el estómago lleno. Es muy bonito desde un despacho decir: ‘El problema es así’. Pero yo a todos esos los llamaría a que se reunieran con los trabajadores”.¹⁴

Esa noche hubo una crisis silenciosa de gobierno, anticipo de lo que vendría en los meses siguientes: Urrutia decidió renunciar a su cargo, por sentirse atacado. Hubo que convencerlo de que la crítica del líder de la Revolución iba dirigida al funcionamiento general del gobierno y no a su persona. De todos modos, el incidente puso sobre el tapete que el presidente gobernaba desde el Palacio Presidencial, sin una proyección sistémica de contacto con la realidad del país, siendo su vulnerabilidad política extraordinaria, y que Fidel Castro, sin estar investido de responsabilidades de gobierno, estaba en la calle, en contacto directo con los problemas sociales, económicos y políticos, y constituía factor determinante en su solución, al ser su posición política casi que inmejorable.

Si el presidente de la república hubiese logrado armonizar en brevedad al Consejo de Ministros y empujarlo a la adopción de las medidas de gobierno comprometidas en el programa de la Revolución, su debilidad habría quedado disminuida, incluso, no se habría vuelto funcional. Pero al estancarse la labor del Consejo de Ministros, aflorar contradicciones en su cúpula y no adoptar medidas reformadoras, la crisis resultó inevitable.

El problema era de diseño: un Gobierno Revolucionario presidido por un no revolucionario. La solución desde esta perspectiva era sencilla: que el líder de la Revolución asumiera el manejo y dirección del

14 Fidel Castro Ruz, discurso en la Empresa Shell, 6 de febrero de 1959.



Gobierno Revolucionario. Había dos fórmulas. Una total: que ostentara la Presidencia Provisional, lo que Fidel rechazó desde siempre. Otra parcial, aunque igual de efectiva: que asumiera el control político del Consejo de Ministros, por medio de asumir el cargo de primer ministro, lo que suponía vencer su resistencia.

La necesidad, el grado suficiente de inquietud entre los ministros interesados en que el Gobierno Revolucionario marchara rápidamente hacia el vencimiento de las promesas de transformación que animaron la insurrección cubana, hizo la solución: varios de los ministros veintiseístas lograron determinar a Fidel Castro a integrarse, el 16 de febrero de 1959, al gabinete en calidad de primer ministro, con un cambio fundamental: sería el jefe político del Gobierno Revolucionario. Para ello se introdujo una reforma del Artículo 146 de la Constitución de 1940 y de la recién aprobada, pero no publicada, Ley Fundamental de 7 de febrero, en virtud de la cual el primer ministro dejó de “representar la política general del Gobierno para pasar a dirigir la política general del Gobierno”.

No constituyó un mero cambio semántico, sino de contenido. El primer ministro pasó a presidir las reuniones del Consejo de Ministros, y asumió la responsabilidad política de su ejecutoria. En verdad, la solución fue radical en su contenido, al traspasar al primer ministro la autoridad material por la ejecutoria del Gobierno Revolucionario. En lo adelante, el Presidente Provisional de la República sancionaría o rechazaría los proyectos de leyes que adoptara el Consejo de Ministros en el término que fijaba la Ley Fundamental, 10 días.

La Habana, 17 de febrero del 2006.



La Revolución toma el poder

Enrique Oltuski Ozacki

Era el 6 de enero de 1959, Día de Reyes. En la sala había un arbolito de Navidad con los regalos. Amanecía... y llegó mi regalo. Era Fidel que llegaba a Santa Clara al frente de la Caravana de la Libertad.

Yo era el coordinador del 26 de Julio en la provincia de Las Villas y me dio instrucciones para que organizara un acto en el parque Vidal.

Antes de salir a cumplir sus instrucciones me pidió que le contara lo que estaba haciendo para restablecer la normalidad en la provincia. Le conté y pareció satisfecho, porque me dijo:

—¿Por qué no te unes a la caravana y trabajas conmigo?

—¿Quién yo? —le contesté—. Yo ya terminé, ya cumplí con mi deber patriótico y el lunes me reincorporo a mi empresa.

Se me quedó mirando, hasta que habló:

—¿Así que tú crees que terminaste? ¿No te das cuenta que ahora es que la Revolución comienza?

Miré el reloj, era ya la medianoche del 12 de febrero de 1959. Estábamos reunidos desde las 2 de la tarde. Igual que el día anterior. Como los días anteriores. Discusiones interminables. Resultados: escasos.

El Consejo de Ministros no funcionaba. En la punta de la mesa presidía Urrutia. Era un radical en todo lo que tuviera que ver con el delito, con los criminales de la dictadura, con el juego, pero un conservador en cuanto a los cambios sociales y políticos.

Miró Cardona era el primer ministro. Lo único que le interesaba era poner en crisis a Urrutia para sustituirlo como presidente. Era



obsesivo con esa idea. Constituía la gran ambición de su vida. Para ello trataba de estar bien con unos y con otros. Hablaba mal de Urrutia a sus espaldas y decía que era un incapaz.

Rufo López Fresquet, el ministro de Hacienda, era el representante de la reacción. Como manejaba los fondos del Estado se dedicaba, con el pretexto de no malgastar el dinero, a frenar toda idea progresista.

Agramonte, el ministro de Relaciones Exteriores, era la imagen de lo inocuo, le decían "masa boba".

Estaba el grupo de ministros que proveníamos de las filas revolucionarias. Las ideas no estaban claras para nosotros, actuábamos "individualmente", no había un líder en el Consejo que coordinara nuestras acciones. Cundía el malestar entre nosotros. Faustino, Armando, Julio Camacho, Luis Buch, yo, que habíamos estado más unidos durante la insurrección, nos preguntábamos qué hacer.

Volví a mirar el reloj: la 1 de la madrugada. Afortunadamente, el Consejo tocaba a su fin. Mientras recogíamos nuestros papeles, nos miramos a las caras, nuestros ojos reflejaron el entendimiento.

—Esto no da más —dijo Faustino.

—¡Vamos! —dijimos todos y salimos a la calle.

Luis Buch, como ministro de la Presidencia, tuvo que quedarse, a él le tocaba ordenar lo tratado durante el Consejo y redactar la nota de prensa. Los demás tomamos nuestros automóviles y nos dirigimos al hotel Habana Hilton, lugar que Fidel utilizaba frecuentemente para efectuar encuentros y desarrollar actividades.

Eran casi las 2 de la madrugada, cuando localizamos a Fidel en uno de los pasillos del hotel.

Había un hervidero de gente en el *lobby* y en varios pisos. Soldados rebeldes, dirigentes obreros, jefes del 26 de Julio y otras organizaciones, formaban grupos en los cuales se discutía todo tipo de problemas. Si bien el gobierno que estaba en el poder era nominalmente el de Urrutia, y Fidel, el jefe de las fuerzas armadas, no podía hacerse una clara distinción entre el gobierno y el Movimiento 26 de Julio. En el Consejo se sentaban ministros que provenían de nuestras filas. Todo el mundo sabía que el poder estaba donde estaba Fidel y continuamente se dirigían a él en busca de orientación, a veces de decisio-



nes, colocándolo en una situación compleja en la cual, por un lado, se trataba de un gobierno que no era el suyo y, por otro, cualquier decisión afectaba la Revolución, que sí era suya. El corazón y el cerebro de la Revolución estaban aquí y no en el Palacio Presidencial. Fidel no conocía el descanso.

—¿Pero qué hacen ustedes aquí? —nos preguntó al vernos.

—Queremos hablar contigo —dijo Faustino.

—¿Qué pasa? —insistió Fidel.

—No podemos más —volvió a hablar Faustino—. El Consejo de Ministros no funciona. Lo único que hacemos es hablar horas interminables. Juegan muchos intereses y no hay autoridad. ¡Tienes que asumir la dirección del gobierno!

—Fidel, éste no es nuestro gobierno —dije yo—. Si tú no te haces cargo, nosotros no queremos seguir siendo ministros.

En la penumbra del pasillo se hizo el silencio. Todos mirábamos expectantes a Fidel, que se recostó contra la pared pensativo.

—Así que ustedes quieren que yo me haga cargo del gobierno —dijo al fin—. Yo no quiero, pero bueno, vamos a hablar, ¿dónde podemos ir?

Algunos sugerimos ir a nuestras oficinas.

—No, a una oficina no.

Entonces se me ocurrió:

—Fidel, ¿por qué no vamos a mi casa?

—¿A tu casa?... No es mala idea, ¡vamos!

Partimos en la noche. La calle 23 estaba desierta y pronto llegamos a mi casa, en el bosque de La Habana. Fidel ordenó citar a más compañeros a la reunión. Cuando todos estuvimos reunidos, no alcanzaban los asientos de la sala, algunos se sentaron en el suelo; otros, en la escalera que llevaba al piso de arriba.

Nadie había comido y Martha, que estaba en estado de nuestro segundo hijo, se metió en la cocina a preparar algo de comer.

Todos mirábamos a Fidel que se puso de pie y se dirigió al centro de la sala. Todas las luces estaban encendidas y la figura de Fidel era hermosa en su juventud y fortaleza.



—Así que ustedes quieren que me haga cargo del gobierno; bueno, vamos a ver primero de qué gobierno estamos hablando —dijo, introduciendo la mano en el bolsillo izquierdo de la camisa de donde sacó una pequeña libreta azul.

Paseó la mirada por todos los presentes.

—Hablemos primero de la reforma agraria.

Hizo una larga, detallada y profunda exposición de su concepción de la reforma agraria, todos escuchábamos con gran atención. No hubo que discutir mucho, todos compartimos los criterios expresados por Fidel.

Fue pasando las hojas de la libretica: los altos alquileres, la falta de viviendas que sufría la población, las tarifas eléctricas, la educación y la salud, las fuentes de trabajo. La lucha contra la pobreza, la corrupción, la prostitución. El desarrollo económico. El Ejército Rebelde. La política exterior.

Las horas pasaban. Martha sirvió la magra cena. La gente masticaba automáticamente, el alimento estaba en las palabras de Fidel.

Amaneció, la luz entraba por las ventanas. Nadie tenía sueño, a pesar de que llevábamos 24 horas sin dormir. Unos estaban sentados en las butacas de la sala; otros, en los peldaños de la escalera, había gente tendida en el suelo. Fidel tenía poco espacio para moverse. Cuando se detuvo, todos queríamos que siguiera hablando.

—¿Es éste el gobierno que queremos? —preguntó.

—Sí, Fidel, sí —dijimos todos.

—Entonces... ¡acepto!

La gente fue partiendo y sólo nos quedamos quienes éramos miembros del gobierno.

—Hay que hablar con Urrutia y, sobre todo, con Miró Cardona, pues es el cargo de primer ministro el que debo asumir.

Miró aceptó renunciar a favor de Fidel. El 16 de febrero, Fidel tomaba posesión del cargo de primer ministro.

Después del acto oficial, los ministros nos sentamos alrededor de la gran mesa del salón del Consejo. Urrutia presidía sentado en la cabecera. Fidel estaba sentado a su lado.

—Comencemos el Consejo —empezó Urrutia, Fidel lo interrumpió:



—Perdone, señor presidente, quisiera precisar algunas cosas.

—Adelante, Comandante.

—El pueblo espera por nosotros. ¡No hay tiempo que perder! Hemos luchado para transformar este país. Debemos ser profundos en los análisis, valientes en las decisiones y responsables en la ejecución de nuestro programa de gobierno, para lo cual reclamamos la autoridad correspondiente.

A continuación, Fidel expuso el programa de gobierno de la Revolución.

—Si voy a ser responsable de cumplir este programa, debo tener, repito, la autoridad necesaria, por lo que debo presidir el gobierno.

Urrutia había ido cambiando de color.

—Pero... Comandante... entonces yo como presidente ¿qué hago?

Se produjo una pausa, en la cual todos guardamos silencio.

Quitarme si no sirvo —respondió finalmente Fidel, con una sonrisa en los labios.

Todos sentimos alivio ante la inesperada y genial respuesta que rompía el dramatismo de aquella histórica escena.

Pero Urrutia se puso de pie y abandonó el salón.

—Buch, ¡síguelo! —ordenó Fidel.

Al poco rato volvió Luis Buch y dijo que Urrutia se había calmado. Fidel se puso de pie y miró la silla que había quedado vacante en la punta de la mesa.

—¿Y dónde se sentaba Batista?

—En la punta de la mesa —dijo alguien.

—Entonces me siento en el medio —acordó Fidel, mientras que los ministros que se sentaban en esa parte de la mesa, le abrían espacio.

Fidel tomó asiento y dio inicio el primer Consejo de verdad.

La Habana, 17 de febrero del 2006.



Vigencia del programa del Moncada

Mario Mencía Cobas

El Grito del Moncada, reafirmación del espíritu insumiso del cubano, fue la primera respuesta heroica ante el régimen despótico del 10 de marzo de 1952, y la clarinada que anunció el comienzo de la fase culminante del entonces casi centenario proceso revolucionario en Cuba.

Pero a pesar del fuerte impacto que ocasionó el Moncada en un sector radicalizado de la población, lo cierto es que las masas no supieron en aquel instante ni en los meses posteriores qué había ocurrido ciertamente, ni cuáles eran los propósitos reales de quienes participaron en la acción impar que conmovió al país en el verano de 1953.

El esquema mínimo de los objetivos que los moncadistas se propusieron divulgar el 26 de julio de ese año, sin que pudieran lograrlo ese día, figura en la proclama *A la Nación* que Raúl Gómez García, el poeta de la Juventud del Centenario, redactó por orientaciones de Fidel Castro, máximo dirigente del Movimiento que promovió el inicio de la gesta. En ese manifiesto, que equivale al programa liminar de una nueva vanguardia revolucionaria emergente en nuestra historia, se enuncian los siguientes postulados:

- Que la Revolución persigue salvaguardar la vergüenza de Cuba, que renace del pueblo cubano con la vanguardia de una juventud anhelante de una Cuba nueva.
- Que la Revolución se declara libre de trabas con las naciones extranjeras, y libre también de influencias y apetitos de políticos y personajes propios.
- Que la Revolución es la decisiva lucha de un pueblo contra todos los que lo han engañado.



- Que la Revolución respeta la integridad de los ciudadanos libres y de los hombres de uniforme que no han traicionado el corazón nacional.
- Que la Revolución declara su energía y rigor contra los que sólo han sabido tener energía y rigor para arrebatarse al pueblo sus sagrados derechos e instituciones, conculcando la libertad y soberanía al costo del dolor y de la angustia de los hijos de Cuba.
- Que la Revolución declara su decisión firme de situar a Cuba en el plano de bienestar y prosperidad económica que aseguren su rico subsuelo, su situación geográfica, su agricultura diversificada y su industrialización, que han sido explotados por gobiernos ilegítimos y espurios, por ambiciones desmedidas y por interés culpable.
- Que la Revolución declara su afán y decisión de renovar, íntegra y totalmente, el medio económico nacional.
- Que la Revolución declara su respeto por los obreros y los estudiantes como masa acreditada en la defensa de los derechos inalienables y legítimos del pueblo cubano a través de toda la historia.
- Que la Revolución declara su respeto absoluto y reverente por la Constitución que se dio el pueblo en 1940 y la restablece como Código Oficial.
- Que la Revolución declara que la única bandera es la tricolor de la estrella solitaria y la eleva como siempre, gloriosa y firme, al fragor del combate, y que no hay otro himno que el Nacional Cubano reconocido en el mundo entero por la estrofa vibrante: ¡que morir por la Patria es vivir!
- Que la Revolución declara que reconoce y se orienta en los ideales de Martí, contenidos en sus discursos, en las Bases del Partido Revolucionario Cubano, y en el Manifiesto de Montecristi; y hace suyos los programas revolucionarios de la Joven Cuba, ABC Radical¹ y el Partido del Pueblo Cubano (Ortodoxos).²

1 El ABC Radical no llegó a redactar un programa. Esta organización se integró con personas que habían pertenecido y terminaron separándose del ABC en el proceso de lucha contra el tirano Gerardo Machado en los años 30.

2 Fragmentos literales y paráfrasis del manifiesto *A la Nación*. El texto íntegro puede consultarse en *El Grito del Moncada* de Mario Mencía, Editora Política, La Habana, 1986, pp. 627-633.



La adopción de la propuesta al socialismo de la Joven Cuba, hace del manifiesto *A la Nación* un documento más radical que el que después devendría *La historia me absolverá*, pues Antonio Guiteras asumía de manera explícita y pública el socialismo como objetivo de la lucha por la soberanía: “para que la ordenación orgánica de Cuba en Nación alcance estabilidad, precisa que el Estado cubano se estructure conforme a los postulados del Socialismo. Mientras, Cuba estará abierta a la voracidad del imperialismo financiero”.³

[Lógicamente, escapa a los propósitos de hoy incursionar por los diferentes alcances o interpretaciones que, previo al triunfo de la insurrección, pudo asignársele por personas, instituciones y partidos políticos al concepto de socialismo. Sin otra pretensión, lo asumo en este momento como posible sinónimo de justicia social, aunque en el caso que analizo puede equivaler a mucho más.]

El Manifiesto del Moncada no pudo darse a conocer el 26 de julio de 1953, como ya dije. Mas, sobreviviente Fidel Castro, gestor y rector de aquella acción precursora, transformó en tribuna para la historia el banquillo de acusado y, al anunciar la bancarrota de la república neocolonizada y denunciar la naturaleza criminal de la tiranía, pudo proclamar para la posteridad el nuevo programa político inicial de la Revolución cubana.

Ese programa está contenido en su autodefensa del 16 de octubre de 1953, que después trascendería como *La historia me absolverá*. Pero esta obra maestra, que con el decurso del tiempo se transformaría en una de las más divulgadas piezas de la oratoria forense contemporánea en el hemisferio occidental, quedó apesada en el reducido espacio de la habitación de un hospital ante una treintena de oyentes.

El aparato opresor del Estado en quiebra imponía así una doble sanción; de cárcel para el defensor del derecho del pueblo a la rebelión frente a la dictadura y de silencio para el programa que fijaba rumbo a la posibilidad de una revolución.

3 Fragmento del Programa de Joven Cuba, organización fundada por Antonio Guiteras Holmes en la segunda quincena de mayo de 1934. El programa completo aparece en *Antonio Guiteras. Su pensamiento revolucionario* de Olga Cabrera, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1974, pp. 183-198.



De la misma manera que Fidel Castro no consideraba el asalto al Moncada como un fin, sino como un medio que se erigiría en método (oposición mediante la violencia revolucionaria a la violencia reaccionaria; una primera acción destinada a desencadenar la insurrección armada popular), vio la necesidad de que se conociera masivamente el significado y los objetivos a corto y mediano plazos del proceso que así se desataría.

El asalto al Moncada había sido el primer combate político-militar de su proyecto. *La historia me absolverá* iba a devenir el fundamento programático de la batalla ideológico-política que, en paralelo, debía librar para atraer en el futuro la acción del pueblo, esencia medular de su estrategia.

El método, además de traslucir cierta influencia leninista, acusaba un claro perfil martiano. Liberación nacional y lucha antimperialista resumían los propósitos en tono mayor de José Martí cuando cae en Dos Ríos. Concentrados sus esfuerzos en el primero, no entendía oportuno la proclamación del segundo, aunque actuaba en esa dirección.

Esa discreción estaba destinada a rendir un saldo positivo. Permitiría acumular el mayor número posible de fuerzas en la etapa anterior a la toma del poder, y neutralizar otras; en especial, a las representadas por varios consorcios y algunas esferas gubernamentales y publicísticas de Estados Unidos de América. Porque de haberse percatado las clases dominantes, de adentro y principalmente de afuera, del rumbo hacia el que marcharía el proceso insurreccional cubano encabezado por Fidel, habrían utilizado en su contra los recursos que movilizaron con posterioridad, cuando fue tarde; en el poder, el Movimiento Revolucionario 26 de Julio y su Ejército Rebelde, junto a las demás fuerzas que se les sumaron, y contando con el apoyo de la inmensa mayoría del pueblo, la Revolución resultaría invencible.

Enmarcado armónicamente en su medio, el lenguaje en *La historia me absolverá* expresa las frustraciones y esperanzas populares y traduce sus necesidades, sin términos artificialmente trasplantados y, en consecuencia, ajenos a la idiosincrasia del cubano y a la cultura política media de la población. Empleaba una interpretación de la táctica leninista para la toma del poder, pero sin traslucirla en vocablos



que despertaran suspicacias, mientras, en cambio, empleaba su legado político autóctono, cubano y latinoamericano, cuya raíz más fecunda se sintetizaba —y sintetiza— en la ética, en la gestión revolucionaria y en el pensamiento de José Martí.

Aparente coincidencia temporal, en los precisos instantes de conmemorarse el centenario del natalicio de Martí, el Movimiento creado por Fidel resultaba históricamente la segunda organización secreta que surgía en nuestro ámbito con el fin de promover la revolución liberadora y antimperialista, utilizando como vía una genuina concepción de la insurrección armada popular.

La concordancia devenía realmente vital por la confluencia ideológico-práctica que se manifiesta ostensible de manera factual: en la auto-defensa de Fidel, José Martí es la más reiterada evocación, 15 veces. Por mencionar una sola, recordemos el antológico fragmento: “Parecía que el Apóstol iba a morir en el año de su centenario, que su memoria se extinguiría para siempre, ¡tanta era la afrenta! Pero vive, no ha muerto, su pueblo es rebelde, su pueblo es digno, su pueblo es fiel a su recuerdo; hay cubanos que han caído defendiendo sus doctrinas, hay jóvenes que en magnífico desagravio vinieron a morir junto a su tumba, a darle su sangre y su vida para que él siga viviendo en el alma de la patria. ¡Cuba, qué sería de ti, si hubieras dejado morir a tu Apóstol!”

Aunque, en lo general, en su propia letra, en lo aparential, el programa expuesto en *La historia me absolverá* no era socialista, su aplicación consecuente, en su espacio y en su momento histórico, forzaría de manera inevitable la adopción del socialismo. De otra manera, sus propuestas jamás hubiesen podido ponerse en práctica. En esta necesidad en el plano estratégico se expresa objetivamente su contenido socialista.

Teóricamente, la proclama *A la Nación* resulta más osada —como ya vimos— y, por tanto, menos táctica que *La historia me absolverá*.

A diferencia del programa de la Joven Cuba, elaborado con la vista puesta en las metas supremas de una revolución triunfante, el del Moncada —representado en *La historia me absolverá*— reflejaba los fines económicos y sociales menos ambiciosos de una revolución que para triunfar tenía que arribar primero al poder.



Más realista que Antonio Guiteras, en este sentido, Fidel Castro no consideró imprescindible la divulgación del carácter radical de su proyecto revolucionario. De esa forma, en segunda instancia, evitó atraer prematuramente la oposición de las clases, sectores e intereses internos y externos, a los cuales por lo menos debía neutralizar antes de llegar al poder.

Muy probablemente por estimar innecesarios esos pronunciamientos para una primera fase de su proyecto revolucionario, en la cual el derrocamiento de la tiranía era el objetivo principal, Fidel no se refiere otra vez en todo detalle, después del Moncada, a la base programática completa que daba sustento político al Movimiento, incluyendo el programa del Partido Ortodoxo,⁴ sino únicamente el ideario martiano del cual estaba imbuido.

Aunque, en *La historia me absolverá*, Fidel menciona el manifiesto *A la Nación*, de él sólo reproduce las primeras leyes que se dictarían por la revolución triunfante.

Todo parece indicar que la magnitud política que el Grito del Moncada otorgó a Fidel acucia aún más en él la conciencia de su destino histórico. De ahí que por encima de definiciones desfasadas, que en todo caso hubiesen estado dirigidas a satisfacer preocupaciones cultas de una insignificante minoría dentro de las filas revolucionarias, estaba la obra por realizar, ¡y qué dimensión la de esa obra: la liberación nacional! Nada debía estorbarla.

El objetivo inmediato fundamental puesto en el orden del día en aquel instante (derrocamiento del despotismo, toma del poder), forzaba la adopción de una táctica de amplia unidad y aglutinamiento de la mayor cantidad de fuerzas sociales que sirvieran a los fines de apresurar el vencimiento de esa primera etapa. “No fue sólo necesaria la acción más resuelta, sino también la astucia y la flexibilidad de los revolucionarios —ha explicado Fidel—. Se hicieron y se proclamaron en cada etapa los objetivos que estaban a la orden del día y para los

4 El texto completo de este programa figura en el folleto *Doctrina del Partido Ortodoxo*, Grupos de Propaganda Doctrinal Ortodoxa, P. Fernández y Cía., S. en C., La Habana, junio de 1951.



cuales el movimiento revolucionario y el pueblo habían adquirido la suficiente madurez. La proclamación del socialismo en el período de lucha insurreccional no hubieses sido comprendida por el pueblo, y el imperialismo habría intervenido directamente con sus fuerzas militares en nuestra patria. En aquel entonces, el derrocamiento de la sangrienta tiranía y el programa del Moncada unían a todo el pueblo”, diría Fidel a Oleg Darushenkov en entrevista que este historiador soviético le hiciera 24 años después del Moncada.⁵

El programa del Moncada, al unir a todo el pueblo (y por pueblo debe entenderse el pueblo definido por Fidel en su autodefensa⁶), se erigió, por esa misma razón, en el primer programa político factible de la

5 Fidel Castro: “Algunos aspectos de la Revolución Cubana”. Entrevista efectuada por Oleg Darushenkov el 6 de mayo de 1977 en La Habana, publicada por la revista *Kommunist*, Moscú, no. 15, 1978. Consejo de Estado, La Habana, 2005.

6 “Nosotros llamamos pueblo si de lucha se trata, a los seiscientos mil cubanos que están sin trabajo deseando ganarse el pan honradamente sin tener que emigrar de su patria en busca de sustento; a los quinientos mil obreros del campo que habitan en los bohíos miserables, que trabajan cuatro meses al año y pasan hambre el resto compartiendo con sus hijos la miseria, que no tienen una pulgada de tierra para sembrar y cuya existencia debiera mover más a la compasión si no hubiera tantos corazones de piedra; a los cuatrocientos mil obreros industriales y braceros cuyos retiros, todos, están desfalcados, cuyas conquistas les están arrebatando, cuyas viviendas son las infernales habitaciones de las cuarterías, cuyos salarios pasan de las manos del patrón a las del garrotero, cuyo futuro es la rebaja y el despido, cuya vida es el trabajo perenne y cuyo descanso es la tumba; a los cien mil agricultores pequeños, que viven y mueren trabajando una tierra que no es suya, contemplándola siempre tristemente como Moisés a la tierra prometida, para morir sin llegar a poseerla, que tienen que pagar por sus parcelas como siervos feudales una parte de sus productos, que no pueden amarla, ni mejorarla, ni embellecerla, plantar un cedro o un naranjo porque ignoran el día que vendrá el alguacil con la guardia rural a decirles que tienen que irse; a los treinta mil maestros y profesores tan abnegados, sacrificados y necesarios al destino mejor de las futuras generaciones y que tan mal se les trata; a los veinte mil pequeños comerciantes, abrumados por deudas, arruinados por la crisis y rematados por una plaga de funcionarios filibusteros y venales; a los diez mil profesionales jóvenes: médicos, ingenieros, abogados, veterinarios, pedagogos, dentistas, farmacéuticos, periodistas, pintores, escultores, etcétera, que salen de las aulas con sus títulos deseosos de lucha y llenos de esperanza para encontrarse en un callejón sin salida, cerradas todas las puertas, sordas al clamor y a las súplicas. ¡Ese es el pueblo, el que sufre todas las desdichas y es por tanto capaz de pelear con todo el coraje! A ese pueblo, cuyos caminos de



Revolución cubana. Sin el esfuerzo constante e infatigable para lograr, primero, y mantener después esa unidad de las fuerzas populares durante más de cinco décadas, hubiera resultado imposible insuflar vigencia al programa del Moncada, como así ha ocurrido hasta el presente.

Y, lógicamente, en tanto que programa de la Revolución cubana, vista ésta en su perspectiva interna e internacional, a la altura de la segunda mitad del siglo xx, desde el nivel de un país subdesarrollado, dependiente del imperialismo en su más elevada manifestación de poderío económico y militar, y, por ende, político, no podía concretarse de manera exclusiva ese programa al propósito de derrocar a la tiranía batistiana. Ésta formaba parte de un complejo sistema en el cual engranaba. El derrocamiento de la dictadura interna debía ejecutarse hábilmente, a contrapelo de intereses externos que desde Estados Unidos apoyaban al régimen imperante en Cuba. Había que calcular, de antemano, cuáles serían las posibles reacciones de esos intereses una vez que se vieran afectados.

Ya en la fase inicial de planeamiento de la lucha resultaba forzoso prever el decurso que podrían asumir los acontecimientos y proponerse otros objetivos superiores: el logro de la plena soberanía y de la independencia económica. Si éstos no se garantizaban, cuanto se hiciera en el plano interno podría resultar liquidado desde afuera. Estos nuevos objetivos elevaban el proyecto revolucionario al plano de la liberación nacional, la cual ya en aquella época —en la situación específica de Cuba— era de considerar de imposible supervivencia con decoro fuera de los cauces del socialismo como sistema social.

De no haberse concebido con todas esas precauciones, hoy no estaríamos aquí analizando la vigencia del programa del Moncada.

En su autodefensa, Fidel define el asalto al Moncada como “la batalla por la libertad”, y está claro que, para él, ese término no podía

angustia están empedrados de engaño y falsas promesas, no le íbamos a decir: ‘te vamos a dar’, si no: ¡Aquí tienes, lucha ahora con todas tus fuerzas para que sean tuyas la libertad y la felicidad!’ Este fragmento ha sido tomado de *Fidel Castro. La historia me absolverá. Edición anotada*. Edición y notas de Pedro Álvarez-Tabío y Guillermo Alonso Fiel, Oficina de Publicaciones del Consejo de Estado, La Habana, 2005.



reducirse al estrecho sentido de las aparentes libertades personales e institucionales. Incursiona en territorios de la filosofía y la politología.

Él mismo lo afirma: “Se está debatiendo algo más que la simple libertad de un individuo; se discute sobre cuestiones fundamentales de principios, se juzga sobre el derecho de los hombres a ser libres, se debate sobre las bases mismas de nuestra existencia como nación civilizada y democrática”.⁷

Es evidente que, en este caso, no se lograría esa libertad con el simple derrocamiento de una tiranía interna, sino también con la derrota de las clases sostenedoras del sistema que la había engendrado. Esto estaba previsto en el proyecto revolucionario de Fidel. La batalla por la libertad que se inició en el Moncada no era sólo la batalla contra el régimen del 10 de marzo, sino la batalla contra los males del 9 de marzo y la batalla contra el imperialismo sustentador y usufructuador principal de los 9 y de los 10 marzo.

Fidel Castro preveía todas esas contingencias cuando post-diseña y re-crea en su versión escrita el alegato de autodefensa, pero dejó omisas cuestiones que entonces no podían decirse. De no haber tenido ese cuidado, muy probablemente ni siquiera hubiese podido completar el derrocamiento de la dictadura, aspiración máxima, por cierto, de la burguesía denominada democrática, cuyos ideólogos serían los primeros en publicitar la tesis de la “revolución traicionada” después del 1° de enero de 1959, cuando “su” revolución empezara a ser trascendida por una verdadera Revolución.

“La gente estaba rebelada contra el sistema —aclararía Fidel algunos años después—. Lo que no sabía era que el sistema se llamaba capitalismo. Creían que el sistema era Batista, o Grau San Martín, o Prío. Mucha gente creía que la causa de todos los problemas era que había gobiernos ladrones, corrompidos, que se robaban los impuestos. No sabían que era el subdesarrollo, el capitalismo, el imperialismo, en una palabra el sistema económico, la causa de todo eso”.⁸

7 Fidel Castro: *La historia me absolverá. Edición anotada*, ed. cit.

8 Fidel Castro en la entrevista citada de Oleg Darushenkov.



A diferencia de quienes hasta ese momento habían hecho profesión de fe antimperialista en subprogramas y discursos políticos para después olvidar lo que debió ser un sagrado compromiso, en Fidel la legitimidad de su antimperialismo estaría consagrada por su cumplimiento futuro.

Focalizado desde otro ángulo, analizar el documento sólo en la letra mutilaría su dimensión exacta. Justamente, una de las peculiaridades de la praxis política de Fidel Castro era su realismo táctico. De ahí que en la letra de *La historia me absolverá* no aparezcan expresados de manera literal los objetivos esenciales de su proyecto. Aunque no lo niega ni renuncia a ellos en aras de una coyuntura, pues el sentido táctico nunca implicó para él concesiones de principios. Evitaba innecesarias teorizaciones o desfasados pronunciamientos que, parafraseando a Martí, de proclamarse antes de tiempo en lo que eran, hubieran levantado dificultades demasiado recias para alcanzar sobre ellas el fin. A esto me referí con anterioridad.

Liberación nacional, internacionalismo, antimperialismo, resumían los propósitos en tono mayor de José Martí cuando cae en Dos Ríos. Centrados sus esfuerzos en el primero, liberación nacional, no entendía oportuno la proclamación de los siguientes, aunque actuaba en esas direcciones.

Por eso, Fidel, al redactar su programa revolucionario inicial, solamente se concretó a apelar a la conciencia de rebeldía contra los elementos aparenciales del sistema, sin calificarlo y, por ende, sin verse obligado a divulgar la solución que preveía en el plano estratégico. La propia dinámica de desarrollo del proceso liberador llevaría al pueblo a la asimilación de las propuestas posteriores, superiores, contenidas implícitamente en su proyecto.

Enmarcado de manera armónica en su medio, producto social del pueblo, transformado en intérprete y vocero de sus aspiraciones, Fidel habla en *La historia me absolverá* con el lenguaje del pueblo acerca de sus frustraciones y esperanzas, refleja con precisión sus necesidades y propone una primera línea de soluciones modestas que, no obstante, él sabe han de ser únicamente el punto de partida para el desencadenamiento del proceso revolucionario a un más alto nivel.



Así pueden verse, en todo su alcance revolucionador, las cinco primeras leyes fundamentales que desde el poder se dictarían. Es cierto que algunas de ellas, o aspectos de esas leyes, no todos, podrían suscribirse por el liberalismo burgués más o menos radicalizado de entonces. Mas, debe recordarse que después de la segunda década del pasado siglo, aparte de limitados ensayos populistas que se manifestaron en esa época, todo intento por implantar algunas de ellas en América Latina tuvo su final en la desaparición de sus propugnadores de la escena pública, a veces en forma violenta. Bajo el patrocinio excomulgador de Washington o por medio del empleo directo de su poderío militar, no pocos experimentos se liquidaron, antes de que el caso cubano, a partir de 1959, pusiera fin al carácter infalible del esquema estadounidense de dominación continental.

De tal manera, no es exagerado aseverar que la simple decisión de divulgar en 1953 esas limitadas aspiraciones, establece el valor revolucionario de *La historia me absolverá*, y esto por sí mismo y al mismo tiempo, le confiere potencialmente un legítimo rango de programa para la revolución.

Pero hay más. La aplicación en su propia letra de esas leyes implicaba la obligatoriedad de ruptura revolucionaria de algunos de los elementos consustanciales del sistema capitalista.

No voy a fatigar con interminables nominalizaciones las afectaciones que sobre esos intereses se producirían con cada una de esas leyes. Existen precisos datos en las recopilaciones estadísticas y algunos de esos aspectos intervencionistas en la economía y en la política cubanas, han merecido tomos enteros de información, análisis y denuncias.

En la primera se vindicaba el derecho del pueblo a su soberanía, a la implantación efectiva de la voluntad popular y la verdadera justicia.

En la segunda se concedía la propiedad inembargable de la tierra a quienes la trabajaban.

En la tercera, el derecho de los obreros a usufructuar un 30 % de las utilidades de las empresas.

En la cuarta se aplicaba una medida equivalente a los colonos abastecedores de cañas a los centrales azucareros, garantizando sobre todo los intereses de los pequeños colonos.



En la quinta se ordena la confiscación de bienes a todos los malversadores.

Se declararía, además, “una política cubana en América” cuyos beneficiarios y cuyo enemigo fundamental resultan fácilmente identificables. Esa política “sería de estrecha solidaridad con los pueblos democráticos del continente”. En ella se proclamaría “que los perseguidos políticos de las sangrientas tiranías que oprimen a naciones hermanas, encontrarían en la patria de Martí, no como hoy, persecución, hambre y traición, sino asilo generoso, hermandad y pan”. Y anticipaba que Cuba devendría “baluarte de libertad y no eslabón vergonzoso de despotismo”.⁹

Otras leyes a adoptar seguidamente también afectarían la dominación económica, política y hasta cultural de Estados Unidos en nuestro país. Cualquier sector que se afectara con una disposición revolucionaria lastimaba sus esferas de dominio.

Dentro de las siguientes medidas figuraban “la reforma agraria, la reforma integral de la enseñanza y la nacionalización del trust eléctrico y el trust telefónico, devolución al pueblo del exceso ilegal que han estado cobrando en sus tarifas y pago al fisco de todas las cantidades que han burlado a la hacienda pública”.¹⁰

En la argumentación acerca de la necesidad de dictar esas leyes, Fidel llega más lejos, ofrece otras menciones directas. Este párrafo es suficientemente ilustrativo: “Salvo unas cuantas industrias alimenticias, madereras y textiles Cuba sigue siendo una factoría productora de materia prima. Se exporta azúcar para importar caramelos, se exportan cueros para importar zapatos, se exporta hierro para importar arados... Todo el mundo está de acuerdo en que la necesidad de industrializar el país es urgente, que hacen falta industrias metalúrgicas, industrias de papel, industrias químicas, que hay que mejorar las crías, los cultivos, la técnica y la elaboración de nuestras industrias alimenticias para que puedan resistir la competencia ruinosa que hacen las industrias euro-

9 Las expresiones entrecomilladas son fragmentos literales tomados de la edición anotada de *La historia me absolverá*, ed. cit.

10 *Ibid.*



peas del queso, leche condensada, licores y aceites y las de conservas norteamericanas; que necesitamos barcos mercantes, que el turismo podría ser una enorme fuente de riquezas; pero los poseedores del capital exigen que los obreros pasen bajo las horcas caudinas, el Estado se cruza de brazos y la industrialización espera por las calendas griegas”.¹¹

Al referirse a la reforma agraria, apunta directo: “Más de la mitad de las mejores tierras de producción cultivadas está en manos extranjeras. En Oriente, que es la provincia más ancha, las tierras de la United Fruit Company y la West Indian unen la costa norte con la costa sur”.¹² Esta referencia, después de proclamar la necesidad de proscripción del latifundio, resulta contundente.

Igual ocurre cuando afirma: “Otro tanto hace el monopolio eléctrico: extiende las líneas hasta el punto donde pueda percibir una utilidad satisfactoria, a partir de allí no le importa que las personas vivan en las tinieblas por el resto de sus días”.¹³

Sin embargo, con todo y su claridad, no es en estas manifestaciones en que puede deducirse el alcance fundamental del antimperialismo en *La historia me absolverá*. Su validez ha de estar en correspondencia con la honestidad de su promulgador, lo que, en este sentido, iba a requerir de varios años de espera para comprobarse. Su legitimidad estaría avalada por su posterior cumplimiento.

Esto es apreciable desde la primera de ellas, la que propone la restitución de la constitución democrático-burguesa progresista de 1940, porque a esa Constitución manos radicales podrían extraer derivaciones revolucionarias. La proscripción del latifundio “adoptando medidas que tiendan a revertir la tierra al cubano”, constituye una de ellas. Y Fidel menciona otra en su alegato, cuando recuerda que en la Constitución se “ordena categóricamente al Estado emplear todos los medios que estén a su alcance para proporcionar ocupación a todo el que carezca de ella y asegurar a cada trabajador manual o intelectual una existencia decorosa”.¹⁴

11 *Ibíd.*

12 *Ibíd.*

13 *Ibíd.*

14 *Ibíd.*



No hace falta ser marxista-leninista para saber que ningún Estado capitalista del mal denominado tercer mundo —y peor calificado “país en desarrollo”—, bajo la sujeción del sistema financiero capitalista mundial, puede proponerse la plena ocupación del hombre sobre la base de sus propios recursos, en tanto que la permanente masa de desempleados constituye un prerrequisito de la acumulación de capital, y es imprescindible factor de presión para el abaratamiento de la fuerza de trabajo; aparte de que los injustos créditos usurarios y el intercambio desigual que desembocan de consuno en la deuda externa, entre otras numerosas causas, mantienen al Estado dependiente en tal situación de descapitalización subdesarrollante, que imposibilita la adopción de medidas conducentes a un mínimo de justicia social.

Tampoco se necesita ser marxista para saber que la proscripción del latifundio, así como la implantación de la reforma agraria, a las cuales hacía mención Fidel en otra de sus leyes, estaban dirigidas contra la inhumana explotación semifeudal y capitalista del trabajador del campo, y contra la creciente concentración de la tierra en un número cada vez menor de grandes propietarios, que en la situación de la Cuba prerrevolucionaria equivalía a la identidad de clases en iguales personas de una misma oligarquía. Acerca de estos temas también existen valiosas investigaciones, debido a lo cual no me extenderé en argumentos al respecto.

Bastan estas someras ejemplificaciones para una generalización totalizante: cada una de las cinco leyes fundamentales afectaba algún sector privilegiado de la oligarquía criolla y el imperialismo estadounidense. ¿Y cuál programa político que no sea un programa verdaderamente revolucionario, puede proponerse arremeter desde adentro del sistema contra el sistema mismo?

Ese carácter revolucionario de tal programa se sustentaba en otras leyes y medidas que también se adoptarían, como la nacionalización de los trusts eléctrico y telefónico, usufructuados por consorcios transnacionales norteamericanos. Y aquí el enfrentamiento al imperialismo, que resultaría perjudicado por todas las demás leyes, se hace específico, nominal. ¿No bastaría este propósito expreso de independencia económica, y, por ende, de franco matiz liberador nacio-



nal, para hacer de este programa el programa político de la Revolución? Su ejecución entonces, a lo que se agregaron otras determinaciones posteriores que trascendieron los objetivos expuestos inicialmente, revitalizan de manera permanente la vigencia del programa del Moncada.

Sólo mencionaré, al paso, que en la concepción del asalto al Moncada, Fidel resume lo más valioso del acervo patriótico cubano y asimila experiencias del movimiento revolucionario mundial, crea una organización de singular perfil en nuestra historia, rompe los esquemas tradicionales que se le oponen, entre ellos, el de que puede luchar-se con el ejército o sin el ejército pero jamás contra el ejército, tomado del falangismo mussolinista, y adopta un creativo método para la lucha. Todos estos factores llevan a conceptuar el proyecto dentro de una rigurosa categorización científica matizada por nuestras peculiaridades nacionales. En tanto *La historia me absolverá* es plataforma programática inicial de ese proyecto, su esencia y magnitud resultan idénticas al proceso del cual forma parte y que, a través de ella, se expresa como programa para la Revolución.

En la medida en que constituye, igualmente, un brillante modelo de análisis e interpretación de la sociedad cubana de su época desde la óptica del materialismo dialéctico e histórico, su basamento científico es, por esta sola razón, profundamente revolucionario. Pero, cabe agregar que para erigirse en programa de la Revolución cubana debió plantearse, como lo hizo, la transformación de su sociedad.

Y llegó a más. Se transformó paralelamente en método. Mostró a las masas populares el camino y la forma certera para luchar por esa transformación. Sirvió, además, para unir los elementos más activos y radicales del pueblo, unión que permitió acelerar la liberación de todo el pueblo.

Como instrumento concientizador de las masas y factor incentivante para la acción del pueblo, que culmina por primera vez en el logro de sus aspiraciones, el programa del Moncada reflejado en *La historia me absolverá* equivale, en términos de objetivación política, al primer programa triunfante de la Revolución cubana, concebida ésta como un proceso ininterrumpido desde mediados del siglo XIX.



Programa síntesis de programas en el dilatado proceso reafirmador de la identidad nacional, su triunfo significaría la transformación en realidad de los sueños de justicia social por los que pelearon y cayeron sucesivas generaciones de luchadores cubanos, desde que los clarines llamaron al combate en la madrugada precursora del 10 de octubre de 1868.

Es el programa germinador de José Martí, enriquecido en coherencia con nuevas necesidades objetivas surgidas entre derrotas y rebeldías durante seis décadas de anhelos republicanos que se frustraron, y hecho al fin realidad por los pinos nuevos de un nuevo tiempo histórico, que hoy proyectan su herencia y vigencia hacia el futuro.

La Habana, 18 de mayo del 2007.



Las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui

Pedro Álvarez-Tabío Longa

El tema de nuestro encuentro de hoy —las primeras leyes revolucionarias y la reacción yanqui ante ellas— resulta tan amplio y tan abundante en hechos, situaciones y episodios significativos, que me ha parecido imprescindible, en aras de concentrar en el menor tiempo posible la mucha información que es preciso ofrecer, traer por escrito lo que quiero transmitirles en la mañana de hoy.

En un encuentro anterior de este taller se analizó la Ley de Reforma Agraria, su alcance e implicaciones en el cumplimiento del programa del Moncada, y se vio también cómo esa ley fue el detonante de la hostilidad y la agresión de Estados Unidos contra Cuba, que aún dura hoy 47 años después. Se sostiene, por lo común, que la promulgación de la Ley de Reforma Agraria el 17 de mayo de 1959, al anunciar el carácter cabalmente revolucionario del proceso social y político en marcha en Cuba y su proyección liberadora y ant imperialista, marcó el tránsito de la actitud hostil a la agresión directa de Estados Unidos contra Cuba. La mayoría de los analistas e historiadores consideran que la Ley de Reforma Agraria fue el Rubicón de la política agresiva norteamericana. Esto es verdad, como vamos a ver más adelante, pero es verdad también que ya antes de la reforma agraria hubo muchas manifestaciones concretas de esa agresividad. Basta enumerar algunos acontecimientos de esos primeros meses de poder revolucionario para llegar a la conclusión de que los gérmenes de esa intención agresiva ya estaban presentes desde mucho antes.



En realidad, ya lo estaban incluso antes del triunfo revolucionario. No me voy a detener en esto para no alargar aún más una exposición que va a ser larga. Sólo recordaré algunos elementos ilustrativos.

De hecho, los antecedentes de esa política agresiva contra la Revolución cubana están presentes en el apoyo material y moral brindado por el gobierno de Estados Unidos a la dictadura sangrienta y opresiva de Fulgencio Batista. Baste recordar el sólido respaldo ofrecido al régimen batistiano casi hasta el último momento, cuando ya los estrategas políticos norteamericanos se dieron cuenta de que la permanencia del tirano en el poder perjudicaba sus futuros proyectos de dominación en Cuba. Las fuerzas armadas de Batista, empeñadas en una cruel y sanguinaria represión contra el pueblo y responsables de incontables crímenes, no dejaron en ningún momento de recibir el apoyo logístico y el ministro de armas y pertrechos de Estados Unidos, aun después del aparente embargo de la exportación de armamentos a Cuba decretado por razones políticas por el gobierno de ese país a mediados de 1958. El asesoramiento militar de especialistas norteamericanos se mantuvo hasta el momento mismo de la victoria revolucionaria del pueblo.

Durante el último semestre de la guerra en Cuba, se hicieron cada vez más claras las manifestaciones de prepotencia injerencista y los intentos de coacción de las fuerzas revolucionarias y, en particular, del Ejército Rebelde, por parte de las autoridades norteamericanas. Recuérdense las insolentes declaraciones del vocero del Departamento de Estado, Lincoln White, a finales de octubre de 1958, o los desplantes amenazadores al mes siguiente en ocasión del incidente de la caída de un avión de pasajeros en la bahía de Nipe. En los dos casos estaba presente la amenaza de una intervención de Estados Unidos en el conflicto en marcha en Cuba. Pero los estrategas de Washington no habían contado con la firmeza de los revolucionarios cubanos, como quedó expresada en la respuesta de Fidel a este segundo intento de amedrentamiento: “como una intervención armada perjudicaría tanto a los Estados Unidos como a Cuba, y sería además una intervención sangrienta, porque encontraría la más decidida resistencia de nuestro pueblo, esperamos que Estados Unidos convenga con nosotros en la necesidad de evitarla a toda costa”.



En diciembre de 1958 se produce el intento de infiltrar en las filas del Ejército Rebelde al norteamericano Allen Robert Nye con la misión de asesinar al líder de la Revolución. Descubierto y capturado, Nye reconoció sus vínculos con el Buró Federal de Investigaciones (FBI) de Estados Unidos y confesó el carácter de su misión, para lo cual contaba con un fusil Remington de mira telescópica. No era, en realidad, el primer presunto asesino capturado durante la guerra revolucionaria, pero sí el primero cuya relación directa con agencias oficiales norteamericanas quedaba claramente en evidencia.

Por último, la actitud hostil de Estados Unidos al proceso popular revolucionario en Cuba quedó de manifiesto en los desesperados esfuerzos realizados por las autoridades norteamericanas durante las semanas finales de la dictadura por escamotear la victoria de la Revolución, desde los intentos por persuadir a Batista para que entregara el poder a una junta cívico-militar hasta la conspiración final del general Eulogio Cantillo, ejecutada con el concurso y el respaldo de la embajada norteamericana.

El hecho cierto es que los estrategas de la política exterior norteamericana recibieron con inocultada preocupación la victoria del 1º de enero de 1959. El gobierno de Estados Unidos sobrestimó las potencialidades del régimen batistiano y su propia capacidad de maniobra, y subestimó la fuerza y la decisión y capacidad de lucha del pueblo cubano. Los gobernantes norteamericanos se encontraron de súbito con que ya no contaban con generales ni embajadores para hacer prevalecer sus intereses en nuestro país. No obstante, en aquellos momentos disponían de un vasto y, al parecer, irresistible arsenal de medidas para tratar de poner de rodillas a nuestro pueblo y destruir en última instancia a la Revolución, derivadas de la férrea dependencia económica, política, cultural e ideológica de nuestro país en relación con su inmediato vecino del Norte. No faltaban, incluso, quienes creían que Cuba no podría librarse de sus ataduras neocoloniales con Estados Unidos, convencidos de que la espesa madeja de esas relaciones era imposible de romper y del funcionamiento de supuestas leyes de determinismo geopolítico.

Pero si aquellos recursos no bastaban, el gobierno norteamericano tenía, además a su disposición, la capacidad terrorista de su Agen-



cia Central de Inteligencia, la notoria CIA, para fomentar la subversión interna, introducir armas, organizar bandas contrarrevolucionarias, realizar invasiones mercenarias, promover sabotajes, llevar a cabo ataques piratas y preparar atentados contra la vida de los principales dirigentes de la Revolución cubana. Quedaba, por último, la posibilidad de una agresión directa, con la participación de las propias fuerzas armadas norteamericanas.

Apenas se inició la aplicación de las primeras medidas revolucionarias —la disolución del viejo ejército y demás cuerpos represivos, el merecido castigo a los criminales de la tiranía, la confiscación de los bienes robados por los personeros del depuesto régimen y el saneamiento de la administración—, la Revolución tuvo que enfrentarse a las primeras presiones diplomáticas norteamericanas y a la venenosa campaña de las agencias de noticias y demás poderosos medios de prensa de Estado Unidos. Esto ocurría cuando el poder revolucionario aún no había cumplido su primer mes.

Pero lo que no puede olvidarse es que el primer acto de hostilidad por parte del gobierno de Estado Unidos contra la Revolución, ocurrió al momento mismo del triunfo revolucionario el 1º de enero de 1959, al ofrecer hospitalidad y asilo en el territorio de ese país a decenas de criminales de guerra que huyeron ese día. Repugnantes asesinos y torturadores como Esteban Ventura, Pilar García, Orlando Piedra, Hernando Hernández, Julio Laurent, Lutgardo Martín Pérez, Ángel Sánchez Mosquera, Rolando Masferrer, Conrado Carratalá, Merob Sosa, Alberto del Río Chaviano, Leopoldo Pérez Coujil, Irenaldo García Báez, José María Salas Cañizares y muchos otros, y desvergonzados ladrones como algunos de los principales colaboradores políticos del dictador Fulgencio Batista, encontraron de inmediato o después apacible refugio en Estados Unidos.

En ese país no sólo fueron acogidos como respetables ciudadanos, sino que, a pesar de las reiteradas demandas formales del Gobierno Revolucionario de Cuba, el gobierno de Estados Unidos se negó, en todo momento, a permitir la extradición de estos delincuentes comunes, aun cuando estaba en pleno vigor un tratado suscrito a tal efecto por ambos países.



Algunos de estos ladrones y asesinos viven todavía hoy tranquilamente en la Florida y otros estados norteamericanos, donde siguen disfrutando de total inmunidad y de las enormes fortunas que casi todos robaron al pueblo. Muchos de ellos participaron en algún momento en organizaciones contrarrevolucionarias dedicadas a la promoción de agresiones armadas y acciones terroristas contra Cuba. José Eleuterio Pedraza, por ejemplo, fue el jefe de la llamada conspiración trujillista responsable de organizar una invasión armada en 1959, y a principios de la década del 60 participó en la preparación de numerosas acciones de sabotaje y encabezó el denominado Ejército Anticomunista de Cuba. Esteban Ventura mantuvo vínculos estrechos con la Fundación Nacional Cubano-Americana y, en particular, con uno de sus principales directivos, Roberto Martín Pérez, hijo del asesino Lutgardo Martín Pérez.

Las justas sanciones impuestas a los criminales de guerra que pudieron capturarse, autores de crímenes abominables con un saldo que se ha estimado en casi 20 000 muertos, pronto provocaron las primeras manifestaciones de hostilidad verbal y política hacia la Revolución en Estados Unidos. En fecha tan temprana como el 15 de enero de 1959, un grupo de congresistas norteamericanos pidió la intervención de Estados Unidos. El representante Wayne Hays declaraba que debía considerarse el envío de tropas a Cuba, además de la aplicación de sanciones económicas como la rebaja de la cuota azucarera y el embargo comercial. Es la primera mención pública de la cual existe referencia sobre el tema de la utilización del arma económica por Estados Unidos contra Cuba. Poco importó a la maquinaria de propaganda de la gran prensa norteamericana el hecho de que el pueblo cubano hubiese expresado, de manera casi unánime y evidente, su pleno respaldo a la necesaria justicia revolucionaria, ni el hecho de que la aplicación de esa justicia revolucionaria se hubiese llevado a cabo en general con todo el respeto a los procedimientos legales, impidiese incontrolados derramamientos de sangre y resultase al final mucho más benigna que lo que hubiese cabido esperar y lo que ha sido objeto de una de las más abyectas calumnias contra la Revolución en toda su historia.

El 2 de febrero de 1959, apenas un mes después del triunfo de la Revolución, fue arrestado y puesto a disposición de los tribunales el



ciudadano norteamericano Allen Robert Mayer, quien se había introducido ilegalmente en territorio cubano a bordo de una avioneta, con el propósito de atentar contra la vida del Comandante en Jefe Fidel Castro.

El día anterior, Frank Bender, un alto oficial de la CIA que luego tendrá una participación destacada en la organización de la agresión contra Cuba, se entrevista, a instancias del vicepresidente norteamericano Richard Nixon, con el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo para evaluar los posibles cursos de acción contra la Revolución instaurada en el poder apenas un mes antes en nuestro país. Es el primer antecedente de la conspiración e intento de invasión frustrada varios meses después.

El 30 de marzo, el general Maxwell Taylor, jefe del Estado Mayor del Ejército de Estados Unidos, declara ante el Congreso de ese país que “la revolución cubana podría ser el comienzo de una serie de convulsiones en América Latina, que darán oportunidades a los comunistas para tomar posiciones”. Ya se vislumbra en esta declaración el verdadero motivo de la agresividad norteamericana. El temor al ejemplo de Cuba en América Latina.

En abril de ese mismo año, Fidel viaja a Estados Unidos. En Washington no es recibido, en manifiesta intención de desaire, por el presidente de Estados Unidos Dwight D. Eisenhower, y se entrevista en cambio con el vicepresidente Nixon. Tras la reunión, en memorándum secreto, Nixon sugería de manera implícita que se comenzara a pensar en el derrocamiento del flamante poder revolucionario en Cuba. En sus memorias, Nixon escribió después que, desde esa reunión, “me convertí en principal propulsor de los esfuerzos por derrocar a Castro”.

Durante los primeros tres años de la Revolución, cada acción del gobierno de Estados Unidos encontró la réplica adecuada en una nueva ley o medida justiciera, y en cada caso estuvieron presentes la batalla en el terreno de las ideas y la movilización popular. Así, el pueblo cubano se enfrentó de manera resuelta a los ataques enemigos, cada vez más violentos, y al mismo tiempo a males profundamente enraizados en la sociedad neocolonial, como la odiosa discriminación racial, los privilegios y el exclusivismo, implantados por el orden social anterior en comercios, bancos, hoteles, centros de recreo y las



mejores playas del país. Apenas dos meses después del triunfo revolucionario dispuso la drástica rebaja de los alquileres abusivos que pagaba el pueblo por la vivienda, con lo cual empezó el agudo enfrentamiento de las clases explotadoras.

A raíz de la reforma agraria, medida soberana de profundo beneficio popular y nacional, comenzó una vasta y sistemática campaña de sabotaje y terrorismo, incursiones piratas de aviones procedentes de territorio norteamericano, agresiones políticas y diplomáticas, y fomento y apoyo de bandas armadas y grupos contrarrevolucionarios. Prófugos de la justicia popular y elementos de la reacción interna, reclutados, entrenados y abastecidos por la CIA, produjeron los primeros alzamientos en zonas montañosas del país. El gobierno de Estados Unidos empezó a preparar la invasión mercenaria que supuestamente daría el golpe definitivo a la Revolución.

La respuesta de nuestro pueblo no se hizo esperar. Frente a las agresiones y las amenazas crecientes, los obreros, empleados, campesinos y estudiantes se organizaron, entrenaron y armaron en las Milicias Nacionales Revolucionarias, y el pueblo todo se volcó a la vigilancia en los Comités de Defensa de la Revolución, cuya creación se anunció por Fidel sobre el eco de los estallidos de petardos contrarrevolucionarios. El Ejército Rebelde y los órganos de la Seguridad del Estado elevaron su capacidad organizativa y combativa. La Revolución aseguró el flujo de las armas necesarias para la defensa de la patria procedentes de los países socialistas. Cuba se convirtió, desde entonces, en un pueblo de trabajadores y soldados.

Paralelamente, el gobierno de Estados Unidos pasó también a acciones de fondo en el orden económico.

Para cualquier persona conocedora de la condición dependiente y deformada de la economía cubana, debía resultar evidente que la anunciada decisión de la Revolución de iniciar una transformación radical de la sociedad cubana en beneficio del pueblo, tenía por fuerza que entrar, más temprano que tarde, en contradicción con los intereses norteamericanos de dominación en Cuba. El cumplimiento del programa del Moncada, con sus ingredientes esenciales de rescate de la soberanía económica sobre los recursos nacionales y búsqueda de



una mejor distribución de ingresos y riqueza, por mencionar únicamente dos de sus aspectos, significaba chocar no sólo con los privilegios de las clases explotadoras de la sociedad en Cuba, sino también con los grandes monopolios y propiedades de norteamericanos y sus agentes dentro y fuera de Cuba. De otra manera, la Revolución recién triunfante dejaría pronto de serlo.

Apenas dos meses después del triunfo revolucionario, se tomaron las primeras decisiones importantes para entrar a resolver algunas de las situaciones que afectaban de manera grave y directa al pueblo. Una fue la que ya mencioné de la rebaja de los alquileres de las viviendas, medio particularmente abusivo de explotación de las clases más humildes. Otra, la intervención de la Cuban Telephone Company, subsidiaria del poderoso consorcio norteamericano American Telephone & Telegraph, y la rebaja de las leoninas tarifas cobradas por esa empresa por los servicios telefónicos que controlaba de forma monopólica en el país, así como la reducción similar de las tarifas por el servicio eléctrico, en manos de una subsidiaria de la empresa American Foreign Power. Estas dos compañías representaban los más odiados monopolios norteamericanos establecidos en Cuba, y sus servicios, los más caros y deficientes que padecía el pueblo.

Con estas medidas de franco beneficio popular, acogidas con enorme entusiasmo en todo el país, comenzó de hecho el enfrentamiento a las clases explotadoras y a los intereses norteamericanos. La reacción del gobierno de Estados Unidos fue inmediata y airada.

Pero, ciertamente, el Rubicón sería la Ley de Reforma Agraria, y su inevitable afectación directa de los intereses de las grandes transnacionales agrícolas norteamericanas, como la United Fruit Company, la impulsora del derrocamiento del gobierno constitucional de Jacobo Árbenz en Guatemala en 1954.

El 11 de junio, apenas tres semanas después de la promulgación de la Ley de Reforma Agraria, el gobierno de Estados Unidos, en nota diplomática entregada por su embajador en La Habana, expresaba: “Los Estados Unidos reconocen que, según el derecho internacional, un Estado tiene la facultad de expropiar dentro de su jurisdicción para propósitos públicos y en ausencia de disposiciones contractuales o



cualquier otro acuerdo en sentido contrario; sin embargo, este derecho debe ir acompañado de la obligación correspondiente por parte de un Estado en el sentido de que esa expropiación llevará consigo el pago de una pronta, adecuada y efectiva compensación”. Se estrenaba el argumento de la indemnización, planteado en términos que resultaban evidentemente imposibles de cumplir para Cuba. Las palabras “pronta, adecuada y efectiva” se convertirían, a partir de ese momento, en las claves de la política de Estados Unidos hacia Cuba.

En la respuesta del gobierno cubano a esta nota, se reiteraba que “es facultad inalienable del Gobierno Revolucionario dictar, en el ejercicio de su soberanía y al amparo de tratados, convenciones y pactos de carácter universal, las medidas que juzgue más adecuadas para impeler y asegurar el desarrollo económico, el progreso social y la estabilidad democrática del pueblo cubano”. En consecuencia, declaraba la nota cubana, el Gobierno Revolucionario “se arroga la facultad de decidir lo que estime más acorde con los intereses vitales del pueblo cubano, y no admite, ni admitirá, ninguna indicación o propuesta que tienda a menoscabar, en lo más mínimo, la soberanía y la dignidad nacionales”. En cuanto a las condiciones de pago exigidas en la nota norteamericana, el Gobierno Revolucionario argumentaba la imposibilidad material para cumplirlas y proponía la negociación de otras alternativas concretas de compensación. Esta última propuesta se desconoció por las autoridades norteamericanas, las cuales se aferraron a las impracticables condiciones planteadas y encontraron por fin en la respuesta cubana el pretexto para iniciar el despliegue de su política de represalias y agresiones económicas, políticas y militares contra Cuba.

Como sentenció Julio César al pasar el Rubicón, la suerte, en efecto, estaba echada.

El 8 de julio de 1959, el Congreso de Estados Unidos acordó, a solicitud del ejecutivo, otorgar mayores facultades al presidente para suspender la ayuda extranjera a todo país que “confiscara propiedades norteamericanas sin justa compensación inmediata”. Aunque no se mencionaba a ningún Estado en particular, era claro que se trataba del primer paso en la agresión económica contra Cuba. La amenaza de suspensión de la ayuda se consideraba por los estrategas políticos



norteamericanos un arma que infundiría pavor a los gobernantes cubanos. Resultó otro error de juicio, de los tantos que cometieron con la Revolución cubana.

La primera medida concreta fue la orden a las compañías petroleras norteamericanas de reducir el suministro de combustible a Cuba, del cual tenían hasta ese momento el monopolio absoluto. La intención evidente era paralizar el país. El abastecimiento de petróleo del país dependía del suministro de tres empresas que controlaban la importación y refinación del combustible necesario para el funcionamiento del país. Las norteamericanas Esso y Texaco y la británica Shell. Estas transnacionales habían decidido hacer el juego de la agresión y, a petición del gobierno de Estados Unidos, habían comenzado a restringir la importación con el propósito de cortar totalmente, si resultase necesario, el suministro de combustible y provocar la paralización de la economía nacional.

En vista de ello, el Gobierno Revolucionario obtuvo el compromiso de la Unión Soviética, uno de los principales productores mundiales de petróleo en ese momento, de garantizar las cantidades necesarias a precios razonables. Pero esta disposición frustraba el plan acordado entre las compañías petroleras y el gobierno norteamericano, por lo cual las tres empresas se negaron a refinar el crudo soviético en sus instalaciones.

Semejante actitud violaba expresamente la Ley de Minas de 1938. La respuesta cubana ante esta prepotencia no pudo ser más contundente, e inesperada para los estrategas yanquis: el 28 de junio de 1960 se anunciaba la intervención de la empresa Texaco en Cuba, incluida su capacidad de refinación, y el 1º de julio, la medida se hacía extensiva a la Esso y la Shell.

El 5 de julio, el gobierno de Estados Unidos declaró que “la intervención y apropiación de estas refinerías constituye una prueba y una confirmación más de la ejecución de un plan inexorable de agresión económica por parte del gobierno de Cuba, destinado a destruir las tradicionales relaciones comerciales y de inversión de Cuba con el mundo libre”. Menudo malabarismo el que se pretendía ejecutar: el agredido convertido en agresor. No era la primera vez ni la última en



que se pretendería engañar de esa manera a la opinión pública norteamericana y mundial.

Ese mismo día, el Consejo de Ministros del Gobierno Revolucionario concedió al presidente de la república y al primer ministro facultades especiales para decidir la nacionalización de las industrias norteamericanas existentes en el país, en previsión de las nuevas represalias económicas que parecían estar abocado a tomar Estados Unidos contra Cuba.

Al día siguiente, en efecto, mediante proclama presidencial, Eisenhower dio el primer paso en el camino hacia el bloqueo económico, al decretar la reducción en 700 000 toneladas de la cuota azucarera de Cuba en el mercado norteamericano. La cantidad representaba el 95 % de las exportaciones cubanas de azúcar a Estados Unidos previstas para el resto de 1960. Con esta medida, el gobierno de Estados Unidos pretendía asestar un golpe mortal a la economía de Cuba y, en consecuencia, a la Revolución. La decisión configuraba claramente el delito internacional de agresión económica, condenado de manera taxativa en el Artículo 15 de la Carta de la Organización de Estados Americanos.

El 6 de agosto, en parte como respuesta a la agresión azucarera, el Gobierno Revolucionario anunció la nacionalización de 26 grandes empresas norteamericanas radicadas en Cuba, además de los centrales azucareros y las compañías de electricidad y teléfonos. Ocho días después anunció la intervención de las minas de níquel en Moa, en la provincia de Oriente. El 17 de septiembre se anunció la nacionalización de los tres grandes bancos norteamericanos que operaban en Cuba.

La dinámica del golpe y el contragolpe, desatada con la rebaja de la cuota azucarera, tuvo un nuevo momento el 29 de septiembre, cuando el gobierno de Estados Unidos notificó al de Cuba la suspensión de las operaciones de la planta de concentración de níquel de Nicaro, en la provincia de Oriente, propiedad del gobierno norteamericano. Se pretendía dar otro golpe mortal a la supervivencia económica del país, pero de nuevo los norteamericanos se cogieron el trasero con la puerta. Pocos meses después, Nicaro echaba a andar de nuevo gracias a la inventiva de técnicos cubanos.



Ese mismo mes de septiembre, el gobierno norteamericano presionó para suprimir los créditos concedidos anteriormente a los bancos cubanos, con el objetivo de interrumpir su comercio exterior. El 13 de octubre, el Gobierno Revolucionario anunció la nacionalización de 382 grandes empresas del país, incluidos todos los bancos. Al día siguiente se proclamó la Ley de Reforma Urbana, en virtud de la cual se convertían en propietarios todos los antiguos inquilinos.

El segundo paso definitivo hacia el bloqueo fue el anuncio del Departamento de Estado, el 19 de octubre de 1960, en el sentido de que, a los efectos de “defender los intereses económicos legítimos del pueblo de este país [Estados Unidos] contra la política económica discriminatoria, agresiva e injuriosa del régimen de Castro (...) el gobierno de los Estados Unidos está poniendo en vigor en el día de hoy medidas generales de control, a fin de prohibir las exportaciones norteamericanas a Cuba, excepto en lo que se refiere a alimentos, medicinas y equipos médicos no incluidos en subsidios”. Este embargo comercial, que, entre otros efectos en lo inmediato, privaba a la industria y el transporte en Cuba de piezas de repuesto imprescindibles para su continuado funcionamiento, pretendió ser, junto con la drástica rebaja de la cuota azucarera, el otro golpe fatal a la economía nacional y a la Revolución.

La torpe argumentación de esta medida de embargo comercial merece algún comentario. Al margen de la mentirosa pretensión de querer una vez más pintar a Cuba como la agresora, no podía resultar más ridículo para una potencia tan poderosa como Estados Unidos asumir la posición de verse en la supuesta necesidad de defender su economía contra las presuntas maquinaciones de un país tan pequeño y subdesarrollado como Cuba, cuyas exportaciones a Estados Unidos, si bien significativas para la economía cubana, representaban una proporción insignificante del volumen de importaciones de la economía norteamericana. Cabe preguntarse, además, si no resultaba manifiestamente absurdo defender intereses económicos, prohibiendo exportaciones cuyo mantenimiento y desarrollo eran lo que, por el contrario, convenía a esos intereses.

Sin embargo, para sorpresa de los estrategas políticos norteamericanos, Cuba no se derrumbó frente a la reducción de la cuota azuca-



ra, el embargo comercial y todas las demás medidas de guerra económica. Por el contrario, a finales de 1960, el país daba señales de haber asimilado todos los golpes y el pueblo cubano de haber fortalecido su voluntad de resistir y sostener la Revolución. En vista de ello, el 16 de diciembre, el presidente Eisenhower dispuso la supresión total de la cota azucarera cubana en el mercado norteamericano para los primeros tres meses de 1961. No deja de resultar significativo el plazo anunciado. En esos momentos se hallaban muy adelantados los preparativos de la agresión militar directa que se estaba organizando por la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, cuyo lanzamiento estaba previsto para abril de 1961 y que, según los estrategas del gobierno norteamericano, daría definitivamente al traste con el poder revolucionario en Cuba.

El 3 de enero de 1961, menos de tres semanas antes del término del mandato presidencial de Eisenhower, el gobierno de Estados Unidos anunció el rompimiento de sus relaciones diplomáticas y consulares con Cuba. El día 16 se informó en Washington que, en lo adelante, “los ciudadanos norteamericanos que deseen viajar a Cuba deben, hasta nuevo aviso, obtener pasaportes con autorización especial del Departamento de Estado para realizar este viaje”. Fue la primera medida en la restricción unilateral de viajes a Cuba.

La nueva administración del presidente John F. Kennedy asumió el poder ejecutivo el 22 de enero. El 2 de marzo, el gobierno norteamericano anunció estar considerando la aplicación en el caso de Cuba de la llamada Ley de Comercio con el Enemigo, y el día 31 de ese mes, mediante proclama presidencial suscrita por Kennedy, quedó suprimida totalmente, de manera oficial, la cuota azucarera de Cuba en el mercado norteamericano para el año de 1961, ascendente a unos 3 millones de toneladas.

El 12 de abril, en la misma conferencia de prensa en la que el presidente Kennedy afirmó que no habría intervención armada alguna en Cuba, mientras ya los buques fletados por la CIA que conducían a la expedición invasora navegaban por las aguas del Caribe en dirección a Cuba, el mandatario norteamericano también declaró lo siguiente: “No tenemos la intención de tomar acción alguna con respecto a las pro-



piedades u otros intereses económicos que ciudadanos norteamericanos anteriormente mantenían en Cuba, más que las negociaciones formales y normales con una Cuba libre e independiente”. Estaba claro para Kennedy que el derrocamiento de la Revolución sería cuestión de apenas cinco días o, a lo sumo, una semana más, y que la junta de gobierno que se instauraría por los norteamericanos, cuyos miembros a estas alturas estaban prácticamente presos por la CIA en un aislado lugar de la Florida, dictaría como una de sus primeras decisiones la devolución inmediata de las propiedades nacionalizadas por el Gobierno Revolucionario.

Aún a riesgo de irme más allá del contexto cronológico definido para esta conferencia, me parece necesario prolongar brevemente esta historia de agresión económica y completarla hasta su culminación, que es el momento en que se declara oficialmente el bloqueo, que dura endurecido todavía hoy.

Durante los meses posteriores a la derrota de la invasión armada por Playa Girón, el gobierno de Estados Unidos concentró su atención en dos líneas principales de agresión contra nuestro país: el fomento de la subversión y las gestiones para lograr el aislamiento político de Cuba dentro del sistema interamericano, con vistas a crear las condiciones para una nueva agresión militar. Es la etapa en que se gesta e inicia la ejecución de la Operación Mangosta. En el orden económico, las bases de la guerra contra Cuba ya están sentadas con las medidas de embargo comercial y supresión de la cuota azucarera. El 1º de diciembre de 1961, el presidente Kennedy dispuso la suspensión absoluta de esa cuota en el mercado norteamericano para la primera mitad de 1962.

A finales de enero de 1962 comienza sus sesiones en la ciudad de Punta del Este, en Uruguay, la Octava Reunión de Consulta de Ministros de Relaciones Exteriores de la Organización de Estados Americanos, que debía culminar la maniobra de aislamiento político de Cuba en el hemisferio. El día 25, en su enérgica y argumentada intervención en esa reunión, el jefe de la delegación cubana, el presidente Osvaldo Dorticós, expresó: “Hubiéramos querido y queremos (...) aumentar en forma racionalizada nuestras relaciones comerciales con los Esta-



dos Unidos de Norteamérica. Pero fueron los Estados Unidos de Norteamérica quienes, por decisión unilateral, y como medida de agresión económica, limitaron y cercenaron nuestras relaciones comerciales, cancelando la compra de nuestros productos para sumirnos en la miseria y derrota de la Revolución”.

Después de intensas presiones y negociaciones, la delegación norteamericana logró la aprobación en Punta del Este de un grupo de resoluciones en las cuales se fundamentarían decisiones posteriores que condujeron a la suspensión de Cuba de la OEA y la ruptura de relaciones diplomáticas bilaterales de la mayoría de los países latinoamericanos. En esta coyuntura, el 3 de febrero de 1962, el presidente Kennedy decretó el embargo total del comercio entre Estados Unidos y Cuba. Era la declaración oficial del bloqueo.

En el comunicado de la Casa Blanca se subrayaba que el embargo privaría al gobierno de Cuba de las divisas que venía obteniendo por la venta de sus productos en Estados Unidos, y se afirmaba, con la proverbial hipocresía de las declaraciones oficiales norteamericanas relacionadas con Cuba, que, “fundándose en razones humanitarias quedarán exceptuadas de este embargo las exportaciones de ciertos alimentos, medicinas y otros abastecimientos médicos de los Estados Unidos a Cuba”.

El 24 de marzo, el Departamento del Tesoro de Estados Unidos anunciaba la prohibición de la entrada en territorio norteamericano de cualquier producto elaborado, en todo o en parte, con productos de origen cubano, aunque se fabricasen en un tercer país. En mayo, el gobierno norteamericano anuló unilateralmente la cláusula de “nación más favorecida” en el caso de Cuba, en abierta violación de los estatutos del GATT, el acuerdo internacional regulador del comercio entre las naciones, del cual ambos países eran signatarios.

Algunos meses después, en septiembre, se conocían las gestiones personales del secretario de Estado Dean Rusk ante los gobiernos europeos de los países aliados de Estados Unidos en la OTAN, para lograr que los barcos de esas nacionalidades no transportaran mercancías a Cuba, mientras que los sindicatos marítimos norteamericanos, por indicación del Departamento de Estado, empezaron a negar



facilidades portuarias a los buques de cualquier nacionalidad que hubieran transportado mercancías a Cuba. Se prohibió también la venta a esos países de productos agrícolas dentro del programa llamado de Alimentos para la Paz.

El “embargo” terminaba de perder su antifaz para revelarse como lo que era en realidad y ha sido desde entonces: un bloqueo económico total.

Es decir, ya desde 1960, la batalla del pueblo por la supervivencia de la Revolución había entrado en una fase decisiva. Frente a la agresión económica abierta, el Gobierno Revolucionario replicó en forma contundente con la nacionalización de los monopolios y todas las empresas de propiedad norteamericana en Cuba, y en vista de la hostilidad declarada de la oligarquía nativa, en activa postura contrarrevolucionaria, procedió a privarla de su base económica, nacionalizando también sus bancos y empresas.

La conciencia de nuestro pueblo maduró a paso vertiginoso en esos meses cruciales de 1960. Se derrumbó el efecto acumulado de medio siglo de coloniaje cultural, adoctrinamiento ideológico e ignorancia o indiferencia política. La propia lucha elevó la conciencia de las masas, aceró su voluntad y les mostró cuál era el verdadero y único camino: luchar en defensa de su Revolución. Iban creándose por sí mismas, por la dialéctica del enfrentamiento inevitable a la prepotencia hegemónica norteamericana, las condiciones para la declaración del carácter socialista de la Revolución.

Me referiré ahora a una de las líneas principales de acción de Estados Unidos contra Cuba desde los primeros momentos —para lo cual tengo que saltar de nuevo atrás—: la promoción de organizaciones contrarrevolucionarias dentro de Cuba.

Ya desde el primer semestre de 1959, ex militares y politiqueros vinculados a la tiranía derrocada, oportunistas que participaron de la lucha contra Batista y elementos de las capas sociales más altas que empezaban a ser afectadas por las leyes y medidas reivindicadoras de la Revolución, asumen una actitud abiertamente contraria al proceso revolucionario y comienzan a nuclearse, con el aliento y complicidad de agentes diversos del gobierno norteamericano y, dentro de Cuba, de la embajada de Estados Unidos, en organizaciones de carácter con-



trarrevolucionario, cuyos planes estaban encaminados a destruir el proceso de transformación que se iniciaba.

El 28 de enero de 1959 se crea en Nueva York la organización llamada La Rosa Blanca, la primera de este tipo, integrada por elementos del régimen anterior, como el ex teniente coronel Antonio Soto —segundo jefe de la aviación batistiana—, Luis Pozo —hijo del ex alcalde de La Habana—, Rafael Díaz Balart —político batistiano, quien fungía como secretario general de la organización—, el criminal de guerra Merob Sosa y muchos otros personajes de similar calaña, junto con algunos profesionales y representantes de la oligarquía desplazada del poder. Esta organización mantenía nexos con el dictador dominicano Rafael Leónidas Trujillo y otros círculos gubernamentales en Santo Domingo, y tomó parte activa en la organización y ejecución del plan fraguado por Trujillo y Batista, con la connivencia de Estados Unidos, para la invasión a Cuba en agosto de 1959, frustrado con la captura en Trinidad el día 13 de ese mes del avión en que viajaba la vanguardia de esa invasión, en una operación dirigida personalmente por el Comandante en Jefe. Salvo esta acción, la actividad de La Rosa Blanca no pasó de la esfera de la organización, la conspiración y la elaboración de planes, en su inmensa mayoría abortados.

En el mes de octubre de 1959 se integra el llamado Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR), cuyos dirigentes y miembros procedían en lo fundamental de la Agrupación Católica Universitaria de la Juventud Obrera Católica. Esta organización y su principal cabecilla, Manuel Artime, van a ser escogidos posteriormente por la Agencia Central de Inteligencia para recibir un papel protagónico dentro de sus planes de agresión.

A finales del propio 1959 va creándose una cantidad considerable de organizaciones contrarrevolucionarias, que se iban formando sobre la base de determinados intereses o relaciones anteriores —religiosas, de negocios, políticas, estudiantiles o de otra índole—, lo cual propiciaba que los diferentes grupos se integraran con una psicología propia y un fin común. Así, por ejemplo, de los círculos religiosos se integran el Directorio Revolucionario Estudiantil, el Movimiento Democrático Cristiano y el Movimiento Revolucionario del Pueblo; de



los viejos partidos políticos surge el Movimiento Rescate y se reactiva la Organización Auténtica y el grupo Montecristi; de los primeros elementos disidentes de la Revolución nace el llamado Movimiento 30 de Noviembre. Estas organizaciones y las demás que fueron apareciendo como instrumentos de la contrarrevolución interna, actuaban por lo general bajo la dirección y con el apoyo moral, material y logístico de la CIA y la embajada norteamericana, que las fomentó y utilizó en su momento como parte de la táctica de desarrollar dentro del país una quinta columna, en parte política pero más de acción, en función de sus proyectos de subversión interna o de invasión armada. La historia se repite hasta nuestros días.

Entre 1960 y abril de 1961, las organizaciones contrarrevolucionarias crecieron en número. Se ha estimado que en esta época llegaron a existir más de 300 grupos y organizaciones dentro y fuera de Cuba; en muchas de las cuales, los órganos de la Seguridad del Estado lograron un alto nivel de infiltración hasta el punto de que sus agentes llegaron a ocupar posiciones de dirección en varias de ellas. No obstante, en sentido general, estas organizaciones desarrollaron una cantidad considerable de actividades criminales contra el poder revolucionario, en algunos casos con recursos propios, en otros con los que recibían de la CIA, que, como se ha dicho, alentaba y dirigía las acciones de estos grupos.

Capítulo aparte en la guerra sucia contrae Cuba librada por Estados Unidos, merece la manifestación más grotesca y desvergonzada de esta política agresiva de las administraciones y los servicios especiales norteamericanos, son los planes de asesinato de los principales dirigentes de la Revolución y, en primerísimo lugar, de Fidel. De esto se ha hablado mucho. Sólo me voy a referir a los hechos más significativos de los primeros tres años de Revolución.

El 11 de diciembre de 1959, el coronel J. C. King, jefe de la división encargada de los asuntos del hemisferio occidental en la CIA, escribió en un memorándum secreto dirigido al director de la Agencia, Allen Dulles: “Debe darse seria consideración a la eliminación de Fidel Castro. Ninguno de los más cercanos a él, como su hermano Raúl o su compañero Che Guevara, tienen la misma influencia carismática



sobre las masas. Mucha gente informada considera que la desaparición de Fidel aceleraría grandemente la caída del actual gobierno”. Véase cuán temprano figuraba ya la opción del asesinato en el arsenal de agresiones norteamericanas contra la joven Revolución cubana.

Hasta 1993, los órganos de la Seguridad del Estado cubana habían descubierto y neutralizado un total de 627 conspiraciones contra la vida del Comandante en Jefe. Esta cifra incluye tanto los planes que llegaron a alguna fase de ejecución concreta como aquellos neutralizados en una etapa primaria, así como los intentos que por distintas vías y razones se han revelado públicamente en Estados Unidos. No incluye cierta cantidad de casos que no pudieron verificarse por disponerse solamente de información testimonial de algunos participantes, ni, por supuesto, los planes posteriores a 1993, que suman unos cuantos; entre ellos, el notorio intento organizado en Panamá en el año 2000 por Luis Posada Carriles.

Durante el primer año de la Revolución, con anterioridad incluso al memorándum citado del coronel King, sin contar los ya mencionados, se conocieron cinco planes de asesinato del jefe de la Revolución, tres de ellos vinculados de alguna manera a los órganos especiales de Estados Unidos.

A mediados de 1959, el reconocido agente de la CIA Frank Sturgis proyectó un atentado contra Fidel en coordinación con James Noel, jefe de la estación de la CIA en la embajada de Estados Unidos en La Habana. Este sujeto, con el nombre de Frank Fiorini, había recibido durante la guerra en Cuba la misión de la CIA de infiltrarse en el Ejército Rebelde y había logrado establecer contactos relativamente amplios con los rebeldes. Aparecerá de nuevo años después como integrante del grupo de los llamados “plomeros” que irrumpieron en las oficinas del Partido Demócrata en el complejo de edificios de Watergate, en Washington, hecho que desató el escándalo que dio al traste con la presidencia de Richard Nixon.

Entre noviembre de 1959 y febrero de 1960 se dieron los pasos para la organización y ejecución de un complot de asesinato del Comandante en Jefe, dirigido por el agregado militar de la embajada norteamericana, mayor Robert Van Horn, y supervisado directamente por Louis Herbert, oficial superior de la CIA, responsable de operaciones



en el área de Centroamérica y el Caribe. Este plan fue neutralizado por la labor de agentes de la Seguridad cubana que lograron penetrar el grupo de complotados.

A partir de la directiva del coronel King, la CIA asume como tarea prioritaria el asesinato de Fidel. Se conocen las vinculaciones establecidas entre la Agencia y elementos de la mafia norteamericana, reclutados para esa misión, dadas a conocer públicamente en el informe elaborado en 1975 por una comisión investigadora del Senado de Estados Unidos, presidida por el senador Frank Church. Los primeros intentos como resultado de esta asombrosa asociación se llevaron a cabo en ocasión de la visita del Comandante en Jefe a la ciudad de Nueva York en septiembre de 1960. Se intentó colocar en la habitación del hotel que ocupaba el dirigente cubano una caja de tabacos impregnados de botulina sintética, un veneno poderoso, y otra con explosivos. Se procuró poner sales de talio en las botas de Fidel para que se le cayeran los pelos de su barba. Se trató de hacerle fumar un tabaco impregnado con LSD, una sustancia alucinógena, para que se comportase de manera incoherente durante una comparecencia por la televisión norteamericana. Walter Martino, gángster norteamericano y hermano de uno de los operadores de casinos de juego en La Habana antes del triunfo de la Revolución, intentó colocar un artefacto explosivo bajo la tribuna que ocuparía Fidel en un acto convocado para el Parque Central de Nueva York.

Al mes siguiente, el connotado mafioso John Roselli, vinculado a Santos Trafficante, uno de los zares de la mafia norteamericana, envía a La Habana, por encargo de la CIA, a un agente cuya encomienda consistía en organizar sobre el terreno un atentado a Fidel con el apoyo de los contrarrevolucionarios cubanos Eufemio Fernández y Herminio Díaz. Por esos días resulta descubierta otra conspiración instigada también por la embajada norteamericana, cuyos integrantes se pusieron a disposición de los tribunales revolucionarios. En los dos meses finales de 1960 se neutralizaron otros seis planes de asesinato, en tres de los cuales al menos quedó demostrada la complicidad de la CIA.

Sin contar las conspiraciones abortadas en fase incipiente, los archivos cubanos y norteamericanos registran 20 planes de asesinato del Comandante en Jefe en 1961. Entre ellos figuran los siguientes:



En enero de ese año, la mafia prepara un plan de envenenamiento de Fidel, cuando visitara el hotel Habana Libre. Ese mismo mes fracasa otro plan similar para el cual había sido reclutado Juan Orta Córdova, funcionario de las oficinas del primer ministro cubano.

De nuevo, la mafia intenta envenenar a Fidel en marzo. Se envían a La Habana unas píldoras letales que debían introducirse en los alimentos que consumiera el Comandante en Jefe en el restaurante Pekín, que solía frecuentar en esa época, para lo cual había sido reclutado uno de los dependientes del establecimiento. Entre junio y julio, un comando vinculado al llamado Consejo Revolucionario Cubano, la estructura creada por la CIA cuando Playa Girón, organizó, con la colaboración de agentes de esa entidad, tres emboscadas distintas a Fidel, una en la intersección de Santa Catalina y Boyeros y otras dos en lugares frecuentados por el jefe de la Revolución.

También en julio fracasa el plan fraguado por la CIA para asesinar a Fidel en Santa María del Mar o, como alternativa, en la casa de Celia Sánchez en El Vedado. En este complot debía haber participado Félix Rodríguez, el notorio agente de la CIA que tuvo participación años después en el asesinato del Che en Bolivia, y que hoy es nada menos que el presidente de la asociación de veteranos de la Brigada 2506, la de mercenarios de Playa Girón. Para el 26 de julio de 1960 se organizaron dos planes: uno para asesinar al comandante Raúl Castro en Santiago de Cuba, que sería seguido por una agresión simulada a la base naval de Guantánamo; otro para lanzar granadas de mano contra la tribuna del acto de masas en la Plaza de la Revolución, en La Habana, mientras estuviera hablando Fidel.

Una de las conspiraciones más peligrosas en 1961 fue la organizada por la CIA para asesinar a Fidel durante un acto frente a la Terraza Norte del antiguo Palacio Presidencial, para lo cual se había alquilado un apartamento cercano al lugar y se habían ido introduciendo los armamentos y medios necesarios. La operación, prevista para la concentración de bienvenida al presidente Osvaldo Dorticós a su regreso en octubre de una gira por los países socialistas, se dirigía desde Estados Unidos por David Phillips, alto oficial de la CIA, y se controlaba en Cuba por su agente Antonio Veciana Blanch.



En 1962 se registran 17 conspiraciones y planes de asesinato de Fidel. En casi todos está documentada la participación de la CIA. De ellos cabe mencionar el nuevo intento de la mafia de envenenar al Comandante en Jefe en el hotel Habana Libre, para lo cual se hizo llegar a Cuba, con la complicidad de un diplomático español, un frasco de cápsulas que contenía un veneno fabricado especialmente en los laboratorios de la Agencia que no dejaría huellas en el organismo de la víctima. Ese año también se organizaron no menos de dos planes para realizar atentados a Fidel en el cementerio de Colón, en La Habana, partiendo del supuesto de que asistirían a los sepelios de Juan Marinello y de Raúl Roa, a quienes se asesinarían primero con ese propósito.

Esta historia de planes para asesinar a Fidel continúa sin solución de continuidad hasta hoy. Uno de sus episodios conocidos más recientes, aunque no el último, fue el complot organizado en el año 2000 en Panamá bajo la dirección del Luis Posada Carriles, ese angélico activista anticastrista, cuya entraña de asesino y terrorista se empeñan en edulcorar los medios cómplices de la agresión anticubana.

He querido dejar para el final, por tener tanta actualidad en esta época de guerra mundial declarada contra el terrorismo, el tema interminable de los sabotajes, las incursiones piratas y otras acciones terroristas perpetradas contra Cuba en estos primeros años directamente por el gobierno de Estados Unidos y sus agencias, o con su complicidad directa.

El 8 de agosto de 1959, dos meses y medio después de la firma de la Ley de Reforma Agraria, las autoridades cubanas detienen al sargento Stanley F. Wesson, acreditado como miembro del servicio de seguridad de la embajada de Estados Unidos, y a otra empleada de la sede diplomática, en una reunión de elementos contrarrevolucionarios en la cual se preparaban actos de sabotaje coordinados con los planes de invasión a Cuba que se fraguaban por esa fecha en la República Dominicana.

A finales de octubre, el presidente Eisenhower aprueba un programa propuesto por el Departamento de Estado y la CIA para emprender acciones encubiertas contra Cuba, incluidos ataques piratas aéreos y navales, y la promoción y apoyo directo a las organizaciones



contrarrevolucionarias dentro de Cuba. Según el documento, las operaciones deberían lograr que el derrocamiento del régimen revolucionario pareciera ser el resultado de sus propios errores. El 11 de diciembre de 1959, Eisenhower da su aprobación a un plan de acción contra Cuba presentado por la CIA, cuyo objetivo consistía en “el derrocamiento de Castro en el término de un año y su sustitución por una junta amiga de los Estado Unidos”, que incluye, entre otras medidas, “ataques por la radio clandestina”, interferencia interna de la radio y la televisión cubanas, y apoyo a los “grupos de oposición pronorteamericanos” para que puedan “establecer por la fuerza un área controlada dentro de Cuba”.

A tenor de estas decisiones, en estos meses comienza la campaña de vuelos sobre territorio cubano de pequeños aviones procedentes de territorio norteamericano, con misiones como la infiltración de agentes, armas y otros medios de apoyo a la actividad organizada de la contrarrevolución interna, y la realización de actos de sabotaje, bombardeos y otras acciones terroristas. El 6 de octubre de 1959, el Gobierno Revolucionario impuso de esta actividad pirata al de Estados Unidos, y solicitó la inmediata adopción de medidas por las autoridades norteamericanas para evitarlos. Sin embargo, pocos días después, estas incursiones se intensificaron. Quedaba desde ese momento en evidencia que el gobierno de Estados Unidos no era ajeno a estas acciones, ejecutadas por sus agencias o toleradas por ellas.

El 26 de octubre, el gobierno de Estados Unidos negaba la utilización de su territorio como base para los vuelos piratas sobre Cuba. Pocas horas más tarde, el desertor Pedro Luis Díaz Lanz, ejecutor de muchos de estos ataques, reconocía públicamente que los aviones empleados en ellos tenían sus bases en la Florida y el 1º de noviembre se descubría uno de esos aparatos en el aeropuerto de Pompano Beach, en el estado de la Florida.

Enumeraré solamente algunas de las acciones de este tipo más notorias durante esos meses:

El 11 de octubre de 1959, un avión lanzó dos bombas incendiarias sobre el central Niágara, en la provincia de Pinar del Río. El 19 de octubre, otras dos bombas fueron arrojadas desde el aire sobre el



central Punta Alegre, en la provincia de Camagüey. El 21 de octubre, un avión bimotor ametralló la ciudad de La Habana, provocando varios muertos y decenas de heridos, mientras otra avioneta arrojaba propaganda contrarrevolucionaria. El 22 de octubre fue ametrallado un tren de pasajeros en la provincia de Las Villas. El 26 de octubre, sendas avionetas atacaron los centrales Niágara y Violeta.

A partir del mes de enero de 1960, ya en pleno desarrollo la zafra azucarera de ese año, se multiplicaron los vuelos sobre cañaverales. El día 12 solamente fueron incendiadas desde el aire 500 000 arrobas de caña en la provincia habanera. El día 30 se perdieron más de 50 000 arrobas en el central Chaparra, en Oriente, y el 1º de febrero fueron incendiadas más de 100 000 arrobas en la provincia de Matanzas. Pero no cesaron otras acciones de terrorismo aéreo: el 21 de enero, un avión arroja cuatro bombas de 100 libras sobre la zona urbana de Cojimar y Regla, en La Habana.

El 7 de febrero de 1960, una avioneta incendia 1,5 millones de arrobas de caña en los centrales Violeta, Florida, Céspedes y Estrella, en Camagüey. El 18 de febrero, un avión que bombardeaba el central España, en la provincia de Matanzas, fue destruido en el aire por una de sus propias bombas. Al piloto se le identificó como Robert Ellis Frost, ciudadano norteamericano. La carta de vuelo registraba la salida del avión del aeropuerto de Tamiami, en la Florida. Por otros documentos hallados en el cadáver se descubrió que en tres ocasiones anteriores el piloto había realizado incursiones piratas sobre Cuba.

El 23 de febrero, varias avionetas riegan cápsulas incendiarias en las fábricas de azúcar Washington y Ulacia, en Las Villas, así como en Manguito, en la provincia de Matanzas. El 8 de marzo, otra avioneta lanza materias inflamables en la zona de San Cristóbal e incendia más de 250 000 arrobas de caña.

Junto a las misiones de bombardeo, ametrallamiento y quema, en esta etapa se suceden los vuelos sobre La Habana y casi todas las demás provincias del país con el propósito de diseminar propaganda subversiva. Tan sólo en los tres primeros meses de 1961 se registraron decenas de vuelos de ese tipo. En un informe elaborado a raíz de la derrota de la invasión por Playa Girón, el entonces inspector general



de la CIA, Lyman Kirkpatrick, apuntaba que “en el momento de la invasión se había dejado caer sobre Cuba un total de 12 millones de libras de volantes” de propaganda contrarrevolucionaria.

Mientras se desarrollaba esta escalada de acciones terroristas desde el aire, el gobierno de Estados Unidos había emprendido una serie de maniobras diplomáticas, destinadas a obstaculizar la adquisición, por parte de Cuba, de los medios necesarios para la defensa del territorio frente a estas incursiones aéreas piratas, incluida la presión sobre el gobierno de Gran Bretaña para impedir la venta a Cuba de 15 aviones de combate. El 13 de noviembre de 1959, el Gobierno Revolucionario de Cuba acusó al de Estados Unidos por estas maniobras destinadas a impedir su legítimo derecho de adquirir los medios para defender el país. Cinco días después ratificó su decisión de adquirir esos medios donde pudiera conseguirlos.

El hecho más significativo en la cronología de acciones dirigidas a impedir el reforzamiento de la defensa del país, fue, como ustedes saben, la voladura del vapor francés *La Coubre* el 4 de marzo de 1960. El buque había cargado en puertos europeos un importante lote de armamentos y parque adquirido por el Ejército Rebelde. El cargamento fue sabotado por agentes de la CIA en alguno de los puertos de embarque, y los artefactos explosivos colocados hicieron explosión ese día en el puerto de La Habana, mientras se realizaban las operaciones de descarga. Las bombas se programaron de suerte de que la segunda estallara con un intervalo suficiente, como para asegurar que el buque y el muelle aledaño estuviesen lo más llenos posible de personal que habría acudido en auxilio de las víctimas de la primera explosión. Las explosiones dejaron un saldo de 101 muertos y más de 200 heridos. Este primer gran atentado terrorista contra el pueblo cubano fue también el hecho único que ha provocado más víctimas en estos 47 años de crímenes y, junto con la destrucción de la aeronave de Cubana de Aviación en Barbados, en 1976, el que caló más hondo en el dolor colectivo del pueblo.

El 21 de marzo de 1960 se derribó cerca de Matanzas la avioneta tripulada por los norteamericanos Howard Lewis Rundquist y William J. Shergales, quienes fueron capturados, y el 12 de mayo es abatida al



oeste de La Habana, cerca de la costa, otra avioneta pilotada por el también norteamericano Matthew Edgard Duke, cuyo cadáver se entregó a la representación diplomática de Estados Unidos. Pudo determinarse que ésta había sido la incursión pirata número 33 de este piloto.

En los meses de marzo y abril, los vuelos sobre cañaverales fueron casi diarios. A partir del mes de mayo de 1960 se hicieron menos frecuentes, a la vez que empezaba el incremento de actividades terroristas de otro tipo, como secuestros de aviones, atentados y acciones de sabotaje que culminaron en la destrucción de la tienda El Encanto, el 13 de abril de 1961. La complicidad, y participación directa en muchos casos, de la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos en estos hechos, quedó demostrada también por las declaraciones posteriores de diversos cabecillas contrarrevolucionarios, responsables directos de estas actividades.

Paralelamente a la campaña de terrorismo desde el aire, durante los meses finales de 1959, la contrarrevolución interna, con el apoyo directo de las agencias del gobierno de Estados Unidos, incrementó sus actividades subversivas y terroristas de otra índole, mediante el desencadenamiento de una ola de sabotajes y acciones de diversa naturaleza que cobran particular intensidad en los primeros meses del año 1961, como parte de la creación de un clima que la CIA estimaba propicio para el lanzamiento de la invasión mercenaria por Playa Girón. A continuación, una brevísimas enumeración de algunas de las principales acciones de este tipo y otros hechos relacionados con ellas en esta etapa:

Entre los primeros casos de agentes internos reclutados por la estación de la CIA en la embajada norteamericana en La Habana, está el de Alfredo Izaguirre de la Riva, quien llegó a recibir entrenamiento para acciones terroristas y de espionaje en Estados Unidos y cumplió numerosas misiones, incluida la preparación de planes de atentados al Comandante en Jefe Fidel Castro, hasta que se le descubrió y capturó en julio de 1961.

El 15 de junio de 1960 son detenidos los agregados de la embajada de Estados Unidos, Edwin L. Sweet y William G. Friedman, agentes del FBI, sorprendidos en plenas faenas conspirativas y expulsados del país.



Los locales de los periódicos *Revolución* y *La Calle*, órganos de prensa revolucionarios, fueron atacados con granadas o cocteles Molotov. El 15 de febrero de 1960 es incendiada la tienda por departamentos Ten Cent de la ciudad de Santa Clara. Cines, tiendas, oficinas, fábricas, escuelas, son objeto de atentados terroristas con explosivos o sustancias incendiarias, casi siempre en momentos en que están llenas de público. El 27 de octubre de 1960 muere el niño de 13 años Juan Alberto Jiménez Yupart, como resultado de uno de estos atentados en la calle Estrella, en La Habana.

En ese mes de octubre se denunciaba la actividad de la estación de la CIA en la embajada norteamericana en La Habana, en las personas del coronel Erickson S. Nichols y el mayor Robert Van Horn, ambos agregados militares reclutados por la Agencia. El objetivo de estos espías era estimular la contrarrevolución en la capital del país mediante la puesta en práctica de un amplio plan subversivo que incluía la voladura de la refinería de petróleo Níco López y de la planta eléctrica de Tallapiedra.

Durante los meses anteriores a la invasión cobra impulso la actividad de infiltración clandestina de agentes individuales y grupos en territorio cubano, lo cual resultaba coherente con la intención de crear todas las condiciones internas posibles para el éxito de lo que se consideraba el puntillazo al régimen revolucionario. Para tan delicada misión, la CIA decidió utilizar muchas veces agentes norteamericanos.

El 5 de octubre de 1960 desembarca en la bahía de Navas, entre Moa y Baracoa, en la costa norte de la provincia de Oriente, un grupo de 27 infiltrados al frente de quienes venían cuatro norteamericanos, pero son todos capturados por fuerzas rebeldes y de las milicias campesinas. Otro grupo de seis norteamericanos es descubierto poco tiempo después, tras haber desembarcado por un punto de la costa norte de Pinar del Río.

En los primeros meses de 1961 se ocuparon en algunos cayos de las costas de Pinar del Río y Las Villas, y en otros puntos dentro del territorio de la Isla, grandes lotes de armas introducidos clandestinamente. En abril se descubrió y capturó en Pinar del Río un cargamento de ocho toneladas de armas, explosivos y pertrechos introducidos por dos infiltrados norteamericanos que fueron detenidos.



El 13 de marzo de 1961 es infiltrado en Cuba el traidor Humberto Sorí Marín con un gran cargamento de armas e indicaciones de la CIA de gestionar la unión de la mayor cantidad posible de organizaciones contrarrevolucionarias. Una misión no menos priorizada de este agente consistió en crear condiciones para la realización de un atentado al Comandante en Jefe.

En pleno apogeo de la campaña de sabotajes, promoción de organizaciones y bandas contrarrevolucionarias y terrorismo desde el aire, llevada a cabo con el estímulo y la evidente participación y complicidad de las autoridades de Estado Unidos, el 26 de enero de 1960, el presidente norteamericano, Dwight D. Eisenhower, sostiene en una declaración pública que “el Gobierno de los Estados Unidos se adhiere estrictamente a su política de no intervención en los asuntos internos de otros países, incluida Cuba”, y afirma con insuperable cinismo que, al mismo tiempo, “ve con creciente preocupación la tendencia de los voceros del Gobierno cubano (...) a crear la ilusión de actos agresivos y actividades conspirativas dirigidas contra el Gobierno cubano y atribuidas a las autoridades o agencia de los Estados Unidos”. Al día siguiente, el Gobierno Revolucionario reitera de nuevo su disposición a negociar las diferencias de opinión existentes con Estados Unidos y a discutir las “sin reservas y con absoluta amplitud” sobre la base del respeto mutuo y el beneficio recíproco.

Pero el fariseísmo norteamericano llegaría aún más lejos: el 8 de abril, en carta a un grupo de estudiantes chilenos, el presidente Eisenhower esgrimió de manera oficial, por primera vez, la especie de la “traición” a los ideales revolucionarios por parte del gobierno cubano —argumento usado desde entonces por la contrarrevolución—, y expresó paladinamente: “Permítaseme asegurarles que la idea de una intervención extranjera en los asuntos cubanos es tan desagradable a los Estados Unidos como lo es la intervención en los asuntos internos de cualquier otra república americana”. Ya para entonces, el mismo Eisenhower había autorizado en persona la ejecución de los planes para la invasión a Cuba: el 17 de marzo, en efecto, el presidente norteamericano había aprobado el programa de acciones emprendidas por la CIA, entre las cuales figuraban “la creación de una oposición cubana



al régimen de Castro responsable, atractiva y unida”, el desarrollo de “una poderosa ofensiva de propaganda”, la continuación de los esfuerzos para “la creación de una organización clandestina de inteligencia y acción dentro de Cuba” y, finalmente, la preparación fuera de Cuba de “una fuerza paramilitar apropiada”.

Como ya se dijo, en los meses anteriores a la invasión por Playa Girón se intensifica la campaña de sabotajes y otras acciones terroristas, como parte de un plan deliberado de la CIA, para crear un clima que los estrategas norteamericanos estimaban propicio, a partir de su errónea evaluación del grado real de malestar y oposición interna al Gobierno Revolucionario. Un análisis de los servicios de seguridad cubanos, elaborado el 16 de diciembre de 1960, evidenciaba la creciente actividad contrarrevolucionaria. Entre los meses de septiembre y diciembre, se cometieron más de 50 violaciones aéreas solamente en la provincia de La Habana, muchas de ellas con la finalidad de distribuir propaganda contrarrevolucionaria y lanzar bombas sobre objetivos estratégicos de la capital. En ese mismo período se reportaron más de 100 acciones de sabotaje y actos terroristas contra la población.

Entre los hechos más significativos que ocurren en el mes de diciembre de 1960, cabe mencionar el incendio provocado el día 15 en los estudios de la emisora radial CMQ en La Habana; la bomba puesta en la Universidad de La Habana que, además de los daños causados, hirió de gravedad a un estudiante; el sabotaje del cine Caridad, en Mariano, con un saldo de siete jóvenes heridos, y la destrucción total y parcial, respectivamente, por el fuego de las tiendas La Época y Flogar, dos de las mayores de La Habana. En el resto del país también se incrementó la actividad terrorista: incendios de casas de tabaco en Pinar del Río, 39 acciones de diversos tipos en Las Villas, 16 sabotajes y un asalto a una estación de policía en Camagüey, y siete sabotajes de envergadura en Santiago de Cuba.

El periódico *Revolución* publica, en su edición del 30 de diciembre de 1960, la noticia de la detención de un grupo terrorista compuesto por 17 agentes de la CIA preparados y pertrechados para llevar a cabo acciones de sabotaje. Entre los detenidos figuraba Armando Valladares, el presunto poeta paralítico, quien 27 años después sería nombrado por el



presidente Ronald Reagan como embajador de Estados Unidos ante la Comisión de Derechos Humanos de Naciones Unidas.

El 26 de febrero de 1961 es colocado fósforo vivo en la tienda El Encanto de Santiago de Cuba. Dos días después ocurre un atentado terrorista a la Nobel Academy en La Habana, que produce un saldo de nueve estudiantes y una profesora heridos.

El 3 de marzo, una bomba puesta en el Consolidado de la Construcción en Rancho Boyeros, ocasiona la muerte del obrero de 18 años José María Méndez Marrero. Tres días después era asesinado el miliciano Carlos Rodríguez Borbolla, en el interior de una nave de almacenamiento de papel periódico, en La Habana, incendiada posteriormente. El día 11, un sabotaje efectuado a las torres de servicio eléctrico en el barrio habanero de La Víbora, deja sin fluido eléctrico a una amplia zona de La Habana. El día 14 estallan incendios simultáneos en las sucursales de los establecimientos denominados Ten Cent en las calles Monte, Obispo y Habana, en la capital del país. El 21 de marzo es asesinado en Puerto Padre, Oriente, el miliciano Ángel Torres López.

El 2 de abril, un sabotaje a la revista *Verde Olivo* ocasiona la muerte al obrero Rigoberto Sierra. Ese mismo día se frustra el sabotaje al cine City Hall, en La Habana, al ser capturado el saboteador con cinco frascos de fósforo vivo. El día 4, un incendio provocado destruye un almacén y 180 000 sacos de azúcar en el central Hershey, en Santa Cruz del Norte. El día 7 es saboteada la conductora central de agua de la Cuenca Sur y se interrumpe el suministro de agua en gran parte de la ciudad de La Habana por 48 horas. El 13 de abril, dos días antes del lanzamiento del ataque aéreo previo a la invasión de Girón, un sabotaje con fósforo vivo destruye totalmente el edificio ocupado por la tienda El Encanto, en la capital, y ocasiona la muerte de la trabajadora y miliciana Fe del Valle.

Dos días después se desataría la primera fase de la invasión mercenaria que para los estrategas norteamericanos constituiría el golpe decisivo a la Revolución: el bombardeo de tres aeropuertos cubanos por aviones de la CIA con insignias cubanas y, dos días después, el desembarco de la poderosa brigada mercenaria en Playa Larga y Playa Girón.



Pero ésta es otra historia, que será motivo de examen en otra sesión de estos talleres.

Creo, pues, que ya los he cansado bastante, y pongo punto final a mi exposición. Pero antes de ponerme a disposición de ustedes para sus comentarios, observaciones y preguntas, quiero decir lo siguiente a manera de conclusión:

Considero que ha quedado más que argumentado, como la característica general de las relaciones del gobierno de Estados Unidos con Cuba, desde el triunfo de la Revolución cubana el 1° de enero de 1959, ha sido la invariable política de hostilidad y la agresión constante. Esta política ha adoptado todas las formas posibles, desde los ataques verbales y las campañas de difamación hasta la agresión armada directa, pasando por los intentos de aislamiento político y diplomático, la subversión, la promoción de sabotajes, los secuestros de aviones y embarcaciones, las infiltraciones de agentes y las incursiones piratas, el espionaje de todo tipo, el fomento de bandas contrarrevolucionarias, el asesinato y los planes de atentado contra dirigentes cubanos, las agresiones biológicas, los hostigamientos militares y, finalmente, la guerra económica, incluido el bloqueo, que dura ya más de 40 años.

En sostenida campaña contra Cuba, el objetivo estratégico del gobierno de Estados Unidos no ha sido otro que la destrucción de la Revolución cubana.

En el arsenal de recursos puestos en práctica contra nuestro país, siempre han figurado de manera muy destacada, a lo largo de estos 40 años, las agresiones armadas y las actividades terroristas. El terrorismo ha resultado protagonista principal en una política consecuente de agresión contra Cuba a lo largo de más de cuatro décadas.

Y, por último, dos conceptos fundamentales:

Primero, en todos estos 47 años de guerra sucia, Cuba no fue ni ha sido nunca la agresora, sino, por el contrario, la invariablemente agredida, obligada a defenderse al precio de incontables millones de recursos que podían haberse destinado al desarrollo del país, y de miles de vida de sus hijos.



Segundo, si el imperio más poderoso de toda la historia, a 90 millas de nuestras costas, que ha empleado todos sus enormes recursos para destruirnos y volvernos a avasallar, no ha podido hacerlo, ello no se debe más que a la inquebrantable voluntad y capacidad de lucha y resistencia de nuestro pueblo heroico, valiente y decidido, que ha dado una lección ejemplar e imperecedera al mundo de que cuando un pueblo, por pequeño que sea, no quiere ser dominado, no hay fuerza en el mundo capaz de vencerlo.

Muchas gracias.

La Habana, 19 de mayo del 2006.



Cultura y educación cubanas: desde la forja de la nación hasta nuestros días

Armando Hart Dávalos

En el período forjador de la nación cubana, en la primera mitad del siglo XIX, José de la Luz y Caballero, considerado el fundador de la escuela cubana, señaló en uno de sus numerosos aforismos que “instruir puede cualquiera, educar sólo quien sea un evangelio vivo”. Años más tarde, José Martí, continuador de esa línea de pensamiento pedagógico, precisó que “Instrucción no es lo mismo que educación: aquélla se refiere al pensamiento, y ésta principalmente a los sentimientos” y añadió que el “pueblo más feliz es el que tenga mejor educado a sus hijos en la instrucción y en los sentimientos”.¹ Ambas figuras reflejan lo que ha sido una orientación clave de la pedagogía cubana, concebir la escuela en el contexto más amplio de la sociedad, para poder contribuir de modo eficaz al objetivo de preparar al hombre para la vida y ponerlo en consonancia con su pueblo y con su tiempo.

Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona —es decir, los más altos exponentes—, brillaron como pedagogos y sus ideas filosóficas nacieron de las necesidades del quehacer educacional, lo que dio a sus textos un contenido didáctico y, por tanto, una capacidad de exposición clara como reclama el oficio de enseñar.

En Varela y en Luz hay un acento que parte de sus concepciones religiosas y se inspira en sus principios éticos cristianos. En Martí, la sensibilidad ética y la vocación hacia la acción revolucionaria concre-

1 José Martí: *Obras Completas*, t. 19, p. 375, Edición Karisma Digital.



ta, lo llevan a concebir la educación como una vía esencial para el mejoramiento humano y para alcanzar la felicidad junto a la búsqueda de lo que él llamó el equilibrio entre naciones e, incluso, entre las facultades emocionales y las intelectuales de cada hombre. En Varona, el énfasis se pone en la formación científica sobre el cimiento ético heredado. En los cuatro está presente un pensamiento humanista radical de valer universal en el cual se articulan corrientes diversas tributarias de una identidad que sirve de sustento a las ideas filosóficas cubanas. Todo esto, como señalamos, alumbra el quehacer pedagógico concreto y las posibilidades de transformación ética del hombre, a partir del desarrollo de la educación, la ciencia y la cultura.

Entre los principales exponentes de la filosofía cubana —Varela, Luz, Martí y Varona— no se produjeron choques irreconciliables, como tuvo lugar en la historia intelectual de Europa, muy por el contrario, se revela una continuidad y enriquecimiento entre las ideas de todos ellos. Es cierto que existen pensadores cubanos que no compartían esas ideas, como es el caso de los reformistas y autonomistas, que para algunos análisis específicos hicieron aportes a tomar en cuenta, pero la línea central de la historia intelectual de Cuba superó radicalmente estas corrientes.

Otra característica singular de los forjadores del pensamiento pedagógico y filosófico cubano, está en que tienen una marcada tendencia hacia la acción social y específicamente política; es decir, no se desconocen sino, por el contrario, se tienen muy presentes orientaciones hacia la práctica. Ellos persiguen encaminar su acción hacia el propósito de la justicia y a partir de una política culta. Varela, diputado a las Cortes de 1820, emigrado por razones políticas, fue un combatiente a favor de las ideas separatistas; Luz y Caballero realiza análisis sociológicos —incluso, de carácter jurídico— y formula propuestas al respecto, pero se proyecta especialmente en la práctica de enseñar. En estas figuras, el ideal de la cultura tiene que ver con la integralidad y la aplicación real de las ideas éticas y patrióticas.

Hoy, más de un siglo y medio después y en los inicios del tercer milenio de nuestra era, el reto fundamental del pensamiento a escala universal viene dado por la disyuntiva: integralidad o fragmentación. He ahí la vigencia de ese legado que queremos destacar.



La orientación que nos viene de nuestra tradición intelectual está dirigida, precisamente, a la búsqueda de la integralidad de las diversas esferas de la cultura, la ciencia y la educación. Luz estaba interesado en demostrar que existía una sola ciencia y que los fenómenos de las llamadas ciencias morales y los que pertenecen a las intelectuales, eran diferentes modos de manifestarse esa sola ciencia. Para Luz existía la misma relación entre la moral y las ciencias intelectuales, que la que se manifiesta entre la química y la física.

Un punto importante del pensamiento de Luz se halla en su célebre principio “todos los métodos y ningún método, he ahí el método”. También postulaba que “para vestir un santo no debe desvestirse a otro”. Rechazó el eclecticismo, porque conducía a conclusiones amalgamadas y confusas al servicio de los intereses creados y porque carecía de un diseño matriz esencial. A tono con esto, promovió los métodos electivos para la adquisición de los conocimientos que tomó de las enseñanzas de su tío José Agustín Caballero. Se elige para algo; o sea, con algún objetivo. Dentro de la tradición cultural cubana, el propósito de elegir va orientado a hacer prevalecer la integralidad de la cultura, teniendo como guía la práctica de la justicia. Constituye sin duda un testimonio elocuente de las concepciones sumamente avanzadas que había alcanzado la cultura cubana en la primera mitad del siglo XIX.

Luz exige de las ciencias intelectuales o espirituales y, por tanto, de la moral, su comprobación práctica; es decir, su confirmación con el ejemplo. El valor de sus ideas se halla en que sólo con la integralidad de las diversas ramas de la cultura pueden alcanzarse la racionalidad y la comprensión científica acerca de la importancia de la ética. Porque para Luz y Caballero, esta última se interrelaciona con todas las formas del actuar tanto en lo individual como en lo social.

Por eso, en nuestros días, las tendencias egoístas insisten en aislar y desconectar las diversas ramas o especialidades en perjuicio de una visión integral. No es que la especialización deje de tener importancia fundamental en estos tiempos de grandes avances científicos, pero el valor definitivo de la cultura está dado por su integralidad, presidida por un sentido ético universal.



El llamado pensamiento posmoderno norteamericano en la medida en que tiende a la desintegración cultural y emplea de manera tergiversada las formas del lenguaje, planteándose como un valor absoluto, presenta la imagen distorsionada del contenido para que se corresponda con sus intereses egoístas. Los poderosos medios tecnológicos de comunicación nos trasladan masiva y sistemáticamente su mensaje desintegrador de la facultad humana de pensar a través del manejo distorsionado del lenguaje. Asimismo incitan a la violencia, el odio y, por ende, tratan de aplastar la capacidad humana de amar.

La ética constituye la clave más profunda y sólida para acercarse unos hombres a otros. Desde luego, se necesita como complemento el lenguaje que debe ser preciso y alcanzar la mayor perfección posible, pero aislado de la moral es incompleto e, incluso, da lugar a la irracionalidad.

Obviamente, la moral sin el lenguaje también resulta incompleta y puede conducir a los mismos desastrosos efectos. Ética y lenguaje son dos elementos esenciales de la comunicación humana y social, y en tanto la primera abarque los intereses de mayor número de personas hasta comprender a toda la humanidad, tendrá más fuerza comunicativa. Pongamos ejemplos prácticos. El poder de comunicación de Fidel Castro se fundamenta en su dominio del lenguaje y en el contenido ético de valer universal presente en él. Este dominio le sirve para matizarlo, entenderse con el mayor número de personas y llegar a las amplias masas.

Don Fernando Ortiz, calificado de tercer descubridor de Cuba después de Colón y Humboldt, porque investigó y descubrió la naturaleza híbrida de nuestro origen cultural: el mestizaje nacido de españoles, africanos y diversidad de nacionalidades más, definió sobre estas bases nuestra cultura como un ajiaco, plato cubano en el cual se mezclan los más diversos ingredientes. Ciertamente es un ajiaco con sabor a justicia y dignidad plena del hombre. Esto tiene explicación histórica y cultural en la composición y naturaleza real de la sociedad cubana. Ello se expresa en el mestizaje racial y cultural, el cual forjó una síntesis universal de los más altos valores espirituales de la civilización occidental, porque lo recreó en las condiciones económicas y sociales que se dieron en nues-



tra América, especialmente en Cuba, y orientada en dirección a los intereses de los pobres no sólo de Cuba, sino del mundo.

Esa síntesis se reveló de manera objetiva como arma al iniciarse la lucha por la independencia de la nación en 1868; estuvo presente y se enriqueció en la mentalidad privilegiada y refinada formación artística, ética y política de José Martí; encontró en la sensibilidad estética y el talento superior del poeta José María Heredia Guillén, quien expresó en bellos versos las ansias de independencia del pueblo cubano; de Nicolás Guillén, quien llevó a la poesía el ritmo mestizo de la nación; de Alejo Carpentier, que develó en su prosa magnífica el misterio de lo real maravilloso americano, y tantos otros creadores su acceso al mundo profundamente influyente y creador del arte. Tal síntesis alcanza una fuerza popular de valer universal en la historia de la música y de la plástica cubanas. A partir de su raíz intelectual logró superar radicalmente la dicotomía anticultural que trazó un valladar infranqueable entre cultura y pueblo, entre culto y popular, lo cual sirvió de freno al movimiento espiritual durante la neocolonia.

Se había rebasado ya por la cultura política y ética de Martí, rechazado científicamente en las investigaciones sociológicas de Fernando Ortiz y superado culturalmente por el pensamiento integrador de Alejo Carpentier. Dicotomía anticultural que se hace añicos hoy en lo mejor de nuestro cine, de nuestra música, nuestras artes plásticas y nuestra literatura.

Un proceso intelectual que, nutriéndose de las diversas capas del pensamiento occidental, eligió de todas ellas las sustancias mejores para el objetivo de la justicia y contribuyó de manera eficaz al proyecto revolucionario de la independencia nacional. En él no se planteaba la intolerancia y el dogmatismo, sino se estimulaban la capacidad de pensar, la destreza en el actuar y la necesidad de fundamentarlo en el conocimiento.

José Martí asumió y enriqueció este inmenso saber en el plano filosófico, cuando abordó el tema de la ciencia del espíritu y de la búsqueda del equilibrio. El hombre tenía que encontrarlo como individuo, tratando de equilibrar sus facultades emocionales y las de carácter intelectual; subrayando asimismo la necesidad de procurar el



equilibrio de las naciones y el mundo. Es un amplio campo que sirve para entroncarse con el pensamiento de Martí y las ideas filosóficas cubanas. Si el carácter sincrético se ha estudiado en diversas ramas del arte y la cultura, se precisa investigarlo también en el de las ideas filosóficas, de modo que sirva para orientar la acción en las más profundas transformaciones sociales, económicas y políticas.

Si repasamos con inteligencia y amor lo más profundo de la historia de las ideas filosóficas de Occidente, observaremos que las culturas de origen griego, judío y romano enriquecieron la cristiandad y fueron elemento esencial del comienzo del análisis intelectual en medio del oscuro Medioevo; es decir, se logran nuevas síntesis a partir de elementos presentes en diversas culturas.

Los grandes movimientos intelectuales nacieron y crecieron a partir de la articulación de elementos componentes de diversas culturas, armonizándolos como consecuencia de la labor de muchos sabios. En nuestro país tiene la singularidad de que se produjo de manera consciente en un corto período de años y hacia un objetivo concreto: la forja de una nación y la aspiración a la liberación de los esclavos sobre el fundamento de la justicia como sol del mundo moral. He ahí la esencia de los métodos electivos de José de la Luz y Caballero y sus continuadores.

El contenido primigenio y fundamental de la cultura desde su génesis y larga evolución, es la justicia. Esta verdad científica, reconocida y fundamentada por las más prestigiosas investigaciones antropológicas y psicológicas acerca de cómo el hombre de la prehistoria forjó la civilización, se ha ignorado y enturbiado por la mediocridad y por los intereses egoístas empeñados en mantener privilegios e impedir el triunfo de la verdad.

Está, además, confirmado por la historia de las civilizaciones, que éstas crecieron, avanzaron, retrocedieron o colapsaron en relación con cómo pudieron profundizar o no en el tema cardinal de la cultura: la justicia. Todo lo que nos acerque a la cultura nos aproxima a la justicia y, a la inversa, todo lo que nos aleje de la primera nos distancia de la segunda. Históricamente, los reaccionarios han tergiversado el término cultura para defender sus intereses particulares con tergiversaciones del lenguaje, relacionando su significado con fra-



seología que esconde las esencias de las aspiraciones redentoras del hombre. Sin embargo —como queda dicho—, la justicia, tanto desde el punto de vista antropológico como a lo largo de su evolución histórica, caracterizó la esencia humana. Estúdiense la historia universal y allí se encontrará que cuando hubo un movimiento a favor de mayor justicia, ha tenido como fuente principal la cultura. Esclarecer esta verdad, que tiene —repito— antecedentes antropológicos e históricos, constituye la tarea teórica y filosófica más importante de los revolucionarios en el siglo XXI.

El núcleo inicialmente más fuerte de la cultura comprende tres aspectos esenciales: el lenguaje, la ética y el derecho. Las formas para promover su materialización se refieren, esencialmente, a la educación y a la política culta. En la articulación del lenguaje, la ética y el derecho con una educación y una práctica política culta, se halla la idea martiana del equilibrio. Esto abarca el plano más amplio de las naciones y también de los individuos. En cuanto a la primera, recordemos que en carta a Manuel Mercado de fecha 18 de mayo de 1895, la cual quedó inconclusa por su muerte el día 19, señala que todo lo que ha hecho y haría sería para “impedir a tiempo con la independencia de Cuba que se extiendan por las Antillas los Estados Unidos y caigan, con esa fuerza más, sobre nuestras tierras de América...”² Ya antes había afirmado que este propósito iba orientado a contribuir al equilibrio del mundo, también apuntó que se trataba de salvar los derechos de la América española e, incluso, el honor de la gran república del norte que “en el desarrollo de su territorio —por desdicha, feudal ya, y repartido en secciones hostiles— hallará más segura grandeza que en la innoble conquista de sus vecinos menores”.³

Propósito tan alto marcó la educación cubana a favor de una universalidad sólo alcanzable cuando se defienden los derechos de los pobres. Como he dicho, la fuerza de la cultura cubana se deriva de que nació, creció y se desarrolló a favor de la justicia, entendida ésta en su acepción más amplia y radical sentido.

2 *Ibidem*, t. 20, p. 162.

3 *Ibidem*.



Hoy se requiere con urgencia la integración. Ella expresa la cultura cubana como la más alta aspiración. Tiene su fundamento en el hecho de que en nuestra historia espiritual se articularon dos corrientes esenciales de la tradición occidental, ellas son:

1. La evolución del pensar científico que concluyó en su más alta escala con el pensamiento racional y dialéctico. A este respecto, después de Marx y Engels no se ha alcanzado nada más elevado en filosofía, a no ser por aquellos que partieron de sus fundamentos y los enriquecieron.

2. La tradición del pensamiento utópico que tiene raíces asentadas en las ingenuas ideas religiosas de las primeras etapas de la historia humana y que en la civilización occidental se nutrió inicialmente, y en su ulterior evolución, de lo que conocemos por cristianismo.

Ambas líneas, necesarias para el desarrollo y estabilidad de las civilizaciones, han venido siendo desvirtuadas y tergiversadas a lo largo de la historia por la confusión, la torpeza y las ambiciones de los hombres. Unas veces cayendo en el materialismo vulgar y otras, en el intento de situarse fuera de la naturaleza, ignorando sus potencialidades creativas.

Por esto, entre otras razones, resulta muy importante estudiar las fuentes de que se nutrió nuestra cultura, porque sus fuentes se convirtieron en semillas forjadoras de la cohesión de la nación cubana y se articularon en el siglo xx con el pensamiento socialista. Éstas son las fuentes:

- El inmenso saber de la modernidad europea, tal como la habían interpretado creativamente los maestros forjadores que nos representamos en Varela y Luz y Caballero.

- La más pura tradición ética de raíces cristianas que, como he dicho, en Cuba nunca se situó en antagonismo con las ciencias.

- La influencia desprejuiciada de las ideas de la masonería en su sentido más universal y de solidaridad humana. La inmensa mayoría de los presidentes de la República en Armas, empezando por Carlos Manuel de Céspedes, fueron masones.

- La cultura de raíz inmediatamente popular que nos simbolizamos en el pensamiento y sentimiento con que la población esclava del Caribe asumió las ideas de la modernidad.



- La tradición bolivariana y latinoamericana que Martí enriqueció con su vida en México, Centroamérica y Venezuela, de donde partió hacia Nueva York en 1881 y proclamó: “De América soy hijo y a ella me debo”. Martí se consideró siempre discípulo de Bolívar.

- Las ideas y sentimientos antimperialistas surgidos desde las entrañas mismas del imperio. Hay que subrayar la presencia de Martí en los años decisivos de su estancia en Estados Unidos y la de una amplia migración cubana que nos simbolizamos en los tabaqueros de Tampa y Cayo Hueso.

En el siglo xx, a partir de una síntesis superior de fundamentos martianos, se articuló todo este saber con el pensamiento socialista.

En Nuestra América existe una larga y arraigada tradición de espiritualidad y de eticidad que se manifiesta en la búsqueda de un mañana mejor de alcance universal. Esto explica los importantes movimientos de ideas que han tenido lugar en el último medio siglo:

- La renovación del pensamiento socialista que generó la Revolución cubana y que representamos en Fidel Castro y Ernesto Guevara.

- La explosión artística y literaria, y el pensamiento estético que se relaciona y tiene su fuerte en Alejo Carpentier y lo real maravilloso.

- El pensamiento social y filosófico, y la dimensión ética que observamos en la teología de la liberación, cuando la analizamos en función del reino de este mundo.

- El movimiento de educación popular.

La importancia de la educación y la cultura nos viene desde los tiempos forjadores de la América bolivariana. Simón Rodríguez, maestro de El Libertador, a quien éste llamó *Sócrates de América*, tenía enraizado en su conciencia el valor transformador de la educación y la enseñanza. Nos habló, con claridad, de la educación social del pueblo, como un medio de hacer prevalecer sus intereses. Apreció en su ilustre discípulo el hombre capaz de esa revolución que precisamente hoy necesitan América y el mundo. Pero hay más, el ilustre educador venezolano señaló que “sin la práctica los principios quedan en teoría”. O sea, se trataba de una idea alejada de la vida real, de una aspiración utópica sin posible realización; se trataba, en todo caso, de una utopía



realizable hacia el futuro; es decir, la que necesitaba entonces América y la que reclama el siglo XXI para nuestra región y el mundo.

La cultura que representan Félix Varela, José de la Luz y Caballero, José Martí y Enrique José Varona, tiene raíces en la Latinoamérica de su tiempo. Si la comparamos con la de la Europa decimonónica, diríamos que están, junto a las ideas del socialismo del viejo continente, en la cumbre más alta del saber universal de su tiempo. Resulta necesario superar radicalmente la idea de encasillar el pensamiento de estos hombres en el contexto de esquemas y doctrinas europeas. Ellos son originales, y como tales no puede colocárseles etiquetas europeas. Por ahí andan las causas de que en Cuba pudiera articularse el ideal socialista con la tradición espiritual de nuestro país en el siglo XIX.

Precisamente sobre tales fundamentos, se gestan los rasgos distintivos de la pedagogía que se halla en el corazón de la educación cubana y, en especial, la universitaria.

1. Destaca el papel de la ciencia y de los métodos de este carácter para estudiar el contenido de la naturaleza y sus potencialidades creativas a favor del hombre y el entorno ecológico.

2. Exalta la aspiración utópica de la justicia en su alcance genuinamente universal, como sol del mundo moral.

3. La cuestión de la creencia en Dios la refiere a la decisión individual de la conciencia de cada hombre. Por esta razón, en la historia cultural cubana, creyentes y no creyentes pudieron asumir la ética de raíz cristiana.

4. Relaciona la educación con el trabajo socialmente útil, basamento de una enseñanza general y politécnica.

5. Promueve la facultad de asociarse, la utilidad de la virtud y la solidaridad humana sobre principios de justicia.

6. Forma en la conciencia que pertenecemos a la América Latina y el Caribe y poseemos una vocación universal. “De América soy hijo y a ella me debo”,⁴ señaló el Apóstol.

7. Fortalece la ética, alentando el amor a la familia, a la patria, a la humanidad, el culto de los cubanos a la dignidad plena del hombre y la

4 Ibidem, t. 7, p. 267.



idea martiana: “Injértese en nuestras Repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser el de nuestras Repúblicas”.⁵

8. En el orden institucional, las reformas cubanas apoyan a las organizaciones estudiantiles y la necesidad de fortalecer la autoridad de los claustros de profesores y su funcionamiento.

9. Destaca y fortalece el papel del derecho de acuerdo con la tradición jurídica cubana.

Todas estas aspiraciones se enriquecieron con el triunfo de la Revolución. Ellas habían servido de inspiración a lo mejor del magisterio y el profesorado cubanos durante la primera mitad del siglo xx. Desde luego, en la práctica de entonces estaban distorsionadas por la influencia de la corrupción, el entreguismo de los gobiernos neocoloniales, pero la escuela cubana exaltó estos valores en todas las épocas. En su discurso ante los tribunales cuando fue llevado a proceso judicial en ocasión de los acontecimientos del 26 de julio de 1953, conocido como *La historia me absolverá*, Fidel Castro subrayó el papel de la escuela cubana y de la tradición pedagógica de nuestro pueblo y exaltó la labor de nuestros educadores que recogieron y perpetuaron el sentimiento patriótico de la enseñanza en Cuba.

Los programas educacionales, culturales y científicos se situaron en el vórtice de las aspiraciones y necesidades inmediatas desde 1959. Con estas premisas se desarrollaron cambios profundos en la educación y la cultura que habrían de ser el fundamento de las reformas en todos los niveles de la enseñanza. Éstas se plantearon, entre otros objetivos, los siguientes:

- La alfabetización de toda la población que no había tenido posibilidades de acceso a la enseñanza y la ampliación de los servicios docentes en todos los niveles. Es decir, lo primero a tomar en cuenta era la necesidad de una ampliación cuantitativa de la educación cubana, incorporando importantes masas de población que no habían tenido acceso a la enseñanza, lo cual se logró desde los primeros años. Al mismo tiempo que se garantizaba la continuidad a quienes ya habían

5 Ibidem, t. 6, p. 18.



alcanzado ciertos grados de escolaridad, se emprendió la organización de cursos para obreros, campesinos y trabajadores en general, con el fin de que pudieran alcanzar niveles superiores.

- Una instrucción y educación que sirvieran al desarrollo económico-social del país y a los objetivos de la liberación y enfrentamiento al imperialismo y a los enemigos de la patria.

- La educación y la instrucción nacional tenían que alcanzar altos niveles de calidad y para ello resultó necesario basarse en la historia pedagógica, científica y espiritual de Cuba, América Latina y enlazar-se con las ideas más universales. Estas últimas estaban presentes entonces y ahora en el pensamiento martiano y la mejor aspiración socialista. Se inspiraban en lo pedagógico en la vinculación del estudio con el trabajo y del conocimiento científico con la investigación, así como en la formación de los sentimientos de solidaridad y en la orientación científica del pensamiento.

Se inició un amplio plan de becas en todos los niveles de enseñanza que comenzaron por los brigadistas alfabetizadores de la histórica campaña de 1961. Se ampliaron las tareas educativas a las mujeres, a los trabajadores de diversos oficios indispensables para la Revolución.

Se empezó a relacionar el empeño educacional con las necesidades del desarrollo económico y social y con los centros de producción. El vínculo entre la universidad y las instituciones de este carácter es una experiencia importante a estudiar. De igual manera, se amplió y desarrolló a amplias escalas la relación escuela-familia-sociedad.

La educación descansa en esos tres pilares, sin ellos resultará siempre incompleta. No habrá educación completa sin la interacción de estas tres entidades: escuela, familia y sociedad.

En diciembre del pasado año se cumplieron 45 años de la conclusión de la Campaña de Alfabetización, que sentó las bases de la más amplia y profunda revolución educacional que ha llevado la Universidad hasta los municipios y que hará posible que en el 2009 tengamos 1 millón de graduados universitarios. O sea, uno de cada 11 habitantes de este país tendrá nivel universitario.

Para librar los combates en la presente coyuntura y abrir los caminos hacia el socialismo del siglo XXI recordemos las ideas expre-



sadas por Martí en carta a su amigo Fermín Valdés Domínguez, en las cuales le señalaba los dos peligros principales de la idea socialista: las lecturas extranjeras, confusas e incompletas; es decir, la incultura y la soberbia rabia disimulada de los ambiciosos, refiriéndose, desde luego, a la maldad humana.

Hoy, al situar la cultura, comprendida la educación, como la máxima prioridad inmediata y mediata de la política nacional e internacional, Cuba se ha colocado hacia el siglo XXI, en los puntos más avanzados de la vanguardia ideológica universal, para enfrentar los graves desafíos que tienen ante sí América y el mundo. Y lo hace situando las ideas de José Martí y las de su principal discípulo, nuestro Comandante en Jefe, en el centro de la cultura y de la política y más apegados que nunca a aquella sentencia martiana: “Ser culto es el único modo de ser libre”.⁶

La Habana, 21 de diciembre del 2007.

6 Ibidem, t. 8, p. 289.



El Che como estadista en la Revolución cubana

Orlando Borrego Díaz

Me he tomado la atribución de asignarle un título a la conferencia que los compañeros del Club Martiano Faustino Pérez de la Universidad de La Habana me han solicitado que les imparta en el día de hoy. Ese título es: “El Che como estadista en la Revolución cubana”.

Pienso que resulta imposible hablar de la industrialización en Cuba, de la creación y desarrollo del Ministerio de Industrias, y, muy especialmente, de los esfuerzos por implantar un Sistema de Dirección Económica para nuestra sociedad, sin asociar esos antecedentes al papel que como estadista y pensador marxista desempeñara el comandante Guevara en el seno de la Revolución cubana.

Para mí constituye un honor y un gran estímulo encontrarme entre ustedes para hablar sobre este tema, aunque considero que existen otros compañeros que pudieran hacerlo igual o mejor que yo, por haber tenido el privilegio de haber compartido aquellos primeros años fecundos en el Departamento de Industrialización, primero, y luego en el Ministerio de Industrias junto al Che.

Como tenemos un tiempo muy reducido para un amplio recuento histórico, me limitaré a destacar algunos aspectos esenciales sobre el tema objeto de análisis. Creo que lo primero que hay que significar es que al triunfo de la Revolución cubana ya el Che se había convertido en un líder querido y admirado por todo nuestro pueblo. Para esa fecha se le reconocía que había cultivado una personalidad forjada en el sacrificio y la ejemplaridad como combatiente durante la guerra revolucionaria, convirtiéndose además en ejemplo de austeridad y su-



peración permanente. Junto a Fidel y los demás compañeros revolucionarios comparte el triunfo de una Revolución que muchos estimaron imposible. Sobre ese proceso y su relación con el Che, el jefe de la Revolución cubana expresaría posteriormente: “Fue una historia llena de episodios heroicos, de hechos gloriosos, desde que el Che se unió a nosotros para la expedición del *Granma*: El desembarco, los reveses, los días más difíciles, la reanudación de la lucha en las montañas, la reconstrucción de un ejército a partir de la nada; los primeros combates y las últimas batallas”.

Se había triunfado contra los dogmas y los mitos, se había derrotado un ejército poderoso engendrado por el imperialismo en las mismas narices de su progenitor, y como dijera el Che: a partir de aquel momento comenzaban las nuevas batallas en un escenario no menos difícil que el anterior; la lucha heroica por desarrollar el país y llevar a cabo la obra revolucionaria proclamada por Fidel en su programa del Moncada.

Inmediatamente después del triunfo de la Revolución, el Che es nombrado jefe del Regimiento de La Cabaña, y desde aquel puesto empieza a revelar un rasgo que ya había puesto de manifiesto en la Sierra Maestra durante la guerra: su vocación por el desarrollo industrial. Allí había logrado instalar una armería, una fábrica de calzado, algunas panaderías y otras instalaciones. En La Cabaña, aquella vocación se convirtió en un elemento fundamental dentro de la concepción organizativa del regimiento.

El Che consideraba que el Ejército Rebelde no podía continuar siendo un cuerpo parasitario, mantenido absolutamente a costa del presupuesto del Estado. Se dedicó entonces al impulso del desarrollo de varias producciones industriales para la subsistencia de nuestras tropas rebeldes. De aquel programa surgió una gama de productos bautizados con la marca de La Cabaña Libre.

Habían transcurrido tan sólo tres meses de nuestra estancia en La Cabaña, cuando Fidel designó al Che para incursionar en las relaciones internacionales. Se le dio la misión de dar a conocer nuestra Revolución en varios países del mundo y, para ello, el comandante Guevara encabezó una delegación diplomática que visitó, entre otros



países: Japón, Indonesia, Ceilán, Paquistán, la India, Egipto, Siria y, finalmente, Yugoslavia. El capitán Omar Fernández, quien fuera líder estudiantil de la Universidad de La Habana, acompañó al Che en aquel viaje junto a otros compañeros; recientemente ha publicado un libro de su autoría sobre aquel periplo.

Sobre Yugoslavia, bien vale la pena resaltar algunos aspectos importantes escritos por el Che a su regreso a Cuba, y que más tarde tendrían mucho que ver con su crítica acerca de la práctica del socialismo en la URSS y otros países socialistas.

El Che calificó a Yugoslavia como el país más interesante de todos los visitados por él en aquel primer viaje, después del triunfo revolucionario en Cuba. Entre los elementos de interés citados por el Che estaba el que Yugoslavia aparecía constituida por seis repúblicas que una vez reunidas formaban un solo gobierno central, presidido por el mariscal Tito.

Señalaba que la gran tarea de unificación había permitido disminuir los antagonismos y subrayar las semejanzas entre ellas. También destacaba que contra lo que pudiera pensarse, aquél era un país que se había declarado como socialista, aunque manteniendo ciertas características especiales de independencia nacional.

Esta última observación del Che se refería a la independencia que mantenía Yugoslavia respecto de la Unión Soviética, producto de las conocidas contradicciones que existieron entre el mariscal Tito y Stalin. En sus notas, el Che significó el tradicional espíritu individualista que caracterizaba al campesinado yugoslavo, lo que sólo había permitido que se alcanzara un 15 % de colectivización de la tierra en aquel país. Luego agregaba: “Todas las colectividades de Yugoslavia, ya sean campesinas u obreras industriales, se guían por el principio de lo que ellos llaman autogestión. Dentro de un Plan general, bien definido en cuanto a sus alcances, pero no en cuanto a su desarrollo particular, las empresas luchan entre ellas dentro del mercado nacional como una entidad privada capitalista. Se podría decir a grandes rasgos, caricaturizando bastante, que la característica de la sociedad yugoslava es la de un capitalismo empresarial con una distribución socialista de las ganancias, es decir tomando cada empresa, no como un grupo de obreros sino como uni-



dad, esta empresa funcionaría aproximadamente dentro de un sistema capitalista, obedeciendo a las leyes de la oferta y la demanda, y entablado una lucha violenta por los precios y la calidad con sus similares; realizando lo que en economía se llama la libre concurrencia”.

Más adelante señaló el Che: “Dar un diagnóstico definitivo, una opinión sobre este tipo social, es muy arriesgada en el caso mío, sobre todo porque desconozco personalmente las manifestaciones ortodoxas del comunismo, como son las de los demás países del Pacto de Varsovia, del cual Yugoslavia no es partícipe”.

Luego añadía: “En una amable reunión de sobremesa solicitaron mi opinión sobre el sistema yugoslavo. El sistema utilizado es peligroso, porque la competencia entre empresas dedicadas a la producción de los mismos artículos, introduciría factores de desvirtuación de lo que presumiblemente sea el espíritu socialista”.

Finalmente, el Che concluyó: “Esos fueron mis planteamientos exponiendo al mismo tiempo un ejemplo práctico de los males que podría acarrear, en mi concepto, el sistema, lo que provocó tres respuestas diferentes; el jefe de una industria contestó a su manera, quizás con un claro sentido empresarial, el presidente de los sindicatos opinó a la suya y un miembro del gobierno expresó otra idea diferente. Además se enfrascaron entre ellos en una discusión de cierta intensidad, en la que los miembros del gobierno y el líder obrero se colocaron en contra del director de la empresa”.

Dejemos por el momento esta breve reseña sobre el primer viaje del Che al extranjero, para recordar que a su regreso ya no nos encontrábamos en el Regimiento de La Cabaña, los oficiales de su columna habíamos sido trasladados a Santa Clara, donde se habían organizado las Fuerzas Tácticas del Centro, como muchos de ustedes recordarán. Dos días después de su regreso, el Che fue a visitarnos a Santa Clara y los oficiales de la Columna 8 fuimos citados una noche a la casa del comandante Víctor Bordón para aquel encuentro.

El Che nos hizo una exposición sobre los pormenores de su viaje por los países ya mencionados y al final de su conferencia nos anunció que lo habían designado jefe del Departamento de Industrialización del INRA, por lo cual no continuaría al frente de las funciones milita-



res que hasta ese momento desempeñaba en La Cabaña. Aunque no quisiera hacer autorreferencias personales, debo decir que aquella noche me solicitó que pasara a colaborar con él en aquella aventura. Digo “aventura”, porque fue la palabra que utilizó, cuando me preguntó si estaba de acuerdo en cumplir la nueva misión.

Los objetivos del Gobierno Revolucionario y las tareas asignadas al Che como jefe del Departamento de Industrialización, se habían definido lacónicamente: desarrollar la industrialización del país. En mayo de 1959, Fidel había salido de viaje por algunos países de Latinoamérica, y en Buenos Aires, en la conferencia de los delegados de las 21 repúblicas latinoamericanas expresaba: “Todo depende de que nosotros saquemos a los pueblos de esa atmósfera, de ese letargo donde han estado sumidos, y los elevemos a una gran coincidencia con una gran aspiración nacional, que en este caso, coincida con una gran aspiración latinoamericana, y una gran aspiración continental (...) así se habla aquí de industrialización. Efectivamente, nosotros en Cuba confrontamos ese problema y sabemos que los 700 mil desempleados de allá no hay manera de ocuparlos, la solución única que tiene el problema es sencillamente establecer industrias (...) las industrias que se establezcan para el mercado interno, porque no hay industria que prospere si no tiene quien le compre, y otro caso trágico de América Latina es que la mayoría de su población es rural y la población rural no tiene ingreso, por eso para nosotros la solución del problema de Cuba la hemos basado en dos principios: Reforma Agraria y desarrollo industrial, porque los campesinos de nuestra patria no perciben ingresos, la industria ¿a quién le va a vender? Luego nosotros hemos llegado a la conclusión en nuestro país de que la Reforma Agraria es esencial a nuestro desarrollo industrial, y además porque el extraordinario número de desempleados sólo podemos ocuparlos si ponemos una parte a producir para que trabajen en las fábricas, y poner a los de las fábricas a producir para los que trabajan en el campo”.

Por aquellos días y en ciertas reflexiones sobre el mismo tema, el Che expresaría: “Todas las actividades económicas son conexas. Tenemos que incrementar la industrialización del país, sin ignorar los muchos problemas que su proceso lleva aparejado. Pero una política



de fomento industrial exige ciertas medidas arancelarias para proteger la industria naciente y un mercado interno capaz de abastecer las nuevas mercaderías. Ese mercado no lo podemos aumentar más que dando acceso a él a las grandes masas campesinas, a los guajiros que no tienen poder adquisitivo, pero sí necesidades que cubrir y que no pueden comprar hoy. Estamos empeñados en determinados fines que demandan una gran responsabilidad. Debemos esperar la reacción contra ellos de parte de quien domina en más de un 75 por ciento nuestro intercambio comercial y nuestro mercado. Tenemos que aplicar contramedidas, entre las que se destaca el arancel y la diversificación de mercados. Necesitamos crear una flota mercante para transportar nuestros productos, ya que influiría favorablemente en el tipo de fletes, de cuya cooperación depende el progreso de países subdesarrollados como Cuba.

”Hay que ir al rescate del subsuelo para asegurarnos de materias primas. La electricidad; vamos a asegurarnos que la energía eléctrica esté en manos cubanas. Debemos nacionalizar la compañía de teléfonos, por el mal servicio que presta y por lo caro que cobra”.

Desde el principio dejó claras las pretensiones del Gobierno Revolucionario, al explicar la necesidad de la intervención estatal, a través de la planificación, en la política económica del país. En aquellos momentos aún estaba presente la posibilidad de apertura al capital privado en el desarrollo económico, siempre y cuando esa participación se ajustara a las normas trazadas por la Revolución en defensa de los intereses de la nación.

Más adelante insistiría en el cuidado que habría que poner en la selección de las nuevas industrias a instalar, cuya primera condición sería la de sustituir importaciones para ahorrar divisas para el país. En la medida en que fueran mayores las posibilidades de exportación, mejores oportunidades se abrirían a la industrialización.

En una primera etapa se calculaba que la reforma agraria permitiría elevar el nivel de vida a no menos de 250 000 familias, cerca de un millón de personas, lo cual significaría un apreciable incremento en el mercado interno. Esto estaba en total correspondencia con lo expresado por Fidel meses atrás en la reunión de los 21 en Buenos Aires.



Sobre el posible acceso de Cuba a financiamientos provenientes del Fondo Monetario Internacional, el Che se proyectaba en 1959 con gran visión de futuro: “Si es un elemento de liberación para América Latina, yo creo que tendría que habérselo demostrado, y ahora —recalcó— no conozco ninguna demostración de que haya sucedido tal caso. El FMI cumple funciones totalmente diferentes: la de asegurar precisamente el control de toda América Latina por parte de unos cuantos capitalistas que están instalados fuera de sus países. Los intereses del FMI son grandes intereses internacionales que hoy parece que están asentados y tienen su base en Wall Street”.

En la medida en que el Che ampliaba sus conocimientos sobre la realidad económica e institucional de Cuba, trataba de hacer compatibles sus proyecciones teóricas con las nuevas necesidades a incorporar en el proceso de industrialización bajo su dirección. De esta forma y por aproximaciones sucesivas fue despejando nuevas variables dentro de las complejidades de un sistema económico recién salido del capitalismo en un país subdesarrollado como Cuba, con todos los rasgos característicos de una economía totalmente dependiente de Estados Unidos de América.

Su vocación económica y la gran capacidad de análisis que era capaz de desarrollar, lo llevaron a identificar los más acuciantes problemas a resolver, para llevar adelante el programa de industrialización.

De cara a las universidades y otras instituciones educacionales tuvo que discutir nuevos enfoques acerca de la formación de las distintas especialidades que empezaba a demandar el desarrollo del país. Más de una vez, el Che tuvo que hacer conciencia sobre el derecho que asistía al gobierno para planificar el número de técnicos que se necesitaban para el desarrollo económico y otros requerimientos de la sociedad.

Exigía que por los menos debía oírse al gobierno acerca de la cantidad de abogados, ingenieros o técnicos industriales que se necesitaban formar. En tal sentido reclamaba, con insistencia, que las universidades y las demás instituciones docentes no podían marchar separadas de las necesidades de la economía y debían unir sus esfuerzos para que el diseño de sus programas educacionales estuviera en función de las reales necesidades presentes y futuras de la nación.



Sobre las peripecias de aquellos días, cuando soñábamos con la industrialización del país, el Che escribiría: “La industrialización del país es una frase sonora con cierto aire majestuoso de algo lejano, de grandes países capitalistas, quizás con ruido de grandes fábricas con martillos machacando metales, de hornos enormes que vuelcan su metal fundido, de empresas químicas monumentales, rodeadas todas por la aureola misteriosa de lo inalcanzable; sin embargo, la industrialización es un proceso normal en la historia económica de los pueblos, que es en definitiva la historia misma (...) es nuestra tarea liberarnos, y para ello tenemos que crear en el país la mayor cantidad de artículos de consumo, ya sean alimentos, vestidos o enseres de todo tipo y también las materias primas necesarias para elaborar dichos productos. Naturalmente, en este mundo interrelacionado, la industrialización tiene que producirse en lucha contra los grandes capitales extranjeros que logran sus ganancias de nuestra situación de subdesarrollo y semicolonialismo”.

Pero esas ideas del Che tendrían que precisarse en metas concretas a partir del conocimiento, lo más detallado posible, de las necesidades y posibilidades del país, para realizarlas con el mayor realismo posible. Una de las primeras tareas que se impuso el Che fue la de estudiar las condiciones de la economía cubana y el lugar en que estaba posicionada Cuba en 1959 en el concierto económico latinoamericano, dependiente de Estados Unidos de América.

Pero, también, la primera dificultad que se presentaba era cómo llevar a cabo esos estudios, que no podían constituir la obra de una sola persona, y, por otra parte, no se contaba con el personal especializado suficiente para realizarlos. De los pocos economistas cubanos que existían, casi todos graduados en universidades norteamericanas, la mayoría había tomado, como buenos lacayos, el camino hacia donde se habían formado.

Entonces, el Che inició una urgente búsqueda de economistas en otros países latinoamericanos, que estuvieran dispuestos a colaborar en el proyecto revolucionario. La respuesta llegó fundamentalmente de Chile donde un grupo de jóvenes graduados en universidades de ese país, algunos de ellos militantes del partido comunista, y otros que



sin serlo, simpatizaban con Cuba, arribaron a la Isla para prestar su más decidida colaboración. A ellos se sumaron otros de México, Argentina, Ecuador y otros países.

Este grupo de especialistas, junto a algunos técnicos cubanos seleccionados por el Che, comenzaron los estudios iniciales acerca de la economía cubana para las proyecciones del futuro desarrollo industrial del país. A través de tanteos sucesivos y largos análisis realizados conjuntamente con el Che, fue conformándose aquel diagnóstico junto a las proyecciones a corto y mediano plazo para el sector industrial.

A pocos meses de iniciada aquella laboriosa tarea, el 26 de octubre de 1959, el Che es designado por el Consejo de Ministros, presidente del Banco Nacional de Cuba y desde allí continuaría orientando todo el trabajo del Departamento de Industrialización.

El nombramiento del Che en el nuevo cargo sólo significó que, a partir de entonces, las largas jornadas de discusión nocturna se hicieran en la mayoría de las ocasiones en las oficinas del Banco. En relación con la nueva designación del Che se destapó una espectacular propaganda contrarrevolucionaria. Sobre el particular, Fidel declaraba el 15 de diciembre de 1959 en una Plenaria Azucarera en el Palacio de los Trabajadores, que “yo sé lo que consume la familia humilde, y para eso tenemos las estadísticas y cuando llegue la hora de restringir, para eso tenemos al Che en el Banco Nacional, ¿quiénes fueron los que se preocuparon cuando designamos al Che Presidente del Banco Nacional? Seguramente no fueron los guajiros, los obreros azucareros ni los humildes. Quienes se preocuparon, se pusieron a hacer campañas contra el Che, se pusieron a calumniar al Che, se pusieron a tergiversar el pensamiento del Che, se pusieron a restarle los méritos extraordinarios que tiene, se pusieron a convertir al Che en un fantasma y después que lo convirtieron en un fantasma, resulta que no era un fantasma para el pueblo, era un fantasma para ellos y cuando designamos al Che se llevaron un gran susto, se asustaron con el mismo fantasma que ellos habían creado. Primero lo hicieron fantasma y después se asustaron y claro hubo quienes se fueron al otro día a sacar los papeles del Banco (...) si tuvieran un poco más de sentido común estuvieran durmiendo tranquilos, que nosotros los papeles no se los



vamos a tocar, al contrario, al defender nuestra economía, al defender nuestra reserva, estamos garantizando el valor de los papeles y el Che fue allí precisamente a fortalecer nuestro esfuerzo para defender nuestra economía y defender nuestra reserva (...) el Che, para que nadie se llame a engaño, el Che no está ahí para hacer ninguna barbaridad. El Che está ahí igual que cuando lo mandamos a Las Villas a impedir que pasaran las tropas enemigas hacia Oriente, lo he mandado al Banco Nacional a impedir que se vayan las divisas, y para que el parque que tenemos en divisas, pues se invierta correctamente”.

Las leyes de Reforma Agraria y de Rebaja de los Alquileres no se hicieron esperar, y ello motivó que, inmediatamente después, comenzaran las agresiones por parte del gobierno de Estados Unidos.

El día 13 de octubre de 1960 y en respuesta a las agresiones norteamericanas, el Gobierno Revolucionario respondía con nuevas medidas. Mediante la Ley 890 de ese año se nacionalizaban las empresas industriales y comerciales, incluidos los ingenios azucareros, que pasarían a ser dirigidas por el Departamento de Industrialización.

El acuerdo del Consejo de Ministros sobre la nacionalización se había tomado en horas de la madrugada. El Che nos llamó telefónicamente desde el Palacio Presidencial, instruyéndonos de parte del primer ministro para que buscáramos los administradores necesarios que debían hacerse cargo de las industrias al día siguiente. Ésa fue la orden y había que cumplirla sin el menor reparo. Una vez reunidos todos los compañeros que nos encontrábamos trabajando a esa hora en el Departamento, analizamos todas las variantes posibles para dar solución a la compleja e imprevista tarea.

Luego recibimos otra llamada telefónica con una decisión salvadora que se le había ocurrido a Fidel. En aquellos momentos teníamos concentrados cerca de 200 jóvenes que estaban en proceso de preparación acelerada para enviarlos a Minas del Frío, donde pasarían un curso para maestros voluntarios. Estos jóvenes estaban comprendidos entre las edades de 15 a 20 años y en su mayoría tenían un nivel de escolaridad de 6° grado. Algunos de ellos ostentan hoy grados científicos y otros representan a Cuba como embajadores en algunos países del mundo.



Además de estos jóvenes, contábamos con una pequeña reserva de oficiales del Ejército Rebelde que se estaban formando para futuros administradores de fábricas. Su nivel escolar resultaba similar al de los maestros de Minas del Frío. La decisión de Fidel fue nombrar a aquellos compañeros al frente de las nuevas fábricas y así nos lo informó el Che de inmediato. Fidel aprobó que el nombramiento fuera con carácter provisional, de tal forma que tan pronto como se encontraran los administradores definitivos, los jóvenes de Minas del Frío debían regresar a su importante misión original. Fidel decidió reunirse con los maestros casi al amanecer del mismo día de su nombramiento, para orientarlos sobre la misión a desarrollar como administradores revolucionarios.

Pronto se creó la Escuela de Administradores, la primera fuente de donde se nutrió el Ministerio de Industrias para cubrir sus cargos de dirección al frente de las empresas y fábricas. También graduó cuadros para el INRA y otros organismos.

Aquella expropiación masiva de numerosas industrias se convirtió en un complejo problema organizativo para el Departamento de Industrialización. Los nuevos administradores hacían colas hasta altas horas de la madrugada para despachar con el Che u otros compañeros del Departamento, con el fin de evacuar consultas o buscar solución a innumerables problemas que se presentaban, día a día, en sus respectivas fábricas.

Así, mediante diferentes estudios y discusiones, se arribó a un nuevo esquema para dirigir las industrias a cargo del Departamento. Surgieron de esta forma los consolidados industriales. Esta modalidad tenía mucho que ver con los estudios que venía llevando a cabo el Che acerca de la organización del Estado y, en particular, del modelo a adoptar para dirigir las empresas de propiedad estatal.

Entre otras experiencias empleadas estaba la de los grandes consorcios capitalistas, que, como ya se ha dicho, utilizaban modernas técnicas de dirección para administrar sus empresas en Cuba. Un consolidado industrial estaba constituido por una agrupación de fábricas con procesos de producción similares.

Puede afirmarse que con esta nueva organización, el Departamento de Industrialización alcanzó su mayoría de edad como preludeo para la futura organización del Ministerio de Industrias. Aun así, estaba de



por medio un inaplazable problema administrativo, al cual había que darle solución urgente y definitiva; el esquema financiero con que debían operar tanto los consolidados como las distintas fábricas que los integraban. Y así surgió, por imperativo de la práctica, uno de los elementos centrales del Sistema Presupuestario de Financiamiento, “quizás el aporte fundamental que hiciera el Che a la teoría económica del socialismo” y que hoy se estudia en varios países de América Latina.

En esos momentos, el Departamento de Industrialización ya contaba con cierto nivel organizativo que le permitía hacer frente a la administración de los consolidados que había creado. No obstante, fue necesario ampliar, por imperativo de las circunstancias, la sección de contabilidad, que se convirtió así en la Sección de Finanzas, Contabilidad y Presupuestos. Una de las tareas de esa sección consistió en resolver los requerimientos financieros del propio Departamento de Industrialización y de las empresas bajo su dirección.

La expropiación de las industrias económicamente más fuertes o aquellas cuyos dueños no tuvieron tiempo de retirar su dinero, motivó una de las primeras decisiones de carácter práctico y que estaba a tono con las concepciones teóricas que el Che venía considerando acerca de la administración de las empresas estatales, que consistió en la centralización de los fondos en efectivo de todas las industrias, creándose un fondo común, al cual se le denominó “Fondo Centralizado”, en él, de acuerdo con la Ley del Presupuesto recién dictada, todas las empresas depositaban sus ingresos, recibiendo del referido fondo, por medio del presupuesto, todos los recursos necesarios al desenvolvimiento de sus actividades.

Esta centralización también sirvió de valiosa medida profiláctica, para que los administradores tuvieran que responder, en una forma más exigente, por el uso de los fondos que utilizaban.

La aplicación práctica del presupuesto en las empresas del Ministerio de Industrias y, por otra parte, la implantación del cálculo económico, sistema soviético, en las empresas de la agricultura y otros organismos conllevaban lógicas dificultades, desde el punto de vista conceptual, para algunos cuadros de dirección que con frecuencia tenían que escuchar la defensa de uno de los dos sistemas por parte de sus promotores.



Los estudios intensivos efectuados entre 1960 y 1963, la práctica experimentada en esos años y los intercambios realizados con muchos especialistas que visitaron el país durante aquella etapa, tanto del campo socialista como capitalista, permitieron definir y oficializar el modelo económico adoptado por el Che en el Ministerio de Industrias, el cual se aprobó por el gobierno: el Sistema Presupuestario de Financiamiento.

La polémica teórica acerca de los modelos económicos continuaba. Los más destacados participantes en aquella polémica fraternal fueron los compañeros Carlos Rafael Rodríguez, Marcelo Fernández Font, Alberto Mora Becerra y el mismo comandante Guevara. Todos, menos el Che, tenían el criterio de aplicar en Cuba el sistema de cálculo económico que se practicaba en la Unión Soviética y los demás países socialistas de Europa.

Detrás de ellos hacíamos voto por una u otra corriente de pensamiento, un gran número de compañeros influenciados en lo fundamental por las relaciones de trabajo que teníamos con los principales participantes de la polémica, ya citados.

De todos aquellos estudios y discusiones se llegó a la conclusión de que debían coexistir dos sistemas económicos a implantar en Cuba: el Sistema Presupuestario de Financiamiento, patrocinado por el Che, y el Sistema de Cálculo Económico, promovido por el compañero Carlos Rafael Rodríguez, quien para ese entonces ocupaba el cargo de presidente del Instituto Nacional de Reforma Agraria.

El Sistema Presupuestario era una variante totalmente novedosa en el seno de la sociedad socialista y que tendría que someterse a la prueba del tiempo para demostrar su efectividad, y el Sistema de Cálculo Económico ya llevaba varios años de aplicación en la URSS y los demás países socialistas, ya señalados.

Este último sistema se objetaba por el Che por considerarlo un híbrido dentro del socialismo, al emplear las armas melladas del capitalismo, como más de una vez señaló. Aquellos dos sistemas coexistieron hasta arribar al año 1966, no sin presentar ciertas contradicciones entre sus ejecutores. Debe tenerse en cuenta lo complejo que resulta que en el seno de un mismo país se practiquen dos sistemas económicos distintos, y ambos buscando el mismo objetivo de eficiencia económica para toda la sociedad.

No es el momento para explicar en detalles el Sistema Presupuestario de Financiamiento desarrollado e implantado en el Ministerio de Industrias, bajo la dirección del Che. Pero sólo como una referencia sintética —en especial, para los más jóvenes que hoy se encuentran entre nosotros— explicaré la esencia de los principios, funciones y subsistemas que lo conformaban, así como lo que el Che concebía como deber social de cada trabajador en el socialismo:

Principios

1. El desarrollo de la conciencia como elemento fundamental.
2. La utilización de los estímulos materiales en correspondencia con los morales, aplicando estos últimos como palanca fundamental.
3. El concepto de empresas como conjunto de fábricas.
4. La centralización con criterio de flexibilidad, según el avance del sistema.
5. El uso del dinero como dinero aritmético y la no utilización de créditos bancarios.
6. No vigencia de relaciones mercantiles entre empresas estatales.
7. Actuación de la ley del valor en forma parcial en las relaciones externas.
8. Fuerte énfasis en la organización del sistema, empleando los últimos adelantos científico-técnicos en la dirección.
9. Énfasis en el control a través de los costos.
10. Fuerte trabajo ideológico por parte del Partido.
11. La práctica con el ejemplo de los dirigentes.
12. El trabajo voluntario como elemento dinámico en la creación de la conciencia.
13. Disciplina y exigencia en conjunción con los estímulos.

Funciones

- Planificación
- Organización
- Dirección
- Coordinación
- Control



Subsistemas de apoyo

- Contabilidad
- Costos
- Precios
- Sistema de Calidad
- Estímulos
- Política de Cuadros
- Desarrollo Científico-Técnico

Basado en aquellas definiciones conceptuales, el Che estimaba que el *deber social* de cualquier productor en el socialismo, vendría dado por el grado en que fuera capaz de cumplir ante la sociedad las siguientes responsabilidades fundamentales:

- Producir en la cantidad necesaria.
- Producir con la variedad o surtido necesario.
- Producir con la más alta productividad.
- Producir con la máxima calidad posible.
- Producir al más bajo costo.

A mediados del año 1960 ya se percibía con claridad que la cantidad de industrias a cargo del Departamento de Industrialización, sobrepasaba en capacidad organizativa e institucional, y el Gobierno Revolucionario aprobó el inicio de los estudios para la organización del futuro Ministerio de Industrias.

El Che encargó la dirección del proyecto para la organización del ministerio al compañero Enrique Oltuski, recién incorporado al Departamento y cuya primera tarea fue, precisamente, atender todo lo relacionado con la organización no sólo a nivel central, sino en cuanto a las estructuras del sistema empresarial.

Entre las fortalezas o los pecados favorables a Oltuski se encontraban haberse graduado de ingeniero en la Universidad de la Florida y trabajado en una compañía petrolera inglesa, la Shell, por lo cual, sin ser un especialista en organización, tenía los conocimientos básicos y cierta experiencia práctica en una empresa importante y con adelantos



suficientes en técnicas de dirección, siendo sin dudas el más indicado para llevar adelante el proyecto encargado por el Che.

El jefe del proyecto inició un minucioso trabajo de consultas con todos los directivos y especialistas del Departamento de Industrialización, así como con expertos en la materia conocidos por él, de tal forma de ir retroalimentando al Che acerca de la estructura y funciones que debía tener el nuevo ministerio. También se dio al estudio de la legislación vigente en Cuba y al análisis de los antecedentes institucionales del país, para conocer las experiencias organizativas de los demás ministerios existentes en el Estado cubano.

La última versión del proyecto de organización del Ministerio de Industrias, estuvo terminada en el mes de enero de 1961 y presentada al Che oportunamente. Esa versión se discutió de manera colectiva hasta sus últimos detalles dentro del Departamento de Industrialización y se realizaron los ajustes finales del proyecto antes de presentarla al gobierno para su aprobación.

Simultáneamente a los estudios para la organización del ministerio se había venido trabajando durante varios meses en toda la logística necesaria para la ubicación física del organismo en sus nuevas instalaciones. Sobre el particular resulta interesante destacar que el Che instruyó a Oltuski acerca de todos los detalles funcionales de la organización y planteó que daría su aprobación definitiva cuando estuviera terminado el proyecto.

Cuando se culminaron todos los trabajos, el Che realizó una visita para supervisar todas las oficinas, las cuales se habían ubicado en un edificio ya existente (en la actualidad ocupado por el Ministerio del Interior en la Plaza de la Revolución), pero que fue necesario remodelar para adaptarlo a la nueva estructura del ministerio. La revisión llevada a cabo por el Che incluyó todos los detalles, desde las condiciones físicas, las comunicaciones, los impresos de oficinas y, por último, el comedor del ministerio con el menú que se ofrecería a sus trabajadores. El Che dejó para último la visita a las oficinas que él debía ocupar como ministro del organismo.

Entonces presentó su primera objeción a lo que se había realizado, rechazando el mobiliario que se había situado en sus oficinas,



argumentando que no era lo suficientemente sobrio y modesto como debía corresponder a un ministro del Gobierno Revolucionario. Lo curioso es que Oltuski había tenido en cuenta ese detalle, al conocer las características del Che, pero a no dudar se había quedado corto en sus apreciaciones y de inmediato tuvo que darse a la tarea de cambiar el mobiliario, según las exigencias de su jefe.

La forma en que se organizó el Ministerio de Industrias sentó precedentes en cuanto a precisión y racionalidad, y, en muchos casos, sirvió como ejemplo para la organización de otros organismos del país.

La meticulosidad con que se había organizado el ministerio permitió que, cuando ocurrió el traslado de todo el personal del Departamento de Industrialización a las nuevas oficinas, el trabajo administrativo prosiguió sin la más mínima interrupción. Esta experiencia, entre muchas otras, se recuerda como una de las muestras de profesionalidad del Che y la forma en que era capaz de utilizar con eficacia el trabajo de sus colaboradores. También marcó un hito en su modestia personal y en la aplicación de la ética revolucionaria que debía caracterizar a un dirigente del Estado en la nueva sociedad.

El día 25 de febrero de 1961 quedó constituido el Ministerio de Industrias con las atribuciones conferidas por la Ley No. 932 dictada por el Estado revolucionario y asumiendo el Che oficialmente sus funciones como ministro. A partir de esa fecha continuaría una etapa de perfeccionamiento y profundización acerca de sus concepciones teóricas sobre la dirección de la nueva sociedad.

Movido por su inagotable entusiasmo, voluntad y dedicación al trabajo, se impuso el objetivo de llevar a la práctica sus sueños de constructor revolucionario. Para entonces había sumado a su acervo de conocimientos un mayor dominio desde el punto de vista científico y una mayor experiencia práctica, adquirida después de su labor como jefe del Departamento de Industrialización y presidente del Banco Nacional de Cuba.

Y fue a partir de este momento, cuando el Che se entregó de cuerpo y alma a profundizar, mediante estudios sistematizados, en la teoría y práctica de la economía del socialismo. Este esfuerzo lo empujó porque había comprendido muy tempranamente que no todo



estaba dicho acerca de cómo construir el socialismo, y no sólo eso, sino que resultaba necesario cuestionarse si lo llevado a cabo por el socialismo precedente era aplicable o no a Cuba.

Para ello decidió adentrarse, a profundidad, en el estudio del marxismo, comenzando por la obra cumbre de *El capital*. Aquí están presentes algunos de los compañeros que participaron con el Che en aquellos estudios. La metodología empleada no estuvo orientada solamente a la teoría marxista. También abordamos la teoría clásica burguesa y los métodos para una más efectiva gestión empresarial del capitalismo. El Che se dio a la tarea de seleccionar como profesores para aquel aprendizaje, a los más reconocidos expertos en organización empresarial que existían en el país.

Así incursionamos en el estudio de las funciones de dirección a partir de los clásicos en la materia, como Taylor y Henry Fayol. Creo que fue uno de los esfuerzos de aprendizaje más valiosos de aquella etapa; sobre todo, porque pudimos comprender que las funciones de dirección desarrolladas por Fayol tenían una vigencia técnica perdurable en todo el proceso posterior de construcción del socialismo.

Considero que aquí empezó la etapa más fecunda del Che como estadista en Cuba, al darse cuenta que, sin un estudio sistemático de los problemas que presentaba el socialismo, no podría avanzarse en el desarrollo de este sistema. Puso toda su inteligencia y su voluntad en función de encontrar las técnicas de dirección que debían aplicarse en las condiciones concretas de Cuba, convencido de que lo aplicado hasta entonces en otros países socialistas no podía usarse como un cartabón en las condiciones de nuestro país.

Desde el punto de vista político había otro problema que preocupaba de manera extraordinaria al Che y que nunca había tenido una solución totalmente satisfactoria en los demás países socialistas: el de las relaciones entre el Partido y la administración del Estado y las empresas. Tan agudo era el problema que ya ni se discutía el asunto; sobre todo, en el caso de los países socialistas de Europa.

Lo cierto era que, en muchos casos, el Partido sustituía las funciones que correspondían a los directores de las empresas, de las fábricas o de otras unidades económicas. Esto provocaba una crisis real de auto-



ridad en la gestión de esas entidades. El Che estaba convencido de que el papel fundamental del Partido consistía el de ser el “motor interno” de la sociedad desde el punto de vista ideológico, y el segundo, el de supervisor de las políticas trazadas en beneficio de esa sociedad.

Pero para que el Partido pudiera cumplir esas dos importantes tareas, debía cumplir también dos condiciones esenciales: estar constituido por hombres y mujeres que fueran ejemplo para todos y que estuvieran debidamente preparados para desarrollar esa función movilizadora.

La otra condición planteada por el Che era que el Partido estuviera totalmente desligado de toda tarea administrativa. No podría cumplirse el papel de supervisar ninguna política, si se estaba comprometido con funciones administrativas, y argumentaba con ejemplos concretos sobre el particular. Hoy se sigue esa línea por Fidel y Raúl, aunque continuamos luchando para que esa concepción madure y se perfeccione.

Puede afirmarse que la gestión del Che al frente del Ministerio de Industrias fue totalmente exitosa, como quedó demostrado en su último balance en el año 1964, antes de marcharse de nuestro país. Se habían instalado numerosas plantas industriales durante el quinquenio, en que estuvo al frente del organismo. La organización del sector y la eficiencia económica de las empresas, habían alcanzado un nivel inquestionablemente favorable, aun cuando existían deficiencias que resultaba necesario superar, como el mismo Che destacaba en su balance del año. La política de cuadros, el avance en la conciencia revolucionaria, la calidad de la producción y otros indicadores fundamentales, así lo demostraban.

Pero el Che se marchó de Cuba convencido de que era imprescindible seguir profundizando en las grandes deficiencias que se manifestaban en la conducción del socialismo en la URSS y los demás países socialistas de Europa.

Después de culminada su campaña guerrillera en el Congo, volvió a la carga con su acerada crítica sobre las desviaciones del socialismo precedente. Durante su estancia en Praga escribió sus conocidos cuadernos con la crítica a la economía socialista. En una parte de su trabajo, elevó al nivel más alto su valentía personal y su honestidad a



toda prueba, para manifestar: “Nuestra tesis es que los cambios producidos a raíz de la Nueva Política Económica (NEP) han calado tan hondo en la vida de la URSS que han marcado con su signo toda esta etapa. Y sus resultados son desalentadores: La superestructura capitalista fue influenciando cada vez en forma más marcada las relaciones de producción y los conflictos provocados por la hibridación que significó la NEP se están resolviendo hoy a favor de la superestructura: Se está regresando al capitalismo”.

Desgraciadamente, las predicciones del Che se cumplieron, y todavía estamos sufriendo los efectos del desmerengamiento en la URSS y los demás países socialistas de Europa. El único país socialista que salió airoso de aquel trágico derrumbe fue Cuba, bajo la genial conducción de Fidel, y con el apoyo irrestricto de su heroico pueblo. Pero como señaló el mismo Fidel recientemente en el Aula Magna de esta Universidad de La Habana, el socialismo puede ser reversible por causa de los errores de los mismos revolucionarios. Ya lo había dicho en su primer discurso en La Habana después del triunfo de la Revolución.

Mientras tanto, las ideas del Che se extienden por el mundo ganando cada día mayor fuerza y apoyo por parte de los desposeídos, representados por nuevos y vigorosos movimientos revolucionarios. Los analistas más serios, honestos y realistas reconocen que un proceso de cambio tan radical como el socialismo resulta inconcebible fuera de un contexto político que impulse el desenvolvimiento de la conciencia revolucionaria. Por eso, las ideas del Che se presentan como componentes clave de un proyecto liberador que exige sacrificios, heroísmo y esperanzas.

El rescate del espíritu del Che frente a la mezquindad individualista, no es un inútil sueño romántico, sino un componente central del molde humano pregonado por el proyecto socialista. El eco que encuentra este comportamiento solidario entre las nuevas generaciones de críticos al neoliberalismo capitalista, confirma la vigencia de los valores del *hombre nuevo*.

La idea de algunos de construir primero el capitalismo para favorecer la emergencia del socialismo o darles vigencia a leyes y categorías capitalistas dentro del socialismo para alcanzar su objetivo final,



constituye un proyecto insensato. Nadie puede demostrar que apuntalando la explotación y la competencia se desarrollarán la igualdad y la solidaridad en el mundo que vivimos.

Ése fue uno de los grandes méritos del Che, que tuvo la visión de alertar desde el mismo año 1959, cuando su visita a Yugoslavia, que el camino tomado por aquel país se desviaba de la ruta promisoriosa de la nueva sociedad por la cual él había luchado. El socialismo no emergería de manera espontánea de los desequilibrios económicos, sino de la acción consciente de los trabajadores y de su organización política como clase independiente.

Una muestra irreversible de lo alertado por el Che es la situación de la Rusia actual. La restauración capitalista en ese inmenso país está signada por dos rasgos: el colapso y la criminalización. Esa restauración ha creado, en apenas una década, un paisaje dantesco de regresión social, devastación económica y desorden político. El capitalismo debutó provocando, a nivel del año 1992, un desplome del 26 % del PIB. En 1998, los salarios reales se habían desplomado al 49 %. El nuevo siglo XXI se inició con una terrible expansión del alcoholismo, la drogadicción y las enfermedades (sólo el 12 % de los escolares están clínicamente sanos), la expectativa de vida cayó de 64 a 57 años, en menos de una década.

Una nueva oligarquía de antiguos burócratas se ha constituido en una poderosa mafia, que se ha enriquecido con los recursos sustraídos al Estado a través del saqueo de las riquezas petroleras y gasíferas. Esa vieja *nomenclatura* participa en el *ranking* mundial de los multimillonarios y ya colocaron a 17 de sus representantes entre las 476 personas más acaudaladas del mundo. Los oligarcas son dueños de los ocho principales conglomerados económicos y sus asociaciones controlan el 85 % de las 74 mayores empresas. Además, manejan el núcleo de compañías petroleras que aportan la mitad de las exportaciones de ese gran país.

Estas y otras realidades han demostrado a principios del siglo XXI, que la rapacidad del sistema capitalista no presenta la más mínima alternativa viable para la solución de los grandes problemas de la humanidad. En América Latina, el lenguaje del modelo capitalista



neoliberal se rechaza de plano por la mayoría de los pueblos. Ha sido tal el saldo destructivo de ese modelo, que ninguna persona sensata es capaz de promover o apoyar la aplicación de ese esquema como vía para la solución de los graves problemas que aquejan a nuestros países en la actualidad.

Por otro lado, el lastre dejado por la práctica del llamado socialismo real en la mayoría de los países socialistas de Europa, hizo que se creara un mecanismo de rechazo a la aplicación de un modelo de ese tipo en aquellos países donde surge un nuevo proceso revolucionario.

Se creó la gran confusión al identificar el socialismo científico marxista soñado por Lenin y muchos otros revolucionarios en el mundo, con una práctica nefasta llevada a cabo en la URSS y los demás países socialistas de Europa a partir de una época histórica determinada, que poco tenía que ver con la esencia de la sociedad socialista, y que llevó, como pronosticara el Che, a la restauración del capitalismo, con el saldo ya analizado.

De todas estas experiencias hemos aprendido mucho y como dijera Martí en 1884 en su crítica a Spencer: “La vida espiritual es una ciencia, como la vida física. Esta época nuestra es grande, no por lo que ha aprendido, sino porque ha descubierto lo que se tiene que aprender”.

Pero la potencialidad del marxismo es tal, que las masas en todo el mundo han comprendido, ahora más que nunca, que la única opción para el futuro de la humanidad es el socialismo, ese socialismo defendido y salvado por nuestro querido pueblo bajo la conducción heroica de Fidel y por el cual el Guerrillero Heroico ofrendara su vida ejemplar en las montañas bolivianas. El socialismo por el que luchan ahora en estrecha hermandad con la Revolución cubana, el leal y carismático Comandante Hugo Chávez en Venezuela y el líder indígena convertido en presidente de Bolivia Evo Morales.

¡Que viva Fidel, que viva Raúl, que viva el ejemplo perdurable del Che, tanto en Cuba como en los demás pueblos del mundo!

La Habana, 22 de septiembre del 2006.



La defensa de la Revolución por las masas

Jorge Lezcano Pérez

La defensa de la Revolución por las masas ha sido un principio validado por la práctica en la historia de las luchas sociales de los pueblos contra sus opresores. Desde los tiempos de la Revolución de Octubre, en la Rusia zarista, Vladimir Ilich Lenin ya nos había enseñado que la revolución sólo vale lo que sea capaz de defenderse.

En la prédica y en la práctica de José Martí y de Fidel Castro aprendimos que la revolución la hacen los pueblos.

Antes de entrar al análisis específico del tema objeto de la conferencia resulta necesario abordar brevemente la situación política, económica y social imperante en Cuba en 1958, la cual puede representarse de la manera siguiente:

- Brutal represión.
- Los sindicatos en manos de quienes apoyaban a Batista.
- Las organizaciones sociales progresistas actuando en la clandestinidad.
 - Enorme desempleo; por tanto, grandes masas potencialmente revolucionarias.
 - La prensa silenciada o en manos del gobierno.
 - Un pueblo educado en el anticomunismo y en el fatalismo geográfico: Nada puede hacerse en Cuba sin apoyo del gobierno norteamericano.
 - La economía en manos de las empresas norteamericanas.
 - El país convertido en un gran casino y un gran prostíbulo.



Bajo la influencia de esa situación se arriba al 1° de enero de 1959. ¿Cómo lograr en estas adversas condiciones el apoyo de las masas para defender la Revolución? Sólo creyendo profundamente en el pueblo.

En su alegato de defensa durante el juicio a los asaltantes de los ataques a los cuarteles Moncada y Carlos Manuel de Céspedes, Fidel explicó que la segunda razón —después de la militar— en que se basaba la posibilidad de éxito era de orden social, porque tenía la seguridad de contar con el pueblo, el cual, cuando cree en algo o en alguien y, sobre todo, cuando cree suficientemente en sí mismo, es capaz de dar hasta la última gota de sangre por vencer en su lucha.

En el Informe Central presentado al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba se hace una precisa y estratégica definición del papel de las masas y sus organizaciones en el desarrollo y defensa de la Revolución, el cual, por su permanente valor, cito: “Nuestro pueblo ha desarrollado en su seno poderosas organizaciones de masas. Éste ha sido uno de los aspectos más fecundos de nuestro proceso revolucionario. Estas fuerzas organizadas del pueblo reconocen y acatan en forma libre y consciente la dirección superior de nuestra vanguardia marxista-leninista.

”En las organizaciones de masas y sociales tiene nuestra Revolución un poderoso e inagotable caudal de energía política y revolucionaria. Ellas son el enlace que asegura la más estrecha vinculación del Partido con las amplias masas. Ellas son la garantía de su influencia educativa, orientadora y movilizativa. Ellas constituyen la gran escuela en que se desarrolla la conciencia de millones y millones de trabajadores, hombres y mujeres, viejos, jóvenes y niños. Ellas son la fragua donde se forjan incontables cuadros y militantes de la Revolución. Ellas permiten a la dirección de nuestro Partido conocer el sentir, los problemas y las opiniones de cada sector de la población, cuyos intereses específicos defienden y representan”.

Veamos ahora cuál ha sido el papel desempeñado por algunas de las principales organizaciones de masas en la defensa de la Revolución desde el mismo 1° de enero de 1959.



La Central de Trabajadores de Cuba (CTC)

La Central de Trabajadores de Cuba se fundó en 1939, heredera de nuestra primera central sindical, la Confederación Nacional Obrera (1925), la cual, con la guía de Rubén Martínez Villenas y del primer partido marxista-leninista de Cuba, tuvo un destacado papel en el combate contra la tiranía machadista.

Imposible resulta hablar del destacado papel desempeñado por la CTC, sin tener presente, en primer lugar, a quien fuera su primer secretario general y su dirigente más capaz y brillante, Lázaro Peña.

Lázaro supo guiar las luchas victoriosas de los trabajadores frente a los capitalistas explotadores y conducir acertadamente a la aguerrida clase obrera en la construcción del socialismo hasta el instante mismo de su muerte.

En la etapa de la lucha clandestina contra el tirano Fulgencio Batista, múltiples fueron las luchas desarrolladas por los trabajadores y sus organizaciones sindicales; merecen mencionarse, entre otras, las huelgas de los trabajadores bancarios, azucareros y las del 9 de abril de 1958. Mención especial requiere la respuesta dada por la clase obrera el 1° de enero de 1959 al llamado hecho por Fidel a la huelga general revolucionaria, que paralizó de un extremo a otro el país y se lanzó a la calle, contribuyendo de manera decisiva a liquidar las maniobras del imperialismo y al triunfo de la Revolución.

Varias fueron las acciones y formas que llevaron a cabo las organizaciones sindicales para defender la Revolución en los cruciales y difíciles momentos de los primeros años. Bastaría destacar, para comprender su importancia y magnitud, la renuncia voluntaria que hicieron los trabajadores de importantes conquistas que habían alcanzado durante el capitalismo y que ya constituían un freno al desarrollo económico del país; su aporte a la reforma agraria, a la industrialización y a la alfabetización.

Resultó decisivo el papel de los sindicatos en la organización de las milicias obreras que contribuyeron de manera destacada a la derrota de las bandas contrarrevolucionarias. Los batallones de milicias que combatieron y triunfaron en Playa Girón, estaban integrados mayoritaria-



mente por trabajadores. Importantes fueron también los aportes brindados al proceso de nacionalización, las zafras azucareras, al desarrollo del trabajo voluntario y al movimiento de inventores y racionalizadores.

Pero quizá su contribución más relevante lo constituyó la lucha política llevada a cabo en esos difíciles primeros momentos, la cual permitió desarrollar la conciencia revolucionaria de los trabajadores para su incorporación consciente a la construcción del socialismo.

La Asociación Nacional de Agricultores Pequeños (ANAP)

Los campesinos cubanos y sus organizaciones tienen una histórica tradición de lucha. Campesinos humildes nutrieron de manera mayoritaria las filas de nuestras tropas mambisas en 1868 y 1895. Durante la república burguesa libraron grandes luchas por su derecho a la tierra, contra los latifundistas y los desmanes de las compañías extranjeras y contra el desalojo que sufrían constantemente.

La Asociación Nacional de Agricultores Pequeños se fundó el 17 de mayo de 1961, siendo heredera de las ricas tradiciones de lucha de la Asociación Nacional Campesina Cubana.

Los campesinos dieron los primeros auxilios a los combatientes del Ejército Rebelde y después se incorporaron destacadamente a sus filas.

Los campesinos, organizados en la Asociación Nacional de Agricultores Pequeños, resultaron un factor clave en la implementación y defensa de la reforma agraria. Primeros beneficiarios de ella, que los hizo propietarios de la tierra, han estado dedicados no sólo a cultivar, sino también a impedir que las zonas rurales fuesen asiento de los enemigos de la Revolución. Desde las milicias campesinas participaron activamente en la lucha contra bandidos que, organizados y financiados por la Agencia Central de Inteligencia (CIA), sembraron el terror y la muerte en las montañas cubanas. Fue destacado su aporte en la liquidación de esas bandas contrarrevolucionarias. Con igual valentía participaron en las batallas victoriosas de Playa Girón.

La alianza obrero-campesina ha constituido, y constituirá siempre, un pilar fundamental en la defensa de la Revolución y sus conquistas.



La Federación de Mujeres Cubanas (FMC)

La tradición de lucha de la mujer cubana data desde los primeros brotes de rebeldía surgidos en tierra cubana frente a la crueldad del conquistador y la brutalidad de los esclavistas.

Durante las guerras de 1868 y 1895, las mujeres cubanas escribieron páginas de gloria y heroísmo. Ana Betancourt y Mariana Grajales, entre muchas otras, demostraron que sin la presencia de la mujer resulta imposible concebir una revolución verdadera.

En el Moncada, la audacia y valentía de Haydee y Melba guiaron el camino que seguiría después la gran masa de mujeres que se incorporaría al Ejército Rebelde y en las organizaciones clandestinas, sumándose a la vanguardia que integraban las heroínas del Moncada, Celia Sánchez y Vilma Espín.

El 8 de marzo de 1960, bajo la dirección de Vilma, se funda la Federación de Mujeres Cubanas. Desde ese mismo instante, la organización femenina ha trabajado de manera incansable para lograr la más amplia participación de la mujer en la vida económica, política y social del país.

Inestimable ha sido el aporte de la FMC por alcanzar la plena igualdad de la mujer, por su desarrollo político e ideológico, la elevación de su nivel cultural y educacional, y su participación en los programas de salud.

Desde los primeros momentos en que se organizaron las Milicias Nacionales Revolucionarias, las mujeres, movilizadas por la FMC, integraron sus filas y estuvieron presentes en los grandes momentos de peligro donde resultaba necesario defender la Revolución con las armas en las manos. Lugar destacado lo fue su presencia en las arenas de Playa Girón, cumpliendo múltiples misiones de apoyo a nuestros heroicos combatientes.

La FMC y las mujeres cubanas con su presencia permanente en la defensa de la Revolución, han hecho válida la sentencia de José Martí: “Las campañas de los pueblos sólo son débiles, cuando en ella no se alista el corazón de la mujer; pero cuando se estremece y ayuda, cuando la mujer tímida y quieta de su natural, anima y aplaude, cuando la mujer culta y virtuosa unge la obra con la miel de su cariño, la obra es invencible”.



Los Comités de Defensa de la Revolución (CDR)

Sin antecedentes antes del 1° de enero de 1959, los CDR son un fruto genuino de la Revolución. Nacieron del fuego mismo de la lucha contra el enemigo, el 28 de septiembre de 1960.

Lo realizado por los CDR en la defensa de la Revolución lo han convertido en un aporte cubano a las luchas políticas y sociales en todo el mundo.

Concebidos por Fidel para movilizar al pueblo de manera organizada en defensa de la Revolución, instrumentaron un eficaz sistema de vigilancia colectiva desde la cuadra y la manzana, que en muy poco tiempo permitió neutralizar y derrotar las acciones terroristas y los planes de asesinato de los principales dirigentes del país ejecutados por la contrarrevolución.

La estructura de base (la cuadra), la flexibilidad para acometer sus actividades, su versatilidad, el hecho de agrupar a la familia y a todas las personas que estuvieran de acuerdo con la Revolución y dispuestas a defenderla, permitieron que muy pronto pudieran rebasar el objetivo fundamental de su creación —que sigue siendo—: la vigilancia revolucionaria. A ello debe agregarse que también, desde su inicio, la esencia de su trabajo fue política e ideológica.

En los primeros años, además de vigilar al enemigo día a día y noche a noche, realizaron tareas tan diversas como el censo de las grasas que permitió posteriormente crear la libreta de abastecimiento, distribución de ropas, calzado y de leche para menores; participaron también en el cambio de la moneda, en el censo de la reforma urbana (1962), la campaña de alfabetización, la vacunación de niños contra la poliomielitis, las donaciones de sangre, la recogida de materias primas, la construcción de importantes obras económicas y sociales, entre muchas otras.

Estas razones resultaron fundamentales para que nuestro Comandante en Jefe, Fidel Castro, dijera en el Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba que en los CDR nuestro pueblo tiene “un combativo, versátil e insustituible instrumento, en el que se apoyará siempre la Revolución para todas sus tareas”.

Lo aportado por los CDR a la defensa y desarrollo del proceso revolucionario cubano, es de tanta trascendencia que el mismo Fidel



ha expresado que sin los Comités resulta imposible concebir la Revolución, por eso me limitaré a presentar aquellos que considero pudieran resumir brevemente tan brillante hoja de servicio, como son:

- La defensa y desarrollo económicos del país.
- Frustrar los planes terroristas contra las instalaciones del pueblo y para atentar contra la vida de los máximos dirigentes de la Revolución.
- La formación política e ideológica del pueblo y de su profunda vocación solidaria e internacionalista.
- La unidad del pueblo en torno al Partido, Fidel, Raúl y la Revolución.
- La institucionalización del país.
- La profundización y perfeccionamiento de la democracia socialista.
- El fortalecimiento de la legalidad y el combate a la corrupción y el delito.
- Los planes estatales dirigidos a beneficiar a toda la población en sectores de la salud, la educación, la cultura y el deporte, entre muchos otros.

Cuando analizamos en todo su valor estos ejemplos estamos obligados a darle la razón a nuestro Comandante en Jefe, cuando dijo: “Mientras haya en el hombre ansias de superación, de progreso, de perfeccionamiento habrá una tarea para los CDR”.

La Federación Estudiantil Universitaria (FEU)

Es de total justicia, al hablar del papel que desempeñan las masas en la defensa de la Revolución, mencionar con orgullo la participación de los estudiantes en las primeras trincheras de las luchas revolucionarias.

Un lugar de honor ocupa la Federación Estudiantil Universitaria, fundada por Julio Antonio Mella en diciembre de 1922, una de las primeras organizaciones juveniles revolucionarias de nuestro país. Su aporte



en los combates librados por el pueblo por la independencia y soberanía de Cuba y contra las dictaduras de Gerardo Machado y Fulgencio Batista, es parte del patrimonio revolucionario de los cubanos.

Los nombres de Rafael Trejo y José Antonio Echeverría encabezan una lista de destacados combatientes estudiantiles que supieron, al precio de sus vidas, dirigir la FEU y a los estudiantes por el camino que condujo al triunfo del 1º de enero de 1959.

Presentes en esos combates, y brillando con luz propia, están los estudiantes que asaltaron el Palacio Presidencial el 13 de marzo de 1957 y en las batallas libradas contra el ejército de la tiranía batistiana en las montañas cubanas bajo la dirección del Directorio Revolucionario 13 de Marzo.

Cuba hoy

Hoy todo resulta más complejo, nos enfrentamos al imperio más poderoso que ha conocido el mundo, con capacidad militar para destruir varias veces a toda la humanidad, dirigido por una camarilla fascista obsesionada por derrotar la Revolución y apoderarse de Cuba.

En estos nuevos combates, las organizaciones de masas, que constituyen la sociedad civil en nuestro país, se cohesionan con los órganos del Poder Popular, mediante los cuales el pueblo ejerce el verdadero poder. Esa unidad estratégica, ese actuar conjunto, dan a cada cubano y cubana, a las masas revolucionarias un poder que hace que el socialismo cubano sea irreversible.

El papel de las masas en la defensa de la Revolución está sustentado en determinados principios que la experiencia de todos estos años de poder revolucionario ha confirmado, a saber:

- El socialismo sólo puede construirse voluntariamente y por hombres libres.
- Nuestro sistema político está diseñado para gobernar con la mayoría, si se pierde, se pierde la Revolución.
- La verdadera fuerza de las masas está en su unidad, organización, concientización y dirección.



- Mientras los dirigentes se mantengan vinculados a las masas y defendiendo sus intereses, la Revolución será invencible.

Conclusiones

Para resumir estas ideas sobre el papel de las masas en la defensa de la Revolución, diré que la historia de nuestras luchas, desde 1868, demuestra el valor que tiene la fuerza del pueblo organizado y su alta conciencia política, la unidad de las masas como factor clave para resistir y vencer, y lo decisivo que ha sido para enfrentar y derrotar durante casi 50 años al imperio más poderoso del mundo, tener al frente de la Revolución a quien siempre ha confiado en las masas y las ha dotado de los instrumentos necesarios para que ejerzan el verdadero poder: Fidel Castro Ruz.

La Habana, 17 de noviembre del 2006.



Relaciones con los países socialistas

Héctor Rodríguez Llompарт

El título “Relaciones con los países socialistas” es realmente muy ambicioso, un tema tan amplio que resultaría imposible, en el tiempo del que disponemos, poder abordarlo en todos sus aspectos. Por ello daremos especial atención al análisis de las relaciones con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS).

Teniendo en consideración lo antes expuesto, nos limitaremos brevemente a los antecedentes de total dependencia política de nuestra economía neocolonial del imperio norteamericano, que tuvo entre sus primeras manifestaciones imperialistas la llamada por ellos Guerra Hispano-Americana en 1898.

A partir de esos antecedentes haremos referencia a los primeros años del triunfo de la Revolución, cuando tuvo lugar el estrechamiento de nuestras relaciones con los países socialistas, y los logros y dificultades en los cuales nos vimos envueltos hasta el comienzo del período especial.

El 17 de octubre de 1942, en plena Segunda Guerra Mundial, se establecieron relaciones diplomáticas entre Cuba y la URSS. Menos de un mes después del golpe de Estado que llevó a Fulgencio Batista de nuevo al poder, éste rompe las relaciones diplomáticas con la Unión Soviética el 2 de abril de 1952.

Entre 1955 y 1958, la URSS había adquirido en nuestro país más de 100 millones de dólares en azúcar, lo que se debió a que, mientras Cuba alcanzó en 1952 un récord de producción de 7 millones de toneladas y acumulaba reservas considerables del producto, en la URSS tenía lugar un déficit en su producción de remolacha.



En 1958, el 67 % de nuestras exportaciones se dirigió a Estados Unidos y el 81 % se concentró en las ventas de azúcar. El 70 % de nuestras importaciones provenía de ese país.

El modelo neocolonial tendría su dramática expresión en las condiciones sociales de vida del pueblo cubano, donde el desempleo y el subempleo alcanzaban el 33,5 % de la población económicamente activa, la tasa de analfabetismo superaba el 23 %, y era el doble en las zonas rurales, y la mortalidad infantil, superior al 60 % (por mil) nacidos vivos.

El gobierno norteamericano, que apoyó la dictadura batistiana impuesta desde el golpe de Estado del 10 de marzo de 1952, al convencerse del inminente triunfo del Ejército Rebelde comprendió que se hacía necesaria la salida de Fulgencio Batista del poder y decidió suplantarlos por una junta cívico-militar que se encargara de mantener sin cambios las relaciones Cuba-Estados Unidos.

Así lo comunicó a Batista el embajador de Estados Unidos el 17 de diciembre de 1958.

El 1° de enero fracasaría la intentona de golpe de Estado del general Cantillo, quien contaba con el concurso de la embajada yanqui; el incontenible avance del Ejército Rebelde y la huelga general del pueblo lo impidieron.

A partir de aquel momento, los estrategas norteamericanos se enfrentaron a una Cuba distinta, a una Revolución, a la que subestimaron al considerar que su poderío económico y militar la pondría de rodillas.

Durante el año de 1959, a cada acción del gobierno de Estados Unidos contra la Revolución se dio respuesta adecuada por parte del Gobierno Revolucionario; comenzaba así la lucha de David contra Goliat, en la cual posteriormente el apoyo de los países socialistas resultó decisivo.

Para mejor explicar su desarrollo, graficaremos aquella lucha de golpes y contragolpes por la defensa de nuestra independencia y soberanía con las palabras del Che: “Cuando se lucha en forma tan dura y no se quiere dar un paso atrás, cada vez que lo golpean a uno, tiene que dar un paso adelante”.

Desde el mismo 1° de enero se delimitaron los campos, hacia Estados Unidos marcharon los asesinos y torturadores, los seguirían los des-



falcadores del erario público, burgueses y explotadores nacionales, allí todos se unirían para apoyar las acciones hostiles contra nuestra patria.

Durante los primeros meses de 1959, la campaña contra el Gobierno Revolucionario se centró en las acusaciones por haber sometido a los criminales de guerra y torturadores a juicio ante los tribunales revolucionarios, en los cuales los más connotados fueron condenados a la pena de muerte.

La Revolución, por boca de su máximo líder, expresaba: “Si nos ven unidos nos respetarán”, “Nadie tiene derecho a trazar pautas a Cuba desde el extranjero”, “No sólo queremos ser libres políticamente, sino económicamente también”.

El 19 de febrero de 1959, en el programa televisivo Ante la Prensa, Fidel respondía a los periodistas: “Si los rusos nos compran azúcar, les vendemos”. A finales de febrero y principios de marzo se hacían realidad algunos de los enunciados del programa del Moncada: la rebaja de los alquileres de las viviendas, la intervención de la Cuban Telephone Company y las rebajas de las tarifas telefónicas.

La Ley de Reforma Agraria, el 17 de mayo de 1959, marcó un momento decisivo en esta etapa. Importantes latifundios norteamericanos y nacionales fueron afectados y el gobierno cubano ofreció una compensación para pagar las áreas expropiadas con bonos a 20 años y un 4 % de interés.

El gobierno de Estados Unidos respondió el 11 de junio, exigiendo “pronta, adecuada y efectiva compensación”, conociendo desde luego que esta exigencia no podía cumplirse por el Estado cubano, por no contar con los recursos financieros necesarios, los cuales habían sido robados por la dictadura batistiana. En la misma nota de respuesta amenazaba con “considerar la ejecución de otras opciones, incluyendo la reducción de la cuota azucarera, la prohibición de inversiones privadas en Cuba de nacionales de los Estados Unidos y el fin de toda ayuda económica”.

Lo que no decía la nota era que ya antes de estas medidas habían dado luz verde a la ejecución de sabotajes y acciones encubiertas por parte de las agencias norteamericanas, incluida la CIA, contra el pueblo de Cuba y sus dirigentes.



Durante el resto del año de 1959 y los primeros meses de 1960, bajo la supervisión de la CIA, exiliados cubanos ejecutaron diversos ataques aéreos, mientras el gobierno de Estados Unidos presionaba a sus aliados en países occidentales para que no vendieran armas o proveyeran a Cuba de asistencia militar. Debido a esas presiones, el gobierno británico canceló los planes de venta a nuestro país de aviones de guerra *Hunter*.

El 13 de noviembre, el ministro de Estado Raúl Roa García enviaba una nota a la embajada norteamericana, en la cual decía en su peculiar estilo: “A la revolución cubana no le atemorizan fantasmas ni aparecidos, sabe de donde viene, lo que quiere y a donde va”.

“El Gobierno Revolucionario adquirirá los aviones y las armas que necesite para su defensa en el mercado que se las proporcione, ya que se las niega y trata de impedir que se las venda el Gobierno que abasteció al ex dictador Batista, con aviones, armas y bombas, que sembraron el dolor, el luto y la ruina en nuestro pueblo”.

En los días finales de noviembre de 1959, ocupando el cargo de jefe de despacho del ministro, el doctor Roa me pidió que lo acompañara a una reunión al Palacio Presidencial.

En ella, con la participación del entonces presidente el doctor Osvaldo Dorticós, el comandante Ernesto *Che* Guevara y otros compañeros, se me informó que debía viajar a México, siendo portador de una carta de invitación del compañero Fidel al entonces viceprimer ministro de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, Anastas Mikoyan, para que visitara Cuba y trajera en esa ocasión la exposición de Logros de la Ciencia y la Técnica Soviéticas, que en esos momentos se mostraba en México.

El 27 de noviembre recibí la sorpresa de que en el aeropuerto de la capital mexicana se había concentrado un grupo de periodistas y también de contrarrevolucionarios, pues según me explicó el doctor Salvador Massip, entonces embajador de Cuba en ese país, en la prensa se había informado de la visita del comandante Ernesto Guevara para entrevistarse con Mikoyan.

Con posterioridad tuvimos la certeza de que funcionarios contrarrevolucionarios de nuestra propia embajada habían hecho circular la noticia.



En los periódicos mexicanos se destacó la visita a Mikoyan por parte de un representante del Gobierno Revolucionario; entre ellos, el periódico *El Universal*, que al señalar que no era el comandante Guevara el emisario, destacaba en su titular: “Esperaban barbudo y llegó lampiño”.

En el mismo avión me percaté que viajaba Alexander Alexeiev, quien desde hacía poco tiempo trabajaba en La Habana como periodista y tiempo después fue embajador de la Unión Soviética en Cuba.

En México hicimos contacto con el embajador soviético en ese país, quien gestionó la entrevista con Mikoyan.

Recuerdo que, sin mucho preámbulo, le expliqué a Mikoyan los objetivos del viaje. En la entrevista se encontraban presentes Alexeiev; nuestro embajador, Salvador Massip, y como traductor Nikolai Leonov.

Leonov, quien nos visitara recientemente con un grupo de integrantes de la Duma rusa, en entrevista que le hicieron para un libro sobre Cuba, así relata aquel hecho: “Yo estaba acompañando a Mikoyan como intérprete en su visita a México en noviembre de 1959 y ahí fue donde nos encontramos a los mensajeros de Fidel”.

“Vino un compañero que se llama Héctor Rodríguez Llompart. Mikoyan le dijo que seguramente no habría ninguna dificultad, pero que de todas formas él llamaría a Moscú para ver la decisión que tomaban el Comité Central de su Partido y el Gobierno”.

Al día siguiente se nos comunicó la respuesta oficial del gobierno soviético: al finalizar el tiempo previsto para la exhibición de la exposición en México, ésta se trasladaría a Cuba y Mikoyan llegaría en la misma fecha a La Habana.

Al regresar a Cuba fui llamado de nuevo a Palacio y allí se me instruyó que debía volver a México, pues en la fecha señalada tendría lugar en La Habana el Congreso Eucarístico Nacional y esto podría utilizarse como un pretexto por la contrarrevolución y presentar los hechos como una provocación a la Iglesia católica.

Regresé a México y le expliqué la situación a Mikoyan. Siempre recordaré la comprensión mostrada por él y sus frases de aliento y admiración por la Revolución.

Tan pronto terminé mi explicación, Mikoyan se levantó de su asiento y poniéndome la mano en el hombro, me dijo: “Lo que me dice



lo entiendo perfectamente. Dígale a Fidel Castro que en el momento que decidan será montada la exposición en La Habana y que sin falta allí estaré yo presente”.

Al retirarnos nos acompañó el traductor Leonov hasta la puerta de la embajada soviética, quien en animada charla nos contó orgulloso que conocía a Raúl Castro, pues habían realizado un viaje en barco después de haber asistido a un Congreso de Juventudes y que también conocía al Che Guevara, y que durante la estancia de ellos en México antes de partir hacia Cuba en el *Granma*, se habían compenetrado mucho, y que les profesaba una gran admiración.

En el libro *Cien horas con Fidel*, al referirse a este hecho, el Comandante en Jefe dice: “Vinieron juntos en el mismo barco y nada más. El socialismo no vino aquí por clonación, ni por inseminación artificial. Aquí fue muy distinto, y eso hay que tenerlo en cuenta cuando se compare a Cuba con el resto de los procesos o intentos de construcción del Socialismo en los países del este de Europa, que ahora están intentando construir el Capitalismo”.

A comienzos de 1960 se firmó un contrato para la venta a la URSS de 100 000 toneladas de azúcar.

Posteriormente arribaron a La Habana los primeros soviéticos encargados de realizar los trabajos de montaje de la exposición.

Por aquellos días, las autoridades soviéticas plantearon que la delegación presidida por Mikoyan obtuviera el visado antes de su llegada a La Habana.

Al no tener Cuba representación en Moscú se decidió que el compañero Leovigildo Fernández, que trabajaba en el despacho del doctor Roa, viajara al aeropuerto de Gander en Canadá y allí abordara el avión soviético para otorgar en el vuelo hacia La Habana los visados correspondientes.

El 4 de febrero llegó a La Habana el viceprimer ministro de la URSS, Anastas Mikoyan, y al día siguiente se inauguró la exposición. Durante el evento se oyeron disparos provenientes del Parque Central, allí un grupo de contrarrevolucionarios que orquestaban una provocación tuvo que liarse a golpes con estudiantes del Instituto de La Habana y transeúntes que ripostaron en defensa de la Revolución.



El 13 de febrero se acordó el primer convenio comercial cubano-soviético, suscrito por el primer ministro del Gobierno Revolucionario, el Comandante Fidel Castro, y por el viceprimer ministro de la URSS, Anastas Mikoyan.

En este documento se estableció el compromiso de adquirir, por parte de la Unión Soviética, un millón de toneladas de azúcar, de las cuales 200 000 se pagarían en moneda convertible y 800 000 con productos soviéticos.

También se suscribió un crédito otorgado por la URSS ascendente a 100 millones de dólares para la compra de plantas completas y equipos.

Durante la estancia de Mikoyan en Cuba fue acompañado en distintas actividades por el compañero Fidel. Cuenta Leonov, quien fungía de traductor, que durante una visita hecha a la zona de la Laguna del Tesoro en la ciénaga de Zapata, “Fidel hablando con mucha franqueza a Mikoyan le dijo que en ese instante se decidía el destino de la Revolución y que si la URSS nos ayudaba estábamos dispuestos a construir una sociedad más justa”.

Mikoyan, al recordar aquellos hechos, dijo: “Considero que el compañero Fidel es una de las personas más brillantes de las que el destino me ha llevado a conocer. Desde el primer momento comprendí que era un hombre excepcional y que poseía la voluntad indoblegable del revolucionario, singular integridad y honestidad personal, gran inteligencia y una concepción del mundo muy personal”.

El 4 de marzo de 1960 estalló en el puerto de La Habana, como consecuencia de un sabotaje, el buque de bandera francesa *La Coubre*, que transportaba armas y explosivos adquiridos por el Gobierno Revolucionario en Bélgica. El resultado fue de 70 muertos y más de 100 heridos. En el sepelio de las víctimas se pronunció, por primera vez por el Comandante en Jefe, la consigna de “Patria o Muerte”.

Por aquellos días se ordenaba la primera compra de armas en un país socialista: 2 000 metralletas en la República Socialista de Checoslovaquia.

En marzo de 1960, el presidente Dwight D. Eisenhower aprobó un plan de acción encubierta y de sabotajes económicos contra Cuba.



El plan planteaba “la unificación de las fuerzas opositoras entre exiliados cubanos, la creación de aparatos de propaganda contra el gobierno cubano y de inteligencia encubierta y organización de acciones dentro de Cuba. Igualmente se formarán fuerzas paramilitares para ser utilizadas en operaciones militares contra Cuba”.

Sin lugar a dudas, así se creaban las condiciones para lo que constituyó la primera derrota del imperialismo norteamericano en suelo americano: la invasión a Playa Girón.

A inicios del mes de abril se expropiaron los latifundios de la United Fruit Co.; los bienes confiscados alcanzaron las 70 000 hectáreas.

Las agresiones de carácter económico contra la joven Revolución cubana, se incrementaron durante los primeros meses de 1960, en los cuales el gobierno de Estados Unidos puso en práctica una intensa campaña para evitar que los países de Europa Occidental y Canadá otorgaran créditos a Cuba. En marzo, un consorcio de bancos de Europa Occidental cedía ante las presiones norteamericanas y cancelaba las negociaciones para otorgar un préstamo por 100 millones de dólares a nuestro país.

Según documentos desclasificados en 1991 por el gobierno de Estados Unidos, el 6 de abril de 1960 en reunión en la cual participó el presidente Dwight D. Eisenhower, el funcionario del Departamento de Estado I. D. Mallory presentó un informe secreto para derrotar la Revolución en Cuba, “a través del desencanto y el desaliento, basados en la insatisfacción y las dificultades económicas... negarle dinero y suministros a Cuba, para disminuir los salarios reales y monetarios. A fin de causar hambre, desesperación y el derrocamiento del gobierno cubano...”.

El 17 de mayo, el comandante Ernesto Guevara, presidente del Banco Nacional, informó a las compañías petroleras extranjeras que operaban en Cuba, incluidas la Esso Standard Oil, Texaco y Royal Dutch Shell, que llegarían próximamente cargamentos de petróleo crudo provenientes de la URSS.

El 6 de junio, las compañías petroleras respondieron, diciendo que se negarían a refinar el petróleo de procedencia soviética, lo que conllevó a que, el 1° de julio, el gobierno cubano tomara el control de las operaciones en esas compañías por violación de las leyes de nuestro país.



El 27 de junio, el gobierno norteamericano redujo la cuota azucarrera cubana, que en ese año ascendía a 3,5 millones de toneladas. Al día siguiente, en una concentración en Artemisa, Fidel dijo: “Nos quitarán la cuota libra por libra y les quitaremos los centrales uno por uno”.

El 2 de julio, el presidente de Estados Unidos firmó la ley que entró en vigor tres días después por la cual suspendía la compra de azúcares a Cuba. Ese mismo día, el Consejo de Ministros otorgó poderes al presidente de la república y al primer ministro para nacionalizar las propiedades yanquis existentes en nuestro país.

El 10 de julio, ante el ofrecimiento de la URSS de comprar todo el azúcar que el gobierno yanqui dejó de adquirir, Fidel declara que “Cuba se encuentra satisfecha y agradecida por la solidaridad del Gobierno Soviético”.

El 25 de abril se creó el Banco de Comercio Exterior y el 15 de julio se le otorgan poderes como importador único en la República de Cuba.

El 23 de julio, Cuba y la República Popular China firman convenios comerciales, culturales, de pagos y de asistencia técnica.

En la celebración del séptimo aniversario del ataque al cuartel Moncada, en el Caney de las Mercedes, en la provincia de Oriente, Fidel decía en su memorable discurso: “Comprometámonos a seguir haciendo de la Patria el ejemplo que convierta la Cordillera de los Andes en la Sierra Maestra del Continente Americano”.

El 6 de agosto, en acto celebrado en el estadio del Cerro (hoy Latinoamericano) se anuncia la nacionalización de las refinerías de petróleo, de 36 centrales azucareros y de las compañías de teléfonos y electricidad; con esta medida, inversiones norteamericanas por valor de 800 millones de pesos pasaban al poder del pueblo.

Durante este acto, el Comandante en Jefe perdió momentáneamente la voz; en medio de un gran silencio y expectación, el entonces comandante Raúl Castro tomó el micrófono y continuó la alocución con el aplauso de los allí presentes y de los televidentes que en toda Cuba siguieron el evento.

El 17 de septiembre se nacionalizaron todos los bancos norteamericanos. Menos de un mes después, el 13 de octubre, se nacionalizaban por la Ley 890 todos los bancos cubanos y extranjeros (menos



los canadienses) y 382 grandes empresas; entre ellas, 105 centrales azucareros, 50 fábricas textiles, ocho empresas de ferrocarriles, 11 circuitos cinematográficos, 13 tiendas por departamentos, 16 molinos arroceros, seis fábricas de bebidas alcohólicas, 11 tostaderos de café, 47 almacenes comerciales y seis fábricas de leche condensada. Con estas medidas, el país declaraba en la práctica su independencia económica y financiera.

El 16 de octubre, al cumplirse el séptimo aniversario de su alegato *La historia me absolverá*, al referirse a las promesas hechas en el programa del Moncada, Fidel ante la televisión y la radio nacionales proclamó: “La primera etapa de nuestra Revolución se ha cumplido”.

La Cuba supeditada a la política internacional de Estados Unidos no tenía relaciones o las había interrumpido con los países socialistas.

A partir del triunfo revolucionario se restablecieron las relaciones diplomáticas con la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas el 8 de mayo de 1960 y con la República Socialista de Checoslovaquia el 20 de mayo. Las relaciones con la República Socialista Federativa de Yugoslavia se habían establecido en 1959. En 1960, por orden cronológico, se establecieron con la República Popular de Polonia, República Democrática Popular de Corea, República Popular China, República Popular de Bulgaria, República Popular de Rumania, República Democrática Popular de Viet Nam, República Popular de Mongolia, República Popular de Hungría y República Popular de Albania.

El último de los países socialistas con el cual se establecieron relaciones diplomáticas, fue la República Democrática Alemana, en enero de 1963, debido a que la República Federal Alemana había anunciado que rompería todo tipo de nexo con los países que reconocieran a la RDA, en lo que se conocía como Doctrina Hallstein, y el Gobierno Revolucionario decidió postergar la oficialización de esas relaciones hasta esta fecha.

El 20 de octubre de 1960, en comparecencia televisada, el comandante Ernesto *Che* Guevara expresó: “Yo, como casi todos, creo que vendrán y también creo, como todo el mundo, que no podrán salir”. Desde luego que se refería a los planes de ataques militares contra Cuba. Un día después, con esta convicción y la preocupación



de no estar en suelo patrio cuando aconteciera la invasión, viajamos a los países socialistas, integrando una delegación presidida por el comandante Guevara.

El objetivo de la misión era lograr compromisos de compra, por parte de la Unión Soviética y de otros países socialistas, de 4 millones de toneladas de azúcar al precio de 4 centavos la libra, más alto que el existente en ese momento en el mercado mundial, y sustituir por artículos de aquellas procedencias el grueso de nuestras importaciones.

Para exponer con más claridad la situación por la que atravesábamos, me detendré brevemente en estos aspectos.

Ante las ya conocidas decisiones del gobierno norteamericano sobre las compras de azúcar cubano y la inminente acción de impedir los suministros procedentes de Estados Unidos, se hacía necesario cambiar en pocos meses el destino de nuestras exportaciones de azúcar y las fuentes de abastecimiento de los productos que Cuba recibía procedentes de ese mercado, en el cual se concentraban nuestras ventas y compras de mercancías.

Las medidas tomadas contra nuestro país hicieron considerar a la Agencia Central de Inteligencia y, por supuesto, a la Administración de Estados Unidos que éste constituiría el golpe de gracia a propinar a la Revolución cubana, pues estimaban imposible un cambio de mercados en tan corto período.

Para conocer el monto de nuestras necesidades de importación y las especificaciones técnicas de los productos, se había comunicado al compañero Rafael Moré, quien trabajaba en el Departamento de Industrialización del INRA, la orden del comandante Guevara de que se elaborara urgentemente la lista de necesidades de importación para un año; todo ello, con la debida discreción.

En definitiva, los compañeros que trabajaron para cumplir aquellas indicaciones lograron, más o menos, a través de los *Anuarios Estadísticos de Comercio*, la relación de productos que el país adquiriría en el exterior. Las especificaciones técnicas las obtuvieron de las facturas consulares que recibía la Aduana de la República.

Como medida de desinformación se planteó a los hacendados, industriales e importadores en general, que entregaran las listas de sus



necesidades de importación para un año. Por supuesto, ésta no podía ser la vía para obtener la información deseada, pues en el mejor de los casos demoraría más que el tiempo de que disponía el Gobierno Revolucionario para hacer fracasar los designios imperiales.

Adicionalmente, era de esperarse que en la mayoría de los casos, tal como sucedió, esas cifras se entregaron alteradas, casi siempre con el objetivo de que, aun si se lograban recibir estos productos de otros mercados, el país quedaría desabastecido en breve.

Al llegar a Moscú, después de una breve estancia en Praga, se había convocado a una reunión en la cual se contó prácticamente con la presencia de todos los ministros de Comercio Exterior de los países socialistas. Allí, el Che planteó la grave situación que afrontaba la Revolución cubana ante la agresión imperialista y como tema central la necesidad de colocar en aquellos mercados, 4 millones de toneladas de azúcar a 4 centavos la libra. También planteó la necesidad de adquirir en estos países los productos de importación necesarios a nuestra economía.

La información que se había logrado recopilar para este objetivo, se encontraba en varios baúles, donde era difícil hurgar. Además, la información que contenían era escasa, pues, como todos sabemos y ya se explicó, no existía el Ministerio de Comercio Exterior, creado con posterioridad.

Nuestra experiencia en la materia era poca, la mía personalmente como integrante de la delegación, les confieso era poco menos que ninguna.

Para alcanzar nuestros propósitos contábamos con sólidos argumentos políticos, la decisión del Comandante en Jefe y la del comandante Guevara de cumplir con las instrucciones recibidas.

Personalmente estimo que nos ayudó el que en esos momentos se celebraba en Moscú la reunión de 81 partidos comunistas, en la cual participaban casi todos los dirigentes de los partidos comunistas en el poder, con algunos de los cuales se entrevistó el comandante Guevara.

Al finalizar nuestra visita, la URSS se comprometió a comprar 2 700 000 toneladas, China compraría un millón de toneladas y el resto de los países, 300 000 toneladas, todo ello al precio fijado de 4 centavos la libra.



Desde Moscú pasamos a Pekín, hoy Beijing, donde se sostuvieron conversaciones muy positivas con Mao Tse-tung, Chou En-lai y otros altos dirigentes chinos.

Debido a limitaciones impuestas por el tiempo en Beijing, el comandante Guevara decidió que él visitaría Pyongyang, República Popular Democrática de Corea, y yo seguiría con parte de la delegación a Hanoi, Viet Nam y después a Ulan Bator, Mongolia. Con estos dos países firmamos el establecimiento de relaciones diplomáticas y los consiguientes convenios comerciales, de asistencia técnica y de pagos.

Posteriormente, volvimos a reunirnos todos en Moscú con el comandante Guevara, donde se concluyeron algunos aspectos pendientes.

De Moscú pasamos a Berlín, capital de la República Democrática Alemana, donde este gobierno se comprometió a adquirir 60 000 toneladas de azúcar, de las 300 000 que el resto de los países, excepto la URSS y China, se habían comprometido a comprar. Tanto la RDA, como Checoslovaquia, Polonia, Hungría y Rumania, producían azúcar de remolacha y en algunos casos eran exportadores del producto.

Finalmente, la lista de compradores también la integraron Corea con 20 000 toneladas, Viet Nam con 5 000 y Mongolia con una compra de 1 000 toneladas, como expresión simbólica del apoyo de todo el bloque socialista a nuestro gobierno.

El comandante Guevara debió regresar a La Habana, no sin antes hacer una corta visita a Hungría. En Berlín nos instruyó continuar con el resto de la delegación a Polonia, Hungría, Rumania, Bulgaria y Albania, con la encomienda de suscribir protocolos de comercio para 1961 y años posteriores.

No podemos dejar de mencionar que la mayoría de estos países nos concedieron créditos con pagos a largo plazo y bajos intereses, para la adquisición de plantas completas y equipos; de ellos, la URSS 100 millones de pesos, China 60 millones, Checoslovaquia 40 millones, Rumania 15 millones, Polonia 12 millones, Hungría 15 millones y la RDA 10, en este caso para utilizarse en 1963.

El 6 de enero de 1961, poco después de regresar a Cuba, el Che informaba a nuestro pueblo ante la televisión sobre el viaje realizado: “Cuba está frente a una agresión económica a fondo del imperialismo



norteamericano, y todavía es un país de monocultivo. Cuba tiene que contar para desarrollarse con el azúcar.

”O vende su azúcar, o sufre quebrantos muy grandes en el comercio exterior. Y además lo vende a un determinado precio, o lo que se produce es una efectiva descapitalización del país, pues el principal producto hay que venderlo muy por debajo de su precio de costo.

”En estos términos políticos —decía— fue planteada la cuestión de la petición cubana, hecha por el Gobierno y firmada por el Primer Ministro, Fidel Castro, y fue recibida con extraordinaria simpatía y comprensión por los países socialistas”.

Al referirse a las dificultades de orden práctico para la ejecución del intercambio comercial con los países socialistas, el Che señaló que Cuba, de ser un país de estructura colonial con un sistema de comercio dominado por grandes importadores, había pasado a ser, en sólo diez meses, un país donde el Estado ejerce el monopolio absoluto del comercio exterior.

Más adelante explicó parte de los problemas que enfrentamos para poder comerciar con estos nuevos mercados, algunos de los cuales tomaron años en resolverse. En este sentido, el Che señalaba: “Afrontamos allí nuevas dificultades, éstas radican en que los países socialistas se rigen en primer lugar por patrones métricos de sistema decimal y aquí nosotros seguíamos con la práctica colonial de pesar en libras, de medir en yardas o millas, de aplicar todos nuestros sistemas de medidas, de presiones de los distintos instrumentos, en fin que todo el instrumental industrial que se precisa era de un tipo diferente, incluso en la electricidad, en los países socialistas es de cincuenta ciclos por segundo, aquí es de sesenta, hay que adaptar todas las máquinas a ese ciclaje diferente.

”Es realmente un caso insólito en estos últimos tiempos, y en los anales del comercio exterior, que todo un bloque de países tenga que cambiar hasta su tipo de producción para ayudar a un país como el nuestro, tan pequeño territorialmente y en habitantes, tan desvalido frente al imperio norteamericano”.

En relación con los productos a comprar, el Che priorizó dos renglones: la compra de alimentos —en especial, carne en lata— y de



máquinas-herramienta. Esta decisión era el reflejo de la convicción que tenía de la inminente agresión yanqui.

A tal punto llegó su insistencia, que un día en que nos encontramos reunidos, bromeando, uno de los compañeros dijo: “Bueno, ahora nos resta hacer propaganda para que el día de los Reyes Magos, los padres regalen a sus hijos un torno o una fresadora”.

El objetivo resultaba claro, Cuba no recibiría una sola pieza de repuesto, y prácticamente toda la industria nacional y el transporte eran de procedencia norteamericana. Resolver el problema creado por la necesidad de piezas de repuesto se logró, en buena medida, gracias a la previsión del Che.

En un momento determinado en Moscú, entre nosotros se hizo una especie de degustación con latas de carne de todo tipo; en realidad, algunas eran incomibles. Al Che, al parecer, le gustaron todas.

Por nuestra parte se hacían sugerencias, para pedir en algunos casos que disminuyeran el contenido graso, otros que se limitaran las especias o que se incrementara la sal, el Che oía pacientemente y, al final, nos dijo: “Se compren todas en las condiciones que nos las vendan, van a ver qué bien les saben cuando las coman en una trinchera”. Si mal no recuerdo llegamos a inscribir 40 000 toneladas de carne en los protocolos suscritos.

Tiempo después, en varias oportunidades durante movilizaciones y ejercicios militares, recordamos con alegría aquellos momentos, pues la carne era en lata; en ocasiones, el único alimento disponible.

El gobierno norteamericano rompió relaciones diplomáticas con Cuba el 3 de enero de 1961.

El 23 de febrero se creó el Ministerio de Comercio Exterior (MINCEX) y se nombró como ministro al compañero Alberto Mora Becerra, quien también integró la delegación que presidió el Che. Poco después pasé a trabajar al MINCEX como viceministro de Importaciones.

Una de las primeras instrucciones que recibí era apurar los envíos de la que nuestro pueblo dio en llamar carne rusa. El ministro Mora me dijo: “Héctor, tan pronto podamos enviamos a Nitza Villapol para que sugiera a las fábricas la forma de adaptar el gusto de la carne a nuestros hábitos”. Así se hizo un tiempo después, aunque ya la carne rusa no nos sabía tan mal.



Al cumplirse el primer aniversario del sabotaje al vapor *La Coubre*, Fidel ratificó que compraríamos las armas que fueran necesarias para defender la Revolución.

Fusiles, cuatrobocas y metralletas de Checoslovaquia y tanques, cañones, morteros, ametralladoras y fusiles procedentes de la Unión Soviética, habían comenzado a llegar, nuestras fuerzas armadas se entrenaban con estas armas y las Milicias Nacionales Revolucionarias incrementaban su preparación combativa a nivel nacional.

El 31 de marzo, los países socialistas europeos, integrados en el acuerdo militar denominado Pacto de Varsovia, reclamaban el cese de las acciones contra Cuba.

El presidente John F. Kennedy, que heredó de la Administración Eisenhower los planes de agresión contra nuestro país al tomar posesión del cargo en enero de ese año, mantuvo la decisión de derrocar al Gobierno Revolucionario, empleando la fuerza mercenaria que finalmente ejecutó el desembarco en Playa Girón, lo cual constituyó la primera derrota del imperialismo en nuestro continente.

Las fuerzas revolucionarias lograron derrotar al enemigo, en lo fundamental con las armas recibidas de los países socialistas; especialmente, de la Unión Soviética.

El 21 de diciembre de 1962, el gobierno de Estados Unidos aceptó pagar la indemnización de 52 millones de dólares por la liberación de los mercenarios que participaron en el desastre político y militar que resultó para ese gobierno la invasión a Playa Girón. Este pago se recibió en lo esencial en alimentos para niños. Así se cerraba este bochornoso capítulo para el gobierno imperial.

El presidente Kennedy decretó el 3 de febrero de 1962 el embargo total del comercio con Cuba, oficializando el bloqueo por parte de Estados Unidos. Con posterioridad se unirían al bloqueo contra Cuba los países integrantes de la Organización de Estados Americanos (OEA), excepto México, los cuales, siguiendo el mandato del imperio, rompieron relaciones diplomáticas y comerciales con nuestro país.

En el informe presentado al Primer Congreso del Partido Comunista de Cuba, su primer secretario, el compañero Fidel Castro, expresó: “Sin la ayuda decidida, firme y generosa del pueblo soviéti-



co, nuestra Patria no habría podido sobrevivir al enfrentamiento con el imperialismo. Ellos nos compraron el azúcar cuando nuestro mercado fue brutalmente suprimido por Estados Unidos, ellos nos suministraron las materias primas y el combustible que no habríamos podido adquirir en ningún lugar del mundo, ellos nos hicieron llegar gratuitamente las armas con que hicimos frente a los mercenarios de Girón y equipamos nuestras Fuerzas Armadas Revolucionarias, para cobrar el más alto precio a cualquier agresión directa de Estados Unidos, ellos apoyaron extraordinariamente nuestra economía en estos años críticos de bloqueo económico. Miles y miles de especialistas militares y técnicos soviéticos ayudaron a nuestras fuerzas armadas o apoyaron con su asistencia prácticamente todas las ramas de nuestra economía”.

El 2 de julio de 1962 viajó a la URSS una delegación de las Fuerzas Armadas Revolucionarias presidida por su ministro, el comandante Raúl Castro Ruz. A partir de esta visita, estas relaciones tan importantes para nuestro país, entre las fuerzas armadas cubanas y soviéticas siempre se calificaron de fraternales.

El 10 de agosto de 1962 se creó el Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos y se designó para presidir este organismo al comandante Faustino Pérez Hernández, nombre que honra a nuestro Club Martiano.

Éste fue el primer paso dado para rescatar la voluntad hidráulica, la cual se materializó fundamentalmente con la ayuda financiera soviética y de la República Popular de Bulgaria.

Cientos de especialistas de ambos países, junto a técnicos cubanos, trabajaron en la proyección y construcción de presas, micropresas, acueductos y canales, a lo largo y ancho del país. Faustino se convirtió en el alma y guía de la gigantesca obra que, cumpliendo con el compromiso hecho por Fidel, se materializó en estos años.

En 1962 ocurre la llamada Crisis de Octubre. Por su importancia y relevancia universal, esta temática será objeto de un taller especial durante el presente año.

No obstante, debemos señalar que ella provocó, en cuanto a las relaciones Cuba-URSS, la primera gran confrontación pública.



Los acuerdos soviético-norteamericanos que pusieron fin a la Crisis de Octubre se discutieron y acordaron sin la participación de nuestro país.

El primer ministro de la URSS, Nikita Jruschov, aceptó de manera unilateral la propuesta del presidente de Estados Unidos, John F. Kennedy.

En misiva dirigida a este último, Jruschov planteó: “Estamos dispuestos a retirar de Cuba los medios que Ud. considera ofensivos. Estamos dispuestos a cumplirlo y declarar esa obligación ante la ONU”.

Todo ello a condición de que Estados Unidos garantizara que Cuba no sería objeto de ninguna agresión por parte de Estados Unidos ni por otros países del hemisferio occidental.

Al referirse a la crisis, nuestro Comandante en Jefe ha dicho: “Nuestras relaciones con los soviéticos se deterioraron. Durante años, eso influyó en nuestras relaciones”.

Cuba no aceptó la inspección de nuestro suelo y se ordenó abrir fuego contra todo avión de guerra que invadiera el espacio aéreo, y dio a conocer al mundo los cinco puntos del comunicado hecho público por el Comandante en Jefe como condiciones requeridas de garantía contra una agresión por parte del gobierno de Estados Unidos:

1. Cese del bloqueo económico.
2. Cese de todas las actividades subversivas.
3. Cese de los ataques piratas.
4. Cese de todas las violaciones de nuestro espacio aéreo y naval.
5. Devolución del territorio cubano ocupado por Estados Unidos en Guantánamo.

No obstante la tensa situación creada en las relaciones con la URSS, el compañero Fidel afirmó el 1° de noviembre de ese año: “Hemos tenido diferencias con la URSS, pero no hay brecha entre ella y Cuba. Tenemos confianza en la política de principios de la URSS; por encima de todo ¡somos marxista-leninistas!

”Estas diferencias serán discutidas en su oportunidad, a nivel de Partido y gobierno entre Cuba y la URSS.



”Tenemos proyectiles morales de largo alcance, que no serán desmantelados jamás”.

A finales de abril de 1963 ocurre la primera visita de Fidel a la URSS, la cual constituyó, sin lugar a dudas, una valiosa contribución al fortalecimiento de las relaciones entre los dos partidos y gobiernos.

El impetuoso desarrollo de los vínculos económicos y científico-técnicos entre Cuba y la URSS, hizo necesaria la creación, pocos meses después, de la Comisión Cubano-Soviética para la Colaboración Científico-Técnica.

En 1965 se creó la Comisión Nacional de Colaboración Económica y Científico-Técnica, la cual se encargaría de las relaciones internacionales de este tipo. Su trabajo fundamental lo constituirían los vínculos con los países socialistas. Desde su creación hasta su extinción en 1976, fue presidida por el compañero Carlos Rafael Rodríguez, cuya contribución personal, inteligencia y dedicación, determinaron la consolidación de este importante órgano.

La Comisión de Colaboración también atendió, desde su ingreso el 12 de julio de 1972, las actividades de Cuba en el Consejo de Ayuda Mutua Económica (CAME), el cual estaba constituido por los países socialistas europeos y la URSS, que entre sus principios establecía “la igualdad progresiva de los niveles económicos que asegura el progreso de los menos desarrollados de sus miembros”.

Al compañero Carlos Rafael Rodríguez se le nombró representante de Cuba en el CAME, creándose en nuestro país la Secretaría Permanente de Asuntos del CAME, la cual dirigía atendiendo y coordinando la amplia actividad que esta organización tenía en todas las esferas de la economía.

Nuestra vocación latinoamericanista e internacionalista la dejaba establecida Fidel con estas palabras: “Al ingresar en el CAME lo hicimos en nuestra triple condición de país socialista, país subdesarrollado y país inscrito en la historia, en las tradiciones y en las esperanzas revolucionarias de la América Latina. Afirmamos entonces, que nos proponíamos ser un vínculo entre las posibilidades abiertas por el Socialismo Europeo, en su proceso de integración como sistema coherente y firme, y los requerimientos de una América Latina que trataba de escapar de las condiciones que le imponían su



dependencia de la metrópoli imperialista y las insuficiencias del mercado capitalista mundial”.

El avance evidenciado por la colaboración económica internacional de Cuba y el desarrollo alcanzado en el proceso de institucionalización del país, condujeron a que en 1976 se creara el Comité Estatal de Colaboración Económica, el cual tuvo el honor de presidir.

Posteriormente y hasta estos días, al desaparecer los comités estatales se fundó el Ministerio para la Inversión Extranjera y la Colaboración Económica (MINVEC), el cual, según su nombre lo indica, atiende estas actividades.

Para una más clara exposición de lo importante y beneficioso que desde un inicio resultaron las relaciones de colaboración con los países socialistas —en especial, con la Unión Soviética—, señalaremos brevemente cómo Cuba había logrado un mercado garantizado a precios remunerativos para el azúcar, producto en el cual se concentraban en esencia nuestras exportaciones.

A partir de los acuerdos suscritos por el comandante Guevara a finales de 1960 de vender a estos países 4 millones de toneladas a 4 centavos la libra, el 21 de enero de 1964, en el acuerdo suscrito por Fidel Castro y Nikita Jruschov para el suministro a la URSS de azúcar para el período 1965-1970, se acordaron suministros ascendentes a 24 millones de toneladas a un precio de 6 centavos la libra.

Debido a que por nuestra parte se incumplieron las cantidades de azúcar a suministrar según establecían los protocolos anuales y la Unión Soviética mantuvo los suministros acordados, se provocó un desequilibrio de más de 3 000 millones de pesos, que pasaron a considerarse como créditos otorgados a nuestro país.

La situación antes descrita se mantuvo hasta finales de 1972, cuando se suscribieron nuevos acuerdos. En el caso del azúcar se estableció entonces un precio de 12,20 centavos la libra, que se elevó posteriormente a 19,48 centavos y en 1975, a 31,42 centavos, y en el caso del níquel se fijó un precio de 4,950 pesos por tonelada.

El incremento en el precio del azúcar vendido a la URSS se origina debido a que el producto alcanzó un precio promedio de 29,91 centavos la libra en el mercado mundial durante 1973.



En diciembre de 1974, durante la visita a La Habana del vicepresidente ministro de la URSS, Vladimir N. Novikov, en conversación sostenida con el Comandante en Jefe Fidel Castro se acordó un precio de 500 rublos la tonelada (31,42 centavos la libra). Este precio se incrementaría en la medida en que aumentarían los precios de los productos de exportación soviéticos. A partir de este momento se mantuvo el principio de lo que se denominó precios resbalantes para el azúcar.

En esa ocasión se acordó la postergación de los pagos de los créditos concedidos a Cuba que tuvieran vencimientos entre 1975 y 1985, para pagar en 25 años, sin intereses, a partir del 1° de enero de 1986.

En el quinquenio 1971-1975 aumentó el desequilibrio comercial a poco más de 4 500 millones, a causa del bajo cumplimiento de nuestras exportaciones.

Para el intercambio comercial correspondiente a los años de 1976 a 1980 se firmó un beneficioso acuerdo de precios, en el cual se estipuló que, para los productos de importación, Cuba pagaría el precio promedio del mercado mundial de los cinco años precedentes al año de los suministros.

El precio del azúcar se incrementó desde 30,49 centavos la libra en 1976 hasta 47,93 centavos la libra en 1980.

En este período, la URSS realizó compras a Cuba de 3 millones de toneladas de azúcar, pagaderas en moneda convertible.

En el quinquenio 1976-1980, el intercambio total ascendió a 22 000 millones de pesos y para el de 1985-1990 se duplicó, llegando a 45 000 millones.

Ya para 1980, las relaciones con los otros países socialistas europeos se habían ido desarrollando; el comercio con estos países alcanzó los 1 000 millones de pesos, destacándose en este aspecto la RDA con 283 millones, Bulgaria con 256 millones y Checoslovaquia con 175 millones.

El comercio con los países socialistas asiáticos: China, Corea, Viet Nam y Mongolia, alcanzaba para esta fecha 240 millones, teniendo China la mayor parte de éste.

Para el quinquenio 1981-1985 se mantuvo el sistema de precios resbalantes para el azúcar con un alto precio base, incrementándose



éste en la medida en que aumentara el precio de los productos de exportación soviéticos.

También se elevaron los precios del níquel y los cítricos exportados por Cuba y recibimos un crédito financiero por poco más de 4 500 millones de pesos.

En este quinquenio, del combustible ahorrado por Cuba del contratado con la URSS, se vendieron en moneda convertible 10,2 millones de toneladas. Estas ventas se ejecutaban por las empresas soviéticas, recibiendo nuestro país el importe de éstas en moneda libremente convertible.

Para el quinquenio 1986-1990 tuvieron lugar largas discusiones sobre los precios, pues al tomarse un precio base alto en el quinquenio anterior, el azúcar crudo que Cuba vendió en 1985 alcanzó 51,16 centavos la libra, precio próximo al precio minorista interno que regía en la URSS para el azúcar refino, que era de 0,92 rublos por kilogramo, lo que la parte soviética planteó como inaceptable.

Finalmente, para 1986 se acordó un precio de 54,54 centavos la libra para el azúcar, y para la importación de productos soviéticos se acordaron los mismos precios en que se habían ejecutado las importaciones cubanas en 1985.

Durante estos cinco años, Cuba se comprometió a suministrar 21 millones de toneladas de azúcar crudo. Debido a la tasa de cambio del rublo convertible y a los acuerdos tomados sobre formación de precios, en 1990, el azúcar llegó a alcanzar 62,51 centavos por libra.

En este quinquenio se mantuvo la práctica de reexportación del combustible, llegándose a 8,7 millones de toneladas, por lo cual Cuba recibió 747 millones de dólares.

Debemos señalar que, desde los primeros años, la URSS efectuaba compras en terceros países de productos que nos vendía. Por ejemplo, compraba cereales en Canadá; chícharos, fertilizantes y sosa cáustica en diferentes países y, con posterioridad, combustible en Venezuela. Buscando un ahorro en la transportación, la URSS entregaba petróleo a refinerías venezolanas en la República Federal Alemana y cargaba petróleo crudo y otros combustibles en los puertos venezolanos para nuestro país.



A causa del poco calado de los puertos cubanos tenían que emplear petroleros de pequeño y mediano tamaño, por lo cual cada tres días salían barcos de puertos soviéticos cargados con petróleo para entregar en nuestros puertos.

Para resolver este problema, ambas partes llegaron al acuerdo de construir en la bahía de Matanzas, que cuenta con un mayor calado, instalaciones que permitieran el arribo de grandes tanqueros. Estas instalaciones se construyeron en su mayor parte por empresas francesas, a las cuales les pagaba la Unión Soviética.

Desde 1960 a 1988, el intercambio comercial se elevó 50 veces, sobrepasando los 9 000 millones de pesos anuales, lo que nos llevó a ocupar el sexto lugar en el comercio exterior de la URSS.

Los contratos de compra por parte de Cuba se realizaban en condiciones CIF; es decir, se incluía en el precio el costo, el seguro y el flete, y en otros casos el costo y el flete, por lo cual la transportación era responsabilidad de la parte soviética.

Para 1988, la flota soviética o buques fletados por la URSS transportaban hacia Cuba cargas secas y líquidas que alcanzaron 24 millones de toneladas anuales.

Puede valorarse de significado estratégico las 215 millones de toneladas de combustible recibidas por Cuba hasta esa fecha, junto a 22 millones de toneladas de cereales, 20 millones de toneladas de fertilizantes, 151 000 tractores, 115 000 camiones, 1,2 millones de refrigeradores y 2 millones de televisores, entre otras mercaderías.

Más de 400 instalaciones industriales y de servicios se pusieron en marcha con la colaboración de la URSS y de otros países socialistas.

Por sólo mencionar algunas de las concluidas con la URSS, podemos indicar en el sector de la electroenergética: Termoeléctrica de La Habana, Termoeléctrica Antonio Maceo en Santiago de Cuba con 500 MW, Termoeléctrica Máximo Gómez en el Mariel con 600 MW, 2 500 kilómetros de líneas de transmisión eléctrica y 14 subestaciones, así como cuatro centros de despacho del sistema energético.

En otros sectores: la planta metalúrgica José Martí (Antillana de Acero) con 350 000 toneladas, planta de níquel de Punta Gorda, rehabilitación de las plantas de Moa y de Nicaro, planta mecánica de Santa



Clara (INPUD), de combinadas cañeras de Holguín, de estructuras metálicas de Las Tunas, el puerto pesquero de La Habana, reconstrucción y modernización de 106 centrales azucareros, construcción de ocho nuevos centrales azucareros, y combinados mecánicos y grandes talleres para casi todas las ramas industriales en el país.

También otras plantas y equipos para comunicaciones, transporte, industria química y ligera, educación, salud pública y prospección geológica.

Los reiterados créditos comerciales y financieros recibidos nos permitieron dar continuidad al flujo de recursos materiales que adquirimos; en especial, de la URSS.

Teniendo como ámbito los convenios científico-técnicos suscritos con los países socialistas, se abrió una nueva perspectiva con el envío de miles de estudiantes, científicos, ingenieros, obreros calificados y técnicos, que se formaron o elevaron su formación en estos países.

Al mismo tiempo, miles de especialistas del campo socialista nos prestaron su ayuda solidaria. En 1988, 3 000 especialistas soviéticos y cerca de 1 000 de otros países socialistas laboraban en Cuba.

Para finales de los años 80, el comercio entre los dos países se resintió fuertemente, debido a los efectos de la Perestroika y el desorden causado en la economía soviética por la búsqueda de una economía de mercado, copiando patrones prevalecientes en los países europeos occidentales y en Estados Unidos.

Lo anterior trajo por consecuencia significativos incumplimientos en los suministros que Cuba recibía de la URSS.

Debido a nuestras propias dificultades, en mayor medida, al atraso y, en algunos casos, al no cumplimiento de los suministros soviéticos, la producción de azúcar en Cuba no alcanzaba para cumplir los compromisos contraídos con la URSS. Por ello se acordó la compra de azúcar en el mercado mundial para suplir los montos del producto no entregados; la garantía financiera la dieron empresas y bancos soviéticos.

Para dar una idea de las dificultades que Cuba comenzó a enfrentar, podemos señalar que, en 1990, la URSS incumplió su compromiso de entregas de petróleo y derivados en 3,3 millones de toneladas, y no nos entregó nada de los cereales previstos para el cuarto trimestre.



Situación parecida confrontamos con las entregas de madera, fertilizantes, aceros y otros rubros. Con el resto de los países socialistas europeos, la situación no resultó mejor.

La transportación de mercancías se afectó seriamente ante la alegada falta de recursos de las empresas soviéticas para fletar buques.

En enero de 1990 se celebró en Sofía, Bulgaria, una sesión del CAME en la cual se acordó que para el siguiente año los pagos entre los países-miembro se harían en moneda libremente convertible y a precios de mercado.

Meses antes, el presidente soviético, Mijail Gorbachov, decretó que las relaciones comerciales de la URSS, a partir de enero de 1991, serían en moneda convertible y a precios del mercado mundial.

El 22 de agosto de 1990, en misiva dirigida a Gorbachov, el Comandante Fidel Castro le exponía las consecuencias que para la economía cubana tendrían las medidas adoptadas por el gobierno soviético y le señalaba claramente los criterios de la parte cubana sobre cómo debían ser las bases de nuestro comercio.

Pocos días después, el periódico oficial del Partido Comunista de Cuba informaba a la población sobre las dificultades a las que nos enfrentábamos y a las que tendríamos que hacer frente en el futuro inmediato.

Desde antes, nuestro gobierno trabajaba con distintas variantes para enfrentar una situación de este tipo, la peor de todas era la opción cero; es decir, el hecho eventual de que no recibiéramos ningún combustible.

Poco tiempo después sucedería el hecho impensable para muchos, pero previsto por nuestro Comandante en Jefe en su discurso del 26 de julio de 1989 en Camagüey, de la desaparición de la Unión Soviética, la fragmentación de este país y la conversión de los países socialistas europeos en peones del imperio.

El período especial se haría presente, y a esta dura situación debía enfrentarse nuestro pueblo.

Las relaciones políticas con los países socialistas se desarrollaron en general en un ambiente fraternal, de comprensión y solidaridad hacia la Revolución, aunque, como es sabido, no estuvieron exentas de algunos escollos y dificultades.



Desde un inicio, las contradicciones existentes entre el Partido chino y el soviético estuvieron presentes. Para muchos cubanos resultaba inusual oír en 1960 las críticas que dirigentes soviéticos hacían al Partido yugoslavo, por revisionista, y al Partido albanés por stalinista.

Los dirigentes chinos no se limitaban en sus críticas al Partido Comunista de la Unión Soviética. Sin dudas existía un gran cisma entre soviéticos y chinos. Aunque en un principio no lo hacían públicamente, los chinos se quejaban de limitaciones que el gobierno soviético les ponía para impedir su acceso a la tecnología nuclear.

En el plano bilateral, a pesar de los reiterados llamados de nuestro Comandante en Jefe y de nuestro Partido a la unidad, esas fisuras se hicieron presentes con más o menos profundidad en algunos momentos con el Partido y gobierno soviéticos, como en los días de la Crisis de Octubre ya mencionados, o después que el comandante Ernesto Guevara, el 24 de febrero de 1965, participando en el Segundo Seminario Económico de Solidaridad Afroasiática señaló: “Los países socialistas tienen el deber moral de liquidar su complicidad tácita con los países explotadores de occidente”. Y añadía: “Cómo puede significar beneficio mutuo vender a precios de mercado mundial las materias primas que tanto sudor y sufrimientos sin límites cuestan a los países atrasados y comprar a precios del mercado mundial las maquinarias producidas en las grandes fábricas automatizadas del presente”.

El público apoyo que el gobierno y Partido cubanos, daba a los movimientos de liberación en África y, especialmente, en Latinoamérica, también fue en ocasiones motivo de no tan calladas discrepancias.

El 2 de enero de 1966 se hizo necesario dar a conocer a nuestro pueblo la rebaja en el suministro de arroz proveniente de la República Popular China de 250 000 a 135 000 toneladas, lo cual en aquel momento tuvo repercusión en las relaciones bilaterales.

Cuba siempre trató de mantener una posición unitaria. Así, nuestro Comandante en Jefe dejaba establecida nuestra posición en distintas oportunidades, al referirse a la división en el campo socialista, cuando decía: “Ese enemigo se aprovecha de las divisiones de los revolucionarios, se aprovecha de las divisiones lamentables, que existen en el campo socialista. Desgraciadamente ellos calculan, analizan



todo lo que pueda debilitar el frente revolucionario”. Y más adelante plantearía: “No es cuestión de analizar aquí, en el campo de la teoría, en el campo de la filosofía, las cuestiones en litigio, sino tener en cuenta la gran verdad, que frente a un enemigo que ataca, frente a un enemigo cada vez más agresivo, la división no tiene ningún sentido, la división no tiene ninguna razón de ser. La división frente al enemigo no fue nunca estrategia correcta, no fue nunca estrategia revolucionaria, no fue nunca estrategia inteligente”.

Al suceder la desintegración del sistema socialista europeo en 1989, Estados Unidos aprovechó el momento para recrudecer el bloqueo contra Cuba, así nació la Ley Torricelli y después la no menos despiadada Helms-Burton.

No sólo se había quebrado la estrategia de desarrollo de nuestro país, sino que se puso en peligro la existencia misma de la Revolución.

Cuba, país de economía abierta muy dependiente de su comercio exterior, sufrió la abrupta disminución de sus importaciones, que en ese momento provenían en más de un 80 % de los países socialistas. Los países integrantes del CAME suministraban a Cuba el 86 % de las materias primas, el 98 % de los combustibles y el 80 % de las maquinarias y equipos.

Mientras de la URSS, en 1988, las importaciones cubanas sobrepasaron los 9 000 millones de pesos y de otros países socialistas los 1 000 millones de pesos, un año después las importaciones de estas procedencias alcanzaban poco más de 2 000 millones de pesos, contrayéndose el PIB en un corto lapso en más del 35 %.

Nunca antes, nación alguna que no se viera involucrada en una confrontación bélica directa, experimentó tamaño desajuste en su economía. Nuestro pueblo, guiado por su Comandante en Jefe, supo afrontar aquella difícil situación sin ceder un ápice de su dignidad y soberanía.

La historia reciente ustedes la conocen.

En una ocasión, Fidel, al referirse a la ayuda recibida de la Unión Soviética, dijo: “Nosotros lo que hemos recibido de ayuda se lo pagaremos a otros pueblos, la deuda de gratitud que tenemos con la humanidad nosotros la saldaremos también algún día en la medida de nuestras posibilidades y nuestras fuerzas ayudando a otros. Y así, los que hoy



nos han ayudado, han ayudado también a otros pueblos. Es como el que siembra una semilla, que fructifica, que nos ayuda hoy a nosotros y ayudará mañana a otros, y otros ayudarán a otros, hasta que el último pueblo de la tierra se haya liberado de la explotación del hombre por el hombre y hasta que en el último pueblo de la tierra se haya establecido el socialismo y hayan triunfado las ideas marxistas-leninista”.

Hasta aquí una síntesis de la historia de nuestras relaciones con los países socialistas, la que hemos ajustado al tiempo de que disponíamos.

La apreciación y el balance de lo que significaron para nuestro país, se han hecho por el Comandante en Jefe.

Agradezco a los compañeros Germán Amado Blanco, Leovigildo Fernández Chaviano y a María Elena Dorta Duque, directora del Centro de Documentación del Instituto Superior de Relaciones Internacionales Raúl Roa García, su colaboración en este trabajo.

Muchas gracias.

La Habana, 16 de marzo del 2007.



La contrarrevolución en los primeros años de la Revolución cubana

Fabián Escalante Font

El diferendo entre Estados Unidos y Cuba tiene raíces históricas. Las ambiciones imperialistas por apoderarse de la mayor de las Antillas los llevó, primero, a intervenir militarmente para frustrar la inminente victoria de las armas cubanas en la guerra contra el colonialismo español y, después, a imponernos una república mediatizada por sus cónsules y cañoneras durante más de medio siglo. La proximidad de ambos territorios, la suposición de que nuestros puertos pudieran utilizarse por potencias europeas que amenazaran su costa atlántica y, más tarde, la importancia estratégica del canal de Panamá, incitaban a Norteamérica a asegurar la posesión de la Isla. En 1898, Estados Unidos intervino militarmente en la guerra cubano-española bajo el pretexto de la voladura de uno de sus barcos de guerra, anclado en el puerto habanero. A partir de entonces se impuso una “independencia” condicionada por una enmienda constitucional, que daba el derecho al gobierno norteamericano a intervenir en nuestro país, cuantas veces así lo considerase, iniciando un período de gobiernos nacionales manipulados y libertades restringidas. Durante los 50 años siguientes, el capital norteamericano se asentó en el país, controlando su comercio, industria, servicios públicos y cuanto de provechoso existiera, con la oposición permanente del movimiento patriótico y revolucionario que de manera activa enfrentaba a la política neocolonial de la metrópoli y sus peones nativos. Para finales de ese período, las inversiones norteamericanas en la Isla alcanzaban la importante cifra de 1 000 millones



de dólares, cuando en el resto de América Latina, no sobrepasaba los 8 000 millones. Además, y como si no fuera suficiente, en aquellos años se estableció firmemente en el país, el “sindicato del juego organizado” —es decir, la mafia—, que con un amplio proyecto “turístico” pretendía, y en importante medida alcanzó, hacer de La Habana, un garito y antro de corrupción, prostitución y drogas. En 1958, el casino de juego del hotel Havana Riviera, produjo ganancias por un millón de dólares. Antes, en 1954, en la localidad de Apalachin, muy cerca de la ciudad de Nueva York, se habían reunido las principales familias mafiosas de Estados Unidos, con la finalidad de repartirse las “esferas de influencias en La Habana”. Existen muchos elementos de juicio que señalan a los mafiosos como los instigadores del golpe de Estado de Fulgencio Batista, el “hombre” que debía garantizar la estabilidad necesaria para que sus negocios prosperaran.

La Agencia de Inteligencia de Estados Unidos no era ajena a estos proyectos, que por órdenes ejecutivas, debían garantizar y asegurar por todos los medios. Una estación, al mando del experimentado William Caldwell, un veterano especialista en Sudamérica, con cinco decenas de oficiales operativos y numerosos agentes radicados en puestos claves de la administración local y otros empleos civiles, actuaban para respaldar y apuntalar el gobierno de Batista. Además, la misión militar norteamericana, encargada del entrenamiento y abastecimiento del ejército; la Agencia de Informaciones responsabilizada con las campañas de guerra psicológicas; el Buro Federal de Investigaciones a cargo del asesoramiento de la policía nacional; en fin, todo el aparato gubernamental de Estados Unidos estaba comprometido en el empeño. Howard Hunt, un conocido jefe de la CIA de entonces, en un libro, *Give us a Day*, en el cual intentaba justificar las derrotas sufridas, refiriendo la época, expresaba: “Veinte de nosotros estábamos sentados alrededor de la espaciosa oficina del honorable Arthur Gardner, embajador de Estados Unidos en Cuba. A través de las altas ventanas podíamos mirar hacia el mar y ver los yates y botes de pesca mecerse en el Caribe. Debajo, en el malecón habanero, autos del último modelo pasaban rápidamente entre los turistas que paseaban con sus coloridas ropas de vacaciones. El aire era frío en aquella mañana



de diciembre de 1956; pero el sol era brillante y muchos de nosotros deseábamos pasar la tarde nadando en las playas de Marianao”. Y continúa exponiendo: “A excepción del embajador Gardner, todos éramos oficiales CIA y salvo algunos funcionarios del cuartel general, jefes de estaciones en América Latina y el Caribe. Durante tres días habíamos estado participando en una reunión regional, cuyo lugar de celebración anual era escogido sobre la base de la accesibilidad de los participantes, así como la ausencia de embajadas comunistas. Nuestra reunión anual llegaba a su fin y asistíamos a una invitación de cortesía del embajador”.

Después, relata: “Nuestro jefe de división, el coronel J. C. King daba al diplomático los puntos de vista de la CIA, cuando un ayudante de la embajada entró y le susurró algo a éste. Al retirarse, el mismo Gardner nos dijo que el presidente Batista le había informado que un bote cargado de revolucionarios había sido hundido en la provincia de Oriente y que los sobrevivientes eran perseguidos por el ejército y la fuerza aérea. El líder de la banda era el antiguo agitador Fidel Castro, quien estaba entre de los muertos. Virándose hacia King, Gardner dijo: ‘ese nombre me es familiar... ¿no estuvo Castro involucrado en las revueltas de Bogotá?’ ‘Profundamente involucrado’, asintió King. ‘El famoso Bogotazo’(...) Al día siguiente cuando regresábamos separadamente a nuestras respectivas estaciones (...) leí un breve recuento en un periódico habanero (...) de los 83 hombres sólo dieciséis sobrevivieron, pero fueron capaces de derrocar a Batista...”.

Previo a esas fechas, en los inicios del año, agentes de la CIA vigilaban estrechamente a Fidel y sus compañeros que se preparaban en México para desembarcar en Cuba y desarrollar “la guerra necesaria”. Por otra parte, oficiales de la embajada de Estados Unidos en La Habana, sostenían contactos periódicos con representantes de la oposición tradicional y también con alguno de los movimientos políticos revolucionarios que por entonces se gestaron, con los fines de estar informados de sus planes y también de la solidez del gobierno de Batista, quien fue alertado más de una vez, por ellos, acerca de los propósitos de los opositores. Informaciones de la época señalan que después del ataque al Palacio Presidencial, el 13 de marzo de 1957, representantes de la CIA acreditados en la embajada, se entrevistaron



con Eloy Gutiérrez Menoyo,¹ a quien persuadieron a que abriera un “frente guerrillero” en las montañas del Escambray, en la región montañosa central del país, tratando de robar, así, el proyecto del Directorio Revolucionario, que en la Florida preparaba para ello. Una fuerza guerrillera “leal” en aquella privilegiada posición podría no sólo nutrir a un eventual gobierno sin Batista, sino también devenir valladar para cualquier intento del Fidel Castro para avanzar hacia el centro y occidente del país. El comandante Ernesto *Che* Guevara relata en una de sus crónicas de la guerra, que a su llegada al Escambray, en 1958, se encontró a la entrada del campamento de Menoyo un cartel que decía: “Prohibida la entrada a los comunistas”. Allí, formando parte de los cuadros de mando de aquella tropa estaban los norteamericanos William Morgan y John Maples Spiritto, sindicados ambos como agentes de la CIA, con la misión de coordinar el proyecto político referido.

Por otra parte, radicado en la ciudad de La Habana y bajo el manto de una empresa de relaciones públicas, actuaba el experto en guerra psicológica, David Attle Phillips, responsabilizado con la atención a los medios masivos y las operaciones de propaganda. Tan destacada fue la actividad desplegada por su oficina, que en diciembre de 1958 fue consultado sobre la situación existente por Liman Kirpatrick, inspector general de la CIA, por entonces enviado especial de su gobierno, para valorar *in situ*, el ambiente político y social en el país y la vitalidad del régimen ante las ofensivas del Ejército Rebelde, encabezado por Fidel Castro.

El 1° de enero de 1959 triunfó en Cuba una genuina revolución popular, nacionalista y antimperialista. A partir de entonces, Estados Unidos empezaría una verdadera guerra contra el proyecto social que se pretendía desarrollar en la Isla antillana. Norteamérica no podía admitir que en sus propias fronteras se expropiara la tierra, en beneficio de los campesinos pobres; se eliminara la discriminación racial y de sexo; se enseñara a leer a los analfabetos; se extirparan los vicios y la corrupción, se comenzara a construir una sociedad nueva cuyo objetivo central era el bienestar y la cultura del pueblo. Por tanto, no resultaba extraño que desde los primeros días posteriores al triunfo

1 Eloy Gutiérrez Menoyo, jefe de la organización II Frente Nacional del Escambray.



revolucionario, Estados Unidos mirara con recelos y suspicacias el proyecto político y social emprendido. Quizá, por esas razones, el 13 de enero de 1959, en un análisis de la CIA, se advertía: “Castro ha contactado con grupos de vanguardia comunista durante sus días universitarios y han existido informes continuos de posible filiación comunista de parte de algunos de los máximos dirigentes. Sin embargo, no existe en la actualidad una seguridad de que Castro sea comunista (...) Castro parece ser un nacionalista y algo socialista y aunque también ha criticado y alegado el apoyo de Estados Unidos a Batista, no se puede decir que personalmente es hostil a Estados Unidos...”.

Mucho más explícito al describir las relaciones entre ambos países fue Roy Rubottom, asistente del subsecretario de Estado, cuando en los inicios de 1960 en un análisis al respecto expresara: “el período de enero a marzo puede ser caracterizado como la luna de miel con el gobierno de Castro. En abril se hizo evidente un giro descendente en las relaciones (...) En junio habíamos tomado la decisión de que no era posible alcanzar nuestros objetivos con Castro en el poder y acordamos (...) En julio y agosto un programa para reemplazar a Castro. No obstante, algunas compañías en Estados Unidos nos informaron durante ese tiempo que estaban alcanzando algunos progresos en las negociaciones, un factor que nos causó atraso en la implementación de nuestro programa. Las esperanzas expresadas por estas compañías no se materializaron. Octubre fue un período de clarificación. El 31 de octubre, de acuerdo con la CIA, el Departamento sugirió al Presidente la aprobación de un programa en correspondencia con lo referido por Mr. Marchant. El programa aprobado nos autorizó a apoyar a los elementos que en Cuba se oponían al gobierno de Castro, mientras se hacía que la caída de Castro fuera vista como resultado de sus propios errores...”.

Casi desde los primeros momentos posteriores al triunfo revolucionario, se inició un activo movimiento contrarrevolucionario, integrado en sus primeras fases por los ex miembros del ejército y los órganos políticos y represivos de la dictadura, a los que pronto se sumaron otros desplazados del poder e integrantes de los mecanismos de corrupción existentes en el país. Una de las primeras medidas revo-



lucionarias fue contra el juego, la prostitución y otras lacras que laceraban la sociedad cubana. Los casinos de juego, numerosos por cierto, se cerraron primero y clausuraron definitivamente después, lo que concitó el odio y rechazo de esa mafia.

En febrero de 1959 viajaba a Miami el comandante del Ejército Rebelde William Morgan, con la anuencia de su jefe, Eloy Gutiérrez Menoyo, para entrevistarse con el jefe de la inteligencia dominicana, coronel Johnny Abbes y escuchar propuestas para organizar un complot contra la Revolución. Durante varios meses, apoyado en Cuba por una organización que se autodenominó La Rosa Blanca, integrada fundamentalmente por batistianos y terratenientes, se inició una vasta conspiración que, conjuntamente con un ejército mercenario que organizaba el dictador dominicano, Rafael Leonidas Trujillo, se proponía derrocar al Gobierno Revolucionario. Un oficial de la CIA, Frank Bender o Gerry Droller, era el encargado de la coordinación del proyecto subversivo, que estaba apoyado también desde la embajada de Estados Unidos en La Habana, con importantes contactos dentro del gobierno cubano, presidido entonces por el magistrado Manuel Urrutia.

La idea central consistía en desembarcar a los mercenarios por la ciudad de Trinidad, situada al centro-sur del país y en las estribaciones del Escambray, al mismo tiempo que se propiciaba un levantamiento de los grupos contrarrevolucionarios en el territorio nacional. Sin embargo, el plan fracasó y el 13 de agosto, dirigido personalmente por Fidel, fue capturado un avión que procedente de Dominicana pretendía desembarcar en Trinidad al estado mayor contrarrevolucionario, frustrándose también la acción de los grupos internos, que ya estaban en poder de los nacientes servicios de Seguridad.

En mayo, el Gobierno Revolucionario promulgó la Ley de Reforma Agraria y en las semanas siguientes se depuró aquel primer gobierno, fortaleciéndose así el proceso político iniciado. No obstante, la embajada y la CIA, a través de sus contactos locales, activaron otros planes subversivos. En octubre, Húber Matos, jefe de la plaza militar de la provincia de Camagüey, en unión de otros complotados, entre ellos Humberto Sorí Marín, ex ministro de Agricultura, y Manuel Artime Buesa, dirigente del movimiento laico católico, intentaron realizar un



golpe militar, inmediatamente abortado por las autoridades revolucionarias. En ese operativo, la CIA utilizó a Pedro Luis Díaz Lanz, quien fuera el primer jefe de la Fuerza Aérea Rebelde, por entonces exilado en Miami, para bombardear La Habana y apoyar el complot en marcha.

La posición hostil de Estados Unidos hacia el gobierno cubano, sus actividades y declaraciones, hizo de los últimos meses de 1959, un período decisivo para la formación y estructuración del movimiento contrarrevolucionario en Cuba. Muchas de las organizaciones políticas, sociales y religiosas laicas de la burguesía cubana devinieron, en mágico acto de metamorfosis, organizaciones clandestinas. De manera tal, el Partido Demócrata Cristiano se convirtió en el Movimiento Demócrata Cristiano; la Juventud Obrera Católica, en el Movimiento Revolucionario del Pueblo; la Juventud Universitaria Católica, en el Movimiento de Recuperación Revolucionaria, etc., etc. Estaban organizadas, como sus antecesores, nacionalmente y por frentes, sumando algunos miles de activistas, que aun participaban en eventos públicos. Un rasgo común a todas era su representación en Miami, que ya devenía capital contrarrevolucionaria. También la cantidad y variedad de recursos a su disposición, en tanto los grandes capitales que emigraban, lo dejaban a su cargo.

Mientras, la Revolución continuaba su proceso de profundización, en beneficio de las amplias masas populares. Las empresas eléctrica y de teléfonos fueron intervenidas y rebajadas las tarifas de esos servicios; los alquileres de viviendas bajaron en un 50 %. Se creó el Instituto Nacional de Ahorro y Viviendas, a través del cual comenzó un vasto programa de construcción de viviendas en todo el país. El presupuesto para la atención del Palacio Presidencial, que hasta entonces era casi de 5 millones, se redujo a 1 200 000 pesos anuales. El Consejo de Ministros aprobó créditos para la construcción inmediata de 5 000 aulas y 200 escuelas; el precio de los libros de textos para la enseñanza en general se rebajó entre un 25 % y un 30 % y se fundó la Ciudad Universitaria en la antigua provincia de Oriente. Los precios de las medicinas se redujeron entre un 15 % y un 20 %. Se creó el Departamento de Repoblación Forestal con “la finalidad de conservar, proteger y fomentar la riqueza forestal de la nación”; se organizó el plan



de rehabilitación de menores y se lanzaron varias campañas contra el vicio y la corrupción. Finalmente se dictó la Ley de Reforma Agraria. Más de 100 000 títulos de propiedad de la tierra se entregaron a los campesinos, mientras el gobierno se comprometía a indemnizar con bonos a sus antiguos propietarios en un plazo de 20 años, con un interés del 4,5 %. La mendicidad, la prostitución, el juego y las drogas, detuvieron bruscamente su espiral ascendente y empezaron a decrecer. Aun para los más superficiales observadores se hizo evidente que en poco tiempo serían erradicados.

A finales de 1959, la revista *Bohemia*, la de mayor circulación en el país, informó que la popularidad de Fidel Castro abarcaba al 90,2 % de la población cubana. El prestigio y la autoridad de la Revolución era tal, que el pueblo se agrupó en torno a ella, desarrollando una capacidad de resistencia que ha caracterizado desde entonces al fenómeno político cubano.

En diciembre de 1959, el coronel J. C. King, jefe de la División del Hemisferio Occidental de la CIA, recomendó a sus jefes, el asesinato de Fidel Castro, como el medio más expedito para derrocar el gobierno cubano. Meses más tarde, en marzo de 1960, el presidente Eisenhower daba su conformidad a un proyecto subversivo presentado por la CIA, que con los criptónimos “pluto”, “zapata” o “*bumpy road*”,² ponía en marcha un amplio y complejo proyecto subversivo que se proponía derrocar al gobierno cubano. Cuatro eran sus objetivos principales. Organizar una oposición política “responsable” que desde el exterior, uniera a la emigración y fuera la “cabeza” de una agresión; desencadenar una campaña de guerra psicológica para desestabilizar al pueblo cubano, en función del proyecto subversivo; formar cuadros paramilitares en bases extranjeras, que fueran los responsables de organizar la resistencia interna, y, finalmente, estructurar dentro del país una poderosa organización clandestina encargada de derrocar al régimen.

Una poderosa estación de radio se estableció en la isla hondureña de Swan, la cual comenzó a transmitir de manera ininterrumpida

2 *Bumpy road*, o camino de las dificultades.



hacia la Isla, con las programaciones más variadas y los fines de desprestigiar a la Revolución y a sus líderes, sembrando la duda y el terror, con numerosas mentiras y calumnias. Mientras, en la Florida y Guatemala se abrieron campamentos de entrenamientos, donde empezaron a prepararse los futuros cuadros de mando de la “resistencia interna”, bajo la jefatura del ex oficial del ejército batistiano José San Román. La estructuración del “frente político” resultó mucho más compleja y delicada. Eran muchos los políticos exiliados en Miami que aspiraban a gozar del favor imperial y recibir una jugosa tajada, por servicios prestados, en una Cuba posrevolucionaria. A tal punto llegaron las disputas y contradicciones en las luchas intestinas por el poder, que casi enloquecen al oficial CIA que coordinaba el proyecto. Finalmente nació el Frente Revolucionario Democrático (FRD), a cuya cabeza colocaron a un veterano testaferro, Manuel Antonio Varona, un ex primer ministro de la república mediatizada y como ayudante de campo, a Manuel Artime, “el chico de oro” de la CIA. Mientras, en una supersecreta base en Panamá entrenaban a los “*team Gray*”, grupos de misiones especiales, que debían organizar el sabotaje y los actos terroristas con los cuales planeaban desmoralizar a la población cubana.

Mas, pocos meses después, el proyecto comenzó a fracasar. Tenía un defecto estructural que consistía en no contar con bases y apoyos dentro de Cuba. De ahí que en noviembre de 1960, al percatarse la CIA de ello, se decidiera por la opción militar, creando, con los cuadros de mando ya preparados en Guatemala, una brigada de desembarco y asalto, con el fin de utilizarla en una invasión a Cuba. Según el proyecto, se complementaría con el desembarco de fuerzas propias, ubicadas convenientemente en buques de guerra, dislocados muy cerca del teatro de operaciones. De nuevo, la región de Trinidad fue la escogida, lo cual tuvo que cambiarse por las playas de la península de Zapata, debido a presiones del presidente Kennedy, quien se percató, a tiempo, de lo difícil de justificar una operación de esa envergadura, por lugares tan poblados.

Mientras tanto, la CIA organizaba o trataba de hacerlo el frente interno, integrado por decenas de organizaciones y grupos contrarre-



volucionarios que se aprestaban, tan pronto “los americanos” invadiesen la Isla, a derrocar la Revolución y barrer con sus conquistas sociales. Las campañas de guerra psicológicas fueron tales, que condicionaron el éxodo de más de 15 000 niños, enviados a Estados Unidos por sus padres, aterrados por los miedos inoculados de perder la “patria potestad” sobre ellos o que el gobierno los enviara a “Rusia” para “lavarles el cerebro”. En enero de 1961, al mismo tiempo que Estados Unidos rompía relaciones políticas y diplomáticas con el Gobierno Revolucionario, empezaba la infiltración de los 35 grupos de “misiones especiales”, cada cual con sus objetivos concretos y todos los materiales previamente infiltrados en algún remoto paraje de las costas cubanas. Mientras, las organizaciones contrarrevolucionarias daban las últimas instrucciones a sus asociados para actuar como quinta columna a las fuerzas revolucionarias, al momento del ataque militar, que ya todos esperaban. Por último, con el objetivo de que no quedaran cabos sueltos, ni detalle por concretar, la CIA decidió exfiltrar a la dirigencia contrarrevolucionaria interna, llevarla a Miami, ponerla de acuerdo, designar sus tareas y más tarde, en los días previos a la operación militar, infiltrarla en La Habana, para allí, desde su puesto de mando, dirigir las “operaciones”.

Sin embargo, volvieron a fracasar. La mayoría de los equipos de “misiones especiales” fueron capturados, las organizaciones contrarrevolucionarias desarticuladas, incluido su estado mayor que sólo pudo sobrevivir cinco días en la clandestinidad, desmembrándose también la quinta columna interna, a la cual tanto la CIA había apostado. La agresión militar fue derrotada en menos de 72 horas. También, dos complots contra la vida de Fidel, con el propósito de descabezar la Revolución y no pudiera defenderse.

El fracaso de Bahía de Cochinos dividió las opiniones y provocó un cisma entre la Administración norteamericana e importantes círculos de poder. Por una parte, Kennedy se responsabilizó con la derrota y, por otra, culpó a la CIA por haberlo embarcado en una aventura sin éxito. Nombró una comisión investigadora presidida por el general Maxwell Taylor con el fin de esclarecer y determinar las causas y los responsables de la debacle y formular propuestas. Las investigaciones



realizadas fueron tales, que enviaron por uno de sus hombres más confiables, Alfredo Izaguirre de la Riva, descendiente de la acaudalada familia Hornedo, para que brindara las opiniones de la “resistencia” interna. Allí, aprovecharon la ocasión para fraguar un nuevo proyecto para asesinar a Fidel y a Raúl, en ocasión de las celebraciones por el 26 de ese año.

Por su parte, la CIA y sus aliados de la mafia y la emigración contrarrevolucionaria, tenían la convicción de que Kennedy era el principal responsable, acusándolo de no haber brindado el apoyo aéreo y militar necesario, cuando los invasores eran derrotados por las fuerzas cubanas. Tanto la comisión Taylor como los analistas de la CIA y sus asociados, estaban equivocados en sus conclusiones. La Brigada 2506 no fue derrotada porque el plan de la CIA era malo o porque no existió apoyo aéreo, incluso militar, al contrario. El error consistió en no comprender el proceso de profundas transformaciones que la Revolución había desencadenado y que galvanizó a las amplias masas populares en su entorno, que devino columna vertebral de su defensa. Ésa fue, y no otra, la causa de la victoria cubana.

Kennedy reaccionó con vigor. Puso a su hermano Robert al frente de un grupo especial en el seno del Consejo de Seguridad Nacional, que dirigiría en lo adelante la guerra contra Cuba, entonces ya insertada en el conflicto este-oeste, y designó al general Edward Lansdale, un especialista en contrainsurgencia, jefe del estado mayor de Mangosta, nombre código que llevaría la nueva operación anticubana que devendría la mayor guerra encubierta llevada a cabo, hasta entonces, por Estados Unidos contra un país extranjero. En el ínterin de los meses de junio a noviembre de 1961, la CIA organizó dos grandes complots que tenían como base el asesinato de Fidel, una autoagresión, en la base norteamericana de Guantánamo, que brindara el pretexto para intervenir con sus fuerzas y un extenso plan terrorista que cubría casi todo el país. Uno se denominaba Patty y el otro Liborio; ambos fracasaron a causa de los golpes de los servicios de Seguridad y la vigilancia popular.

Documentos norteamericanos, desclasificados en años recientes, muestran hasta qué punto Estados Unidos, en los albores de 1962,



se propuso escalar la agresión a Cuba. En la introducción del Proyecto Cuba, plan matriz del complot en marcha, se resumía la estrategia trazada: “Básicamente la operación debe traer como consecuencia la sublevación del pueblo cubano (...) la sublevación necesita de un movimiento de acción fuertemente motivado desde el punto de vista político en Cuba, para que así se genere la rebelión, se oriente hacia el logro del objetivo y se saque provecho en el momento clímax. Las acciones políticas estarán asistidas por la guerra económica, con el objetivo de provocar que el régimen comunista fracasase en la tarea de satisfacer las necesidades económicas de Cuba; serán también apoyadas por operaciones psicológicas, que harán que el resentimiento de la gente contra el régimen sea cada día mayor y estarán socorridas por los grupos militares que se encargarán de darle al movimiento popular un arma de acción para el sabotaje y la resistencia armada en apoyo a los objetivos políticos (...) La fase de preparación debe culminar con la organización de las acciones políticas en los sitios clave dentro de la Isla, con sus propios medios de comunicaciones internas, su propia voz para las operaciones psicológicas y su propia arma de acción (pequeños grupos guerrilleros, de sabotajes, etc.). Este debe contar con el apoyo favorable del pueblo cubano y hacer que el hecho se conozca en el exterior. El clímax de la sublevación vendrá como resultado de una acción amenazadora por parte del pueblo ante una acción del gobierno, (provocada por algún incidente), o como consecuencia de un agrietamiento en el sistema de cuadros de dirección dentro del régimen, o por ambas razones (...) El movimiento popular sacará provecho de este clímax, iniciando una revuelta abierta. Se ocuparán y tomarán determinadas áreas. Si fuera necesario, el movimiento popular pedirá ayuda a las naciones libres del hemisferio occidental. Las operaciones autónomas serán ejecutadas exclusivamente por nacionales cubanos, motivados por la convicción de que para desalojar al régimen debían actuar los cubanos de adentro y afuera, actuando en consonancia. El esfuerzo, probablemente, costará muchas vidas cubanas. Este costo se vuelve inaceptable para la conciencia de los Estados Unidos (...) El gobierno de los Estados Unidos debe estar preparado para negar públicamente cualquier participación en actos (...) Todas



las operaciones autónomas serán montadas fuera del territorio de los Estados Unidos (...) Después de entrar en relación con un Si fuera posible, Estados Unidos, de común acuerdo con otras naciones americanas ofrecerá un apoyo abierto a la sublevación de los cubanos; dicho apoyo incluirá la fuerza militar en lo necesario (...) grupo, el representante de los Estados Unidos debe dejar claro que el gobierno no tiene intención de intervenir militarmente, excepto para enfrentar a los soviéticos (...) un experimentado oficial de la CIA será asignado para trabajar con el grupo. Él dará la información general y el apoyo material necesarios. Él deberá influir, pero no controlar el curso de las operaciones (...) Si fuera posible, Estados Unidos, de común acuerdo con otras naciones americanas ofrecerá un apoyo abierto a la sublevación de los cubanos; dicho apoyo incluirá la fuerza militar en lo necesario”.³

El proyecto incluía un calendario de actividades que comenzaba en el mes de marzo y concluía en octubre de 1962, cuando “el apoyo militar necesario” decidiera, según los planes, el destino de la Revolución. La guerra desatada alcanzó grados de virulencia tales, que en el período que media entre los meses de enero-agosto de ese año se realizaron en el país 5 870 actos terroristas de todo tipo, incluido el asesinato político. Paralelamente, Estados Unidos había desencadenado el bloqueo económico y multilateral que aún hoy perdura, la persecución del comercio y del intercambio académico, la guerra psicológica, y un feroz aislamiento político y diplomático. Una inmensa base operativa se estableció en Miami con un presupuesto de 100 millones de dólares, la cual empleaba 400 oficiales de caso, 4 000 agentes de origen cubano, contaba con 55 empresas “fantasmas” encargadas de encubrir sus operaciones; marina de guerra y fuerza aérea y un aparato policial, la operación 40, encargado de espiar a todos los exiliados en busca de agentes cubanos. En aquellos años, un alto oficial de la CIA, el capitán del ejército Bardley Ayers, a cargo de la preparación de

3 Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos y entregado por la delegación norteamericana que asistió al encuentro por el 40 Aniversario de la Victoria de Playa Girón.



los comandos, recordó años después: “Me di cuenta de que no se le había escapado un solo detalle en la creación de la fachada de la Zenith Enterprise. Se hacían ventanas falsas y había controles de producción en las paredes, así como licencias comerciales de los gobiernos estatal y federal. En un aviso a los vendedores colocado cerca de la puerta, se les informaba de las horas de visitas a los distintos departamentos. Un toque final, era el certificado de premio otorgado por la United Givers Fund a la Zenith, por su destacada participación en la campaña anual para la recaudación de fondos...”⁴

No obstante, nuevamente volvieron a fracasar. Nunca se materializó el anhelado movimiento popular dentro de la Isla, que preconditionaba el éxito de sus planes. Al contrario, la reacción revolucionaria del pueblo y sus organizaciones políticas, militares y de seguridad, determinaron que la Operación Mangosta fuera derrotada. En octubre, Estados Unidos descubrió la presencia de misiles soviéticos instalados en Cuba, en acto de legítima defensa y solidaridad, lo cual desencadenó la conocida Crisis de Octubre, que culminó con la salida de ese armamento del país y el compromiso tácito de Estados Unidos de no agredir militarmente. De aquel episodio, conocido por demás, sólo destacar que la CIA fue advertida, al menos, en dos ocasiones, de la presencia de los misiles en Cuba. Una, por su agente Frank Emik, radicado en la provincia de Pinar del Río y, la otra, por medio del colaborador de la inteligencia francesa Conrado Bonet, quien se lo trasladó expresamente a un alto funcionario de ese gobierno. Para ese momento, las fuerzas soviéticas trasladadas a Cuba eran: una división coheteril, integrada por 60 misiles en 40 rampas de lanzamiento, dislocadas en todo el territorio nacional; cohetería antiaérea y contra flotas de guerra; varias decenas de aviones de combate a reacción, helicópteros, lanchas coherteras y 40 000 soldados para manejar y defender estos dispositivos, trasladados a Cuba en 185 viajes de barcos, en sólo 76 días.

Un sentimiento de frustración embargó a los exiliados cubanos y sus aliados, que esperaban una respuesta nuclear al conflicto creado.

4 William Turner y Warren Hinckle: *El Pez es Rojo*, Editora Harper and Row, Nueva York, 1981, p. 128.



Sin embargo, los Kennedy razonaron con lógica política. Aun en el supuesto de un ataque sorpresivo, que destruyera todas las instalaciones de misiles descubiertas, ello no les garantizaba que, al menos, uno de los cohetes quedara indemne y atacara a cualquiera de las ciudades norteamericanas a su alcance. “La paridad nuclear no radica en la cantidad de misiles que se posea”, expresó en una ocasión Robert McNamara, “sino que un solo misil fuera disparado y diera en el blanco”.

En enero de ese año, Robert Kennedy se reunió con Manuel Artime Buesa y Enrique Ruiz Williams, dirigentes propuestos por la CIA para un programa paramilitar, que debía dirigir los sabotajes, ataques a las flotas de barcos mercantes que intentaran llegar a Cuba y, finalmente, servir de vanguardia en una invasión militar, si las condiciones progresaban en ese sentido. Ambos proyectos se conceptuarían como operaciones autónomas y supervisados por los oficiales CIA, con un presupuesto inicial de 250 000 dólares cada uno, además de las armas y pertrechos que “donaría” el enclave militar norteamericano de Panamá. Semanas después, Robert se reunió con otro prominente líder del exilio cubano. Esta vez se trataba de Manuel Ray Rivero, un sindicalista socialdemócrata que tendría la misión de formar una organización de ese corte, para hacer campañas políticas en Latinoamérica, con la perspectiva de, llegado el caso, ser una alternativa de gobierno en la Cuba posrevolucionaria.

En esos meses, al calor del proyecto agresivo en marcha, la Administración dio su consentimiento a unas “reglas” subversivas que dieron vida a lo que se denominó “operaciones autónomas”, mecanismo diabólico que, sin proponérselos, cambió radicalmente el actuar político de Estados Unidos hasta nuestros días; pues a partir de ellas, el terrorismo, antes solapado y encubierto, se hizo consustancial y, sobre todo, “oficial” a las estrategias de Estado. Fragmentos de su documento organizativo así lo demuestran: “Las operaciones autónomas serán ejecutadas exclusivamente por nacionales cubanos, motivados por la convicción de que para desalojar al régimen debían actuar los cubanos de adentro y afuera, actuando en consonancia. El esfuerzo, probablemente, costará muchas vidas cubanas. Este costo se vuelve



inaceptable para la conciencia de los Estados Unidos (...) El gobierno de los Estados Unidos debe estar preparado para negar públicamente cualquier participación en actos (...) Todas las operaciones autónomas serán montadas fuera del territorio de los Estados Unidos (...) Después de entrar en relación con un grupo, el representante de los Estados Unidos debe dejar claro que el gobierno no tiene intención de intervenir militarmente, excepto para enfrentar a los soviéticos (...) un experimentado oficial de la CIA será asignado para trabajar con el grupo. Él dará la información general y el apoyo material necesarios. Él deberá influir, pero no controlar el curso de las operaciones...”⁵

Para dirigir el nuevo programa contra Cuba, se creó un comité dentro del Consejo de Seguridad Nacional, presidido por el fiscal general, que asignó a cada ministerio y agencia del gobierno, tareas encaminadas al fin propuesto. Así, el Departamento de Comercio desarrolló un programa que denominó “Detectives Globales” que perseguía, en cualquier país del mundo, a quienes se atrevieran a desafiar la prohibición de comerciar con Cuba. La Agencia de Información (USIA por sus siglas en inglés) lanzaba feroces campañas mediáticas para desacreditar el proceso político y social cubano, llegando al extremo de elaborar filmes y comics con esos propósitos, mientras que el Pentágono organizaba planes de contingencias, por si se requería su concurso y ponía a punto su maquinaria de guerra en unas maniobras, denominadas Spinghard 63 en las cuales participaban 40 000 hombres, 110 buques de guerra y más de 100 aviones de combate en el Caribe Occidental, muy cerca de Puerto Rico, que se extenderían entre los meses de enero y marzo.

Un recorrido por los hechos que fueron noticias por aquellos días, demuestra claramente cuáles eran las reales intenciones de los gobernantes de Washington. El 8 de enero, vísperas de un Consejo de la OEA, Adlai Stevenson, secretario de Estado, declaró que Estados Unidos podía invocar el Tratado de Río para obtener una acción con-

5 Documento desclasificado por el gobierno de Estados Unidos y entregado por la delegación norteamericana que asistió al encuentro por el 40 Aniversario de la Victoria de Playa Girón.



tra Cuba. Al mes siguiente, el presidente John F. Kennedy se reuniría con los mandatarios centroamericanos para analizar, como punto central de la agenda, “la solución del caso cubano”. También en ese mes, José Miró Cardona, presidente del CRC, explicó en conferencia de prensa que el Departamento de Defensa había decidido integrar con veteranos de la Brigada 2506, el núcleo central del ejército latinoamericano que proyectaban, y añadió que los 3 000 cubanos recientemente reclutados por el ejército, formaban parte de este plan. Mientras, una Comisión de la Cámara de Representantes empezó una investigación sobre la “subversión comunista” en el continente y, por último, ese mes concluyó con una reunión de la Junta de Jefes de Estado Mayor de las Fuerzas Armadas, convocada para realizar un estudio de las acciones a emprender en caso de una “sublevación en Cuba”, con el objetivo de explotar a tiempo los efectos que pudiera causar este hecho sobre las fuerzas revolucionarias.

Paralelamente, la Administración avanzaba en sus planes. En un memorando del 21 de abril sobre “Alternativas Cubanas”, McGeorge Bundy, asesor de Kennedy, identificó tres variantes posibles a seguir:

1. Imponer en Cuba una solución no comunista por todos los medios que fuesen necesarios.
2. Insistir en fines mayores pero limitados.
3. Avanzar en la dirección de un desarrollo gradual de alguna forma de arreglo con Castro.

Ellas, según los documentos desclasificados norteamericanos, se discutieron en las reuniones del 23 de abril y del 28 de mayo, proponiendo John McCone, jefe de la CIA, en esta última, un grupo de medidas para “aumentar las dificultades económicas” en la Isla, complementándose con sabotajes para “crear una situación en Cuba en la cual fuese posible subvertir a los dirigentes militares hasta el punto de que actuaran para derrocar a Castro”. McNamara, secretario de Defensa, expresó, por su parte, que el sabotaje no resultaría decisivo y sugirió que se estudiaran “presiones económicas que alterasen a Castro”. Robert Kennedy manifestó: “Estados Unidos debe hacer algo contra Castro, aunque no creemos que nuestras acciones lo derrocarán”. Bundy resumió



diciendo que la tarea consistía en decidir ahora qué acciones podíamos tomar contra Castro, reconociendo “que las medidas prácticas a tomar por nosotros no darán el resultado de su derrocamiento”. Más tarde, los días 3 y 24 de octubre, el “grupo Especial aprobó otras 21 operaciones de sabotajes y subversión que incluían la destrucción de una planta eléctrica, una refinería de petróleo y un central azucarero. Mientras en el mismo período, los organismos de seguridad cubanos desmantelaron 18 complots para asesinar a Fidel Castro”.

Meses antes, el 4 de enero, Bundy había propuesto al presidente Kennedy que se explorara la posibilidad de comunicación con Fidel Castro. En concordancia con ello, en el memorando sobre las “Alternativas Cubanas” del 23 de abril, Bundy proponía el desarrollo gradual de “alguna forma de arreglo con Castro”, entre las alternativas políticas. En una reunión posterior, el 3 de junio, el Grupo Especial acordó que resultaría un “esfuerzo útil” explorar “las variadas posibilidades para establecer canales de comunicaciones con Castro”. En otro memorando de Bundy, se enumeraban siete aspectos del programa de acción clandestina que se había realizado en el período anterior. Éstos fueron:

1. La acumulación de Inteligencia.
2. La propaganda clandestina para estimular formas de resistencia activa y pasiva que entrañaran riesgos pequeños.
3. La cooperación con otras agencias en la negativa económica.
4. Identificar y establecer contactos con los elementos disidentes potenciales dentro de Cuba.
5. El sabotaje económico indirecto.
6. Las acciones de sabotaje dirigidas por la CIA.
7. Las operaciones autónomas.

Ya desde 1960, según documentos desclasificados, uno de los componentes del proyecto subversivo estaba relacionado con el desarrollo de “un movimiento guerrillero” en las principales regiones montañosas del país, surgiendo, entre los meses de marzo-abril de ese año, los primeros “focos” de alzados, los cuales fracasaron a causa de las ofensivas revolucionarias y no poder establecer bases operativas. Una de sus características consistió en no enfrentarse a las fuer-



zas militares revolucionarias, sino, al contrario, privilegiar los asaltos y ataques contra poblaciones y personas indefensas, muchas de ellas asesinadas brutalmente. A partir de 1963, como parte de la concepción de la “doble vía”, la CIA proyectó fortalecer esta línea de acción, pero como antes, sus bandas de terroristas fueron derrotadas y exterminadas. Entre 1959 y 1965 se registró la existencia de 290 grupos alzados; en su momento de mayor auge alcanzó la cifra aproximada de 4 000 hombres sobre las armas.

Mientras tanto, la CIA desencadenaba una oleada de infiltraciones en la Isla con dos propósitos definidos: abastecer de pertrechos a sus agentes internos y sabotear el sistema energético del país. Dos importantes operaciones de inteligencia, que involucraban altos funcionarios del gobierno y el ejército, estaban en marcha, denominadas AM/Trunk y AM/Lash, dirigidas por oficiales del ejército, por ellos reclutados y que decían contar con sendos planes para asesinar a Fidel y derribar, por medio del un golpe de Estado, al Gobierno Revolucionario, creando así las condiciones para el desembarco de los mercenarios que se alistaban en bases centroamericanas y que, como ya se comentó, constituían la vanguardia de la invasión norteamericana.

La Administración desarrollaba un proyecto subversivo a gran escala; sin embargo, el “mecanismo cubano de la CIA y la Mafia” no aceptaba aquella estrategia, porque ésta contemplaba la posibilidad de negociar con Cuba. Nada que incluyera esa posibilidad era aceptable, pues estos “paladines de la libertad” habían hecho de la guerra contra su país un productivo negocio. La invasión militar constituía una única opción y, por ende, todo el que pensara lo contrario, era comunista o amigo de ellos. En abril de 1963, en medio de críticas y contradicciones, se disuelve el denominado Consejo Revolucionario Cubano⁶ y su presidente, José Miró Cardona, en conferencia de prensa, acusa a Kennedy de haber abandonado la “causa cubana”. En mayo, el conocido terrorista Orlando Bosch, en un panfleto titulado “La tragedia de Cuba”, acusa a Kennedy de comunista y de traicionar el exilio. Tam-

6 Consejo Revolucionario Cubano, organización pantalla estructurada por la CIA con los fines de crear una imagen política a los invasores de Bahía de Cochinos.



bién, por esos días, como si se tratara de un libreto teatral, a la luz pública surge una organización denominada Junta de Gobierno Cubana en el Exilio, que decía estar financiada con 50 millones de dólares, por antiguos operadores de casinos de juegos de La Habana, a la cual rápidamente se unieron los principales grupos contrarrevolucionarios existentes; varios de ellos, mencionados años después en las investigaciones realizadas por el Congreso norteamericano sobre el asesinato del presidente Kennedy.

Estos “nuevos libertadores” organizaron en pocas semanas una amplia estructura en los principales estados de la Unión, con la consigna de “eliminar al rosado de la Casa Blanca”, asesinar a Fidel Castro y buscar apoyos para invadir militarmente a Cuba. Precisamente por esas fechas, aparece en Nueva Orleans, Lee Harvey Oswald, el señalado magnicida de Dallas, iniciando una historia en la cual, primero, se presentaría como anticastrista y activo colaborador de los grupos que, con base en esa ciudad, actuaban contra Cuba; después, con sólo días de diferencia, deviene furibundo simpatizante de la Revolución cubana; más tarde aparece en Dallas recaudando fondos para una organización contrarrevolucionaria y, finalmente, en un oscuro episodio, intentaría viajar a La Habana, desde México, con el aparente propósito de documentar sus relaciones con la Revolución cubana.

De tal manera, a partir de los meses de abril y mayo de 1963 comenzaron a desarrollarse dos proyectos subversivos contra Cuba, que partían de dos presupuestos distintos: el de la Administración con su “doble vía” y el patrocinado por el “mecanismo”, que pretendía provocar, por cualquier medio, un conflicto que “obligara” al gobierno de Estados Unidos a agredir militarmente a Cuba. Fragmentos de un informe del Comité Church, del Congreso de Estados Unidos, relata de manera precisa, como fueron aquellos últimos meses de la Administración Kennedy, con respecto a Cuba: “En el otoño de aquel año, William Atwood, consejero especial de la delegación de Estados Unidos en Naciones Unidas, con el rango de embajador, inició estos contactos. Atwood declaró al Comité Church, que desde septiembre hasta noviembre de 1963 sostuvo varias conversaciones con Carlos Lechuga, el embajador cubano en Naciones Unidas para discutir el



comienzo de las negociaciones para un arreglo entre Fidel Castro y Estados Unidos. Atwood dijo que al inicio él informó a Robert Kennedy de estas conversaciones y que se le dijo que ‘valía la pena continuarlas’. Atwood manifestó también, que había informado regularmente sobre las conversaciones a la Casa Blanca y a Adlai Stevenson, su jefe en Naciones Unidas. Declaró que Bundy le dijo que el presidente Kennedy estaba a favor de ‘inclinarse a abrir una brecha con Cuba, sacar a Castro del abrazo soviético y quizás olvidarse de Bahía de Cochinos, y hacer volver todo a su estado normal’. Atwood dijo que las únicas personas que conocían acerca de su contacto con los cubanos eran el Presidente, el embajador Averell Harriman, el embajador Adlai Stevenson, el procurador general Robert Kennedy, McGeorge Bundy, su asistente, y la periodista Lisa Howard. También declaró que él había arreglado las cosas para que el periodista francés Jean Daniel, visitara la Casa Blanca antes de su viaje programado para entrevistarse con Fidel Castro...”.

“El 18 de Noviembre de 1963, Atwood habló por teléfono con un miembro del personal de Castro en Cuba. De acuerdo con las instrucciones de la Casa Blanca, él le informó a su interlocutor que Estados Unidos favorecía las conversaciones preliminares en Naciones Unidas en lugar de Cuba, como proponían los cubanos y que Estados Unidos deseaba elaborar una agenda para las conversaciones. McGeorge Bundy le dijo que después que se recibiera la agenda cubana, el presidente Kennedy quería conversar con él para ‘decidir lo que se iba a decir y si se iría o lo que debíamos hacer después’. Bundy confirmó que el presidente lo entrevistaría ‘después de un corto viaje a Dallas’ para analizar los próximos pasos...”.

El 18 de noviembre, en la Universidad de Miami, en un discurso público, el presidente Kennedy declaró que Estados Unidos no permitiría la existencia de otra Cuba en el continente. ¿Acaso, la Cuba actual será permitida?, se preguntaron indignados los líderes de la mafia cubana de Miami.

El presidente John F. Kennedy fue asesinado el 22 de noviembre de 1963, en Dallas, Texas, hace 45 años y aún el magnicidio, que se cometió en territorio norteamericano y por personas de ese origen, no



se ha esclarecido, en tanto poderosos intereses lo han impedido. Importantes razones de muy diversas índole actúan en ese sentido, entre las cuales se encuentra, indudablemente, la política que intentó desarrollar hacia Cuba y que contemplaba la alternativa de negociaciones con la Isla, algo inaceptable para la reacción norteamericana y la mafia cubano-americana.

En 1969 se desactivó la base operativa JM Wave, que desde el sur de la Florida dirigía la guerra subversiva contra Cuba. Sus funciones pasaron al cuartel general en Langley, Virginia. Allí un departamento, apoyado en varias estaciones en países de América y Europa y posteriormente desde la Sección de Intereses norteamericanos en La Habana, ha dirigido las continuas campañas contrarrevolucionarias, de espionaje y subversión política, sucedidas en estos decenios. No se trató de un cambio de estrategia o de una pretensión, al decir del presidente Kennedy, de admitir la Cuba que ya existía, todo lo contrario. En el tiempo transcurrido no ha existido un minuto de paz y tampoco han faltado planes desestabilizadores, amenazas de agresiones armadas y complots de asesinatos políticos. Mas, las invasiones, las operaciones especiales, los enterramientos de armas en las playas, los golpes de mano contra objetivos costeros, tuvieron que ser relegados a un segundo plano. La causa habría que buscarla en el fortalecimiento de la Revolución, de su prestigio internacional y del proceso de institucionalización, que, iniciado durante la segunda mitad de los 70, consolidó el proyecto político cubano. También, en la consolidación de las relaciones políticas, económicas y culturales con la URSS y el resto de los países socialistas, lo cual hacía impensable una aventura al estilo de Bahía de Cochinos o la Operación Mangosta. A partir de entonces, todo tendría que ser más sofisticado, más sutil, más ideologizado.

Se abría, entonces, la época en la cual la lucha ideológica pasó a primer plano. Numerosas teorías se elaboraron a tales efectos, con la pretensión de penetrar nuestras sociedades y erosionarlas desde adentro. El “tendido de puentes”, la “convergencia de las sociedades desarrolladas” y otras más, brindaron cobertura a numerosas organizaciones internacionales que bajo apariencias “apolíticas” y no gubernamentales, devinieron activos “centros ideológicos”, que entonces empeza-



ron a actuar de manera directa, por medio de inocentes intercambios de todo tipo. Organizaciones como la Fundación Nacional para el Desarrollo de la Democracia, la Fundación Cubano-Americana, el Instituto Estudios Republicanos y otras agencias más, son abiertamente controladas y dirigidas por la CIA, para lograr sus fines subversivos. Feroces campañas mediáticas se desplegaron a través de la emisora Voz de las Américas y muchas de las emisoras radiales instaladas en Miami y audibles en la Isla, precursores legítimas de Radio y TV Martí. Una tarea priorizada en aquellos años resultó la división del movimiento revolucionario. Primero, aislar a los “viejos” de los “nuevos” comunistas, agitando viejos prejuicios anticomunistas. Después, acudiendo al expediente de las contradicciones generacionales y, por último, enarbolando consignas sobre lo que han llamado “los cambios democráticos”, necesarios, afirman, para sobrevivir en el globalizado mundo en que vivimos. Falacias y mentiras, trampas y emboscadas en las cuales jamás caerá nuestro pueblo.

En aquel escenario, de continuas ofensivas política e ideológicas se ejecutaron, paralelamente, otras modalidades de la guerra subversiva a los fines de aterrorizar al pueblo cubano y facilitar la erosión y desmembramiento que ambicionan. Durante el decenio del 70 se llevaron a cabo 377 acciones terroristas de todo tipo, entre ellas: bombas a embajadas e instalaciones cubanas y latinoamericanas, asesinatos de funcionarios, incursiones armadas a Cuba, secuestro de pescadores, eliminación física de representantes de la comunidad exiliada favorable al diálogo con Cuba, paquetes explosivos y otros actos de terror. En 1971, entre los meses de febrero y mayo, guardacostas norteamericanos secuestraron, en dos ocasiones diferentes, pesqueros cubanos con decenas de tripulantes conducidos a Miami, para inducir su desertión. A finales de ese año, comandos terroristas bombardeaban el puerto oriental cubano de “boca de Samá”, donde resultaron muertas dos personas y cuatro heridas; entre ellas, una niña. El 4 de abril de 1972, una potente bomba explotó en el consulado cubano de Montreal, hiriendo de muerte a uno de sus diplomáticos. Un examen del comportamiento de los hechos terroristas cometidos entre los años de 1974 y 1976, señala que en ese período se realizaron 202 actos terro-



ristas en todo el mundo, que desembocaron en la destrucción de los locales de la embajada cubana en Portugal, donde murieron dos de sus funcionarios; la voladura de un avión civil cubano en Barbados, con 73 víctimas mortales; el asesinato de Orlando Letelier, ex canciller del gobierno de Salvador Allende, ejecutado por estos mismos terroristas, a solicitud de la Junta golpista.

Mientras todo esto acontecía, y como complemento a las campañas de terror ya descritas, agentes del gobierno de Estados Unidos introdujeron en Cuba 13 plagas y enfermedades antes inexistentes y desconocidas, que provocaron importantes y a veces dramáticas afectaciones a los planes de desarrollo agrícolas y a la vida de las personas. Ellas estuvieron relacionadas con la roya de la caña; el moho azul del tabaco; la broca del café; el *Thrips palmi*, que ataca varios cultivos, como la papa, el frijol, el pimiento, el pepino, la habichuela, la berenjena, y el ácaro del arroz. Las pérdidas contabilizadas en estas agresiones fueron de aproximadamente 130 millones de dólares para implantar su combate y destrucción de los efectos, sin contar los costos de los alimentos que se tuvieron que importar a causa de tales plagas.

En la actividad pecuaria se desarrollaron siete enfermedades diferentes; entre ellas: la enfermedad de Newcastle, en la avicultura; la peste porcina africana, en dos brotes diferentes; la seudodermatosis nodular bobina y la mamilitis ulcerativa, en la ganadería vacuna; la enfermedad hemorrágica viral del conejo, y la varroasis de las abejas. La enfermedad de Newcastle provocó más del 80 % de mortalidad en la masa avícola del país, mientras que la fiebre porcina ocasionó el sacrificio de 500 000 animales en el primer brote y 300 000 animales en el segundo.

En la esfera humana, la epidemia del dengue hemorrágico introducida en Cuba, fue uno de los más canallescios actos terroristas de agresión contra nuestro pueblo, que en pocas semanas alcanzó la cifra, sin precedente conocido en otro país, de 344 203 personas afectadas, dándose el caso verdaderamente récord de 11 400 nuevos enfermos reportados en un solo día, el 6 de julio de 1981. Un total de 116 143 enfermos fueron hospitalizados; alrededor de 24 000 pacien-



tes sufrieron hemorragias; 10 224 sufrieron shocks por dengue en algún grado y 158 personas fallecieron como consecuencia de la epidemia; de ellas, 101 niños, a lo que se suma el hecho sin precedentes, de que a causa del bloqueo, Cuba tuvo que comprar los medicamentos para combatir esta pandemia en disímiles países y a precios más altos, pues el imperio lo impedía.

Los atentados a Fidel han sido y son sin dudas un capítulo con entidad propia en esta historia de agresiones. Una investigación realizada por quien suscribe, documentó la escalofriante cifra de 634 complots y conspiraciones contra su vida, durante el período 1959-2000. Por supuesto, no se contabilizan los complots, desconocidos para las autoridades cubanas. De ellos, 168 se desarticularon en sus etapas de ejecución, con los medios, planes y recursos activados. No puede olvidarse que, en los albores de 1961, la Agencia Central de Inteligencia de Estados Unidos, como avalan documentos desclasificados norteamericanos, creó un departamento denominado ZR/Rifle con los propósitos de “crear capacidades para eliminar líderes políticos hostiles a Estados Unidos” y del cual, el presidente de Cuba constituyó objetivo prioritario, durante estas casi cinco décadas.

Armas especiales: venenos letales, explosivos plásticos poderosos; tabacos con sustancias peligrosas; granadas para ser lanzadas en plazas públicas; fusiles con miras telescópicas sofisticadas, que apuntarían contra la gorra verde olivo; agujas con venenos mortíferos, tan finas que su contacto con la piel no podía percibirse; cohetes para bazucas y morteros; cargas explosivas poderosas ocultas en panteones silenciosos o en alcantarillas soterradas, mientras un mecanismo de reloj descontaba minutos y segundos; planes todos trazados en espera del hombre que harían volar en mil pedazos: Fidel Castro.

A partir de los años 80, la Sección de Intereses norteamericanos en La Habana, ha devenido puesto de avanzada de las actividades subversivas contra el país. Con el arribo de Ronald Reagan a la presidencia de Estados Unidos y la implementación de las políticas neoliberales y agresivas de las sucesivas administraciones norteamericanas, esta oficina se ha convertido en emporio de espionaje y subversión política. Equipos sofisticados de comunicaciones satelitales, instrucciones



para la obtención de informaciones de todos los ámbitos de la sociedad cubana, hasta la formación, financiamiento y orientación de grupúsculos contrarrevolucionarios, con fines provocadores y, sobre todo, para “crear” una imagen externa de disidencia y oposición dentro de Cuba, útil a los planes aislacionistas proyectados, han sido las tareas principales de este engendro y en los cuales participan, sin exclusiones, la mayoría de los diplomáticos y funcionarios acreditados en esa sede.

En 1987, en una documentada denuncia, el gobierno cubano, avalado con numerosas fotos y otras pruebas materiales, denunció las actividades subversivas que de este recinto se realizaban y mostró varios de los equipos de comunicaciones entregados a sus agentes en el territorio nacional, así como mensajes con orientaciones a ellos. Más tarde y durante los años transcurridos, la SINA, además de las operaciones de espionaje, se ha ocupado de estimular las salidas ilegales; obstaculizar el otorgamiento de visas; estimular, por todos los medios a su alcance, el desarrollo de organizaciones contrarrevolucionarias, bajo el disfraz, de instituciones de la “sociedad civil”, con fines desestabilizadores; provocaciones a entidades estatales, en particular a la Asamblea Nacional del Poder Popular, donde han pretendido entregar panfletos y legalizar grupos disidentes; búsquedas de estados de opiniones sobre situaciones políticas, económicas y sociales nacionales, aprovechando la facilidad de movimiento con que cuentan; concertar, con otras sedes diplomáticas, provocaciones contrarrevolucionarias etc, etc. En fechas recientes, nuevamente, las autoridades cubanas denunciaron, con pruebas irrefutables, las actividades subversivas del señor Michael Parmily, jefe de la Oficina de Intereses, quien, en contubernio con una organización terrorista de Miami, servía de enlace y suministro a un grupo subversivo que actuaba en la capital cubana.

Paralelamente, y desde los 90, cuando Estados Unidos imaginó que el socialismo cubano estaba a punto de desfallecer a causa del derrumbe de la URSS y los entonces países socialistas de la Europa del este, jerarquizaron otra vez el mecanismo terrorista, de mano de uno de sus especialistas principales, Luis Posada Carriles, responsable por la campaña terrorista desatada contra el sector turístico cubano, que bombardeó varios de los hoteles y centros turísticos del país y



costara la vida al joven italiano Fabio di Celmo. Una entrevista concedida por esas fechas, a la periodista Ann Louise Bardach del *New York Times*, Posada reconocía ser el autor intelectual del atentado que costara la vida al joven italiano y admitía también que era financiado por la Fundación Cubano-Americana. Expresó, con cinismo, que Fabio di Celmo “se encontraba en el lugar equivocado, en el momento equivocado”, negándose a manifestar arrepentimiento, y declaró a la periodista que no tenía problemas de conciencia y que dormía “como un bebé”.

En el 2000, Posada y sus sicarios protagonizaron un complot para asesinar a Fidel, durante su visita a Panamá, a propósito de una cumbre iberoamericana; ocasión en la cual planeaban volar en pedazos el paraninfo de la Universidad Central del país, lugar donde el presidente cubano pronunciaría un discurso. Fidel, en su denuncia de entonces, acusaba: “Debo cumplir, sin embargo, el deber de informarles que, como en otras ocasiones en que viajo a estas cumbres, elementos terroristas organizados, financiados y dirigidos desde Estados Unidos por la Fundación Nacional Cubano-Americana, que es un instrumento del imperialismo y de la extrema derecha de ese país, han sido enviados a Panamá con el propósito de eliminarme físicamente. Ya se encuentran en esta ciudad y han introducido armas y explosivos. Lo denuncié al llegar aquí y no antes de viajar para que a nadie le pase por la mente que cualquier peligro o amenaza puede intimidar a la representación de Cuba”.

Detenido Posada y sus cómplices, y más tarde liberados por presiones y artimañas norteamericanas, hoy, como su colega Orlando Bosch, gozan de libertad e inmunidad en Miami, capital de la mafia.

Cincuenta años han transcurrido desde el triunfo revolucionario de enero de 1959 y ni un solo día, Cuba ha dejado de ser agredida. El criminal bloqueo impuesto en 1962 aún perdura, conjuntamente con acciones criminales y terroristas de todo tipo. Nuestro pueblo ha sabido vencer en las más difíciles condiciones, incluido aquel dramático “período especial” que, durante la década del 90, tuvo que decretarse para salvar la patria, la Revolución y las conquistas del socialismo.

Muchos se preguntan cómo ha sido posible el éxito obtenido por las armas cubanas frente al país más poderoso de la tierra. En



primer termino, por el esfuerzo de nuestro aguerrido pueblo, verdadero artífice y héroe de esta contienda. Por su Comandante en Jefe, Fidel Castro, líder indiscutible de la Revolución y forjador de una nueva era social no sólo en este continente, sino también en África y en los países del tercer mundo. Y también por la calidad humana, moral y ética de los combatientes de la Seguridad cubana. Su eficiencia, en estos años de combates ininterrumpidos, no resulta casual, ni debida a capacitaciones especiales o uso de “técnicas” sofisticadas u otras razones parecidas. Nada de eso. El éxito ha estado dado en la voluntad de lucha, en las ideas, en la justeza de la causa que se defiende, en la mística. Ningún servicio de Seguridad que se metalice, se burocratice, se envuelva en la rutina, puede tener los éxitos que alcanzamos. El valor y la dignidad son armas invaluableles. Durante estos años, cientos o quizá miles de agentes y colaboradores, en las más difíciles condiciones, con medios de comunicaciones obsoletos, actuando casi en las narices del enemigo, han descubierto y desmantelado sus planes subversivos. Hombres y mujeres de la talla de Gerardo, Ramón, Fernando, René y Antonio, jóvenes como aquellos, que en decenios anteriores, armados con las ideas y su fe en la causa revolucionaria, vencieron y vencerán al poderoso imperio. En el medio siglo transcurrido, combatientes anónimos han caído en apartados rincones de nuestra geografía o del mundo; otros, permanecen aún en silencioso combate. Vaya a ellos nuestro reconocimiento y homenaje.

Muchas gracias.

La Habana, 16 de febrero del 2007.



La lucha contra bandidos

Aníbal Velaz Suárez

Como ustedes saben, hoy nos hemos reunido aquí para intercambiar informaciones sobre una de las líneas principales de ataque a la Revolución cubana por parte del gobierno de Estados Unidos durante los primeros años: el bandidismo.

No vamos a hablar de las medidas de beneficio popular y justicia social que la Revolución cubana recién llegada al poder puso en práctica, pues eso es de conocimiento general de todos los aquí presentes.

En contraposición con éstas, la política de hostilidad y agresiones del gobierno de Estados Unidos contra Cuba, se dirigió a combatir el poder revolucionario a través de la actividad de los servicios de subversión y espionaje norteamericanos —con la utilización de organizaciones contrarrevolucionarias creadas bajo su amparo y estímulo—; para ello, hicieron todo lo que estuvo a su alcance para tratar de socavar las bases de la Revolución, hasta lograr el objetivo final de derrocarla.

Cuando el gobierno norteamericano se percató de la improbabilidad de alcanzar sus objetivos desestabilizadores con el apoyo de individuos que habían integrado el primer Gobierno Revolucionario, como José Miró Cardona, Manuel Urrutia Lleó, Manuel Ray Rivero y el comandante Humberto Sorí Marín, entre otros, mantuvo las medidas de agresión económica y simultáneamente comenzó a poner en práctica medidas de subversión directa: una de ellas fue el fomento de la guerra irregular, que, desde el principio, derivó en bandidismo armado.



Para materializar esta decisión dispuso de sus principales instituciones de subversión y espionaje —en lo fundamental, la Agencia Central de Inteligencia (CIA) y el Servicio de Inteligencia Naval (SIN)—, unas veces dando su anuencia o transmitiendo sus experiencias, otras suministrando armamento, pero generalmente empleando a batistianos y elementos comprometidos con latifundistas y terratenientes; a organizaciones contrarrevolucionarias que, en muchas ocasiones, se crearon por indicaciones de sus agentes e, incluso en algunos casos, a individuos, instituciones oficiales y gobiernos de otras naciones, tratando que la Administración norteamericana no apareciera involucrada de manera oficial en los hechos. Así trazaron sus programas agresivos contra la Revolución bajo la llamada “negación plausible”, un concepto que establecía actuar de forma tal, que se garantizara “la no atribución de las operaciones clandestinas a Estados Unidos”.

En el mes de marzo de 1960, en una reunión del Consejo de Seguridad de Estados Unidos, el presidente Eisenhower le aprueba a la CIA la estrategia a seguir en el caso de Cuba:

- Apoyar las organizaciones contrarrevolucionarias en el interior, con elementos preparados en otros países.
- Abrir varios frentes de alzados.
- Unificar todas las organizaciones contrarrevolucionarias en el exterior para dar la impresión de unidad, para lo cual la CIA crea el Frente Revolucionario Democrático (FRD).
- Transmitir la mayor cantidad de propaganda desde el exterior, apoyada por la estación de radio de la CIA en la isla Swan en el golfo de Honduras.

Los oficiales CIA adquirieron el permiso de instalar en la isla Swan, en el golfo de Honduras, un radiotransmisor de 50 kilowatts, para cubrir todo el país. En el Escambray se escuchaban, con mucha fuerza, las noticias de contenido anticomunista y desinformador.

Esta vía de la CIA estuvo bajo la dirección del oficial David Atlee Phillip, el mismo que participó en la Operación Peter Pan, que llegó a separar a más de 14 000 niños de sus padres y llevarlos para Estados



Unidos con la supuesta argumentación de que la Revolución cubana les iba a quitar a los padres la patria potestad sobre sus hijos.

En las circunstancias de un proceso económico y social de alcance nacional que contaba con un amplio apoyo de las masas populares; desde el principio, el accionar de los alzados derivó en acciones terroristas de hombres armados que se ganaron el calificativo de *bandidos*.

En esta política, los servicios de subversión y espionaje norteamericanos les dedicaron una atención priorizada a los alzamientos a través de organizaciones contrarrevolucionarias de diversa procedencia, pero siempre vinculadas al alto clero, a la burguesía nacional desplazada del poder y a ex militares y antiguos miembros de partidos políticos que, en época de la tiranía, representaban a las clases más ricas de la sociedad cubana. Las más conocidas de estas organizaciones fueron La Rosa Blanca, la Legión Democrática Constitucional (LDC) o Rescate Revolucionario Democrático, el Movimiento Insurreccional de Recuperación Revolucionaria (MIRR), el Movimiento Demócrata-Cristiano (MDC), el Movimiento 30 de Noviembre (M.30.11), el Directorio Revolucionario Estudiantil (DRE), el Movimiento Revolucionario del Pueblo (MRP), la Asociación Auténtica Anticomunista (Triple A), la Agrupación Hermandad Montecristi (Montecristi), la Comisión Obrera Nacional Anticomunista (CONA); el llamado Frente Revolucionario Democrático, las coaliciones Frente Nacional Democrático (FND), Frente Anticomunista de Liberación (FAL) y el bloque de organizaciones Resistencia Cívica Anticomunista (RCA) y el Movimiento de Recuperación Revolucionaria (MRR).

Este último, que se constituye en octubre de 1959, llegaría a ser una de las más agresivas de los primeros años; bajo la dirección y el control de la CIA se nutrió de diferentes organizaciones de origen católico como la Agrupación Católica Universitaria (ACU) y la Juventud Obrera Católica (JOC). Para garantizar su funcionamiento, la Dirección Nacional estructuró células provinciales y municipales en todo el país y se mantuvo en contacto con oficiales de la CIA en Miami. También tuvo fuertes vínculos con la Base Naval de Guantánamo.

Como un desprendimiento del MRR, a finales de 1959 surgió el Directorio Revolucionario Estudiantil, el cual integró una trilogía de



las organizaciones de la derecha católica con jóvenes estudiantes universitarios procedentes de la Agrupación Católica Universitaria. Su principal cabecilla fue el contrarrevolucionario Alberto Müller Quintana, quien realizó algunas acciones terroristas, dirigió la preparación de un atentado al canciller cubano Raúl Roa García y apoyó el bandidismo. Tuvo vínculos con la CIA y auspiciados por ella desarrollaron actividades contrarrevolucionarias.

Durante esta etapa, en el país hubo aproximadamente 300 bandas y 4 300 bandidos. Por provincias tenían la siguiente distribución:

Pinar del Río:	20	bandas con	256	bandidos
La Habana:	9	bandas con	99	“
Matanzas:	46	bandas con	866	“
Las Villas:	177	bandas con	2 005	“
Camagüey:	8	bandas con	99	“
Oriente:	39	bandas con	964	“
Total:	299	bandas con	4 289	“

Estos elementos cometieron un total de 196 asesinatos, de los cuales por provincia fue así:

Pinar del Río:	12
La Habana:	14
Matanzas:	30
Las Villas:	125
Camagüey:	6
Oriente:	9
Total:	196

Caídos en combate: 615 compañeros.

Hay que destacar la decisiva participación en esta lucha de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y, en especial, las tropas de la Lucha Contra Bandidos (LCB) que combatían en todo el país en condiciones extremadamente difíciles; sobre todo, en zonas montañosas e intrincadas que hacían muy complejas las operaciones de cerco de estas bandas.

Estas tropas estaban compuestas fundamentalmente por campesinos de la región, aunque en algunos casos participaron en operacio-



nes fuera de su provincia, como fue el caso de la División Serrana de Oriente, que combatió en el Escambray, provincia de Las Villas.

También un batallón de la Policía Nacional Revolucionaria (PNR) actuó en la zona norte de Las Villas y posteriormente se cubrió de gloria en los combates en Playa Girón.

Batallones del Ministerio del Interior (MININT) también participaron integrados con los de la LCB del Ejército del centro en los años del 63-65.

La estrecha coordinación entre las fuerzas de la contrainteligencia del MININT y las tropas de operaciones, constituyó un factor decisivo en la eliminación de los focos de bandidos en el menor tiempo posible en todo el país.

Cuando se ubicaba una banda, se preparaba una operación militar que consistía en cercar la zona, en lo fundamental de noche para inmovilizar los bandidos y durante el día peinar cubriendo todo el ancho del cerco en una sola dirección hasta hacer contacto con los bandidos. En muchos casos había que hacerlo más de una vez, pues éstos trataban de esconderse para no ser detectados.

Se usaron variantes que consistían en dividir el cerco, poner emboscadas internas por la noche, para evitar que se acercaran y trataran de romper el cerco; cuestiones estas que con el tiempo fueron perfeccionándose.

Una gran parte de los colaboradores habían sido comprometidos mediante el terror y el chantaje, utilizando alguno de los siguientes métodos:

1. Llegar en horas de la noche a casa de un campesino y exigirle que les hiciera comida y si podían se quedaban cerca el mayor tiempo posible; al retirarse, les decían que tenían que seguir colaborando con ellos, pues si los comunistas se enteraban los iban a detener.

2. Otra forma era enviar con un miembro de la familia mensajes a un colaborador en el pueblo y plantearle que si por casualidad llegaba una unidad de milicia, mataban a toda la familia.

3. Hacer que les sirviera de práctico en la zona, comprometiéndolo de esta forma y esto traía como consecuencia que en esas zonas tan intrincadas y solitarias, no le quedaba otro camino a la mayoría de los campesinos que colaborar.



La CIA escogió la provincia de Las Villas como blanco principal para fomentar los alzamientos, porque en esta región coincidía una serie de factores que propiciaban el desarrollo de sus planes. Durante la república neocolonial, la intensa actividad politiquera de latifundistas, terratenientes y otros elementos oportunistas, desarrolló el llamado caciquismo, que en las zonas rurales mantenía sumida en una gran desorientación a las masas populares. A esto le añadimos que en esta zona actuó el II Frente Nacional del Escambray, encabezado por Eloy Gutiérrez Menoyo y William Morgan, que durante toda la etapa en que permanecieron alzados en el Escambray en contra de la dictadura, lo que hicieron fue llevar a cabo una política de diversionismo contra las fuerzas revolucionarias encabezadas por el Che, quien llevaba la misión de unificar todas las fuerzas revolucionarias que luchaban contra la dictadura; cuestión esta que se hizo realidad con la firma del llamado Pacto del Pedrero entre las fuerzas del M26-7 y el Directorio Revolucionario.

Cuando triunfa la Revolución sucede una seria lucha entre lo que se llamaba “la izquierda” y “la derecha”; es decir, los participantes en la lucha contra la dictadura, que querían mantener el rumbo de la Revolución verdadera, y quienes querían mediatizar la Revolución.

Al dictarse la Ley de Reforma Agraria, en otros lugares del país, cuando se hacía una intervención se afectaba a un solo latifundista con 2 000 o 3 000 caballerías de tierra, o a una empresa norteamericana con 6 000 u 8 000 caballerías. Sin embargo, en Las Villas no era así, debido a la distribución de la tierra. O sea, se afectaron muchos medianos y grandes propietarios que no llegaban a ser latifundistas. Todos estos elementos se pusieron en contra de la Revolución, al ser afectados sus intereses.

En el Escambray, esta situación resultó más aguda, a causa de que los campesinos dependían, para la cosecha cafetalera, de un mecanismo conocido como “la refacción”, que les suministraba la torrefactora, perteneciente a Nicolás Castano, latifundista afectado por las leyes revolucionarias y quien suspendió la refacción a los campesinos; hecho del cual se aprovechó la contrarrevolución para atacar las medidas revolucionarias, pues el BANFAIC, organismo que debía resol-



ver esta situación aún no se había intervenido y no resolvió el problema creado.

A esto hay que añadir algunas situaciones que sucedieron, como las siguientes:

- Carencia en aquellos momentos de un organismo revolucionario que agrupara a los campesinos y obreros agrícolas.
- La política de favoritismo que realizaron individuos que tenían cargos de dirección en asociaciones campesinas y administradores de tiendas del pueblo.
- La escasez de artículos esenciales a la población de la zona.

Además, esta provincia contaba con condiciones específicas, por encontrarse en el centro del país; disponer de un macizo montañoso, de muy malas vías de comunicaciones internas, pero rodeado de un grupo de ciudades y pueblos que sí disponían de muy buenas comunicaciones, y también contaba al norte de la provincia con una faja de cayerías que permitía la entrada de agentes y el avituallamiento de pertrechos y armas para la contrarrevolución.

Este enfrentamiento se dividió en tres etapas: desde 1959 hasta finales de 1960, desde la Limpia del Escambray hasta la invasión de la Brigada 2506 por Playa Girón y posterior a la derrota de esta invasión hasta la liquidación total del bandidismo armado.

En 1959, la primera organización que surgió en esta provincia fue La Rosa Blanca, compuesta de ex militares de la dictadura y elementos afectados por las primeras medidas de la Revolución.

Al desarticularse la conspiración trujillista en agosto de ese mismo año en la ciudad de Trinidad, con la participación de nuestro Comandante en Jefe, en Fomento se alzaron los ex miembros de la dictadura Eulogio Casola y Raimundo Ferrer. Luego, al ser detenidos los colaboradores por la Seguridad en las ciudades de Placetas, Cabaiaguán y Sancti Spiritus, en diciembre de 1959 abandonan el país.

En el mes de noviembre de aquel año, en la finca La Macagua, barrio La Sierrita, municipio de Cienfuegos, se alzó Pedro Román Trujillo, conocido por *Maceo*, quien puede considerarse uno de los primeros alzados del Escambray.



El resto de las organizaciones que ya empezaban a funcionar y el incipiente aparato de la Seguridad del Estado que recibía gran cantidad de información de la población, pero que no tenía ni la experiencia, ni las posibilidades de convertir esta situación en realidad operativa, fue sentando las bases para iniciar la penetración sobre las organizaciones contrarrevolucionarias.

En aquel momento, las principales organizaciones eran el Movimiento de Recuperación Revolucionaria, el Movimiento Revolucionario del Pueblo, el Directorio Revolucionario Estudiantil, Rescate, Triple A, etcétera.

La penetración de estas organizaciones nos permitió conocer los incipientes movimientos de los alzados sobre los cuales no teníamos control.

La CIA constituye posteriormente el Frente Revolucionario Democrático, con el objetivo de dar la impresión de que en el país existía una entidad que concentraba las principales organizaciones contrarrevolucionarias en un frente político único contra la Revolución.

En su estrategia, la Agencia se proponía darles un apoyo a las organizaciones contrarrevolucionarias y abrir un frente de alzados, tener una fuerza en el exterior de apoyo a estos frentes de alzados y bombardear el país de propaganda gris.

Entre septiembre y diciembre de 1960, se produce gran cantidad de alzamientos en Las Villas. En estos momentos, el jefe de Operaciones era el comandante Manuel (*Piti*) Fajardo.

El 5 de septiembre de ese año, el Comandante en Jefe se encontraba en Cienfuegos, cuando un soldado del Ejército Rebelde, que se había infiltrado sin que nadie se lo indicara, le informó que se alzaría un grupo. Entonces, Fidel tomó la decisión de operar de inmediato y como resultado se capturaron tres elementos; entre ellos, Alberto Walsh Ríos, hermano del cabecilla de una de las bandas, Sinesio Walsh Ríos.

Ese día, Fidel se traslada hacia la finca La Campana, en el Hoyo de Manicaragua, donde estaban recibiendo entrenamiento las primeras milicias campesinas y divide las fuerzas en pelotones, al frente de los cuales pone un oficial del Ejército Rebelde y comienzan las operaciones; en el mes de octubre se capturan los cabecillas Sinesio Walsh



Ríos, Porfirio R. Ramírez Ruiz, Plinio Prieto Ruiz y gran cantidad de colaboradores, a quienes se les juzgó en el antiguo regimiento. Estos tres cabecillas fueron condenados a la pena de muerte y los otros, a diferentes penas de prisión.

El día 29 de noviembre cae en combate el comandante Piti Fajardo y en su lugar es designado el comandante Dermidio Escalona.

El 2 de diciembre se efectúa una operación, dirigida por Fidel, contra una de las bandas, la de Benito Campos Pérez, conocido por *Campito*, en la cual se encontraba el cabecilla Ernesto Gómez Márquez, conocido por *Maguaraya*, que había recibido un cargamento de armas por la finca Horizontes, cercana a la playa La Panchita, zona donde se había alzado.

Nosotros teníamos un agente y un enlace en contacto con él y una operación de contrainteligencia que estribó en que varios compañeros nos hicimos pasar por elementos terroristas que estaban perseguidos y tenían necesidad de alzarse. A través del agente hicimos contacto con el colaborador fundamental de los bandidos apellidado Malpica, quien estuvo dispuesto a llevarnos al campamento de los bandidos. Éstos estaban situados en la zona limítrofe entre Matanzas y Las Villas, cerca del poblado de La Sierrita, zona totalmente desconocida por nosotros, a lo cual se sumaba una noche lluviosa y muy oscura. Cuando llevábamos caminados varios kilómetros me enfrenté al colaborador y le dije que era un mentiroso, que él no tenía contacto con ninguna banda y me contestó que estuviera tranquilo, que la primera posta de los bandidos se encontraba a 100 metros, en un cañaveral. Procedimos de inmediato a la detención del colaborador y el agente, y emprendimos el regreso hacia el cuartel de San Pedro de Mayabón, donde nos esperaba el Comandante. El colaborador trató de alertar a los bandidos, diciéndole al agente que saliera corriendo en una dirección y él en otra para que con el ruido de los disparos los bandidos se dispersaran. Inmediatamente, los maniatamos con los cintos y nos presentamos en el lugar indicado.

Fidel había mandado buscar la Columna no. 1 del Ejército Rebelde a Managua y la dividió en dos partes, la mitad dirigida por el comandante Dermidio Escalona y la otra, por mí.



Se tiró la operación y al amanecer se capturaron 19 bandidos con todo su armamento. Con la información obtenida en los interrogatorios tanto a los bandidos como a los colaboradores, pudo ocuparse todo el cargamento de armas recibido.

En esta etapa, ya en la zona del Escambray es nombrado Evelio Duque Miyar como jefe de los alzados. Este individuo era un ex miembro del Ejército Rebelde que había trabajado con el Instituto Nacional de Reforma Agraria (INRA), pero estaba muy relacionado con el clero falangista. Prueba de ello es que le enviaron al cura Francisco López Blázquez para que se alzara con él.

Duque fue quien le dio la primera estructura en comandancia y columnas a los alzados en esa región.

En esta etapa se realiza el primer lanzamiento aéreo de la CIA a los alzados. Se efectuó a través de una operación de contrainteligencia. El compañero Benigno Balza Batista, agente *Patricio* infiltrado en las filas del MRR, siguiendo instrucciones de la CIA, indicó en un mapa la zona de La Lumbre, en el Escambray, se le hizo llegar a la dirección del MRR en La Habana y le llegó a la CIA por medio de la embajada.

En septiembre hicieron el primer lanzamiento de armas que, como es lógico, lo estábamos esperando y se ocuparon.

Este lanzamiento, más los seis que se hicieron a partir de ahí —es decir, entre enero, febrero y marzo, dos en cada mes—, todos cayeron en manos de las fuerzas armadas revolucionarias y las milicias.

En esta misma etapa, en el mes de febrero, aquí en la zona norte, la CIA, para aliviar la presión sobre los bandidos en el Escambray, porque ya estaba empezando la Limpia, envía un grupo dirigido por Lino Bernabé Fernández Martínez, conocido por *Doctor Ojeda*, jefe militar nacional del MRR, con un radista para abrir un frente en la zona norte, lo cual se detectó a través de un trabajo de contrainteligencia y se liquida ese foco que pensaban hacerlo en apoyo al Escambray. Esta operación se realizó por un pelotón de la milicia de aproximadamente 17 hombres; y este sujeto declaró más tarde que había sido rodeado por 17 000 hombres.

En diciembre de este año, Evelio Duque es sustituido, debido a contradicciones internas, por Osvaldo Ramírez. Este bandido, como



nuevo jefe, había recibido una planta trasmisora y un radista llamado Gelasio Laborit Medina, enviado por José Ramón Ruisánchez, jefe civil del MRR nacional, que se hacía llamar *Comandante Augusto* y era cuñado del ex politiquero Tony Varona y vivía en el reparto Siboney, en La Habana.

Este sujeto tenía una planta de radio, mediante la cual se comunicaba con el Escambray, con la embajada norteamericana en La Habana y con la CIA. A través de él se efectuaban los lanzamientos de armas, una operación a la cual le llamaron Operación Silencio. Le pusieron ese nombre, porque previamente les dieron instrucciones a los principales cabecillas de bandidos para que no se movieran, ni realizaran acciones de ningún tipo que atrajeran a las fuerzas revolucionarias, y posibilitar que les llegaran las armas.

En la zona de San Ambrosio, Osvaldo Ramírez preparó un área de recepción con señales para recibir las armas por vía aérea.

El 5 de enero es asesinado el maestro voluntario Conrado Benítez. Cuando Fidel se entera, se presenta en el lugar de los hechos, prepara una operación contra la zona de San Ambrosio, donde todavía se encontraba Osvaldo Ramírez; mediante el fuego de los morteros y el avance de las milicias, los bandidos se ven obligados a huir en desbandada y no pueden recibir las armas. Durante esta operación se presenta el agente Cabaiguán que estaba infiltrado en la banda de Osvaldo y logró salir ileso, informándonos una gran cantidad de datos sobre los bandidos.

Ésta resultó una operación muy importante dentro de la Limpia del Escambray, efectuada entre los meses de diciembre de 1960 y marzo de 1961.

La Limpia, cuyo nombre en clave era Operación Jaula, fue una operación militar concebida por nuestro Comandante en Jefe, en la cual planteó la movilización de 60 000 milicianos —en lo fundamental, obreros de las provincias occidentales—, al frente de quienes se designa una gran cantidad de oficiales del Ejército Rebelde con experiencia en la lucha guerrillera; se rodea la zona del Escambray con un cerco estratégico y varios cercos interiores que lo dividían en zonas operativas, tomándose por las fuerzas todos los caminos, ríos, arro-



yos, aguadas, y situando una escuadra en cada casa de campesinos de la zona. Esto hacía que los bandidos no pudieran moverse prácticamente, apartándolos de recibir cualquier ayuda de fuera de la zona. La Limpia no fue sólo una operación militar, pues sus participantes estaban orientados a convivir y proteger a los campesinos, ayudándolos en sus tareas, así como en mejorar sus condiciones de vida mediante la construcción de viviendas, tiendas del pueblo, caminos, puestos médicos y otras obras que elevaron el nivel de vida de los habitantes; lo que unido a la campaña de alfabetización influyó de manera decisiva en la comprensión de la lucha que se libraba.

El resultado de la Limpia: se capturan alrededor de 450 bandidos y la mayoría de sus colaboradores.

La participación del G-2 durante la Limpia fue de recopilación de información a través de los bandidos y colaboradores capturados, pues en cada sector donde se dividió el Escambray durante la Limpia, nosotros situamos un compañero para que, en coordinación con las tropas, realizara ese trabajo, porque no habíamos aprendido cómo penetrar las bandas.

A causa del gran despliegue militar que había en la zona, suponiendo que hubiéramos tenido los agentes y los enlaces, no había forma de atenderlos, porque no había quien se moviera en aquella región. Era tan grande la cantidad de fuerzas que no había quien coordinara con aquéllas para realizar un movimiento para atender un agente, y cuando ya en esa época teníamos un agente —como el agente Cabai-guán—, nos pasaba que no resolvíamos ningún problema, porque cuando ese agente lograba entregar una información, aunque desde el punto de vista general resultaba útil, operativamente era nula, pues no podía operarse con ella.

Entre el final de la Limpia y la invasión de la Brigada 2506 por Playa Girón, se vuelven a efectuar nuevos alzamientos.

Cuando ocurre la invasión, los elementos que estaban muy comprometidos, previendo que los fueran a detener, se alzan. En la zona del Escambray se alzaron Medardo y Cheíto León con los milicianos de la cooperativa La Hormiga, y quemaron la tienda del pueblo.

Hay una cuestión significativa: la CIA tenía, como planes iniciales, hacer la invasión por Trinidad, porque contaba con la retaguardia



de los bandidos y porque pensaba reforzarlos con su presencia y sus pertrechos.

Como resultado de la Limpia del Escambray, la CIA cambia el lugar de la invasión y cambia su forma. Primero habían preparado esa fuerza militar como apoyo, pero después la convirtieron en una fuerza militar de desembarco y es cuando hacen la operación por Playa Girón.

Después de los sucesos de Playa Girón, durante los días 15 y 16 de julio de 1961, se produce la Reunión de Cicatero, encabezada por Osvaldo Ramírez, en la cual se divide el Escambray en comandancias y las bandas se reducen a no más de nueve efectivos para ganar en operatividad.

En esta reunión, a varios cabecillas de bandidos se les ascendió al grado de comandante; entre ellos estaban Tomás Pérez Díaz, conocido por Tomás *San Gil*; Julio E. Carretero; Benjamín Tardío Hernández, conocido por *Pangüín*; Pedro González Sánchez, conocido por *El Suicida*, y Leonardo Peñate Medina, conocido por *El Carnicero*.

El 21 de julio se operan dos redes de la CIA que actuaban en Santa Clara y en Cienfuegos, compuestas por Javier Soto Álvarez, jefe y radista; Segundo Borges, José Ángel González y Miguel Pentón, entrenados por la CIA en Guatemala y desembarcaron en Cuba por la zona de Arcos de Canasí, en la zona límite de La Habana y Matanzas. Tenían entre sus planes volar la subestación eléctrica de Santa Clara, sabotear la refinería Sergio Soto en Cabaiguán, organizar y apoyar a los bandidos en la costa norte, para lo cual iban a recibir un gran cargamento de armas y municiones que se ocupó posteriormente, y entre sus actividades también se dedicaban a apoyar a los bandidos.

Estas redes se operan en ese momento, porque estaban relacionadas con el Caso Aurora; una operación nacional que se llamaba Patty Candela, en la cual la CIA tenía la intención de hacerle un atentado al comandante Raúl Castro, el 26 de julio de 1961 en Santiago de Cuba, y preparar una autoagresión a la Base Naval de Guantánamo, para provocar una intervención militar en la Isla.

En aquella provincia operaron varias redes CIA en la zona norte: la de Nilo Fernández y Antonio Currala, la de Francisco Cañizares, la de Rodolfo Ramírez Rodríguez, y la de Mariano Pinto y Luis Puig

Tabares (cónsul de Bélgica en Cienfuegos), que tenían como canal de comunicación la embajada de Bélgica; y la creada por los agentes de la CIA Adolfo Borges y Neno Aday, teniendo como jefe de la red a Fernando Álvarez Morales, conocido por *Nango*. Para dar una idea de la cantidad de armamentos y explosivos que enviaba la CIA, les diré la cifra ocupada a esta sola red:

- Tres plantas trasmisoras AT-3
- Una lancha rápida con motor F/B
- Once subametralladoras M-3
- Treinta y dos pistolas Brawning
- Siete pistolas calibre 45
- Dos carabinas M-1
- Un fusil FAL
- Ciento treinta y cinco lapiceros explosivos
- Treinta petacas incendiarias
- Doscientas cuarenta y cuatro minas antipersonales
- Tres minas magnéticas
- Diez minas antitanques
- Sesenta y siete granadas de mano
- Veinticuatro bloques de explosivos C-4
- Cantidades importantes de medicamentos y otros avituallamientos.

Estas redes tenían la tarea específica de preparar a los bandidos, con el fin de efectuar actos de terrorismo, utilizando explosivos de demolición. También, la tarea de asesorar a los bandidos en su organización y ayudarlos en el recibimiento de los alijos de armas y provisiones. Además, estas redes se encargaban de garantizar las infiltraciones y exfiltraciones de los agentes.

En noviembre es asesinado el brigadista alfabetizador Manuel Ascunce Domenech; y con motivo de este asesinato y de algunos otros crímenes que habían llevado a cabo los bandidos, el Gobierno Revolucionario emite la Ley 988. Esta ley trae como consecuencia que los bandidos con crímenes se hacen más difíciles de capturar.

Pero no sólo hubo bandidos en el Escambray. En Las Villas hubo alzados en todo el territorio y para combatirlos dividimos las activida-



des de la Seguridad en zonas. Las zonas de Sagua-Corralillo, Caibarién-Yaguajay, Cienfuegos-Rodas-Cartagena y el macizo montañoso del Escambray.

En Cienfuegos-Rodas-Cartagena se alzaron 14 bandas. Las principales fueron la de Filiberto González García, conocido por *Felo*, *el Asturianito*; Valeriano Montenegro Rodríguez, conocido por *Vale Montenegro*; Fructuoso Luis Molina Padrón, conocido por *el Boticario*, y Antonio Besú Almeida. Estas bandas fueron penetradas y liquidadas entre 1962 y 1963.

En Caibarién-Yaguajay estaba José Rolando González Chávez, conocido por *Bolín*; Arnoldo Martínez Andrade y su hermano Juan Alberto Martínez Andrade; Adalberto Méndez Esquijarrosa, conocido por *Berto* y *Quijá*; Floro Camacho Alfaro, conocido por *la Menuda*; Everardo Díaz Brunet, conocido por *Frías*, entre otros. Bandas que cometieron muchos crímenes en esa zona, como las de Cienfuegos, que cometieron asesinatos de milicianos y campesinos.

En la zona de Sagua-Corralillo operaban seis bandas, siendo los principales cabecillas Benito Campo, conocido por *Campito*, y Margarito Lanza Flores, conocido por *Tondique*.

A partir de 1962 y sobre todo en 1963, estas bandas fueron golpeadas por los batallones de Lucha Contra Bandidos en coordinación con la Seguridad del Estado.

En la zona norte se dio el caso de que hubo bandidos que fueron sacados del país para recibir diferentes tipos de entrenamiento. Es decir, detrás de todo esto estaba la CIA.

A partir del año 1961, nuestro trabajo contra los bandidos recibió un vuelco. Rápidamente nos dimos cuenta de que no podíamos penetrar las bandas de la misma forma que lo hacíamos con las organizaciones contrarrevolucionarias, por una razón muy sencilla: un agente dentro de una organización puede atenderse, porque reside en la misma zona y es fácil contactar. En el caso de los bandidos, si usted infiltraba un hombre en las bandas, después no tenía cómo recibir la información.

Entonces llegamos a la conclusión de que teníamos que infiltrar el terreno donde se movían los bandidos. Se dio la orden de realizar un estudio sociopolítico de toda la zona donde se movían los bandidos,



consistente en clasificar a los habitantes de acuerdo con las necesidades que tenía el aparato de la contrainteligencia.

- Elementos detenidos.
- Colaboradores.
- Quiénes eran los revolucionarios que estaban “quemados”.
- Quiénes, los revolucionarios firmes, pero que no estaban “quemados” como tales.
- Quién era gente positiva, pero no tenía una militancia muy activa.
- Quiénes, los elementos que podían estar colaborando con los bandidos.
- Quiénes eran los elementos que habían estado luchando contra Batista y se habían alzado después contra la Revolución.
- Quiénes, los familiares de los bandidos.
- Quiénes no se sabía cómo pensaban.

Este trabajo estaba regido por el Buró de Lucha Contra Bandidos y después que toda la información se tuvo clasificada y tomando en consideración toda la información existente de los bandidos y los colaboradores detenidos, más otras informaciones obtenidas por otras secciones de la contrainteligencia, se empezó a trabajar contra las bandas.

Se podía ubicar en una zona a quienes nosotros conocíamos o creíamos que eran colaboradores de bandidos. A estos elementos se les comenzaban a acercar otros compañeros que sacábamos de nuestro estudio sociopolítico, con instrucciones de acercarse a un colaborador determinado y convertirse en el mejor colaborador de bandidos, hasta que lográbamos que nuestro hombre entrara en contacto directo con la banda.

Cuando esto se alcanzaba, deteníamos al colaborador verdadero, al contrarrevolucionario, y quien quedaba con libertad de acción era el nuestro.

Esto nos llevó mucho tiempo, empezamos a hacerlo a principios de 1962 y duró hasta que se terminó la lucha con los bandidos.

Otro de los métodos era aprovechar las operaciones militares para reclutar agentes y/o confundir a los bandidos: cuando tirábamos un cerco a una banda, concentrábamos a todos los que vivían en ese lugar como medida de protección y, entre ellos, al agente que había ubicado a los bandidos.



Procedíamos a conversar con algunos y confirmábamos con el agente si los bandidos habían quedado dentro del cerco y el lugar aproximado donde se encontraban.

Después tratábamos de reclutar elementos que nos interesaban y habíamos estudiado previamente. En la última etapa hacíamos reclutamientos supuestamente masivos, incluidos quienes conocíamos como colaboradores, para que se lo informaran a los bandidos y crear de esta forma la desconfianza entre ellos, al no saber a quiénes habíamos reclutado en realidad y a quiénes no.

Pero éstos no eran los únicos métodos. En ese momento ya teníamos experiencia y habíamos concebido el conocido como El Molino, consistente en que se detenía un elemento que sabíamos estaba colaborando, con mucha información, pero no la había revelado.

Ese individuo se le enviaba a Denis a Condado, con un documento firmado por mí, como jefe de Operaciones —o, incluso, por otros compañeros—, en el cual se decía que este individuo había colaborado estrechamente con nosotros, pero lo enviábamos para allá porque tenía intenciones de continuar colaborando y podía resultar muy útil.

Lo mandábamos con un grupo de combatientes en un jeep. El vehículo sufría una avería en un lugar previamente acordado y entonces sucedían varias variantes. Una de ellas era que varios combatientes iban a pedir ayuda y lo dejaban bajo la custodia de dos o tres.

Entonces aparecía un grupo de supuestos bandidos —que en realidad, hombres nuestros disfrazados—, se formaba el tiroteo, aparentemente mataban a los custodios y se llevaban al colaborador. A veces también se llevaban a alguno de los combatientes y hacían un simulacro de ahorcamiento con éste.

Cuando ocupaban el documento, los supuestos bandidos se enfurecían y le decían que lo iban a matar por haberlos traicionado. Ante esta situación, el colaborador, tratando de salvar el pellejo, revelaba todo lo que sabía para demostrar que no había dicho nada a la Seguridad.

Después sucedía lo contrario. Un grupo de combatientes contraatacaba a los supuestos alzados y recuperaba al colaborador, quien nunca se enteraba de haber sido objeto de una medida de contrainteligencia.



La operación más relevante de esta etapa se efectuó en abril de 1962, la cual dio como resultado la muerte en combate de Osvaldo Ramírez, en esos momentos el jefe de los bandidos.

Para obtener esta ubicación se necesitó un gran trabajo de contrainteligencia que nos llevó varios meses, pues la única información era que al colaborador más importante de ellos le decían *Pancho, el Grande* y resultó que apenas llegaba a cinco pies de estatura. Para llegar a conocer la verdadera identidad de este individuo, se detuvo a un ciudadano que se llamaba Delfín Marcos Jiménez, colaborador de Osvaldo y él mismo le había puesto como sobrenombre *G-2* y con quien se utilizó una de las variantes del método del Molino, que ya explicamos antes. Aun así, cuando procedimos a capturar a este individuo, la complejidad del lugar donde vivía nos hizo proceder de forma clandestina; nos refirió que Osvaldo había recibido información de que se iba a tirar una operación en la zona sur donde se encontraba y por eso se lo llevaron a su propia casa y él lo trasladó para la casa de otro colaborador.

Con esta información nos dirigimos al comandante Tomassevish para convencerlo de cambiar la operación desplegada durante la madrugada en la zona sur hacia el norte, en realidad donde se encontraba Osvaldo Ramírez en esos momentos.

En octubre de 1962 se desencadenó la Crisis de Octubre y hay una situación muy característica. Durante esta etapa, ni las organizaciones contrarrevolucionarias, ni las bandas llevaron a cabo ninguna acción. Los cabecillas de las primeras pensaron que los iban a detener como había sucedido previo a la invasión de Girón y los segundos también se mantuvieron a la espera de qué sucedería.

Después de la Crisis, la CIA realiza el último intento por revivir a los bandidos. Envían al agente Luis David Rodríguez al Escambray a entrevistarse con Tomás *San Gil*, quien en aquel momento era el jefe de los bandidos en esa región en sustitución de Osvaldo Ramírez.

El agente CIA, Luis David Rodríguez, se entrevista con Tomás *San Gil* y le dice que la CIA necesitaba que ellos dieran muestras de su presencia y su beligerancia, para que la Agencia pudiera reiniciar la ayuda.



Esto trae como consecuencia que, entre diciembre de 1962 y principios de 1963, los bandidos preparan lo que llamaron La Ofensiva, que no fue más que el incremento de las mismas actividades terroristas que habían realizado hasta ese momento. Es decir, asesinar campesinos, atacar ómnibus de transporte de pasajeros y trabajadores, quemar granjas, escuelas, viviendas rurales, almacenes agrícolas, destruir plantaciones, etc. En total, unas 20 personas fueron asesinadas.

Entre los hechos de mayor connotación estuvieron el asalto de dos ómnibus de la papelería Pulpa Cuba, un gascar en Sierra Alta y un jeep en que viajaban unos milicianos que fueron asesinados.

En esta etapa dictaron un bando en el cual se decía que no podía circularse por el Escambray después de las 6 de la tarde. En resumen, a partir de la visita del agente de la CIA, incrementaron sus acciones.

Lógicamente, la respuesta de las fuerzas revolucionarias no se hizo esperar. Los batallones de Lucha Contra Bandidos y la Seguridad del Estado, desataron una contraofensiva y en una de las operaciones resultó muerto en combate Tomás *San Gil*, el 28 de febrero de 1963, por medio de una operación de contrainteligencia a la cual me voy a referir a continuación: Este bandido tenía por costumbre reunirse en una zona conocida por El Naranjal, en el firme de un macizo montañoso de muy difícil acceso. Como medida de seguridad prohibía salir del lugar a todos los vecinos, lo que traía como consecuencia que cuando teníamos la información de nuestros colaboradores, ya los bandidos se habían retirado. Se ideó que el colaborador nuestro enviara, con el único que podía salir, un arriero familiar de uno de los alzados, un par de botas para reparar a un zapatero de Banao, colaborador nuestro, con una cantidad de dinero equivalente a la cantidad de bandidos que había allí reunida y con la clave que los necesitaba dentro de varios días, lo que significaba el tiempo que esos bandidos permanecerían en la zona.

Tiempo después, por otra operación de contrainteligencia, se capturó uno de los jefes de banda más sanguinario que hubo en el Escambray, Pedro González Sánchez, conocido como *el Suicida*; ya en estos momentos no llegaban a diez bandas en toda la provincia y todo el norte había sido limpiado y sólo quedaban quienes se movían en el Escambray.



Los bandidos estaban totalmente desalentados y comienzan a pensar en cómo escapar hacia el exterior, entonces entra a desempeñar su papel el caso de Alberto Delgado, conocido como el Hombre de Masinicú.

A grandes rasgos, esta operación consistía en lograr la penetración de un agente que asegurara disponer de contactos con la CIA que permitirían sacar a los bandidos por el norte de Camagüey.

La operación con Alberto Delgado comenzó, cuando nosotros pedimos a nuestra jefatura un compañero con características personales que le permitieran penetrar en el medio donde se movían los bandidos.

Nos enviaron al compañero Alberto y lo situamos en la finca Masinicú, donde conocíamos que Julio E. Carretero, quien había asumido el cargo de jefe del Escambray a la muerte de Tomás *San Gil*, tenía buenos colaboradores.

Entonces, conociendo las intenciones de los bandidos de salir del país, empezamos a hacerles ver que Alberto tenía posibilidades de sacarlos.

Alberto contacta con Benilde Díaz, la madre de Tomás *San Gil*, quien a la vez era la madre de crianza de Alfredo Amarantes Borges Rodríguez, conocido por *Maro* Borges, y a través de ella se hace contacto con él.

Cuando Alberto va a ver a *Maro* Borges, ya nosotros empezamos a preparar la operación. A acondicionar la embarcación, a escoger compañeros con características de norteamericanos, altos, rubios, de ojos claros, etc. La nave era un guardacostas de la Marina de Guerra y lo preparamos como si fuera un guardacostas norteamericano. También buscamos un pescador que nos ayudara a sacar a los bandidos.

Mientras estaba ocurriendo todo esto, Alberto va a entrevistarse con *Maro*. Nosotros quedamos en vernos en Morón para el primer contacto; yo voy con un chofer, pero *Maro* le dice a Alberto que no puede salir, que tiene que irse. Y Alberto se aparece en Morón con un bandido y nos informa que tenemos que recogerlo en dos días en la Carretera Central, cerca de Jatibonico.

A duras penas logramos preparar lo que teníamos. Se envía un camión con Alberto y el compañero Ibrahín Acosta Filgueiras, *Agua-*



da, quienes recogen a los bandidos, los pasan por Jatibonico, Chambas, Punta Alegre; en el cementerio, los estaba esperando el pescador.

Allí Maro le dice a Alberto que se tiene que ir con él, y Alberto le dice que él se va, pero que entonces no puede sacar a nadie más. Lo convence, y Maro se va con su gente para el cayo.

En el cayo, una avioneta les va a hacer señales a los bandidos de que los iban a recoger, y, efectivamente, pasó la avioneta, hizo la señal y el guardacostas se acercó. Nuestros compañeros iban disfrazados con el uniforme de la Marina de Guerra norteamericana, pero calzaban botas rusas, porque no pudieron conseguirse otras.

Esta operación tuvo muchas peripecias. Había un mal tiempo muy grande y se pasó mucho trabajo para trasladar a los bandidos del cayo al barco.

Se envió un pequeño bote de remos con motor fuera de borda y los bandidos se trasladaron hacia el barco. Maro quedó conversando con el capitán del barco, quien utilizaba los servicios de dos traductores, pero a sus hombres se les dijo que tenían que vacunarse y cumplir los trámites migratorios. Cuando bajaban, uno a uno y por una escalera muy estrecha que no les permitía casi ningún movimiento, los esperábamos varios compañeros, los amordazábamos, los amarrábamos y los metíamos en el pañol de las municiones. Así se neutralizaron los 16 efectivos de esta banda.

Después le planteamos a Maro que tenía que colaborar y estuvo de acuerdo, pues al estar preso, pensó que así se libraría de pagar por sus crímenes, que fueron muchos. Entonces fuimos a sacar a Carretero.

Hicimos una fotografía de Maro con su gente, vestidos de short con camisas deportivas, como si estuvieran en una playa de Miami. Esta foto se envió en un sobre con matasellos originales de Miami, los matasellos de Cuba, etc., y se le hizo llegar por el correo a Benilde, quien se la hizo llegar a Carretero. Entonces, Carretero planteó que él también se quería ir.

Para la salida de Carretero ya teníamos mejores condiciones. Una lancha V20 que le habíamos ocupado a un team de infiltración, la ropa adecuada, incluidas las botas, botellas de whisky, cajetillas de cigarrillos americanos, chiclets, etcétera.



Cuando vamos a sacar a Carretero en la primera operación, se presenta un mal tiempo grandísimo y el pescador le plantea a Denis, que estaba en Caibarién, que con las condiciones meteorológicas existentes él no se atrevía a salir, porque se iban a hundir.

Cuando Denis me llama para decírmelo, ya el camión que iba a recoger a los bandidos había partido. Entonces le dijimos a Emerio Hernández que fuera con una patrulla de la Policía y detuviera el camión antes de que entrara donde estaban los bandidos.

Emerio logró llegar a tiempo, pero Alberto plantea que había que ir a ver a Carretero y que Aguada tenía que acompañarlo. Y Aguada fue.

A Carretero lo confundió la lógica, porque cuando ellos le explican que no pueden salir, debido a que el barco había sufrido una avería, los bandidos se enfurecieron y comenzaron a dudar. Mas, Carretero reflexionó y les dijo que no había de qué preocuparse, porque si fuera el G-2 el que estaba detrás de aquello, tendría no uno, sino diez barcos a su disposición, lo que demostraba que era verdad, la CIA los iba a sacar. Entonces se calmaron, aceptaron y se prepararon para salir cuando la situación se resolviera.

A Carretero se paseó por Trinidad, Sancti Spíritus, Jatibonico, Chambas, Punta Alegre y lo llevaron al cementerio. En esta operación todo resultó más fácil.

Carretero llevaba la contraseña de Cheíto y nosotros la ocupamos, independientemente de que él nos la dijo. Pero eso tenía una complicación, porque Cheíto planteaba que esa contraseña había que trasmitírsela por Radio Swan en la voz de Conte Agüero.

Entonces, tomamos una estación de radio que había en Trinidad, que cubría una zona entre la carretera de Topes de Collantes y el pico de Potrerillo. Mediante nuestros contactos mandamos a los bandidos situarse en esa zona.

Enviamos a los operadores de la estación a pasar un curso a La Habana y nos hicimos cargo de ésta. Seleccionamos a un compañero que hablaba igual que Conte Agüero y grabamos un disco con una frase que él decía cada vez que iba a transmitir una señal: "Porque Dios está con nosotros y Dios no puede perder". En ese momento trasmitía



la señal CIA que tuviera, que decía: “Atención Escambray, atención Escambray. Armando 31-04-22 todo bien”.

Entonces grabamos eso. Les mandamos un radio a los bandidos, Denis y yo nos situamos con un radio en la carretera de Topes a Trinidad, los bandidos estaban entre Topes y Potrerillo y escuchamos a la perfección cuando salió Radio Swan al aire.

Cuando Conte Agüero dijo: “Y Dios está con nosotros y Dios no puede perder”, tiramos al aire la estación de nosotros, trasmitimos la clave y cuando terminamos nos fuimos del aire. Aquello salió muy bien, sólo se produjo una breve interrupción en la transmisión que pareció una pequeña interferencia atmosférica.

Nosotros oímos bien, pero los bandidos, en vez de sintonizar por onda larga, se colocaron en onda corta y quedaron fuera; pero los colaboradores habían hecho las cosas bien y sí escucharon. Al otro día repetimos la operación por onda larga y no hubo problemas, porque la transmisión quedó todavía mejor.

Después de esto, Alberto se entrevistó en dos ocasiones con *Cheito* León y no hubo problemas. En cambio, cuando ya se está preparando la salida, sucede la muerte de Alberto.

Desde todos los análisis que hemos hecho, su muerte no guarda ninguna relación con la clave. Tenemos muchos elementos para saber que la clave empleada era la correcta y eso sucedió por razones que no tenían nada que ver con la operación. Eran sospechas de otros bandidos que convencieron a *Cheito* de que Alberto estaba funcionando con nosotros.

Después de la muerte de Alberto, en el Escambray quedaron las bandas del cabecilla Rubén González León, conocido por *el Cordovés*, liquidado dos días después de la muerte de Alberto; la de José León Jiménez, conocido por *Cheito* León y liquidada en junio; la de Francisco Pineda Cabrera, conocido por *Mumo* Pineda, que actuaba por la zona de Fomento y también liquidada el 18 de diciembre de 1964; y la de Blas Tardío Hernández, la última banda que quedaba en esa provincia y eliminada mediante una operación de contrainteligencia del agente *el Socio*.

Era costumbre de este cabecilla citar a quien suponía su colaborador e interceptarlo antes de que llegara al lugar convenido. Así evita-



ba que conociera la ubicación de su campamento, lo que hacía bastante difícil obtener su ubicación para cercarlo y operar.

El 9 de marzo de 1965, el agente logró llegar a un lugar próximo donde se encontraba acampada la banda, pero como no conocía el lugar exacto, cumpliendo una orientación del oficial que lo atendía, puso en práctica la Operación Bistec, al pedir que le frieran un pedazo de carne. Tomó el tiempo que demoraron en ir a prepararlo y traerlo, y calculó la distancia a la que se hallaba el campamento del lugar donde él se encontraba. Acto seguido dispuso rápidamente de aquella comida y cuando concluyó, se despidió de sus anfitriones y partió de regreso a casa.

En realidad fue directo a contactar con su enlace y le dio la ubicación casi exacta del campamento, lo que le permitió a la jefatura de LCB preparar una operación militar. Con la información suministrada por el agente, el 10 de marzo, unidades de LCB operaron alrededor de Pico Blanco contra esta banda y cuando ocurrió el encuentro con los fugitivos, uno resultó herido en el acto, pero los otros lograron esconderse dentro del cerco, aunque no pudieron escapar. Los combatientes continuaron “peinando” la zona durante el día, pero los bandidos no aparecieron.

En estas circunstancias se decidió reforzar el cerco para pasar la noche. De madrugada, los bandidos trataron de cruzar el cerco varias veces, pero no lo lograron. En esta operación se hizo uso de luces de bengala y los jefes a todos los niveles se mantuvieron durante toda la noche recorriendo el cerco. Todos los combatientes estaban conscientes de que era la última banda que quedaba en esa región. El 11 de marzo, en la zona de Hoyo del Pinto, en Cabagán, fue capturado Blas Tardío, el último de los cabecillas de bandidos que quedaba al frente de una banda que mantenía su estructura dentro del territorio del Escambray.

Después quedaron Luis Santana Gallardo, conocido por Luis Vargas, y José Rebozo Febles, conocido por Pepe Rebozo, pero ambos prófugos y sin ninguna beligerancia, detenidos meses después cuando ya la Lucha Contra Bandidos había concluido. Al primero se le detuvo el 3 de diciembre de 1965 y el segundo, un poco más tarde, el



1° de octubre de 1966. Además quedaban Efraín Manso Brizuela y José Tomás Zayas Montejo, conocido por *Machito*.

A través del agente *el Cojito* se preparó carne de puerco y café con un somnífero, una sustancia inodora e insípida que se mezclaba con las comidas y quienes la ingerían quedaban profundamente dormidos, sumidos en una especie de sopor, lo que permitiría detenerlos y trasladarlos hacia un lugar seguro, desde donde se llevarían bajo custodia hasta las instalaciones de la Seguridad.

El día 24, Leonardo Ramón Ruiz, el agente *el Cojito*, logró que consumieran la comida previamente preparada con el somnífero, pero lo hicieron de manera exagerada y se dio una situación en verdad trágica. Cuando la sustancia comenzó a hacer efecto, los dos alzados se marcharon eufóricos en distintas direcciones. El primero fue interceptado cuatro días después por un grupo de milicianos que le seguían el rastro en la zona de Güira de Ponce, Guaniquical, y cuando los vio, abrió los brazos y permitió que lo capturaran sin ofrecer resistencia.

Con Zayas no ocurrió lo mismo. Después de un largo recorrido por el monte se fue para la casa de un pariente y allí permaneció en el interior de una fosa. Más tarde se trasladó para otro lugar menos indecoroso y al cabo de 10 años, el 12 de noviembre de 1975, se presentó voluntariamente en la unidad de la PNR en Trinidad.

Entonces, Fidel, en el acto por el XII Aniversario del Asalto al Cuartel Moncada, celebrado en Santa Clara el 26 de julio de 1965, declara que el bandidismo había sido liquidado en el Escambray, cuando señala: “Las Villas, donde el imperialismo quiso en vano levantar una trinchera, la Revolución erigió un baluarte invencible”.

Ese baluarte invencible de nuestra Revolución se mantiene hasta hoy y perdurará eternamente.

Muchas gracias.

La Habana, 22 de febrero del 2008.



Playa Girón

José Ramón Fernández Álvarez

Nos honra estar aquí en esta reunión con ustedes, expresarles que, por invitación de este grupo martiano y, por supuesto, revolucionario, agradecemos compartir con ustedes comentarios en relación con el ataque enemigo a Playa Girón en abril de 1961.

En primer lugar pienso hablar ahora unos 15 minutos más o menos y proyectar después 52 minutos.

Proyectar *66 horas*, es el nombre; ése fue el número de horas que duró la resistencia de los mercenarios; y luego hablar unos minutos y el tiempo restante que ustedes estimen, destinarlo a preguntas que no están limitadas y a respuestas que sí están limitadas de acuerdo con las posibilidades de quien las responde.

En primer lugar dejar claro que se ha confirmado mediante documentos desclasificados hace tiempo, pero utilizados últimamente, en una obra que se publicó con motivo del aniversario de Girón de este año, que se titula *Girón, preludio de la invasión. El rostro oculto de la CIA*, cuyos autores son el doctor Manuel Hevia Frasquiere y el doctor Andrés Zaldívar Domínguez.

Hay millones de documentos y de páginas, millones literalmente hablando, desclasificados, desconocidos por la gente, por todos nosotros. Millones de páginas es difícil leerlas, difícil buscarlas, difícil conocerlas.

Y aunque ahora hay un proceso de reclasificación, como seguramente leyeron ustedes en las páginas centrales de *Granma* hace tres o cuatro días, muchos de esos que están reclasificando, habían sido antes fotografiados, publicados y son conocidos por mucha gente.



Con esos documentos se ha logrado esclarecer muchas acciones que eran desconocidas.

Por ejemplo, a las que voy a referirme, o muchas de las acciones que tomó la Administración de Estados Unidos con todos sus órganos: de gobierno, diplomáticos, militares, de espionaje, de investigación, económico y otros, en relación con Cuba, se dirigieron a evitar que la Revolución, que el Movimiento 26 de Julio llegara al poder.

Esto aconteció desde antes del triunfo de la Revolución y ahora aparecen los documentos.

Durante la etapa de la lucha en la Sierra Maestra, fueron diversas las acciones buscando alternativas, de modo que se evitara que llegara al poder el 26 de Julio o que llegase, si llegaba al poder, de un modo controlado; es decir, formando parte de un gobierno en el cual se contrapusieran fuerzas tradicionales, fuerzas que respondían a los intereses del imperio.

En ellos aparecen nombres y apellidos de personas, acciones, fechas, etcétera.

A finales de 1959, el *New York Times* publicó una información en la cual hacía conocer que el gobierno de Estados Unidos había decidido derrotar a la Revolución cubana, aplicándole el mismo tratamiento que había aplicado al gobierno del presidente Jacobo Árbenz en Guatemala, donde con sólo un pequeño grupo de mafiosos encabezados por Castillo Armas, penetró por una de las fronteras vecinas y el gobierno progresista de Jacobo Árbenz cayó después de maniobras y traiciones.

El 17 de marzo de 1960, un documento que resume una reunión de Eisenhower, presidente de Estados Unidos, con los órganos de gobierno y de Inteligencia, se autorizó tomar una serie de acciones contra Cuba y esto está no sólo en documentos. Ahí tomó nota de la reunión el general Goodpaster. Eisenhower dijo al final: “Nada de lo que aquí sucedió puede conocerse”.

El presidente de Estados Unidos aprobó, en esa ocasión, cuatro medidas contra la Revolución cubana que se conocieron luego con el tiempo, pero había más que se conoció mucho tiempo después.

Esas cuatro medidas conocidas eran: formar una organización de exiliados contrarrevolucionarios cubanos en el exterior; llevar a



cabo una ofensiva de propaganda en nombre de Cuba, esa ofensiva se mantuvo con una gran fuerza durante los propios días de la invasión.

La tercera, crear dentro de Cuba un aparato clandestino y la cuarta, desarrollar fuera de Cuba una fuerza paramilitar para introducirla en la Isla, con el fin de entrenar y dirigir grupos de resistencia.

En un inicio, la idea era introducir grupos de cuatro o cinco hombres clandestinamente en Cuba; luego se puso una norma de diez hombres con radio operador, un ayudante, un jefe, etc., que debían introducirse en diferentes puntos y promover desde allí alzamientos.

Las dos medidas aprobadas que faltaban por incluir en el documento inicial que se conoció y que existieron son: una, dar indicación a todos los contrarrevolucionarios en Cuba, que cuando se ocupara una zona del territorio por la contrarrevolución, se trasladaran allí para fortalecerla, y la otra, que siempre han tratado de ocultar, era el asesinato del Comandante en Jefe Fidel Castro.

Por eso, Allen Dulles, jefe de la CIA (hermano de John Foster Dulles, secretario de Estado a la sazón), al día siguiente de fracasar la invasión, declaró que algo muy importante que debía haber acontecido antes o preferiblemente coincidiendo con la invasión, no había tenido lugar y era, sin dudas, el asesinato del compañero Fidel, aludiendo a que el fracaso se debía en una parte a eso.

El enemigo estaba consciente de la influencia que tenía la personalidad de Fidel, sus características de líder y su prestigio, como dirigente de una Revolución que había derrotado a la tiranía y llevó al poder a un verdadero movimiento revolucionario nuevo y diferente.

Desconocían que una fuerza armada, cuando digo de fuerza armada en este caso hablo de milicias y de todo tipo de fuerza armada regular, que en nuestro caso todas proceden de las entrañas del pueblo y son y actúan como el pueblo mismo; no se desmorona como ha pasado alguna vez con un ejército que sirve a otros intereses, lo cual ha resultado frecuente que acontezca en América Latina.

Según esos documentos nuevos desclasificados a que me he referido, no eran cuatro las acciones, sino seis, las últimas dos no mencionadas, las que aprobó Eisenhower en aquella ocasión.



En ese período, para la Revolución cubana, el objetivo principal era enfrentar y derrotar los planes del enemigo.

Luchar contra el bandidismo, lo que se hizo con gran efectividad; sobre todo, en la parte final del año 1960 y en los primeros meses del año 1961, pues cuando se produjo la invasión sólo había pequeños grupos aislados, en fuga y escondidos.

En esta etapa se encontraban trabajando contra Cuba unas 50 redes enemigas internas controladas por la CIA, algunas de las cuales se desarticulaban por la penetración de nuestros órganos de Inteligencia durante la llamada Operación Mangosta (1961-1963) y la gran mayoría, después en los años 1963-1965.

La acción del pueblo, de los Comités de Defensa de la Revolución (CDR) y del Ministerio del Interior durante esos días, tomando medidas contra todos los desafectos, permitió descubrir muchas cosas que no se sabían y ponerles coto.

La lucha contra los sabotajes que redujeron a cenizas cañaverales y, sobre todo, grandes comercios para dar un golpe de efecto, El Encanto, La Época en la ciudad de La Habana. El Encanto casi coincidiendo con Girón, en una ofensiva de última hora de los enemigos contrarrevolucionarios; otro criminal ejemplo fue el del vapor *La Coubre*.

La lucha del Ministerio del Interior y del pueblo contra la organización de atentados a los compañeros Fidel y Raúl, resultó intensa y continua.

Estos atentados e intentos de atentados pusieron un récord en su número en la fecha anterior inmediata a Playa Girón, precisamente coincidiendo con lo que decía el señor Dulles, jefe de la CIA, “algo que se esperaba y no aconteció”.

La lucha contra la propaganda enemiga, Radio Swan, una campaña gigantesca, desinformando al pueblo, y por eso vemos el movimiento y la continua acción, con la tremenda fuerza de un ciclón del compañero Fidel frente a la televisión y a los medios de comunicación y en todo su accionar cotidiano, orientando y dirigiendo al pueblo.

Los subversivos emplearon un arsenal gigantesco de medios. Empezando por Radio Swan que se oía en Cuba tan bien o mejor que cualquier estación local.



Y acciones como una que puso un récord de falta de espíritu humano, de sensibilidad de principio ético: la Operación Peter Pan. Haciendo circular documentos falsificados, así se inventó un proyecto inexistente de ley del gobierno por el cual se retiraba la patria potestad a los padres sobre sus hijos y se logró que miles de niños fueran embarcados al exterior sin la presencia de sus padres, donde en muchos casos se traumatizaron en grado superlativo.

Crecieron en asilos ajenos al abrigo de nadie o de otra familia; sin el aliento, calor, protección y cariño de lo más querido: sus padres. Diferentes traumas, algunos de los cuales están presentes en personajes más o menos conocidos hoy y otros muchos lamentan, han lamentado y seguirán lamentando mientras vivan, la acción tomada por su familia y los promotores de esa acción que se conocieron después.

Coincidiendo con ello y siguiendo uno de los puntos enunciados, del acuerdo de la Casa Blanca del 17 de marzo de 1960, se comenzaron a reclutar hombres en Miami para organizarlos y entrenarlos, y formar esos grupos, esos teams, a los cuales nos hemos referidos antes.

Mientras tanto, el U-2, un avión de espionaje que vuela a una altura tal que no se le oye ni se le ve, que sólo se le detecta mediante el radar, fotografiaba toda Cuba, incluida la región de la ciénaga de Zapata, y los mapas que trajeron los mercenarios estaban actualizados con detalles que no tenían los mapas nuestros.

Girón en sí, no fue un hecho aislado. No fue una agresión única, fue parte de todo un proceso de agresiones enemigas. Era, pretendían, el golpe de gracia a la Revolución cubana.

Pudiéramos así decir que terminó una etapa y empezó otra, porque no había terminado Girón y comenzó la Operación Mangosta.

Según los documentos desclasificados se intentó, desde la época de la lucha en la Sierra Maestra, formar una junta de gobierno, hubo varias propuestas en casos sin el consentimiento de los propuestos de crear un gobierno, una junta militar con Cantillo, representantes del 26 y de otras organizaciones de politiqueros de la época; otra era con Tony Varona; otra, con Miró Cardona; otra, con Barquín y algunos de los militares presos; otra, con Justo Carrillo. Personajes de la época y nosotros, presos en Isla de Pinos no conocimos de eso. No tuve in-



formación de que alguna persona del grupo lo conociera. No puedo afirmarlo, yo estaba en una especie de ejecutivo y como sabe Casto Amador, a quien presenté al inicio, entre los militares presos se formó ese grupo con representantes de la Fuerza Aérea, del Ejército y de la Marina, y yo estaba en ese grupo que éramos seis y coordinábamos, negociábamos y representábamos a los militares en su conjunto.

Había cerca de un centenar de oficiales presos. Por diferentes movimientos y en diferente momento, comenzando por el nuestro en abril de 1956 y siguiendo con los más significativos está el de Cienfuegos, pero en esa época existieron otros que se conocieron menos.

Es decir, el gobierno de Estados Unidos trató de maniobrar de todos los modos posibles, para matizar, pues no podían evitar que el 26 de Julio llegara al poder, buscando todas las alternativas para por lo menos neutralizarlo, como han hecho en otras ocasiones. En muchos casos, la propaganda, la presión, la influencia, el dinero y ambiciones, han terminado eliminando y neutralizando procesos progresistas o revolucionarios. Eso no es algo nuevo.

En el año 1933, yo no tenía suficiente edad para poder haberlo captado todo, pero he llegado a la conclusión de que cuando aquello empezó también había un espíritu revolucionario.

Soldados, estudiantes, el Partido Comunista desempeñando un papel y los reaccionarios fueron maniobrando y en pocos meses fue convirtiéndose en un gobierno subordinado al imperio.

Así las cosas, a fines de 1960 se celebran las elecciones. Kennedy había aspirado y ganado por los demócratas y, como es habitual, le van informando de todo y así en una reunión con funcionarios de la CIA y del Departamento de Estado le informan del Proyecto Cuba.

O sea, la CIA le va informando para el cambio de poderes que fue el 20 de enero de 1961. Según se sabe, la idea completa de la operación contra Cuba se la informaron después de la toma de posesión, parece que con todos los detalles, lo suficiente para que tuviera idea de lo que sucedía y eso ponía una brasa en las manos de Kennedy.

Devolverlos a sus casas constituía un problema con 2 000 personas. Dos mil familias y 100 000 o 200 000 enemigos contrarrevolucionarios en Miami.



Mandarlos a los Cuerpos de Paz, a los distintos países del continente, podía representar la multiplicación del efecto anterior en todo el continente americano y llevar adelante la agresión inicialmente parece que no era la idea de Kennedy.

Lo cierto es que, cuando llegó al poder y le presentaron el plan completo, el desembarco iban a efectuarlo por Trinidad; donde se les esperaba con miles de hombres adecuadamente situados.

Kennedy se opuso, no porque supiera de la fuerza frente al desembarco en esa región, sino porque su sentido político le indicaba que en ese lugar había una ciudad, miles de habitantes, zona intensamente poblada, etc., iba a resultar un escándalo mayúsculo y él estaba apenas a unos días de haber tomado posesión. Y pidió que le presentaran algo más discreto.

La idea se había transformado, porque existían numerosas informaciones de que la capacidad de la inteligencia del Ministerio del Interior, de los Comités de Defensa y de las unidades que se formaban de las milicias y del Ejército Rebelde, se incrementaba por días.

Y a medida que el tiempo pasaba, opinaban, no se le podía derrotar con grupos aislados, y decidieron cambiar la forma de agresión, por un desembarco en regla al estilo de los de Normandía o, sobre todo, los de las costas del Pacífico, en la época final de la guerra mundial, en las pequeñas islas que había en la región iban desembarcando y tomándolas una a una.

Algunos nombres se hicieron célebres por la crudeza de los combates. Por ejemplo, Guadalcanal y Okinawa. Otros nombres no son tan conocidos. Estos y muchos otros lo son para quienes estudian historia y, en ellos, el aspecto militar tiene gran significado.

Con la orden de Kennedy, en apenas un mes, el Pentágono y la CIA montaron una nueva idea de la acción.

Se escogió la región de la ciénaga de Zapata; es una región con una larga franja de tierra firme separada del resto de Cuba, por una amplia ciénaga que se extiende por unas cuantas decenas de kilómetros de este a oeste. Hoy forma parte de la provincia de Matanzas, en aquella época lo era de la provincia de Las Villas.

Esta zona abarca unos 1 500 kilómetros de tierra firme entre la ciénaga y el mar. Se conocía como la Ciénaga. Era un país subde-



sarrollado dentro de otro país subdesarrollado. Es decir, era doblemente subdesarrollado.

Antes de la Revolución, la ciénaga de Zapata era una región donde no había médicos, teléfonos, vías de comunicación, escuelas ni maestros.

Sí había mosquitos, miseria, mala vida, en definitiva analfabetismo y una vida de supervivencia verdaderamente miserable.

La Ciénaga tenía unos 2 000 habitantes dispersos, que sacaban sus productos, casi exclusivamente el carbón, por canalizos que ellos mismos hacían con sus manos y vendían el saco de carbón a 20, 30 y 40 centavos.

Fidel personalmente había visitado muchas veces la Ciénaga después del 1º de enero de 1959, intercambiado con sus habitantes la conveniencia de crear cooperativas y la disposición de incrementar el precio del carbón, de desarrollar la zona.

De llevar escuelas, médicos. De construir, como se realizó, tres carreteras; una, que viniendo de Horquitas, pasa la Ciénaga hacia el sur; otra viniendo de Covadonga y ambas se unen en San Blas, y otra, que saliendo de Australia, llega hasta Playa Larga y une a Playa Larga con Playa Girón.

En el momento de la invasión eran terraplenes plenamente transitables ya con el firme terminado. Muchos kilómetros son de relleno encima de la ciénaga y sobre ello se han hecho las carreteras. Además se había iniciado la construcción, algunos edificios terminados ya, cabañas terminadas, del Centro Turístico de Playa Larga y el Centro Turístico de Playa Girón.

Se había organizado una brigada de unos 1 600 hombres durante el año 1960 y principios de 1961.

Pasado un tiempo, esta importante fuerza estaba lista y así llega la toma de decisión de llevar adelante la operación.

Había cambiado el concepto, como antes señalé, y el coronel Jack Hawkins de la Infantería de Marina, con experiencia en la guerra del Pacífico, con experiencia en Latinoamérica y dominando el idioma español, fue nombrado el verdadero jefe de la Brigada y quien dirigió con un colectivo de oficiales en activo del Ejército, la Fuerza Aérea, la Marina y la Infantería de Marina de Estados Unidos y de la CIA, su organización y preparación.



Voy a leer aquí un párrafo de Hunt, Howard Hunt, uno de los dirigentes de la CIA, en un libro que escribió después. Dice: “Justo Carrillo nominó y el Comité Ejecutivo del Frente Revolucionario Democrático aceptó, al Coronel Eduardo Martín Elena como Jefe de Asuntos Militares”.

Dice Hunt: “Yo veía al Coronel como un líder, que debía mantenerse ocupado en Miami con los planes militares. En cualquier caso los planes cubanos no serían los utilizados en día D, y sí los planes que estaban siendo desarrollados por la CIA y el Pentágono.

”La planificación militar cubana era un inofensivo ejercicio y podría probar su utilidad tangencial si fuera conocida por los agentes de Fidel Castro y sirviera como material de desinformación.

”Parfraseando el sermón, esto era demasiado importante para dejarlo a los generales cubanos”.

Esto aparece en el libro mencionado, que ojalá hubiera ejemplares para ponerlo a disposición de cada cubano. Es una obra excelente que ofrece información, aun a quienes hemos estado cerca de estos acontecimientos. En esa dirección habíamos estado más o menos informados, pero ahora aparecen o se confirman esas informaciones a la luz de nuevos documentos desclasificados.

Ese plan, al cual se le dio el nombre clave de Operación Pluto, se confeccionó por oficiales de las Fuerzas Armadas de Estados Unidos. Consta en documentos desclasificados, que San Román y Oliva, los jefes de los cubanos que desembarcarían al mando de la Brigada, lo conocieron cuando estaban a bordo de las naves que la CIA alquiló a la empresa García Lines para el traslado de la fuerza mercenaria a Cuba.

Todo era artificial. Los patriotas eran mercenarios; el mando, norteamericano, y el Plan, secreto.

Así es, éste es el resumen que podemos hacer.

Y digo mercenario, porque, por definición, el hombre que sirve a una potencia extranjera es mercenario. Pero quien sirve a una potencia extranjera para agredir a su propia patria, es dos veces mercenario.

En Puerto Cabezas, Nicaragua, se construyó una pista aérea. La Brigada se trasladó desde Guatemala, donde tuvo sus campos de entrenamiento, a Nicaragua en sus propios aviones.



Desde esa base, el 15 de abril al amanecer, tres escuadrillas, dos de tres aviones y una de dos aviones nombradas: *Linda*, *Gorila* y *Puma* atacaron. *Gorila*, Santiago de Cuba. *Linda* y *Puma*, San Antonio de los Baños y Ciudad Libertad, respectivamente, con el pretendido propósito de destruir la diminuta y envejecida Fuerza Aérea cubana.

Destruyeron realmente un T-33, un C-47, un avión de carga, un F-47 que ya no volaba, era un avión de origen norteamericano, y un avión escuela AT-6. Y averiaron el fusilaje de un B-26.

Aunque averiaron algunos aparatos, un daño importante, sin duda, esa agresión no pudo destruir por completo nuestra fuerza aérea, como era su propósito, pero sí ocasionó ocho muertos y numerosos heridos.

Un joven patriota, Eduardo García Delgado, de la base aérea de Ciudad Libertad, mortalmente herido durante el ataque, utilizó uno de sus dedos como pluma y con su propia sangre escribió el nombre de Fidel.

Fue un gesto de gran impacto. El pueblo todo se admiró de la valentía de ese joven combatiente. A todos nos hizo reflexionar y reforzó nuestra firma convicción de luchar contra la agresión hasta derrotarla.

Esto es el día 15.

El día 16 ocurre la despedida del duelo, en 23 y 12, de los caídos en Ciudad Libertad, y se declara el carácter socialista de la Revolución.

Se llama a la movilización general y Fidel advierte que era inminente una invasión, y al decretarse la movilización general del país se está diciendo eso.

Hasta ahí, lo que yo deseaba expresar como introducción, a la excelente proyección que nos ha regalado Mundo Latino después de un recorrido, numerosas entrevistas y un trabajo bastante detallado y que todos pretendemos que resulte tan veraz como somos capaces, o hemos sido capaces de hacerlo de Playa Girón.

Se ha proyectado ya. Después de proyectado se le hicieron algunos ajustes y correcciones, y ésta sea la última versión, por el momento.

(Hasta aquí la transcripción de lo expresado en la conferencia que convocada por la Asociación José Martí, tuvo lugar en la Sala Sanguily de la Universidad de La Habana. A partir de ahí, durante aquella actividad se proyectó el documental de Mundo Latino *66 horas*.)



Ha finalizado el documental.

Queridos amigos:

De ahora en adelante voy a describir el desarrollo de las acciones aproximadamente como lo hice aquella ocasión en que con la palabra amplié lo que representaban las imágenes. Ahora no puedo emplear las imágenes, lo que me obliga en este caso a ajustarme estrictamente a los hechos y ser un poco más extenso.

Kennedy aprobó los planes de bombardeo de nuestros aeropuertos con antelación al desembarco y dio su consentimiento a toda la operación. Anunció, sin embargo, que se reservaba el derecho de suspenderla hasta 24 horas antes del desembarco de la fuerza invasora que transportaba la flota.

Esa flota transportaba un ejército de 1 500 hombres: una brigada de infantería armada con tanques, armas de apoyo, cañones sin retroceso de 57 y de 75 milímetros, morteros de 120 milímetros y otros medios. La tropa la conformaban siete batallones, uno de ellos aerotransportado y otro de armas pesadas, una compañía de tanques y otras unidades. Contaba, asimismo, con pequeñas unidades de servicios médicos, logística, ingeniería y otras propias.

Organizada y armada, como dije antes, con semejanza en la estructura y en la concepción de su uso en combate, a una brigada de ese tamaño del ejército regular de Estados Unidos. Integraban también esa fuerza 16 aviones B-26 bombarderos ligeros, seis C-46 y ocho C-54, ambos, aviones de transporte, y dos PBY, conocidos como Catalina, capaces de aterrizar y amarizar. Con respecto a la Fuerza Aérea Rebelde, la proporción de pilotos era de seis a uno a favor del enemigo. La mayoría de ellos lo fueron de la Fuerza Aérea del ejército de la tiranía. Cerca de 100 oficiales y miembros de ese ejército componían los cuadros de mando principales de la brigada invasora, la jefatura, sus batallones y compañías.

La operación seguía el mismo patrón de desembarco anfibio de las Fuerzas Armadas norteamericanas, el mismo orden de análisis y secuencia de las acciones y los anexos de una operación como eran usuales en su ejército regular.

Los barcos que transportaban a los mercenarios se protegieron en su travesía hacia la Isla por los portaviones *Essex* y *Shan-Gri-La*, el por-



tahelicópteros *Boxer*, los destructores *Conway*, *Murray*, *Percy* y *Eaton*, y tres o cuatro submarinos, todos de la Marina de Estados Unidos. Además de algunas naves ligeras, artilladas, los LCI *Bárbara J.* y *Blagar* que también formaban parte de esa fuerza. Y tan cerca navegaban de las que conducían a los invasores que durante una práctica de tiro que se efectuaba en uno de los barcos, casualmente fue herido un mercenario. A ella se acercó esa misma noche el destructor *Murray*, para que le traspasaran al herido y brindarle la atención médica oportuna.

Las embarcaciones, en su viaje hacia Cuba, se movieron por rutas diferentes hasta agruparse al sur de Gran Caimán.

Era la noche del 15 de abril.

Para dar una idea de la confianza que el gobierno de Estados Unidos tenía en la brigada mercenaria y en el éxito de la Operación Pluto, baste recordar parte de algunos párrafos, de un mensaje más extenso expresado en el mismo sentido, que el coronel Jack Hawkins dirigió a la CIA el 13 de abril de 1961, desde el Puerto Cabezas en el momento en que la Brigada abordaba los buques que la llevaría a Cuba: “Mis observaciones en los últimos días han aumentado mi confianza en la capacidad de esta fuerza no sólo para efectuar misiones iniciales de combate, sino también de lograr el objetivo final de derrocar a Castro.

”(...) Ya ellos conocen todos los detalles del plan y están entusiasmados. Estos oficiales son jóvenes, vigorosos, inteligentes y los mueve un ansia fanática por comenzar la lucha para la cual la mayoría se ha preparado en las severas condiciones de los campos de entrenamiento durante casi un año. Yo he conversado con muchos de ellos en su idioma. Todos, sin excepción, confían plenamente en su capacidad para vencer (...)

”La brigada está bien organizada, además, su armamento es más pesado y sus equipos superan en algunos aspectos a los de las unidades de infantería de los Estados Unidos. Los hombres han recibido un entrenamiento intensivo en el uso de las armas, que abarca una experiencia en el tiro superior a la que normalmente adquieren las tropas estadounidenses (...)

”Los oficiales de la brigada no esperan ayuda de las Fuerzas Armadas de los Estados Unidos...”.



El mismo día 15, después de las 10:30 de la mañana, nuestro canciller, el doctor Raúl Roa, siguiendo instrucciones del gobierno de la república, denunció los bombardeos ante la Asamblea General de la ONU, y los calificó, con justicia, como un brutal atentado a la integridad territorial, independencia y soberanía de Cuba, que ponía en gravísimo riesgo la paz y la seguridad internacionales. Llamó al agresor por su nombre y lo acusó formal y categóricamente. Pero no pudo ser más extenso en su alegato, porque la presidencia, aduciendo que la denuncia era un punto de fondo y no de orden, lo interrumpió y lo exhortó a volver a su escaño.

“Éste es, sin duda, el prólogo de la invasión en gran escala, urdida, organizada, avituallada, armada y financiada por el gobierno de Estados Unidos de Norteamérica, con la complicidad de las dictaduras satélites del hemisferio occidental y el concurso de cubanos traidores y mercenarios de toda laya, entrenados en territorio norteamericano y en Guatemala por técnicos del Pentágono y de la Agencia Central de Inteligencia”.

Esas palabras movieron al embajador norteamericano Adlai Stevenson a hacer uso del derecho de réplica. Ocurrió entonces un hecho cínico, descarado y vergonzoso. Luego de mentir sobre “la política de neutralidad” de su país con relación a Cuba, afianzó su mentira al añadir que pilotos de combate cubanos sublevados bombardearon sus bases. Dijo que dos de esos aviones habían aterrizado en Florida y mostró la foto de uno de ellos; lucía las insignias de la Fuerza Aérea cubana. El canciller Roa se apresuró entonces a rebatir esa historietta inventada. Aquellos supuestos “pilotos sublevados” procedían en verdad del ejército de la tiranía, desertores, apátridas que hacía mucho tiempo habían abandonado el país; mercenarios reclutados por Estados Unidos y entrenados y armados por su fuerza aérea, que desde su base de adiestramiento en Guatemala se trasladaron a Puerto Cabezas, en Nicaragua, donde establecieron su centro de operaciones. Enmascararon sus aviones con nuestros colores y nuestra bandera, y los pintaron números falsos, en violación del Artículo 39 del Protocolo Adicional de los Acuerdos de Ginebra del 12 de agosto de 1949.

Al día siguiente de ese artero ataque, en horas de la mañana, se efectuó en el habanero cementerio de Colón el entierro de las víctimas. Fidel, al despedir el duelo, informó al pueblo de Cuba sobre los hechos



y definió el ataque como el prelude de la agresión mercenaria. Al final de su patriótico y emotivo discurso proclamó el carácter socialista de la Revolución cubana y llamó a la movilización general del país con el fin de demostrar que estábamos dispuestos a defender hasta la última gota de sangre y a dar la vida por esta “Revolución socialista y democrática de los humildes, con los humildes y para los humildes”.

Después del entierro, recibí indicación sobre mi misión. En caso de agresión, me mantendría en la preparación de personal para las Fuerzas Armadas y las Milicias Nacionales Revolucionarias.

No obstante la misión que se me había asignado, me trasladé a Matanzas después del entierro y organicé la Escuela de Oficiales de Milicias de la cual era director, como un batallón de combate y dispuse que estuviera preparada para salir de operaciones, con las armas de instrucción que se encontraban en los almacenes formé una batería de morteros de seis piezas y escuadras de ametralladoras que servirían de apoyo a las compañías. Seis compañías conformadas en total por 900 hombres.

El plan de agresión contemplaba un segundo ataque aéreo a las bases cubanas. Ese segundo bombardeo no se realizó, porque los pilotos que participaron en el primero aseguraron a sus jefes haber destruido la casi totalidad de los pocos aviones de guerra cubanos, y además porque el presidente Kennedy se opuso a que se llevara a cabo por el escándalo que había originado el primero, pese a las mentiras del embajador Stevenson en la ONU, puesto en ridículo ante el mundo por la CIA y altas autoridades de Washington.

Solamente una persona con acceso a la dirección de la Administración, se opuso a la operación: el senador William Fulbright, presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores del Senado.

Llegaron así la tarde y la noche del 16 de abril de 1961. Kennedy, quien al aprobar los planes de agresión se había reservado el derecho de suspenderlos hasta 24 horas antes de su inicio, no emitió orden alguna en ese sentido y el desembarco comenzó justo a las 12 de la noche de ese día. En principio, el desembarco sería por tres puntos: Playa Girón, Playa Larga y Caleta Buena, identificadas por los mercenarios con los nombres clave de Playa Azul, Playa Roja y Playa Verde, respectivamente. Esas zonas carecían prácticamente de defensa.



En Playa Girón había un puñado de milicianos —obreros de la construcción que custodiaban los materiales para la edificación del centro turístico— y en Playa Larga sólo cinco milicianos del Batallón 339 de Cienfuegos prestaban servicio de guardia en una planta de microondas que comunicaba con el central azucarero Australia, planta que servía para la comunicación de los constructores que laboraban allí y se utilizaba además para los trámites administrativos y de abastecimiento de la empresa encargada de concluir la construcción del centro turístico de la zona.

“Es decir que era la población más pobre y más abandonada de todo el país y uno de los lugares donde la Revolución ha hecho más.

” (...) es uno de los puntos donde más ha trabajado la Revolución, ha hecho tres carreteras que atraviesan la Ciénaga.

”En la Ciénaga había, cuando se produce la invasión, doscientos maestros (...) y trescientos hijos de campesinos [de la zona] estudiando en La Habana.

”Eso da idea del punto que han escogido esta gente.

”Y es muy importante porque demuestra la mentalidad imperialista, al revés de la mentalidad revolucionaria. El imperialista ve la geografía, analiza el número de cañones, de aviones, de tanques, las posiciones; el revolucionario ve la población social, cuál es la población. Al imperialista le importa un bledo cómo piensa o cómo siente la población que está allí, eso lo tiene sin cuidado; el revolucionario piensa primero en la población, y la población de la Ciénaga de Zapata era enteramente nuestra.

”¿Por qué? Porque era una población redimida de la peor miseria, del peor aislamiento”.

Por Playa Girón desembarcaron los batallones 3, 4 y 6, los tanques, el batallón de armas pesadas, 11 camiones con ametralladoras calibre 50 instaladas en un montaje circular encima de la cabina y otros medios. El Batallón 2 lo hizo por Playa Larga. El Batallón 5 estaba a bordo del *Houston*, cuando nuestra fuerza aérea lo atacó y dañó gravemente, lo que obligó a su capitán a embarrancarlo en la ribera occidental de Bahía de Cochinos para evitar que se hundiera.

Los paracaidistas fueron lanzados en los lugares elegidos; seis puntos que eran los accesos a la Ciénaga desde el norte y desde el sur



por las tres carreteras, la que conduce al central Australia, la que desde San Blas sigue al central Covadonga y la que viene de Horquitas y pasa de Babiney a la Ciénaga. Una operación que se desarrolló según las normas y los reglamentos de las Fuerzas Armadas norteamericanas.

La población de la zona, desarmada y ante la imposibilidad de resistir, huía de los invasores. Hombres, mujeres, niños, alfabetizadores adolescentes que acometían allí, como en el resto del país, la Campaña de Alfabetización, se movían como podían en el intento de escapar de los invasores. Los vehículos en que se transportaban algunos de ellos fueron atacados en forma criminal por la aviación enemiga, y los mercenarios sometieron a los cienagueros que tomaron como rehenes a presiones, privaciones, ultrajes y amenazas.

Nuestro Comandante en Jefe asumió, de modo personal y desde el primer momento, la dirección de la defensa del país y tomó rápidas y acertadas decisiones que resultaron fundamentales. El pueblo todo reaccionó con energía, firmeza y alto espíritu patriótico. Hombres y mujeres que lucharon contra la tiranía, todos los que, a lo largo de la Isla, dieron un recibimiento triunfal a Fidel el 1° de enero de 1959, eran la gran mayoría del pueblo que empezaba a disfrutar de las realizaciones de la Revolución y conocían el camino que seguiría, enunciado claramente por el Comandante en la despedida de duelo de las víctimas de la agresión del día 15 de abril. Estaban decididos a derrotar la invasión. El mensaje persuasivo de Fidel, la verdad y transparencia de su prédica, calaron profundamente en la conciencia y en los sentimientos del pueblo. Cada cubano se identificó con los conceptos de soberanía nacional, justicia social, igualdad, dignidad. La Revolución había resuelto el problema de la tierra, al acabar con los grandes latifundios y repartirla entre quienes la trabajaban. Daba pasos seguros y tangibles para acabar con la discriminación racial y de la mujer. También aseguraba el acceso de las grandes masas al empleo, a la educación, a la salud, al deporte, a la cultura, y en la conciencia popular se enraizaba la erradicación de la corrupción en todas sus formas.

Aproximadamente a las 02:40 de la mañana del día 17 de abril recibí en la Escuela de Cadetes en Managua, donde residía de modo permanente, una llamada telefónica del Comandante en Jefe. Me dijo que se estaba



produciendo un desembarco en la región de la ciénaga de Zapata y que, sin perder un minuto, me trasladara para la Escuela de Responsables de Milicias y que al mando de ella me dirigiera a combatir la invasión.

Unidades de las provincias de La Habana, Matanzas y Las Villas, cumpliendo órdenes del Comandante en Jefe, debían moverse hacia el lugar del desembarco y lo hacían con decisión firme de victoria. Acudían sin titubear a defender su Revolución, desde las diferentes direcciones, para cerrar el paso al enemigo, embotellarlo en la Ciénaga primero y seguidamente derrotarlo.

A la Escuela de Responsables de Milicias de Matanzas, que yo dirigía, correspondió muy tempranamente la misión de trasladarse a Playa Larga con el propósito de evitar que el enemigo se consolidara en Pálpite. Debíamos ocupar ese poblado, y abrir así una cabeza de playa dentro del territorio firme, más allá de la Ciénaga, carretera por donde avanzaría impetuosa la fuerza revolucionaria para asestar al enemigo una derrota fulminante.

Recibida la orden del compañero Fidel, tomé las medidas correspondientes. Debía determinar en qué vehículo me trasladaría y escoger a los hombres que irían conmigo. Sería un grupo pequeño. Me acompañarían cuatro alumnos de un curso de oficiales del Ejército Rebelde que se impartía entonces en la Escuela y el chofer. Todavía no había acabado de vestirme, cuando Fidel me llamó otra vez, para saber si ya había salido. Minutos después hizo una tercera llamada con el mismo objetivo. Eso explica la forma enérgica y tenaz con que Fidel exige el cumplimiento de las tareas y controla su organización y desarrollo.

Retrasaba mi partida hacia Matanzas la imposibilidad de acceder a los mapas. Los consideraba imprescindibles para el cumplimiento de mi misión, pero se hallaban bajo llave en los almacenes de la base material de estudios de la Escuela. Como la persona que podía abrir la puerta no estaba y vivía a más de un kilómetro del centro, ordené que la derribaran, mientras se producía otra llamada del Comandante en Jefe.

Fidel me había dicho que no me molestara en llamar a la Escuela de Responsables de Milicias, porque él mismo lo haría y ordenaría que se alistase para salir de operaciones. El vehículo tomó la Carretera Central a toda velocidad con destino a Matanzas.



En la propia posta de la entrada me comunicaron que el Comandante en Jefe esperaba en el teléfono que yo le respondiera. No dudaba de nuestra disposición. Hacía, sí, un seguimiento estricto del cumplimiento de su orden. No nos molestaba que lo hiciera; al contrario. Constituye una ayuda invaluable que el jefe no sólo nos exija, sino que esté disponible para cualquier consulta o aclaración de sus subordinados, más en una misión como la que nos había confiado, de gran responsabilidad, trascendencia y contenido. La actitud de Fidel me confortaba y daba confianza, y su disponibilidad —sobre todo, en ese período previo a la batalla— resultó para mí esencial.

Se interesó por conocer el estado moral de los alumnos. El ánimo es excelente, respondí a Fidel. Aquellos alumnos que se preparaban para oficiales se escogieron en un proceso riguroso de selección y se probaban en el día a día durante el desarrollo del curso y, como señalé antes, el día anterior yo los había organizado como una unidad de combate. Tenían en las manos sus armas, más las armas de apoyo sacadas de los almacenes y módulos de municiones. La Escuela estaba lista para la batalla, pese a que se nos había dicho que no tendríamos que combatir. La misión había cambiado en cuestión de horas. De aquella posibilidad remota pasábamos a ser, casi de hecho, los primeros que enfrentaríamos al enemigo con una fuerza considerable.

Entretanto, el Comandante en Jefe movilizaba batallones de milicias y unidades de artillería y artillería antiaérea, daba misiones a la fuerza aérea, a unidades de tanques y a las columnas 1 y 2 Especial de Combate del Ejército Rebelde y ponía además en estado de alerta máxima a los batallones de las MNR de ciudad de La Habana. Ordenaba a las unidades designadas para repeler la agresión que se dirigieran a Jovellanos. Movilizó también a los batallones de milicias del sur de la provincia de Matanzas y a los de la parte occidental de la provincia de Las Villas.

En un inicio desconocía esos movimientos y fui informado progresivamente acerca de ellos. Y de modo casi indirecto supe, tenía la responsabilidad de esa agrupación de tropas. Fidel, que dirigía en persona la defensa del país y seguía las operaciones hasta el detalle, ordenaba a los jefes de esas unidades que se presentaran a mí y así fue poniendo bajo mi mando fuerzas que llegaron a sumar miles de hombres de todas las armas.



La Escuela se había depurado. Ya lo dije. Además de la selección para el ingreso, hubo una selección posterior y la propia selección que daba el quehacer de todos los días. Teníamos, además, la experiencia de la primera promoción. Era una buena unidad. No sólo por la selección de sus hombres, sino por su preparación en un curso duro, muy exigente, como el anterior, con numerosas prácticas de táctica, dominio del armamento, ejercicios de tiro realizados a conciencia y un sentido de la organización, del orden, de la disciplina. La educación política mediante charlas, conferencias, análisis diario de las acciones de la Revolución y los discursos de Fidel habían desarrollado la conciencia y el espíritu patriótico de aquellos jóvenes. Una Escuela que tenía un mando que se hacía obedecer y era obedecido con una disciplina rigurosa y consciente.

El entrenamiento de esos batallones era, como ya dije, de dos semanas. Pero la preparación se extendía desde la mañana hasta la noche y los milicianos debían pasar a rastras bajo alambradas situadas a unas 30 pulgadas del suelo con tiro real sobre sus cabezas y explosiones a su alrededor. Es decir, aquel curso, pese a su brevedad, pretendía fogear a hombres que nunca tuvieron un fusil en las manos.

Sólo tenía en mi mente cómo derrotar la invasión. Me puse al fin en camino. En la Carretera Central, a la entrada de la ciudad de Jovelanos, me hizo señas para que detuviera la marcha el jefe del cuartel de esa localidad capitán del Ejército Rebelde José A. Borot García. Le dije, antes de que hablara, que no tenía tiempo para atenderlo, pero expresó que el Comandante en Jefe me esperaba en el teléfono. Informé de mis acciones. Fidel se mostró preocupado por el tiempo que la Escuela demoraría en ponerse en marcha. El tiempo, respondí, es el imprescindible. Lo hará con la mayor rapidez a medida que disponga de los camiones necesarios. Mientras tanto, yo continuaría adelante.

Ya había amanecido y se apreciaba que los habitantes de la zona no tenían la menor idea de lo que estaba pasando. Nosotros sólo sabíamos un poco más. Un poco más adelante vimos un B-26 con las insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria y me satisfizo saberlo nuestro. Lejos estaba yo de imaginarme que era una aeronave de la brigada invasora.

Grupos de milicianos del Batallón 225, en su mayoría de Jagüey Grande, al conocer del desembarco, se dirigieron temprano en la ma-



ñana a buscar sus armas, ubicadas en el central Cuba, en el municipio de Pedro Betancourt, a unos 12 kilómetros de distancia, y se movieron luego hacia la zona de la agresión. Lo hicieron de manera espontánea, sin haber recibido orden alguna en ese sentido y sin un mando que los condujera, y sin mando estuvieron durante las primeras horas de aquella mañana.

El compañero Maciques era, a la sazón, director de una zona de desarrollo en la ciénaga de Zapata y desempeñó un papel importante por su comunicación directa con el puesto de mando en La Habana, brindando información, tomando disposiciones iniciales en relación con la organización del rechazo a la fuerza invasora y sirviendo en ocasiones de guía a nuestras unidades.

En el mapa que desplegué sobre una pared del local del central Australia, donde recién había instalado el puesto de mando, observé en detalle la zona del desembarco. Aprecié además las tres carreteras que, atravesando la Ciénaga, unían aquella zona con la tierra firme y pensé que los paracaidistas y las fuerzas enemigas en general intentarían desbordar esa región y continuar hacia el norte.

Un poco antes de las 9 de la mañana, después de haber tomado las medidas iniciales en el central Australia, observé un jeep destartalado que llegaba al puesto de mando. Lo ocupaba un oficial, el chofer y dos personas más. Me dirigí al oficial, pedí que se identificara y me respondió con su grado y nombre. Era el jefe del Batallón 339.

“¿Dónde está tu batallón?”, inquirí. Contestó que muerto, prisionero o disperso. Pregunté otra vez: “¿Qué hay entre nosotros y el enemigo?” “No hay nada”, respondió.

Minutos después se presentó en el central una fuerza con personal de los batallones 219-223 de las zonas de Colón, Calimete y Manguito. Se trataba de batallones que no estaban todavía completamente constituidos ni bien organizados, pero aquellos hombres daban muestra de una alta moral, aunque ninguno de ellos había realizado prácticas de tiro y sólo portaban fusiles M-52 y 20 cartuchos cada uno. Les di la misión de que trataran de ocupar el pobladito de Pálpite. No obstante lo insuficiente del armamento y lo difícil de la tarea que les encomendaba, se hacía necesario evitar que el enemigo continuara su avance



sin que fuerza alguna le presentara resistencia. Así se lo dije y salieron a cumplir la encomienda bajo el mando del capitán del Ejército Rebelde Conrado Benítez, quien los había conducido hasta allí.

Siguiendo mis instrucciones, el batallón avanzó hasta las cercanías del punto conocido como El Peaje, a unos ocho kilómetros del central Australia. Allí, un ataque de la aviación enemiga les causó seis muertos y los hizo retroceder. Ordené que avanzaran de nuevo y aseguraran la carretera; en especial, las alcantarillas. Que en cada alcantarilla, en dependencia de su ubicación y tamaño, dejaran una escuadra o un pelotón para custodiarla. La preservación de aquellas alcantarillas se hacía imprescindible para facilitar el movimiento de nuestras tropas, porque en una gran parte del trayecto entre Australia y, sobre todo, su zona más avanzada, y Playa Larga, la carretera transcurre sobre un terraplén encima de la Ciénaga, y el hecho de que el enemigo lograra volar una o dos de sus alcantarillas, hubiera ocasionado un inconveniente de peso para la introducción en combate de la técnica blindada y la motorizada de nuestras tropas.

Después, el Batallón 227, procedente de Unión de Reyes, bajo el mando del capitán del Ejército Rebelde Orlando Pérez Díaz, se presentó en Australia. Le recomendé la misión de tomar Pálpite, donde llegó después de la Escuela de Responsables de Milicias, pues avanzó a pie y la Escuela lo hizo en vehículos. Ese batallón recibió la orden de desviarse por Pálpite hacia Soplillar y luego al sur hasta la carretera que conduce de Playa Larga a Playa Girón y cortar así en dos al enemigo.

Aproximadamente a las 09:00 horas, al central Australia llegó la Escuela de Responsables de Milicias, a la cual había dado instrucciones, cuando arribé a Matanzas, según lo ordenado por el Comandante en Jefe. No permití que los hombres descendieran de los camiones, pese a que llevaban, desde su salida de Matanzas, tres horas o más encima de ellos. Desde lo alto de la cabina de uno de los vehículos ordené la misión que debían acometer. Avanzarían hacia Pálpite, lo tomarían y asegurarían, y una vez logrado ese objetivo, la segunda compañía del batallón de la Escuela proseguiría hacia el este, tomaría Soplillar, bloquearía la pista de aviación que allí existe y aseguraría el lugar.



Mientras eso acontecía, el Comandante en Jefe movilizaba distintas unidades. Valga aclarar que las unidades movilizadas no alcanzaron más del 10 % de la totalidad de las fuerzas y medios de que disponía La Habana; no llegaron siquiera a eso.

El Comandante en Jefe ordenó a la aviación atacar sin tregua la flota que había transportado a la brigada invasora. Fue una acción exitosa y factor de importancia decisiva en la derrota del enemigo, pues los barcos que no fueron hundidos o averiados se alejaron de la costa hacia el sur. Algunos de ellos se interceptaron a gran distancia por la Marina de Guerra de Estados Unidos, mientras que otros de modo expreso o no, pero real, se negaron a volver. Eso cortó el flujo de abastecimiento de armas, municiones y otros medios que nunca llegaron a las tropas desembarcadas.

Todas las fuerzas de la brigada mercenaria desembarcaron, aunque el quinto batallón lo hizo con serios percances desde el barco *Houston*, embarrancado en la ribera occidental de Bahía de Cochinos, lo que le impidió un desembarco normal. En definitiva, ya en tierra, el jefe de ese batallón se negó, en el momento oportuno, a acudir en ayuda del Batallón 2 que se defendía en Playa Larga.

Al igual que desde horas tempranas, el Comandante en Jefe tomaba las disposiciones pertinentes en la dirección Australia-Playa Larga, ordenaba a continuación organizar otras agrupaciones de combate que enfrentarían a la fuerza invasora. Una, desde el central azucarero Antonio Sánchez, antiguo central Covadonga, bajo el mando del comandante Filiberto Olivera y en la cual combatieron los comandantes Duque y Saborit, y otra, desde Yaguaramas, que tenía como jefe al comandante René de los Santos y una parte de ella al capitán del Ejército Rebelde Víctor Dreke, quien resultó herido en las acciones. También participó el capitán Emilio Aragonés, en la dirección San Blas-Bermeja-Helechal-Playa Girón. Se le cerraban así al enemigo las vías para salir de la Ciénaga y se crearon las condiciones para su rápida derrota.

Hubo continuos combates entre los invasores y unidades del Batallón 117. Antes, en la tarde del 17, la primera y la segunda compañías y el pelotón de zapadores de ese batallón, llegaron a Yaguaramas. Ya en la



tarde-noche, después de que esas unidades del 117 y milicianos de la zona tomaran Babiney, se incorporaron diez tanques T-34 y cinco auto-propulsados, SAU-100, al mando del teniente del Ejército Rebelde Joel Pardo con la misión dada por el Comandante en Jefe de que se tomara San Blas, en unión de otras unidades que allí estaban. Cerca del mediodía del 17, procedente de La Habana, llegaba el Batallón 113 a Yaguaramas y entre las 5 y las 6 de la tarde del 18 lo hacía el Batallón 115, conformado también por milicianos capitalinos. Además, en ese punto se concentraban, en el anochecer del día 17, los batallones 114 y 164, de La Habana, y el 303, el 315 y el 345, de Las Villas.

La misión de esa agrupación era avanzar por la dirección Yaguaramas-Horquitas hasta Babiney, donde habían desembarcado paracaidistas, con el propósito de cerrar esa carretera que atraviesa la Ciénaga y conduce a San Blas, tomar ese enclave y avanzar en la dirección San Blas-Bermeja-Helechal-Playa Girón.

Esas unidades y los tanques se dividieron: la segunda compañía del Batallón 117 y los batallones 303, 315 y 345, avanzaron en dirección a Guasasa, hacia la costa sur de la Ciénaga, al mando del comandante Raúl Menéndez Tomassevich, con el objetivo de formar parte del cerco que tenía la misión de capturar a los mercenarios que tratarían de huir, una vez derrotados. El resto de esa agrupación, en unión de otras procedentes del central Antonio Sánchez, atacó San Blas y juntas desalojaron al enemigo de esa localidad al mediodía del 19 de abril.

Al mediodía del 19, procedentes de Yaguaramas y del central Antonio Sánchez, los comandantes del Ejército Rebelde Faustino Pérez, René de los Santos, Saborit y el capitán Aragonés, coincidieron en San Blas y sus alrededores con el Comandante en Jefe, que a esa altura se había reincorporado al teatro de operaciones, y ocupando cada uno un tanque avanzaron, bajo el mando directo del Comandante en Jefe, junto a las fuerzas que tomaron San Blas en la dirección Bermeja-Helechal-Playa Girón, donde entraron al anochecer del día 19.

El Batallón 326, procedente de Cienfuegos al mando del capitán Orlando Pupo Peña, avanzaba por un camino vecinal a lo largo de la costa en la dirección Juraguá-Caleta Guasasa con el fin de llegar a las cercanías de Playa Girón y establecer una línea de contención.



Todas las unidades que operaron en esa dirección, constituidas sólo por infantería, tenían la indicación de aproximarse a Girón y completar el cerco en esa dirección para apresar al enemigo que intentaría escapar hacia el noreste y el norte como lo intentó en efecto, tratando de atravesar la Ciénaga en esa dirección. Los batallones 315, 303 y 345, que avanzaron desde Horquitas hasta Guasasa, participaron en el cerco y, cooperando con el Batallón 326, tuvieron un papel muy activo en el apresamiento de los mercenarios que huyeron de Girón a la desbandada.

El día 19 en horas de la tarde, el Batallón 326 interceptó a un grupo de mercenarios armados que caminaban con el comandante Félix Duque al frente, quien, siendo prisionero, convenció a sus custodios de que estaban derrotados, que habían sido abandonados por sus jefes y que les aseguraba la vida si se entregaban, con lo cual consiguió que lo pusieran en libertad y convertirse él en quien los conducía prisioneros a ellos.

A las 12:00 horas del mismo día 17, la Escuela de Responsables de Milicias informó al puesto de mando en el central Australia que había tomado Pálpite y que, tal como estaba indicado, su segunda compañía se movía hacia Soplillar, a unos seis kilómetros al este de ese punto. Cuando informé al Comandante en Jefe de esos hechos, me comunicó que nuestra fuerza aérea había hundido varias de las embarcaciones de los mercenarios y que el resto de la flota invasora había sido puesta en fuga. Me dijo: “Oye, los barcos se fueron, sí. No se sabe. Hundidos, tres, otro ardiendo, en fuga, y cuatro más que los estaban persiguiendo”. Además me ordenó que avanzara de inmediato con el propósito de tomar Playa Larga.

El 17 de abril, al mediodía, teníamos en Pálpite una vía de acceso y cabeza de playa dentro de la plaza de armas ocupada por los mercenarios, y en horas de la tarde las tres carreteras que conducían a esa plaza de armas habían sido cerradas por las fuerzas revolucionarias, y con ello se impedía el posible acceso de los invasores al territorio al norte de la Ciénaga.

Aproximadamente a esa hora se presentó en la Comandancia del central Australia el primer teniente Elio López, segundo jefe de la Di-



recepción de Información del MINFAR, destinado como representante de ésta en la Comandancia.

Hay que considerar que, aunque la Escuela de Responsables de Milicias estaba organizada como un batallón de combate, la adición de que había sido objeto era de una batería de morteros de 82 milímetros y varias escuadras de ametralladoras de trípode 7,92, que servirían como apoyo, pero no disponía de ninguna otra pieza de artillería ni artillería antiaérea. Tampoco de ninguna unidad de tanques.

A las 13:00 horas comenzó a organizarse el avance desde Pálpite hasta Playa Larga y, en esos momentos, varios aviones pasaron sobre el poblado e hicieron señales de saludo. Llevaban en el fuselaje las insignias de la Fuerza Aérea Revolucionaria... Aquellos aviones giraron y, de nuevo sobre Pálpite, atacaron la Escuela que estaba en un descampado, por completa sorpresa y de modo repetido, con fuego de ametralladoras y cohetes, y le causaron numerosas bajas.

Cuando a las 15:00 horas, recibía del oficial que estaba al frente del batallón de la Escuela y de otro que lo acompañaba el informe sobre lo acontecido en Pálpite, el Comandante en Jefe se hizo presente sin aviso previo en el puesto de mando y, en su compañía, terminé de escuchar el parte que se me rendía. Fidel pronunció unas pocas palabras, indicó a los oficiales que se reincorporaran a sus posiciones en Pálpite y me invitó a caminar alrededor del central. Durante la caminata, que se prolongó por un tiempo largo, me participó que hacia la zona estaban en marcha unidades de artillería de campaña —cuatro baterías de obuses de 122 milímetros—, medios antiaéreos —ametralladoras cuádruples y cañones de 37 milímetros antiaéreos—, tanques y otras fuerzas. Añadió que debíamos organizar el ataque contra Playa Larga para tomar esa posición lo más rápidamente posible.

Fidel hizo consideraciones que ponían de manifiesto su optimismo; nosotros le informamos lo que sabíamos respecto de los paracaidistas y sobre el tamaño de las fuerzas invasoras conformadas por apátridas cubanos. Llegó el jefe de la artillería antiaérea capitán José Álvarez Bravo. El Comandante dio indicaciones, habló por teléfono y arribaron a la zona las cuatro baterías de obuses 122 al mando del segundo teniente Roberto Milián Vega, una batería de cañones 85 y



otra de morteros 120. También siete baterías de ametralladoras cuádruples 12,7 milímetros, una batería de cañones antiaéreos de 37 milímetros y cinco tanques T-34 al mando del segundo teniente Néstor López Cuba. Otras seis baterías de ametralladoras cuádruples llegarían aproximadamente a las 21:00 horas.

Los artilleros, como los artilleros antiaéreos, no superaban los conocimientos más elementales y aun así estaban mucho mejor preparados que los tanquistas, que apenas sabían disparar. Los morteristas disparaban sin haber graduado ni puesto la espoleta en el proyectil... Todos, sin embargo, hicieron derroche de coraje, fue grande su espíritu de victoria y firme su determinación de derrotar al enemigo. La pasión de todos y cada uno de nuestros combatientes propició la rápida liquidación del enemigo. Todos y cada uno defendiendo con valentía, tesón y arrojo una Revolución que sabían ya socialista y poniendo la vida en juego por ella y por la soberanía de la patria.

Un poco antes del oscurecer llegó Fidel a Pálpite. Permanecería allí durante un tiempo bastante prolongado, no obstante la preocupación de todos por su vida y el reiterado pedido de que se marchara. Hizo un análisis completo de la situación y tomó determinaciones sobre las fuerzas en general. Ordenó que el Batallón 111 al mando del comandante (E. R.) Luis R. Borges Alducín avanzara por Soplillar, por trillos y senderos, a lo largo del borde sur de la Ciénaga, hasta cayo Ramona. Ocuparía Helechal y cortaría así al enemigo en dos: los mercenarios dislocados en San Blas quedarían con ello en el norte, separados de su fuerza principal, en Girón.

El movimiento desde nuestra ubicación para atacar Playa Larga comenzó a las 24:00 horas del día 17. La Columna 1 Especial de Combate del Ejército Rebelde, bajo el mando del capitán Harold Ferrer, marchaba en el segundo escalón detrás de la Escuela de Responsables de Milicias y las tropas de bazuqueros, una unidad que equivalía aproximadamente a una compañía armada con bazucas, que avanzó también sin desplegarse y con distancias y espacios reducidísimos, pues en el ancho de avance no había más de 20-25 metros, lo que significa decir que en realidad no había despliegue. Las tropas se mezclaron durante la ofensiva. Como jefe, estaba consciente de las complejidades de un



ataque nocturno, y aún mucho más consciente de las dificultades de una tropa poco preparada y apenas sin experiencia o sin ninguna experiencia que se aprestaba a combatir de noche.

Avanzó nuestra fuerza y llegó a Playa Larga. El enemigo esperó hasta el último momento para romper el fuego. Un fuego concentrado, infernal. Tronaban los cañones de los tanques, los cañones sin retroceso, las bazucas, las ametralladoras, los fusiles. Un combate encarnizado. Hombres y blindados nuestros llegaron hasta las mismas trincheras enemigas. Uno de esos tanques, impactado por un proyectil en una estera, cayó dentro de las posiciones mercenarias. Perdimos dos tanques. Sufrimos más de 30 muertos y se reportaron muchos heridos. El adversario tuvo asimismo numerosas bajas, tal vez más de 20. El teniente del Ejército Rebelde Juan A. Díaz cayó a menos de 10 metros de la trinchera ocupada por los mercenarios.

Ni la insistencia y la reiteración del ataque ni el ímpetu de nuestros combatientes, pudieron doblegar la resistencia de los invasores que ocupaban una posición muy ventajosa, organizaron bien su fuego y disponían de un buen armamento. Aparentemente, el ataque había fracasado. Así pasó la madrugada del 17 al 18. Con el enemigo contenido, una fuerte presión nuestra en la dirección de Playa Larga y las fuerzas revolucionarias organizándose para el ataque final. Igual sucedía en las otras dos direcciones de ataque: Covadonga y Yaguaramas.

En horas del amanecer del 18 recibí la información de la llegada inminente a Pálpite de los batallones 123, 144 y 180, todos de La Habana. Con el propósito de evitar el amontonamiento de fuerzas innecesarias en la zona —los recién llegados, sumados quienes ya estaban, totalizarían más de 5 000 hombres— indiqué que la Escuela de Responsables de Milicias y la Columna 1 Especial de Combate del Ejército Rebelde, que no descansaron en las últimas 48 horas y tuvieron una cantidad importante de muertos y heridos, se retiraran a los alrededores del central Australia y quedaran como reserva disponible.

Al informársele a Fidel que había ocurrido otro desembarco mercenario por un punto de la costa de la provincia de Pinar del Río, que resultó a la postre una demostración diversionista del enemigo, decidió trasladarse a La Habana y me envió el siguiente mensaje:

de de 19...

DE
ASUNTO

17/4/2041

Donnald:

Estoy resolviendo lo del pago
de cañon. Los otros tanques lle-
garan a Australia al amanecer.
Por el día deci diremos el momen-
to oportuno de moverlos.

¿Pueden quedarse en Australia?
Yo tengo que salir dentro de un rato
hacia la Habana. Estaré en comu-
nicación constante con ustedes. Man-
deme noticias constante mente su-
bre el curso de las operaciones

(A delante)!

Schubar

Australia, Abril 18, 61
3 a. m.

P.D. Todavía no he recibido
noticias desde el pequeño en que
me informaste que el avencerio
disminuía el volumen de fuego.



En un mensaje de las 04:40 horas del día 18, que recibí bastante después en Pálpite, el Comandante en Jefe indicaba enviar un batallón hacia la caleta del Rosario. Esa tropa se trasladaría hacia Soplillar, continuaría con rumbo este y buscaría el sur para llegar a su destino. Así se cortaría la carretera que une Playa Larga con Playa Girón y se completaría una operación que dividiría en tres al enemigo. Asigné esa misión al Batallón 144 al mando del teniente de MNR Leonel Zamora Rodríguez. El 123, bajo el mando del teniente de MNR Orlando Suárez Tellería, no llegó hasta mediodía, y al 180, al mando del teniente MNR Jacinto Vázquez de la Garza, le encomendé atacar y tomar Playa Larga.

Demoró en el trayecto el Batallón 144; no llegó a tiempo a la caleta y no pudo impedir, por tanto, que, ante lo acontecido la noche anterior, el enemigo abandonara Playa Larga y se retirara en vehículos hacia Girón. Esa misión de salir por Soplillar a la caleta del Rosario la había recibido el día anterior el Batallón 227, según quedó establecido, en reuniones sostenidas en el año 2005, con su jefe y la tropa en pleno. Había llegado al lugar asignado, pero fue incapaz de enfrentar a los blindados y fuerzas de los mercenarios y evitar su escapada hacia Girón.

Soplillar se ubica al sureste de Pálpite y median unos seis kilómetros entre un punto y otro. Como ese camino no aparecía trazado en los mapas, expliqué al jefe del Batallón 144 y a sus oficiales cómo llegar a Soplillar y añadí que desde esa localidad seguirían hacia el este, para, por uno de los senderos, torcer hacia el sur y salir a la caleta del Rosario. Un vecino de la zona, que dijo conocer la región, se ofreció a servirles de guía.

Mientras hacíamos esas precisiones, los hombres del 144 permanecían encima de los camiones. Tanta era la urgencia que no se les permitió desmontarse. A la hora de partir, el guía no apareció, lo que provocó confusión y algún retraso. Pero aquel batallón, con guía o sin él, saldría a cumplir su misión. Expliqué entonces a su jefe que una vez salido de Pálpite avanzara hacia el este durante 45 minutos o una hora, antes de girar hacia el sur y salir a la caleta o a sus cercanías. Era el tiempo aproximado que un camión demoraba por aquellos senderos en recorrer seis-ocho kilómetros.

El jefe del Batallón 144 no encontró el camino o no adelantó lo suficiente. Antes de tiempo tomó rumbo suroeste y se aproximó a Playa



Larga en el punto donde el camino termina. Se percató entonces de su error y volvió hacia atrás. Cuando salió al fin a la caleta del Rosario, ya la agrupación mercenaria se había retirado. Lo hizo al amanecer, según la propia versión del enemigo, y desobedeciendo incluso a San Román que les exigía permanecer en Playa Larga y defender esa posición.

El Comandante en Jefe había ordenado al jefe del Batallón 111 tomara cayo Ramona, por la dirección Pálpite-Soplillar, y continuara hasta Helechal, con el fin de cortar en ese punto la carretera San Blas-Girón y evitar que los mercenarios que se encontraban en San Blas pudieran retirarse hacia Girón o recibieran refuerzos de Girón. La Columna 2 Especial de Combate del Ejército Rebelde, al mando del capitán Roger García Sánchez, recibió, estando en Soplillar, en la mañana del día 19, la orden de Fidel de seguir la ruta del Batallón 111 e interceptar, en Helechal, la carretera San Blas-Girón.

Cuando ambas unidades arribaron a Helechal, entre las 3 y las 4 de la tarde del 19 de abril, hacía ya tres o cuatro horas que San Blas había sido tomado por los milicianos del Batallón 117 y otras fuerzas provenientes de Covadonga y Yaguaramas. Tampoco se cumplió aquí la misión ordenada por Fidel.

No se cortó al enemigo en dos entre Playa Larga y Playa Girón, ni entre San Blas y Playa Girón. Lo digo con sentido autocrítico. Ese doble fracaso, en un lugar, caleta del Rosario, por no realizarse en tiempo, y en Helechal, por no ejecutarse, trajo críticas y provocó un justificado enorme disgusto en el Comandante en Jefe. De haberse realizado exitosamente hubiera sido posible la derrota enemiga el día 18.

A las 8 de la mañana, cuando el Batallón 180 se aproximaba a Playa Larga, salieron a la carretera varias decenas de personas —hombres, mujeres y niños— que portaban sábanas blancas. Eran vecinos del lugar que permanecieron allí prisioneros de los mercenarios. Gracias a ellos pudimos conocer detalles de la composición de la fuerza enemiga: no había ningún extranjero en aquella tropa conformada por hombres jóvenes, bien uniformados y armados, y que se comportaba como un ejército de ocupación. Como lo que eran, pues venían organizados, armados y reclutados por una potencia extranjera que les pagaba.



Alrededor de las 12:00 horas del 18 ordené que la agrupación de tropas avanzara hacia Girón. Los tanques irían a la cabeza y los seguirían, a pie, los milicianos del Batallón 123, mientras que parte de la compañía ligera de combate marcharía sobre los tanques. Formaban parte de la columna dos baterías de ametralladoras cuádruples 12,7 milímetros.

Un poco después, pienso que en las primeras horas de la tarde, recibí en Playa Larga la orden de atacar y tomar Playa Girón que no demoraría en ser atacado por nuestra fuerza aérea a las 18:00 horas.

Un oficial que exploraba el camino por donde avanzaría la agrupación, regresó sobre sus pasos para informarnos que en 14 o 16 kilómetros hacia delante no había nada. Ni señas del enemigo. Los mercenarios que se retiraron de Playa Larga no combatieron, sino que se refugiaron y reforzaron de manera considerable la posición de Girón. Eso decidió que ordenara la salida de los ómnibus en los cuales había arribado a Playa Larga el Batallón 123 y habían quedado dispersos bajo los árboles en el área. Esos ómnibus debían recoger al batallón en el camino, para que la marcha se acelerara con el propósito de atacar Girón ese mismo día. Pensábamos que ese batallón tendría protección aérea. No la tuvo y a la altura de Punta Perdiz fue castigado con ametralladoras, cohetes y napalm por una escuadrilla de B-26, tripulada por pilotos norteamericanos. Fue elevado el saldo de muertos y heridos entre nuestros combatientes y el ataque ocasionó desorganización y desconcierto.

Me personé de inmediato en el lugar de los hechos. Se evacuaban los heridos, ardían los vehículos y reinaba allí todo el desorden que es de imaginar en situaciones semejantes. Logré reorganizar el batallón y restablecer el orden, y el 123 siguió a pie en dirección a Girón. Al día siguiente debía, llegado a unos cuatro kilómetros de ese punto, moverse por un sendero hacia el norte y adoptar una línea de pelotones en columna y avanzar hacia el objetivo con unos 50-100 metros de intervalo entre pelotones. El propósito era que avanzara lo más posible hacia Girón para capturar a los mercenarios en la desbandada que, llegado el momento, se originaría.

Esa noche nuestras fuerzas ocuparon posiciones en Punta Perdiz. A sólo 11 kilómetros de Girón.



El 19, por la mañana, organicé el ataque de nuestras fuerzas, que partiendo desde unos dos-tres kilómetros avanzaría sobre Playa Girón. Nuestras baterías de obuses 122 estaban emplazadas desde el amanecer a unos cuatro kilómetros aproximados de Girón y bastante separadas al norte de la carretera, en medio del bosque, así como los morteros 120.

La unidad que recibió la misión de atacar Playa Girón fue el Batallón de la Policía Nacional Revolucionaria al mando de los comandantes Efigenio Ameijeiras y Samuel Rodiles Planas, que llegó en la noche del 18, con la compañía ligera de combate del Batallón 116 a la vanguardia, y con fuerzas, en grupos menores, del Batallón 180, y el Batallón 227, que avanzaba detrás. Ésas fueron las unidades que llevaron adelante la ofensiva final contra Playa Girón al amanecer del 19.

Hubo una preparación artillera bastante prolongada. Conscientes de que no había observación directa del fuego y que el enemigo no estaba atrincherado, con el procedimiento empleado pretendíamos batirlo todo en una zona de entre seis y ocho kilómetros cuadrados. Después de realizada la operación artillera, las unidades mencionadas, y en el orden referido, iniciaron su avance hacia Girón en la dirección oeste-este.

La defensa enemiga la conformaban el Batallón 6 y parte del Batallón 3. Después de media mañana se sumó al combate el Batallón 2, el mismo que se retiró de Playa Larga. Nombraron a Oliva jefe de la defensa en esa dirección.

En los accesos inmediatos a Girón se libraron combates encarnizados durante varias horas; en especial, por el Batallón de la Policía Nacional Revolucionaria y la Compañía Ligera de Combate del Batallón 116. Cayeron decenas de compañeros en el intento de ocupar las posiciones de los mercenarios, que se ocultaban y buscaban protegerse en cuanto pliegue de suelo o roca encontraban, mientras que los nuestros avanzaban sin que el terreno les brindase protección alguna. Se luchó con denuedo, heroísmo y alto espíritu patriótico y a un costo de numerosas vidas se logró la victoria a las 65 horas y media de iniciado el desembarco de los invasores. Girón fue tomado a las 17:30 horas del día 19.



El acontecimiento de mayor riesgo y tensión de aquella jornada del día 19 de abril, fue para mí un hecho que originó pasiones y actitudes encendidas y una verdadera lucha entre nuestra decisión de no hacer fuego contra dos destructores de la armada estadounidense que estaban en nuestras aguas jurisdiccionales, a menos de 2 000 metros de la costa, y la demanda, tanto de los subordinados inmediatos como del personal de las baterías de artillería, que enardecidos y muy irritados por las bajas sufridas por nuestras tropas, demandaban con vehemencia hacerlo.

Los destructores se aproximaban con sus cañones desenfundados y apuntando hacia tierra en actitud provocativa y amenazante, mientras que, por el movimiento de botes desde barcos hacia tierra y desde ésta hacia los barcos, yo apreciaba que se producía un nuevo desembarco. No sabíamos que en la retaguardia enemiga se había iniciado ya la desbandada y no lo podíamos ver, porque nos lo impedían la configuración del terreno y la maleza.

Reproduciré a continuación, literalmente, lo que sobre aquellos difíciles momentos se dice en el libro *Bahía de Cochinos. La verdad no dicha*, de Peter Wyden, quien se entrevistó con los dirigentes de los medios de la Fuerza Aérea de Estados Unidos que estaban allí, de los portaviones norteamericanos, con el jefe de los destructores y con el almirante que mandaba la flota yanqui que acompañaba y protegía a los invasores, y tomó como base lo que ellos le narraron. Por otro lado, Wyden se entrevistó asimismo con el compañero Fidel y con un grupo numeroso de cubanos que participaron en las acciones. Lo que ese investigador expresa en su obra, luego de confrontar las declaraciones de ambas partes, se corresponde, en nuestra opinión, con la realidad.

Dice: “El comandante Fernández estaba indignado. Estaba ansioso por haber tomado Girón antes de las 6 p.m. del martes, como Fidel había ordenado. Ya era miércoles por la tarde y estaba paralizado, a una o dos millas de la victoria final sobre los invasores. La nueva carretera a lo largo del agua era excelente, pero a la izquierda los espinosos arbustos eran impenetrables; la costa, a menos de veinte yardas a la derecha, era tan rocosa que se hacía difícil encontrar un lugar donde emplazar con seguridad su artillería. El fuego enemigo era intenso. Había muchas bajas. Sus hombres tenían sed y estaban agotados.



”Reiniciaron la marcha durante una tregua en el bombardeo a las 2:10 p.m. De pronto, un capitán señaló con el dedo dos barcos de guerra en el mar. Los dos hombres corrieron hacia un montículo cubierto de hierba debajo de un árbol al lado izquierdo de la carretera. Fernández miró detenidamente con sus binoculares Zeiss. Definitivamente, los barcos eran destructores. Nadie en la zona tenía destructores salvo la Marina de Estados Unidos. Estaban a menos de dos millas de distancia, definitivamente en aguas cubanas, y avanzaban con rapidez. Sus cañones estaban descubiertos. Muchas embarcaciones pequeñas se movían entre la costa y los barcos. Algunas parecían venir, otras ir. Fernández pensó que debían ser unas cuarenta, tal vez cincuenta.

”Escribió a la carrera una nota al cuartel general en el central Australia en la que informó que estaban desembarcando refuerzos para los invasores y pidió otro batallón de infantería y un batallón de tanques. Hurgando en sus bolsillos en busca de papel y pluma, perdió las llaves de su auto de La Habana. Su nota salió con un mensajero en motocicleta. Ahora, sus tropas se habían detenido junto al agua, señalaban con el dedo y hablaban con excitación acerca de los barcos. ‘Todo el mundo quería disparar’. Fernández ‘pudo haberles dado sin duda’. No tenía instrucciones sobre cómo proceder con los barcos estadounidenses. Con anterioridad había descubierto aviones a chorro estadounidenses y había dado orden de dispararles, sin éxito, pero eso era distinto. Los aviones estaban ‘violando nuestro espacio aéreo y participando en la intervención’. Si él hubiera atacado a los destructores que estaban a cierta distancia y ellos hubieran asegurado que sólo estaban patrullando en aguas internacionales, las ‘consecuencias podrían haber sido trascendentales’.

”Fernández era muy consciente de que tenía que ser ‘un oficial responsable’. No sentía ningún resentimiento hacia Estados Unidos. Había sido tratado con amabilidad durante su entrenamiento en Fort Sill, no iba a dar a los comandantes de esos destructores una buena excusa para que tomaran represalias e intensificaran la guerra. Tampoco ‘era lógico pensar que dos destructores atacarían solos’. Tendrían que haber ido acompañados de apoyo aéreo, y los aviones a chorro estadounidenses no habían atacado.



”Él no llegó a esa conclusión enseguida. Al principio, manteniendo en la mira de sus binoculares los cañones de los barcos que navegaban a toda prisa, pensó que era posible que los destructores atacaran. Cuando redujeron la marcha y ‘casi pararon’, empezó a pensar que no dispararían. Fue ‘el momento más dramático’ de la guerra. Se sentía muy solo. Echaba mucho de menos tener a otra persona responsable con la cual intercambiar opiniones.

”La presión a su alrededor aumentaba. Sus hombres seguían exigiendo que se disparara. Estaban molestos por las bajas que habían sufrido. Fernández tenía tres obuses de 85 milímetros y seis morteros.¹

”Ordenó que los alinearan a su derecha, casi directamente en el agua. A su izquierda alineó sus tres vehículos blindados semiorruga soviéticos con sus cañones autopropulsados. Girón se olvidó por el momento. Dio orden de disparar los cañones individualmente, sólo contra las embarcaciones pequeñas; pensó que podrían traer ‘otra brigada’. Nadie debía disparar contra los destructores. Fernández se mantenía mirando con sus binoculares para estar seguro de que no los habían atacado. En ese momento llegaron alrededor de otros veinte obuses de 85 mm. El jefe que los comandaba también insistió en disparar a los destructores. Fernández ordenó incorporar esos obuses a los demás y seguir las órdenes que él había dado. Su nuevo frente se extendía ahora unas 150 yardas.

”El debate acerca de disparar contra los destructores no duró mucho. Maestro de cadetes militares durante toda su vida profesional, Fernández tenía la voz de un profesor, la actitud de un comandante y la perseverancia que hacían que los estudiantes y subordinados hicieran lo que él decía sin muchas objeciones.

”Entonces Fernández vio aviones de su fuerza aérea que también atacaban las pequeñas embarcaciones. Se alegró mucho. Era la primera vez durante toda la batalla que veía aviones amigos.

1 Realmente era una batería de cañones de 85 milímetros, una batería de morteros de 120, nueve cañones de 100 milímetros autopropulsados y tres tanques con cañones de 85 milímetros, y minutos más tarde se incorporó otra batería de cañones de 85 milímetros, lo cual hacía un total de 30 bocas de fuego.



”Los destructores se dieron vuelta después de unos treinta minutos, calculó después Fernández. En aquel momento, no pareció ese tiempo: ‘Parecía que nunca terminaría’.

”Un extraño silencio invadió el frente.

”Para el comodoro Crutchfield en el *Eaton*, la batalla tampoco parecía terminar.

”Después que su sombra fiel, el *Murray*, se le volvió a unir, había estado reconociendo lentamente la costa. Washington seguía presionando pidiendo información. Él podía ver algunas embarcaciones moverse al vaivén de las olas entre el *Eaton* y la costa. De repente, vio tanques que con un ruido sordo se dirigían hacia la playa desde la izquierda. Estaban a sólo unas dos mil yardas de distancia. Abrieron fuego.

”Uno de los proyectiles pasó por encima del puente haciendo ‘zuum’ y cayó a unas cincuenta yardas, demasiado largo para dar en el blanco. Otro se quedó a cincuenta yardas.

”El capitán Perkins, también en el puente, pensó que habían determinado el alcance. Los artilleros del barco estaban listos. Pidieron permiso para devolver el fuego.

”Crutchfield no lo dio. Se planteaba muy seriamente devolver el fuego. Si los proyectiles hubieran caído ‘más cerca’ lo habría hecho. Sin embargo, le habían metido tanto en la cabeza la conveniencia de tener extrema cautela que sentía la necesidad de esperar. Era evidente que Washington no quería que los destructores, el portaaviones ni sus aviones a chorro participaran en actos de guerra. En ese momento había que mantenerse sereno. Sí, tenía órdenes de defenderse. Pero ¿se trataba de un ataque serio? Él estimaba que no, que los proyectiles eran proyectiles que se habían desviado de la ruta. Procedían de tanques, no de la artillería, que habría sido mucho más grave. El fuego de artillería de Fernández no estaba cayendo cerca de él. Crutchfield pensó que el bombardeo era errático y en realidad no amenazaba al *Eaton* ni al *Murray*.

”Le dijo a Pete Perkins que se pusiera en camino. Seguido del *Murray*, se movieron hacia el este, lejos de la playa y del fuego enemigo. Detestaban dejar las pequeñas embarcaciones detrás. Podría haber hombres de la Brigada en ellos que estaban tratando de escapar.



Era inevitable. La próxima vez algunos proyectiles podrían dar en un destructor y se verían obligados a responder. Nadie quería iniciar la III Guerra Mundial”.

Hasta aquí la larga cita de Peter Wyden, en su libro *Bahía de Cochinos. La verdad no dicha*.

Es verdad que los barcos se retiraron. En ese instante tuve la impresión de que la guerra había concluido, y sentí un silencio enorme en mi cabeza, como si estuviera flotando en el aire. Fue la intensa descompresión que experimenté.

Para mí, esos hechos y esa decisión, impuesta con firmeza y clara conciencia de su trascendencia, y la situación que se creó con las fuerzas que mandaba, constituyen el momento más trascendente y, quizás, los minutos de mayor presión que he experimentado en mi vida.

En el Comunicado No. 4 del 19 de abril de 1961 al pueblo de Cuba el Comandante en Jefe expresó:

“La Revolución ha salido victoriosa, aunque pagando un saldo elevado de vidas valiosas de combatientes revolucionarios que se enfrentaron a los invasores y los atacaron incesantemente sin un solo minuto de tregua, destruyendo así en menos de 72 horas el ejército que organizó durante muchos meses el gobierno imperialista de los Estados Unidos”.

Pasaron los años. En marzo del 2001, durante la conferencia académica “Girón 40 años después”, que se televisaba en vivo, el Comandante en Jefe Fidel Castro, acostumbrado a tomar decisiones trascendentes, en tono de broma, pero reafirmando su aprobación por aquella decisión, me preguntó:

—¿Con quién consultaste?

Abrí los brazos en plegaria, dibujé una sonrisa y respondí:

—Estaba solo. Con quién iba a consultar, ¿con los dioses?

La Habana, 16 de junio del 2006.



La Crisis de Octubre

Carlos Lechuga Hevia

La Crisis de Octubre fue el conflicto internacional más grave, que hemos tenido después de la Segunda Guerra Mundial.

Una catástrofe enorme. Estuvimos al borde de una guerra terrible y, realmente, ni antes de esas fechas ni después de esas fechas, el mundo ha tenido una crisis de esa magnitud.

Cuba, como sabemos, fue el centro de aquel episodio. Y nuestro pueblo se mantuvo, como todos sabemos, a lo largo del trayecto de la crisis, firme en sus principios, inflexible en su determinación de defender la soberanía e intransigente en la adhesión a los compromisos internacionales.

En octubre de 1962, ya éramos víctimas del bloqueo económico, blanco de ataques terroristas de toda índole. Se había derrotado la invasión mercenaria de Playa Girón. Continuamos asediados, como ahora, por todos los flancos, incluida la conspiración diplomática para aislar a Cuba y provocar producir una invasión militar.

Para el mes de octubre de aquel año de 1962, los planes de Estados Unidos ya estaban casi listos para invadir nuestro país en ese mes.

Había una operación de inteligencia llamada la Operación Mangosta, en la cual participaba el Departamento de Estado, el Pentágono, la Agencia Central de Inteligencia y todos los grupos que tenían que ver de una forma u otra con la política internacional.

Se estaban haciendo las maniobras navales, en el mar Caribe, y, por cierto, hubo una que se realizó cerca de Puerto Rico y que se llamaba Ortsac, que es el nombre de Castro al revés.



Paralelamente se intensificaron los sabotajes, los actos de terrorismo en territorio cubano, los ataques piratas e infiltraciones de grupos subversivos en nuestro territorio, y, al mismo tiempo, las presiones sobre los gobiernos latinoamericanos para unirse al aislamiento económico de Cuba.

En el Congreso de Estados Unidos en aquella época, se presentaron varios proyectos para justificar una invasión a la Isla y, por cierto, uno de esos proyectos fue de un señor, el senador Prescott Bush, que es el abuelo de este Bush, que tenemos ahora, que presentó un proyecto, invocando la Doctrina Monroe, diciendo que de acuerdo con esta Doctrina podían invadir a Cuba. Nada de eso era nuevo. La revista *Time* de aquella época publicó un editorial en el cual invocaba la Doctrina Monroe, para justificar una invasión a Cuba.

La situación que había en octubre de 1962 era que se estaba preparando en efecto la invasión. En Cuba se tenía información de esas gigantescas operaciones y el gobierno soviético sospechaba que algo se preparaba contra nosotros. Y trasladó esa preocupación a nuestras autoridades.

Dijeron que en junio de 1961, cuando Jrushov se entrevistó con Kennedy en Viena, el mandatario estadounidense no ocultó su frustración por la derrota de la invasión que había enviado a Cuba y el primer ministro soviético salió del encuentro persuadido de que Kennedy quería resarcirse de la humillante derrota de Playa Girón. También recordó a Jrushov que la Unión Soviética había resuelto el problema de Hungría en 1956 y que Estados Unidos no había impedido que los soviéticos entraran en Hungría en aquella época y esperaba que, si ellos invadían a Cuba, tampoco los soviéticos impidieran eso.

Otro indicio de esos planes agresivos, que también vino por la parte soviética, fue cuando el yerno de Jrushov, Alexeev Adzubei, director del periódico *Pravda*, visitó a Kennedy, y el presidente también volvió a recordarle el problema de Hungría.

En el viaje que este señor hizo a Cuba, se entrevistó con Fidel y le contó lo que le había dicho Kennedy y las sospechas de ellos, de que efectivamente estaban preparando una invasión y que les estaban advirtiendo a los soviéticos que no intervinieran en el caso de que aconteciera esa agresión.



Pero voy a hacer aquí un paréntesis, para volver atrás, para la Operación Mangosta, para que vean la mentalidad de esta gente.

Una de las fórmulas de los conspiradores de Washington para liquidar la Revolución, fue convencer a la población católica romana cubana —y lo estoy diciendo textualmente— “de que la segunda llegada de Cristo era inminente y que Cristo regresaría a Cuba, si los cubanos se libraban de Fidel Castro. Se circularían rumores de que Cristo aparecería pronto en la Isla, lo que provocaría un levantamiento popular. Y en ese momento, submarinos de la armada de Estados Unidos, llenarían el firmamento nocturno con fuegos artificiales, en forma de pequeñas estrellas que indicaría a los nativos —es decir, a nosotros— que el Mesías estaba a las puertas de Cuba y que así se acabaría la Revolución”.

Es increíble, pero cierto.

Hay un señor, Walter Eldert, asistente ejecutivo del director de la CIA, llamó a este plan: Eliminación por Iluminación, para burlarse, supongo yo, de ese plan tan absurdo que habían ideado.

Hay que decir que, en aquellos meses, la Unión Soviética y Estados Unidos se enfrentaban en distintos lugares en el mundo —sobre todo, en Berlín—, pero, evidentemente, Cuba era el centro de la atención de Estados Unidos.

Hay algo que debemos precisar. En el momento en que la Unión Soviética le propuso a Cuba la instalación de los cohetes nucleares, había una gran diferencia a favor de Estados Unidos en armas atómicas.

En aquel momento, ese país tenía 5 000 ojivas nucleares estratégicas y la Unión Soviética contaba solamente con 300. Nuestro vecino tenía 1 500 bombarderos con bases en distintos lugares del mundo y los soviéticos disponían de menos de 150.

En el inventario estadounidense figuraban 600 bombarderos B-52, 400 de los cuales estaban equipados con proyectiles aire-superficie. Setecientos B-47 y 900 aviones tanques, para suministrarles combustible y poder llegar a territorio de la Unión Soviética. La flota soviética consistía en 100 de tipo pesado de reacción a chorro y 80 pesados de propulsión a turbina.

Las fuerzas tácticas norteamericanas incluían 2 500 aviones de caza y 500 de transporte más 15 transportes de tropas de reserva, 11



escuadrones de reconocimiento de la Guardia Nacional y cinco escuadrones de comunicaciones. Adicionalmente a esto, a estas fuerzas aéreas estratégicas, había 16 portaviones de la Marina, con más de 400 bombarderos, situados en el Atlántico, el Pacífico, el Mediterráneo y el Caribe. Ésa era la fuerza que tenía en aquel momento Estados Unidos.

Los soviéticos poseían entonces unos pocos submarinos equipados con proyectiles de corto alcance, que no podían disparar más de 100 proyectiles y ninguno de ellos estuvo nunca desplazado lo suficientemente cerca de las costas de Estados Unidos para alcanzar los objetivos y tampoco los había en el Atlántico y en el Pacífico en aquellos momentos. No había nada en los arsenales soviéticos comparable a los nueve submarinos *Polaris*, capaces de lanzar 144 proyectiles, que podían hacer blanco en territorio de la URSS.

Estados Unidos poseía 229 proyectiles balísticos intercontinentales y los soviéticos solamente 44, de los cuales 20 eran operacionales entonces, según dijo el coronel general Dimitri Boldunov, jefe del Instituto de Historia Militar de la URSS, como reveló en una reunión que se celebró en Moscú en 1989, precisamente para analizar la crisis.

Por su parte, Robert McNamara, el secretario de Defensa del gobierno de Kennedy, en una reunión celebrada en La Habana, también para analizar la Crisis de Octubre, dijo que en aquellas fechas la diferencia en armas, en armas nucleares, entre los dos países era de 17 a 1 a favor de Estados Unidos.

El mismo Kennedy no conocía esta situación cuando tomó posesión de la presidencia. Eisenhower, el presidente anterior a él, había enviado los aviones U-2 a fotografiar el territorio soviético y descubrieron que, en efecto, ellos tenían más armas nucleares que los soviéticos.

Y esto se lo comunicó Eisenhower a Kennedy, pocos días después de ser electo presidente, y Fidel Castro ha dicho, en varias ocasiones, que si hubiera conocido esa situación, hubiera aconsejado prudencia al gobierno soviético.

La Unión Soviética tuvo su bomba atómica cuatro años después que los norteamericanos arrojaron la suya en Hiroshima, y tuvieron la bomba de hidrógeno nueve meses después que Estados Unidos tuviera la suya.



No se sabe en qué momento los soviéticos conocieron la diferencia que existía en efectivos militares nucleares entre ellos y Estados Unidos; pero estaban preocupados, evidentemente, por las armas que su adversario tenía situadas en Europa cerca de la frontera soviética. Muchas de las cuales estaban ahí mismo, en la frontera.

Tampoco se ha conocido cuándo se le ocurrió a Jrushov proponerle a Cuba instalar los cohetes en nuestro territorio. Hay varias versiones. Una de ellas sitúa el hecho en abril de 1962, cuando el primer ministro, paseando por los jardines de la residencia en las Colinas Lenin, en las afueras de Moscú, con su vicepresidente Anastas Mikoyan, le dijo que pensaba proponerle al gobierno cubano la instalación de cohetes nucleares, de carácter medio e intermedio, para ser desplazados subrepticamente en los meses de septiembre y octubre, y que luego, en el mes de noviembre, revelar su presencia al presidente de Estados Unidos, después de las elecciones congresionales, fijadas para el día 6 de noviembre, y que en ese momento Jrushov vendría a La Habana a firmar un convenio militar.

Según algunas informaciones, a Mikoyan no le gustó la idea y comentó que los norteamericanos descubrirían el armamento y que, además, Fidel Castro lo rechazaría por el riesgo militar y político que ello significaba.

Otra versión señala que también en el mes de abril, el mariscal Rodion Malinovski, ministro de Defensa, estando en Crimea con Jrushov, le llamó la atención sobre la presencia de proyectiles nucleares norteamericanos *Júpiter*, justamente en el horizonte, en territorio de Turquía, advirtiéndole que esos cohetes podían hacer blanco en objetivos soviéticos en solamente diez minutos, mientras que los proyectiles intercontinentales de la Unión Soviética, necesitarían 25 minutos para alcanzar al territorio de Estados Unidos.

Según esta exposición, Jrushov reflexionó un momento y le dijo a Malinovski que ellos también podían crearles a los norteamericanos una situación similar, ubicando proyectiles nucleares en Cuba. “Después de todo —añadió Jrushov—, los norteamericanos no nos pidieron permiso para situar estos armamentos junto a nuestras fronteras”.



Y hay una tercera explicación del hecho y ésta es del mismo Jrushov, quien, en sus memorias publicadas en 1970, expresa que, cuando visitó Bulgaria en mayo de 1962, se le ocurrió la idea de instalar los cohetes secretamente y que cuando se supiera, iba a resultar demasiado tarde para que Estados Unidos pudiera hacer algo.

Andrey Gromiko, el ministro de Relaciones en aquel momento y que acompañó a Jrushov en ese viaje a Bulgaria, cuenta, por su parte, que de regreso a Moscú, el primer ministro le expuso la idea, por lo cual supuso que ya se había discutido la cuestión con la Dirección Militar, lo que, efectivamente, había sido y habían aprobado entonces la proposición de situar los cohetes en nuestro territorio, y como después esa idea se llevó al seno del Comité Central del Partido que la aprobó.

Entonces había que plantearle el problema a Cuba ya y se llamó a Moscú a Alejandro Alexeiev, a quien todos nosotros conocíamos, Alejandro fue embajador en Cuba; en ese momento era consejero de la embajada soviética en La Habana. Tenía muy buenas relaciones con la dirección cubana. Alexeiev cuenta que al día siguiente de llegar a Moscú, se entrevistó con Jrushov, quien le informó que se había decidido nombrarlo embajador en La Habana; pero no le dijo nada del problema de los cohetes hasta cuatro días después, cuando lo llamó al Kremlin, donde además de Jrushov estaba Koslov, el segundo secretario del Comité Central; Mikoyan, el mariscal Malinovski, Gromiko, el mariscal Birusov y Charek Dasidov, miembro suplente del Presídium.

Esto lo ha contado Alexeiev con posterioridad y dice que se quedó sorprendido cuando se le informó que iba a proponer la instalación de los cohetes nucleares en Cuba. Su respuesta fue que resultaba poco probable que el gobierno cubano estuviera de acuerdo, pues se había estructurado una estrategia basada en la disposición combativa del pueblo y la solidaridad de la opinión pública mundial; sobre todo, de América Latina.

Jrushov tomó la palabra y dijo que estaba seguro que después de la derrota norteamericana en Playa Girón, se iba a emprender otra invasión contra Cuba, con sus propias fuerzas militares y que el único modo de detenerla era el emplazamiento de las armas nucleares, de forma estrictamente confidencial y que después, cuando se anunciara —añadió Jrushov—, los norteamericanos no podrían hacer nada. De



la misma manera que nosotros, no podemos hacer nada contra los cohetes norteamericanos que apuntan hacia la Unión Soviética desde Turquía, Italia y la República Federal Alemana.

Después que habló Jrushov, se decidió enviar a Cuba una delegación integrada por Rashirov, el mariscal Vilion Biriusev y por el nuevo embajador, Alejandro Alexeiev, para examinar con el gobierno cubano las ideas del primer ministro.

La delegación vino a Cuba como si fuera una misión agrícola, según todos recordamos, con el fin de guardar el secreto de la presencia de militares de alto nivel en ella y, sobre todo, porque allí estaba el mariscal Biriusev, el jefe de las tropas coheteriles y que vino a Cuba con el nombre del ingeniero Petrov, y también vinieron especialistas de proyectiles balísticos nucleares.

Llegaron a La Habana el 29 de mayo y se reunieron con Fidel y con Raúl. El mariscal fue quien habló más y ahora voy a repetir lo que ha contado Fidel: “Biriusev no comienza hablando de los cohetes, sino de la situación internacional y de la situación de Cuba en particular y de los riesgos que estaba corriendo Cuba y en un momento dado me pregunta —dice Fidel—: ‘¿Qué será necesario para evitar una invasión de Estados Unidos?’ Y yo le doy una respuesta inmediata. Le digo: ‘Bueno, si Estados Unidos sabe que una invasión a Cuba significa una guerra con la Unión Soviética, entonces ésa sería, a mi juicio, la mejor forma de evitar una agresión a Cuba’ ”.

Eso se lo dijo Fidel a este señor, pero ya el hombre, agrega Fidel, “tenía sus ideas elaboradas y responde lo siguiente: —Pero bueno, en concreto, ¿cómo? Hay que hacer algún gesto concreto que indique eso, que no pueden hacer la invasión. Y entonces, ya traía... —dice Fidel— ya traía la misión de la instalación de los proyectiles estratégicos y hasta tal vez tenían miedo de que nosotros no lo aceptáramos.

”Nosotros —sigue diciendo Fidel— podíamos considerar que los proyectiles aquí pueden servir de base de críticas y campañas en contra de la Revolución en América Latina. Pero no tuvimos duda alguna, cuando se nos plantea lo de los proyectiles en ese momento. Pensábamos que era algo que convenía a la consolidación del poder defensivo de todo el campo socialista. No quisimos pensar sólo en



nuestros problemas y subsiguientemente equivalía a la defensa de nosotros. Subsiguientemente, a la defensa de Cuba”, repitió.

Y agrega Fidel: “Después hicimos algunas preguntas, como por ejemplo: el tipo de proyectiles que ellos proponían, su número, etc. Nosotros no teníamos conocimientos prácticos sobre la cuestión. Nos informaron que serían 42 proyectiles. Entonces le pedimos tiempo para reunir la Dirección e informarle que lo haríamos rápidamente.

”Y así fue. Terminado el encuentro, organizamos una reunión con los compañeros y analizamos la cuestión en esos términos. La presencia de los proyectiles tales tienen... tales y tales connotaciones. Tampoco ignorábamos que la presencia de ese armamento iba a dar lugar a una gran tensión política, pero vimos la cuestión desde el ángulo de nuestros deberes morales, de nuestros deberes políticos, de nuestros deberes internacionalistas, tal como, los entendíamos”.

Y continúa Fidel: “Cuando regresamos a vernos de nuevo, con el mariscal y con Rashirov, les dimos la respuesta afirmativa de la dirección cubana. Y les dijimos: ‘Si es para fortalecer el campo socialista y a su vez, lo pongo en segundo lugar, contribuye a la defensa de Cuba, estamos dispuestos a recibir todos los cohetes que sean necesarios. Estamos dispuestos a recibir hasta 1 000 cohetes, si quieren enviarlos. La resolución está tomada’ ”.

Y señala Fidel: “Nunca había visto los cohetes como algo que algún día se emplearía contra Estados Unidos, en un ataque injustificado, en un primer ataque”. Y añadió: “Recuerdo que Jrushov no se cansaba de repetir que nunca lanzaría un primer ataque nuclear. Se hubiera podido obtener la defensa de Cuba sin la instalación de los cohetes”.

Días después de que la delegación soviética regresara a su país, a la Unión Soviética viajó Raúl Castro, quien permaneció allí desde el 3 al 16 de julio y se redactó un proyecto de convenio militar que nunca llegó a firmarse. Fue Raúl allá y firmó un convenio. Firmó no. No se firmó. Se revisó un documento y cuando lo trajo a Cuba, Fidel le hizo algunas modificaciones.

Bueno ese proyecto, ese proyecto de convenio militar, que nunca llegó a firmarse y cuando Fidel leyó el documento introdujo algunas modificaciones. Alteró el título, que sólo se refería a la defensa de



Cuba, e incluyó también la defensa de la Unión Soviética. Incluyó que las fuerzas armadas de la Unión Soviética debían respetar la soberanía y el orden legal de Cuba y, por consiguiente, no podían adquirir derechos de ocupación de territorios, ni otros ajenos a sus funciones. También se estipulaba que al retiro de las tropas, las instalaciones construidas pasarían a la propiedad del gobierno cubano.

El texto no mencionaba el tipo de armas que se instalarían en Cuba. También se estipulaba que las unidades militares de cada Estado estarían bajo el mando de sus respectivos gobiernos. Fidel planteó que el acuerdo militar se hiciera público y esto tuvo una importancia enorme; ya veremos por qué.

Cuba tenía derecho a tener las armas que quisiera y Estados Unidos había firmado un gran número de acuerdos militares con otros países; pero Jrushov no quiso. Dijo que no, que había que ocultar esto, que más adelante, después de las elecciones congresionales en Estados Unidos para no perjudicar a Kennedy, porque ya éste aspiraba a la reelección también.

Y éste era uno de los argumentos que esgrimió Jrushov para no hacer público el acuerdo militar.

Jrushov, nunca pensó realmente hacer una guerra ni mucho menos, sin tener la oportunidad de tener un acuerdo con Estados Unidos, pues era mejor hacerlo con Kennedy, a quien conocía, pues no sabía quién vendría después de Kennedy, pues esperaba que viniera otro peor que Kennedy para hacer un acuerdo.

Ahora, la prueba es que después de la crisis, inmediatamente después de la crisis, hubo muchos acuerdos entre los soviéticos y los norteamericanos.

Bueno, el primero fue el tratado aquel de no proliferación que acordaron entre los dos.

En los primeros días de agosto, empezaron a llegar a Cuba las tropas soviéticas, después los cohetes y el resto del equipo bélico. Los primeros cohetes arribaron el 15 de septiembre. Así como las ojivas nucleares de alcance medio, las únicas que arribaron.

Cuando Kennedy anunció el 22 de octubre que se habían descubierto los proyectiles atómicos en Cuba, ya se había concluido la cons-



trucción de las posiciones de lanzamiento de dos regimientos y se hallaba en fase de terminación la del tercero, aunque nunca estuvieron instaladas las ojivas nucleares, ni preparados los combustibles líquidos y oxidantes.

Hora y media después de que la Casa Blanca anunciara que se habían descubierto los cohetes, el Comandante en Jefe Fidel Castro ordenó poner en alerta de combate a las Fuerzas Armadas Revolucionarias. Y a las 17:35 horas decretó el Estado de Alarma de Combate.

Desplegadas en sus posiciones había 56 divisiones de infantería. La suma de hombres movilizados fue de unos 270 000, de los cuales 170 000 eran reservistas y 100 000 de servicio activo de las Fuerzas Armadas. Y a esto hay que agregar las milicias y lo aportado por la Defensa Popular. Lo que hizo un total de 400 000 hombres armados. Pero además estaba la decisión de la inmensa mayoría del pueblo, ustedes lo recordarán. La gente en la calle buscando armas para luchar en defensa de la patria, como demostración palpable de que la Revolución estaba consolidada.

No había mejor prueba que ésa, ante un peligro de una guerra nuclear, y no sólo en la mente de la gente estaba la defensa de la Revolución, sino en los brazos de los ciudadanos que estaban pidiendo armas también para eso.

En ese momento, en Estados Unidos se dislocaron tropas en la región suroriental y se reagruparon varias divisiones en la Florida y en Texas. También se desplegaron los bombarderos B-47 y del Comando Estratégico del Aire en 40 aeropuertos civiles, cada uno con sus cargas nucleares.

Por su parte, el gobierno soviético impartió instrucciones el día 23 para que las tropas Coheteriles Estratégicas, la Defensa Antiaérea y la Flota de Submarinos, retuvieran sus efectivos, incluidos los hombres que por razones de edad debían desmovilizarse, y cesaron los descansos programados en el personal.

Se envió una orden para poner en completa disposición combati-va a las unidades soviéticas en Cuba y las demás de los Estados-miembro del Pacto de Varsovia.



El gobierno norteamericano quiso establecer de inmediato un bloqueo naval a la Isla y se discutió mucho esta medida en la Casa Blanca, pues era un acto de guerra. Es decir, el bloqueo.

Hasta los mismos aliados de los norteamericanos —por ejemplo, los ingleses— tuvieron sus dudas de que éstos pudieran establecer ese bloqueo naval, porque estaban violando todos los convenios internacionales y muchos juristas norteamericanos así lo han expresado en libros publicados después. Y Kennedy no se decidió a establecer el bloqueo, hasta que no tuvo el acuerdo de la OEA, la famosa OEA, el Ministerio de Colonias de Estados Unidos. Entonces, la OEA tomó un acuerdo, facilitándole a Estados Unidos el establecimiento de un bloqueo naval.

Ahora, si se hubiera publicado el convenio militar como planteó Fidel, no se hubiera podido esgrimir el argumento de que las armas atómicas se habían puesto en Cuba de manera subrepticia. Ése no hubiera sido un argumento que hubieran podido esgrimir y si se hubiera hecho público el convenio como tenía derecho Cuba, como cualquier país del mundo a tener un convenio militar con cualquier otro país que quisiera.

Los soviéticos también cometieron un error, quizás el error de hablar de cohetes ofensivos y cohetes defensivos. No había razón para hacerlo y, entonces, Kennedy aprovechó para decir que los cohetes que estaban en Cuba eran ofensivos. Así que también le dieron ese argumento a Kennedy.

El 22 de octubre, el presidente de Estados Unidos habló ante las cámaras de televisión para anunciar que la Unión Soviética había instalado los cohetes nucleares en Cuba y que ellos establecerían un bloqueo naval después del acuerdo de la OEA. Ese mismo día, el gobierno cubano envió una carta al presidente del Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas en la cual solicitaba una reunión urgente de éste en vista del acto de guerra unilateralmente ejecutado por el gobierno de Estados Unidos, al disponer el bloqueo naval de Cuba.

Eso fue el mismo día que Kennedy habló.

Se decía que el bloqueo se establecía a espaldas de los organismos internacionales, con absoluto desprecio del Consejo de Seguridad y creaba un inminente peligro de guerra.



En igual fecha, el gobierno de Estados Unidos —es decir, ese mismo día que Cuba planteó sus argumentos—, Estados Unidos también pidió una reunión del Consejo. El documento americano señalaba que era para hacer frente a la peligrosa amenaza a la paz y seguridad del mundo que había creado la Unión Soviética. Y un día después, de las cartas de Cuba y de la de Estados Unidos, la Unión Soviética demandó una reunión del Consejo de Seguridad y el día 23 de octubre —o sea, al día siguiente de que se anunciara por la Casa Blanca los cohetes— se reunió el Consejo de Seguridad para examinar las tres cartas.

En esa reunión, el embajador estadounidense declaró que, al establecerse una base de armas ofensivas —y aquí vemos cómo otra vez se aprovechó esa distinción de ofensiva y defensiva—, y volvieron a decir que eran ofensivas las armas que estaban en Cuba, instaladas de manera clandestina. Como no se dio publicidad al convenio se declaró que era una cosa clandestina, agregándose que las bases de la OTAN, cerca de la Unión Soviética, eran de armas defensivas.

Fíjense como aprovecharon también esta distinción de ofensiva y defensiva.

El representante de Cuba, en esa reunión del Consejo, manifestó que su país se había visto precisado a armarse frente a la agresión de Estados Unidos y el embajador soviético expresó que el bloqueo naval constituía una violación flagrante de la Carta de las Naciones Unidas. Afirmó, además, que el gobierno soviético propugnaba el retiro de todas las fuerzas y armamentos extranjeros en territorios extranjeros y que no se opondría a que se efectuase bajo la observación de las Naciones Unidas.

En esa reunión después hicieron uso de la palabra los aliados de la Unión Soviética y de Estados Unidos; el representante de la República Árabe Unida, reflejando el sentir de los Estados No Alineados, manifestó que no podía condenarse la decisión tomada unilateralmente por Estados Unidos de ejercer la cuarentena en el mar Caribe. La cuarentena era el bloqueo, pues esa medida no sólo se oponía al derecho internacional y a las normas establecidas de libertad de navegación, sino que, además, conducía a una situación que entrañaba el riesgo de aumentar la tirantez mundial. Se trataba, señaló, de una medida adop-



tada fuera de las Naciones Unidas. Esto lo dijo el representante de Egipto en esa reunión del Consejo.

La noche anterior a la reunión del Consejo se celebró una reunión de 50 países en la sede de las Naciones Unidas en Nueva York, y acordaron informarle al secretario general, la preocupación que tenían; de ese encuentro surgió la idea de que Ghana y la RAU —es decir, la República Árabe Unida—, que eran miembros del Consejo, presentaran un proyecto de resolución en el cual pidieran al secretario general que se pusiera en contacto con las partes directamente interesadas para intentar resolver la crisis y normalizar la situación en el Caribe. Y esto resultaba muy importante porque, al hablarse de normalizar la situación en el Caribe, se referían a la política agresiva de Estados Unidos contra Cuba.

O sea, resolver el problema inmediato de las armas nucleares en Cuba, pero el fondo del problema era la crisis en el Caribe, que era la política de Estados Unidos contra Cuba. El Movimiento de los No Aliados presentó un proyecto de resolución en el cual pedían al secretario general ponerse en contacto con las partes directamente interesadas para intentar resolver la crisis y normalizar la situación en el área.

Después, el Consejo suspendió la reunión y nunca más se reunió, porque la Unión Soviética y Estados Unidos se pusieron de acuerdo a espaldas de Cuba y también decidieron no acudir más al Consejo, donde hubiera ocurrido un debate sobre las tensiones en el Caribe y la hostilidad de Estados Unidos con Cuba, la causa principal de esa tensión.

En los días subsiguientes se intercambiaron numerosas cartas entre Jrushov y Kennedy, justificando cada uno de ellos las acciones que habían tomado. Al final del proceso de la crisis se cruzaron cinco cartas confidenciales entre el primer ministro soviético y Fidel, en las cuales se manifestaron las discrepancias entre las posiciones adoptadas por cada uno de ellos. Malentendidos por la parte soviética con una carta de Fidel, que ellos no supieron interpretar, y la amargura por la parte cubana de que Moscú se pusiera de acuerdo con Washington sin que Cuba lo supiera, siendo como era el centro de todo aquel conflicto.

El día 27 del mes de octubre, Jrushov envió otra carta a la Casa Blanca que decía, entre otras cosas, que los cohetes norteamericanos



estaban instalados en Gran Bretaña e Italia y dirigidos contra la Unión Soviética y que había cohetes en Turquía, junto a su país. Proponía entonces retirar los cohetes de Cuba y que los estadounidenses los retiraran de Turquía, que esas declaraciones se hicieran en Naciones Unidas y que Naciones Unidas inspeccionara el compromiso sobre el terreno.

Kennedy y sus asesores no respondieron esa misiva de Jrushov —es decir, la de los cohetes de Turquía—, porque les crearía un problema con sus aliados de la OTAN. Respondieron una carta anterior, que había llegado horas antes, en la cual se decía que la Unión Soviética retiraría los cohetes, si el gobierno norteamericano se comprometía públicamente a no invadir Cuba. Y así, los dos gobiernos liquidaron el problema que tenía el mundo en ascuas, aunque, según se ha revelado en algunos libros escritos por norteamericanos, el almirante George Anderson, jefe de Operaciones Navales, y el general Cuty Lemail, jefe de la Fuerzas Aéreas, pidieron ese mismo día a Kennedy que autorizara la invasión de Cuba.

Los norteamericanos intentaron persuadir al secretario general de Naciones Unidas, U Thant, que ordenara una inspección sobre las bases en Cuba, pues los soviéticos estaban de acuerdo. Le dijeron que pondrían a su disposición aviones de transporte C 130, que volarían a baja altura, con las puertas abiertas y estarían situados en el fuerte Stuart de la Fuerza Aérea en Georgia, pintados de blanco con las iniciales de Naciones Unidas. U Thant respondió que esa acción excedería los poderes que tenía y que no podía ordenar esa vigilancia sobre Cuba.

Ese día, Fidel Castro se enteró del ofrecimiento del primer ministro soviético y de la aceptación de Kennedy. No se le había consultado ni informado.

Cuba quedaba sin garantías reales, como se demostró muy pronto.

En esas circunstancias, Fidel declaró lo que conoceríamos como los famosos Cinco Puntos. Declaró que no habría una solución definitiva de la crisis ni existirían las garantías de que hablaba Kennedy contra una agresión a Cuba, si además de la eliminación del bloqueo, no cesaba el bloqueo económico y todas las medidas de presión comercial y económica que ejercía Estados Unidos en todas las partes del mundo contra Cuba.



El cese de las actividades subversivas, lanzamiento y desembarco de armas y explosivos, organización de las invasiones mercenarias e infiltración de espías y saboteadores, cese de los ataques piratas que se llevaban a cabo desde Estados Unidos y Puerto Rico, cese de las violaciones del espacio aéreo y naval por aviones y navíos de guerra norteamericanos, retirada de la Base Naval de Guantánamo y devolución de ese territorio cubano ocupado por Estados Unidos.

Fueron los famosos Cinco Puntos que planteó Fidel en aquella oportunidad, frente al acuerdo de Washington y de Moscú de retirar los cohetes sobre la base de una promesa de Kennedy de no invadir la Isla.

Muchos años después, en una entrevista por la televisión norteamericana, Fidel comentó sobre la forma en que se dio conclusión a la crisis. Expresó que bastaba con que Jrushov hubiera manifestado que estaba dispuesto a retirar los cohetes con garantías satisfactorias para Cuba y así se hubiera resuelto el problema, porque nadie, añadió Fidel, hubiera estado dispuesto a una guerra nuclear por la Base de Guantánamo o por un bloqueo económico o por un acto de hostilidad contra un país pequeño.

En otra oportunidad, Fidel manifestó que para él era evidente el deseo soviético de obtener una mejoría en la correlación de fuerzas de la Unión Soviética y Estados Unidos.

Como Cuba no pudo participar en las conversaciones con soviéticos y norteamericanos, porque los últimos se opusieron, resultó imposible plantear los criterios de Cuba en las discusiones que tuvieron lugar.

Digamos ahora que entre octubre y diciembre de ese año 1962, los dirigentes de Cuba y la URSS y los dirigentes de la URSS y Estados Unidos, intercambiaron entre sí mas de 20 cartas públicas y confidenciales.

La carta más importante de Jrushov a Kennedy, desde el punto de vista histórico, fue en la que propuso retirar los cohetes de Cuba y hacer el compromiso en Naciones Unidas, y que el gobierno de Estados Unidos hiciera una declaración a los efectos de que por su parte —y entonces, estoy citando textualmente ahora— “considerando la tranquilidad y ansiedad de la URSS retirará sus medios análogos de Turquía y que la ONU inspeccionaría en el terreno el compromiso que se había hecho”.



Esa proposición del trueque entre los cohetes de Cuba y de Turquía, causó consternación en la Casa Blanca y se decidió ignorarla y contestar una carta anterior en la cual, como ya había dicho, no se hablaba de los cohetes de Turquía, sino solamente de la retirada de los cohetes de Cuba y del compromiso de no invadir la Isla.

El bloqueo fue marítimo y aéreo, y hubo un acuerdo entre los soviéticos y los norteamericanos de quitarles unos capacetes que tenían los cohetes en los barcos, para que los aviones norteamericanos retrataran los cohetes.

En medio de ese intercambio de impresiones, llegó a la Casa Blanca la noticia de que en Cuba se había derribado un avión espía U-2. Pero los norteamericanos no hicieron nada.

Realmente no se sabe, es decir, hasta ahora siempre se ha dicho que los vuelos de los aviones U-2 fueron los que descubrieron dónde estaban los cohetes en Cuba. Pero después se descubrió que había un coronel de la Inteligencia soviética, Oleg Pentovski, detenido creo que el mismo 22 de octubre, cuando Kennedy en un discurso anunciaba lo de los cohetes. Fue detenido en ese momento. Era un tipo que estaba espionando para los norteamericanos y los ingleses, desde hacía dos o tres años, y ese individuo fue detenido el mismo día que Kennedy habló. No sé si es que los informes que tenía el espía contenían donde estaban los cohetes, para que después vinieran los aviones y retratarlos, o los aviones descubrieron los cohetes.

Hay que señalar que ni el gobierno cubano, ni los militares soviéticos que estaban en Cuba, conocieron de aquellos mensajes entre Jrushov y Kennedy.

En Nueva York, el secretario general de Naciones Unidas redactó varios mensajes. Uno a Kennedy en el cual le pedía que interrumpiera el bloqueo naval para dar oportunidad de encontrar una solución pacífica del conflicto. Una carta a Jrushov, para que no enviara más armas a Cuba y una carta a Fidel Castro, para que se suspendieran las obras de construcción de las plataformas de las armas nucleares, durante el período de las negociaciones que iban a emprenderse.

Fidel respondió que su país estaba dispuesto a discutir sus diferencias con Estados Unidos y hacer lo que estuviera a su alcance, en



cooperación con Naciones Unidas, para resolver la crisis, pero rechazaba el acto violatorio de la soberanía de Cuba, que implicaba el bloqueo naval y rechazaba la pretensión norteamericana de determinar los actos que Cuba tenía derecho a realizar dentro de su territorio, el tipo de armas que estimara conveniente para su defensa, las relaciones con la URSS y los pasos de política internacional que Cuba tenía derecho a dar para garantizar su seguridad y su soberanía.

Agregaba que el Gobierno Revolucionario estaría dispuesto a aceptar los compromisos que pedía U Thant, como esfuerzos a favor de la paz, siempre que, al mismo tiempo, el gobierno de Estados Unidos detuviera, durante el período de las negociaciones, las amenazas y las acciones agresivas contra Cuba, incluido el bloqueo naval.

Al final de la misiva, invitaba a U Thant a venir a La Habana, adonde llegó el día 30 y fue a Palacio. Expuso que él veía el problema en dos partes. Una inmediata y la otra a largo plazo, en la cual también estaría envuelta Naciones Unidas, la parte referente a la crisis del Caribe como origen de todo este problema. Expresó que Estados Unidos deseaba montar un dispositivo de Naciones Unidas, para asegurarse que no entrarían más armas a Cuba y que la Unión Soviética había estado de acuerdo. Agregó que él no se asociaba a ninguna de las dos proposiciones y Fidel respondió: “¿Qué derecho tenía Estados Unidos para pedir eso?”

Y recuerdo, porque yo estaba en esa reunión, que U Thant dijo que no era un derecho y que solamente se podía complacer si se aceptaba por el gobierno cubano. Es decir, U Thant siempre tuvo una buena posición en esa crisis.

Las negociaciones en Nueva York se llevaron a cabo entre Kuznetsov, entonces el viceministro soviético de Relaciones Exteriores; Adlai Stevenson, el embajador norteamericano en Naciones Unidas, y John McCloy, el negociador de desarme norteamericano. Por oposición de Estados Unidos —yo estaba en ese momento como embajador en Naciones Unidas—, no pude participar en esas conversaciones.

Los soviéticos me decían que lo habían planteado varias veces a los norteamericanos, que Cuba participara de las negociaciones, pero que siempre habían rechazado esa posibilidad.



Yo trasladaba a La Habana lo que me informaba el negociador soviético en su conversación con los norteamericanos; a su vez, yo le manifestaba las opiniones y las observaciones que teníamos nosotros y la situación que había en Naciones Unidas, así como las impresiones que tenía en mis contactos con los diplomáticos y con los periodistas; debo decir que el secretario general de Naciones Unidas también quedó al margen del proceso.

Me entrevistaba con U Thant, así como con los negociadores de Estados Unidos y la Unión Soviética.

Estados Unidos planteó enseguida otra demanda: la retirada de los aviones IL-28, propiedad de los soviéticos, que estaban en Cuba. Los soviéticos también aceptaron complacer en esto a los norteamericanos. Eran unos aviones con un propósito defensivo para enfrentar una invasión.

En esos días, el viceministro Mikoyan vino a La Habana para limar asperezas, permaneció como 20 días aquí. Luego fue a Nueva York, donde me entrevisté con él y después siguió a Washington, para hablar con Kennedy de todo este proceso.

Cubanos y soviéticos discutieron un proyecto de protocolo para someterlo a la consideración del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas, en el cual se expresaban las posiciones de cada uno de los tres países; pero Washington se negó a suscribir ese proyecto.

La crisis terminó cuando la Unión Soviética y Estados Unidos firmaron una carta a U Thant, en la cual le decían que había habido un entendimiento entre ellos y que no era necesario que la cuestión continuara ocupando la atención del Consejo.

Cuba, por su parte, envió otra carta al secretario general, en la cual expresaba que las negociaciones no habían propiciado un acuerdo eficaz, capaz de garantizar de manera permanente la paz en el Caribe y liquidar las tensiones existentes, y que el gobierno de Estados Unidos, lejos de renunciar a su política agresiva e intervencionista respecto de Cuba, había mantenido la posición de fuerza asumida en flagrante violación de las normas jurídicas internacionales y que no se apreciaba —eso decía la carta de Cuba—, como acuerdo eficaz, otro que no fuera el que incluyera las cinco garantías mínimas para la paz



en el Caribe, contenidas en la Declaración de Fidel, del primer ministro de Cuba, el 28 de octubre; y en esa carta se agregaba que no había forma mejor de solución para la crisis, que negociaciones con respeto a los derechos soberanos de cada nación en las normas del derecho internacional.

Tan pronto U Thant entregó la carta —es decir, las tres cartas— al Consejo de Seguridad, en Washington se constituyó un grupo en el cual estaba la CIA, el Departamento de Estado y el Pentágono, preparando otra vez presiones políticas y económicas, psicológicas y militares contra Cuba para derrocar al Gobierno Revolucionario, lo que demostró que las garantías de Kennedy, aceptadas por Jrushov, eran falsas, como lo había advertido Fidel.

La Habana, 20 de abril del 2007.



Estados Unidos vs. Cuba: una espiral de 30 años

Ramón Sánchez-Parodi Montoto

Según se ha aproximado el 1° de septiembre he sido llevado por los recuerdos a repasar lo ocurrido desde que en esa misma fecha, pero 30 años atrás, entraron en funcionamiento sendas llamadas Secciones (u Oficinas) de Intereses en las capitales de Cuba y de Estados Unidos. El momento es oportuno para ver en retrospectiva los acontecimientos y circunstancias que llevaron a ese acuerdo, sacar conclusiones sobre lo ocurrido desde aquel entonces y elaborar las proyecciones sobre lo que es posible esperar en las relaciones entre ambos países. A ese propósito dedicamos este artículo, tomando en cuenta las vivencias personales adquiridas durante una amplia etapa de este proceso.

Los primeros pasos

La firma de este acuerdo constituye un importante paso, negociado entre los respectivos gobiernos, por iniciativa de la Administración presidida por James Carter y cuyo principal objetivo fue iniciar un proceso de aproximación que debía llevar, en un plazo relativamente corto, al restablecimiento de relaciones diplomáticas entre ambos países, como resultado de la normalización de relaciones oficiales entre las dos naciones.

La decisión no fue producto de la casualidad, ni de embullo momentáneo o del voluntarismo personal de uno u otro dirigente. Formó parte de un proceso que respondía a situaciones y condiciones exis-



tentes en cada país y en el medio internacional. Revisémoslas brevemente y a grandes rasgos.

La situación internacional, como se definía en la época, era candente debido al peligro de una confrontación nuclear entre las dos superpotencias del momento: Estados Unidos y la Unión Soviética, y el movimiento pacifista reclamaba el fin de la carrera armamentista y la eliminación de las armas nucleares. A lo interno de Estados Unidos, el país vivía bajo el llamado “síndrome de Viet Nam” y la crisis moral derivada del “escándalo Watergate” que desembocó en la renuncia del presidente Richard Nixon, para evitar que el Senado lo imputara y sometiera a juicio. Por su parte, en Cuba se consolidaban las bases de la sociedad socialista. El Partido Comunista de Cuba celebraba su Primer Congreso; se elaboraba, aprobaba en referéndum y promulgaba la Constitución del Estado socialista, y se celebraban las primeras elecciones para diputados a la Asamblea Nacional del Poder Popular y para delegados a los órganos locales. La Revolución cubana creaba los fundamentos institucionales de la nueva sociedad socialista.

No resulta ocioso señalar que, en esos momentos, la mafia contrarrevolucionaria cubana en Estados Unidos estaba desacreditada por su participación como los connotados “plomeros” del Watergate y que su empleo contra Cuba por parte del gobierno norteamericano se había reducido luego del cierre de la gigantesca estación de la CIA que funcionaba en Miami, debido a los reiterados fracasos de las operaciones paramilitares de ataques piratas, espionaje e infiltraciones con fines subversivos desarrollados contra Cuba.

A pesar del estricto bloqueo, de la política de aislamiento y de las pertinaces agresiones armadas contra Cuba, impuesto en unos casos y promovidas en los otros por el gobierno de Estados Unidos, la Revolución cubana logró desarrollar vínculos con importantes sectores de la sociedad norteamericana y, en particular, con los elementos de la llamada “nueva izquierda”, enfrascados desde la década del 60 en la lucha por los derechos civiles, contra la discriminación racial y contra las agresiones bélicas a Viet Nam. Ya a finales de la década citada, estos vínculos fructificaron en la organización de la Brigada Vencemos como expresión concreta de la solidaridad del pueblo norteameri-



cano con los esfuerzos del pueblo cubano para construir una sociedad socialista.

Pero los vínculos también se extendieron a otros sectores activos en la política norteamericana. Primero fueron los llamados “liberales radicales”, críticos del poder imperial norteamericano y de la actuación de sus órganos de dominación y, por tanto, contrarios a la política de bloqueo y a las agresiones armadas contra Cuba, organizadas y dirigidas por los órganos de espionaje y acciones paramilitares del gobierno de Estados Unidos.

Como resultado de esos nexos, también se establecieron contactos con figuras importantes del *establishment* norteamericano, entre las cuales merecen especial mención los senadores George Mc Govern (candidato a la presidencia por el Partido Demócrata en 1972) y James Abourezk; no fueron los únicos, pero sí deben contarse entre los precursores y más consecuentes promotores de la eliminación de la política de agresión contra Cuba establecida por los órganos del poder imperial norteamericano.

La posición coincidente de estos sectores, el ambiente existente a nivel internacional, la situación y condiciones en Cuba y en Estados Unidos, devinieron el caldo de cultivo que generaron el impulso necesario para retomar los contactos oficiales entre ambos países.

No resulta un secreto que, en Cuba, estas acciones de acercamiento hacia representantes de lo más sano de la sociedad norteamericana, contaron con la inspiración, guía y activa participación del Comandante en Jefe Fidel Castro. El papel primordial y fundamental desempeñado por Fidel a lo largo de todo este proceso, es ejemplo vivo de un pensamiento rector de la política de la Revolución: nuestra acción está dirigida contra la política imperial norteamericana y no contra su pueblo y sus tradiciones democráticas; profesamos amistad plena y absoluto respecto hacia el pueblo norteamericano.

La iniciativa de Henry Kissinger

En esas circunstancias, a finales de junio de 1974, en ocasión de la visita a Cuba de un equipo de periodistas integrado por Frank Man-



kiewicz, Kirby Jones y Saul Landau, quienes visitaron Cuba en esa y en dos ocasiones posteriores para entrevistarse con Fidel, de lo cual se derivaron programas de televisión, entrevistas en revistas y un libro, se recibió un mensaje escrito pero no firmado del entonces secretario de Estado Henry Kissinger, en el cual proponía llevar a cabo conversaciones confidenciales para buscar la normalización de las relaciones entre ambos países, argumentando que aunque Cuba y Estados Unidos tenían regímenes sociales y políticos distintos y que discrepábamos en cuanto a los principales temas de carácter internacional, no era razón para mantener un estado de hostilidad perpetua entre ambos países. Al tomar en cuenta que la propuesta estaba expresada en términos respetuosos, que no se establecían precondiciones de ningún tipo y que razones históricas y geográficas, así como los propios intereses de Cuba y de Estados Unidos determinaban que en algún momento debía existir algún tipo de relaciones oficiales entre ambos países, el gobierno cubano respondió positivamente a la propuesta norteamericana. Era también una fórmula para deshacer una situación de tensiones y conflictos, y contribuir a hacer avanzar la causa de la paz y la estabilidad en el mundo, y en ese sentido, Cuba estaba en disposición de hacer su parte, manteniendo imbatible la defensa de su derecho a la independencia de la nación, la soberanía de su Estado y de su sociedad y la integridad de su territorio nacional.

Durante los siguientes 14 meses, hasta agosto de 1975, por primera vez desde la ruptura de relaciones diplomáticas entre ambos países en enero de 1961, se desarrollaron contactos directos entre representantes de los gobiernos de Cuba y de Estados Unidos, incluidas dos sesiones entre los representantes de cada gobierno formalmente designados, el ya fallecido Lawrence Eagleburger y el autor de este artículo. Estados Unidos tomó algunas medidas simbólicas como la de “permitir” a subsidiarias norteamericanas en terceros países el comercio con Cuba como prenda de buena voluntad, pero sin llegar a ningún acuerdo sustancial. En este período puede destacarse la única resolución adoptada en la XVI Reunión de Consulta de Cancilleres de la OEA, celebrada el 29 de julio de 1975 en San José, Costa Rica, para “dejar en libertad a los Estados partes del TIAR (Tratado Interameri-



cano de Asistencia Recíproca) para que de acuerdo con la política e intereses nacionales de cada uno, normalicen o conduzcan las relaciones con la República de Cuba al nivel y en la forma que cada Estado considere conveniente”. De esa forma y con la actuación tras el telón de Estados Unidos (que el año anterior había votado en contra de una resolución de igual tenor), se eliminaba la obligación de actuar de manera multilateral en la aplicación de las sanciones contra Cuba establecidas por la OEA. Aunque un grupo de Estados latinoamericanos y caribeños habían hecho caso omiso de esa estipulación; ésta constituía una formalidad que necesitaba Estados Unidos para “cubrirse las espaldas” en caso se “filtrarse” la noticia de las conversaciones confidenciales con Cuba.

Lo cierto es que, a pesar de ello, pocos días después, las autoridades norteamericanas comunicaron a la parte cubana que no continuarían los contactos bilaterales. Como causa adujeron el apoyo ofrecido por Cuba a la causa de la independencia de Puerto Rico dentro del Comité de Descolonización de la ONU. Posteriormente, y como esa excusa resultaba poco plausible, las autoridades estadounidenses han ofrecido otra explicación: la ayuda de Cuba a la independencia de los países africanos; en especial, a Angola. Por mi parte, opino que la verdadera razón era el temor del entonces presidente Gerald Ford de que cualquier noticia que se diera a conocer sobre los contactos con Cuba, afectaría sus posibilidades de ser nominado como candidato del Partido Republicano a la presidencia de la república en las elecciones de noviembre de 1976, en lo cual tenía como rival a Ronald Reagan, quien contaba con el apoyo de la llamada “Nueva Derecha” norteamericana. Cuando he discutido ese aspecto con los propios funcionarios norteamericanos involucrados en la decisión, no han objetado mi análisis; antes bien, lo han aceptado.

Las buenas intenciones de Jimmy Carter

Tanto el sector que apoyaba a Ford como el que apoyaba a Carter, hicieron llegar a Cuba mensajes de la disposición a reanudar los contactos bilaterales con Cuba después de las elecciones de 1976.



Había una diferencia fundamental: el grupo de Ford se inclinaba a mantener el mismo nivel de confidencialidad aplicado desde 1974, mientras que Carter prefería un proceso público, tal como propuso después de asumir la presidencia en enero de 1977.

La fórmula de “Secciones de Intereses” propuesta por el gobierno de Estados Unidos, replicaba la ya empleada y que condujo a la normalización de relaciones de ese país con Argelia e implicaba la acreditación de diplomáticos de cada país en la capital del otro para cubrir las plazas de las secciones que en las embajadas de la entonces Checoslovaquia socialista en Washington y de Suiza en La Habana, representaban, respectivamente, a Cuba y a Estados Unidos de América. Como esas “secciones” tendrían sus sedes en los edificios que ocuparon en sus momentos las embajadas de esos países en el Malecón habanero y en la calle 16 del Suroeste del Distrito de Columbia, a pocas cuadras de la Casa Blanca, y desempeñarían las mismas funciones inherentes a una embajada, en la práctica se trataban de representaciones diplomáticas con todos sus atributos, pero sin tener el rango diplomático de tales misiones ni poder izar sus respectivos pabellones nacionales.

El acuerdo se alcanzó bajo un criterio común tácito de lograr la normalización de relaciones en un plazo relativamente breve, quizá durante los cuatro años de la presidencia de James Carter. La primera medida tomada por Carter, después de asumir la presidencia y aun antes del establecimiento de las secciones de intereses, fue la eliminación de la impopular medida de bloqueo que prohibía a los ciudadanos norteamericanos el uso de sus pasaportes para viajar a Cuba. La medida conllevó al establecimiento de vuelos especiales entre La Habana y Nueva York y Miami, y a la autorización de transacciones financieras en dólares entre entidades financieras de Cuba y de Estados Unidos. También se acordó, en diciembre de 1977, la firma de un Acuerdo Gubernamental que establecía los límites marítimos entre Cuba y Estados Unidos, el cual ha estado en vigor de forma provisional hasta la fecha. A influjos de esta política se desarrollaron intensos vínculos entre importantes empresas norteamericanas y sus contrapartes cubanas; se llevaron a cabo intercambios de carácter académico, artístico y cultural (el Ballet Nacional de Cuba realizó funciones en el Kennedy



Center for the Performing Arts en la capital norteamericana y Billy Joel actuó en el teatro Karl Marx de la capital cubana); los representantes de la prensa norteamericana vieron incrementadas sus posibilidades de acceso a la realidad cubana, aunque no siempre actuaron con la debida objetividad.

Sin embargo, los hechos no confirmaron la expectativa en cuanto a la normalización de las relaciones. Una razón fundamental fue la debilidad intrínseca de la nueva Administración como resultado de haber sido Carter un candidato de transacción entre diferentes grupos demócratas y por ello contar con tenue respaldo dentro de las propias filas demócratas. Esa situación se reflejó en los asuntos de la política internacional con las contradicciones constantes entre el equipo conservador y reaccionario del asesor de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, Zbigniew Brzezinski, y el del secretario de Estado, Cyrus Vance, con posiciones más liberales. Tampoco en el Congreso, Carter tuvo un apoyo decidido; su primera gran batalla en el Congreso en su primer año de gobierno, fue la lucha por la ratificación legislativa a los acuerdos Torrijos-Carter sobre el canal de Panamá. Resultó tan fuerte la pugna que la aprobación del Congreso se logró voto a voto, reservando algunos congresistas su voto a favor, a que fuesen de vital necesidad para la aprobación, debido al temor de que si lo hacían a favor, ello pondría en peligro sus posibilidades de ser reelectos en las siguientes elecciones congresionales.

Tres constituyeron los temas principales en los cuales se estancaron las posibilidades de normalización de las relaciones: los derechos humanos (convertido por el mismo Carter en su himno de batalla personal en el ámbito mundial, con la particular visión misionera norteamericana sobre el asunto), el apoyo cubano al movimiento de liberación nacional en África (en especial, lo referido al África Austral: Angola, Namibia, Sudáfrica), el respaldo de Cuba a las fuerzas revolucionarias y progresistas en América Latina (en este ámbito se destacaban dos cuestiones: la lucha contra Somoza en Nicaragua y contra Pinochet en Chile).

En estas circunstancias, elementos norteamericanos reaccionarios y conservadores contrarios a la normalización de relaciones con



Cuba, actuaron reiteradamente, fabricando, falsificando y exagerando hechos sobre una supuesta política agresiva de Cuba; en particular, cada vez que sucedía alguna situación que podía favorecer el proceso de normalización. Así, en noviembre de 1977, se produjo una campaña iniciada por un artículo en el *New York Times* sobre un supuesto fortalecimiento de la capacidad militar cubana en distintos países africanos; o se “descubrió”, en septiembre de 1979, la presencia militar de la Unión Soviética en Cuba; o se acusó a Cuba, en mayo de 1978 (horas antes de un encuentro entre el secretario de Estado Cyrus Vance y el vicepresidente cubano Carlos Rafael Rodríguez), de haber organizado la invasión a la provincia de Shaba en Zaire de gendarmes de Katanga. (Resultó sorprendente para la parte cubana que Vance enrojeara de vergüenza cuando Carlos Rafael le mencionara esta falsa acusación, de la cual Vance no sabía nada.) Hay muchos otros ejemplos de este tipo de actuación, sobre lo cual no nos es posible extendernos en estos momentos, pero que indican claramente la intención de determinados sectores en sabotear el proceso en curso con vistas a la normalización de relaciones.

Subyacente en estas contradicciones estaba la errónea interpretación norteamericana de que Cuba actuaba en África y en América Latina en función de los intereses de la Unión Soviética; falsedad que la propia historia se ha encargado de desmentir de manera fehaciente. Como desprendimiento del tema de los derechos humanos, la contradicción giraba hacia la situación de los llamados presos políticos en Cuba y otras relativas a las posibilidades de emigración de cubanos hacia Estados Unidos y de la reunificación entre los emigrados cubanos y sus familiares en la Isla.

Vale la pena destacar que la mafia contrarrevolucionaria anticubana en Estados Unidos, como ya dijimos, desprestigiada por su participación en el escándalo Watergate y las sospechas (luego confirmadas) de haber participado en el asesinato en lugar céntrico de Washington de Orlando Letelier, carecía de apoyo efectivo de las autoridades norteamericanas y su papel fue en lo fundamental en la ejecución de acciones terroristas contra involucrados en el proceso de normalización, incluida la colocación de bombas en instalaciones cu-



banas y norteamericanas y el asesinato de personalidades, como Carlos Muñiz, Eulalio Negrín y el diplomático cubano ante Naciones Unidas, Félix García.

El gobierno de Carter sí vio con buenos ojos y apoyó con medidas prácticas el diálogo entre elementos representativos de la comunidad cubana y el gobierno de Cuba, convocado por las autoridades cubanas, que se desarrolló a finales de 1978. El camino al Diálogo tuvo un predecesor importante en la actividad y las posiciones favorables a la Revolución cubana de la Brigada Antonio Maceo, compuesta en lo fundamental por jóvenes que habían salido de Cuba como sujetos de la Operación Peter Pan, ejecutada por jefes de la Iglesia católica en contubernio con la CIA. En esa ocasión, en forma paralela, pero no integrante de las negociaciones con Estados Unidos, Cuba tomó importantes medidas; sobre todo, para facilitar los contactos entre cubanos residentes dentro y fuera del país y para la excarcelación de individuos presos en Cuba, en el entendido de que las autoridades norteamericanas, a solicitud de los emigrados cubanos, aceptaran otorgar las visas, tanto a los presos liberados como a los familiares que desearan acompañarlos en la emigración.

Como resultado del Diálogo, durante 1979 se incrementaron de manera sustancial las visitas entre cubanos en Cuba y en Estados Unidos, así como las comunicaciones telefónicas y postales entre ambos países. No obstante, la renuencia de las autoridades norteamericanas para apoyar con medidas concretas los resultados del Diálogo, a pesar de las constantes advertencias de las autoridades cubanas, incluidas las del mismo Comandante en Jefe Fidel Castro, se utilizaron por elementos terroristas y contrarrevolucionarios contrarios a la normalización de relaciones para provocar actos de violencia contra sedes diplomáticas acreditadas en La Habana, que ocasionaron, incluso, muertes de custodios de esas sedes y desembocaron finalmente en los sucesos de la embajada de Perú y el puente marítimo abierto entre Mariel y Florida, complicando la situación entre ambos países y la propia aceptación del presidente Carter ante la opinión pública norteamericana, debido a sus declaraciones desatinadas y la forma irresponsable en la que el gobierno de Estados Unidos actuó frente a esos sucesos.



James Carter no consiguió reelegirse para un nuevo mandato y fue derrotado por abrumadora mayoría de votos por el conservador Ronald Reagan, apoyado por los elementos más reaccionarios de la sociedad norteamericana. El factor de último momento que más influyó en la derrota de Carter, fue su inhabilidad para lograr la liberación de los norteamericanos mantenidos como rehenes en Teherán. Hasta último momento, la Administración Carter estuvo pugnando para llegar a un acuerdo con el gobierno de Irán, pero el fracaso en lograrlo sólo contribuyó a aumentar su descrédito ante los electores. Numerosos analistas y políticos norteamericanos son de la tesis (que el autor de este artículo suscribe) de que elementos republicanos montaron contactos paralelos secretos con representantes iraníes para impedir que la Administración Carter pudiese llegar a un acuerdo con Irán para la liberación de los rehenes, socavando así la actuación del gobierno de Estados Unidos. Otros refutan esa tesis; lo cierto es que fui testigo presencial, en el Capitolio Nacional del Distrito de Columbia, durante la toma de posesión de Ronald Reagan de que en el preciso momento en que juró su cargo, sucedió el anuncio de la liberación de los rehenes. Se había soltado la piedra que hundió la presidencia de Jimmy Carter.

Había concluido el breve intervalo liberal entre los gobiernos más o menos conservadores que han dominado el escenario político norteamericano desde la elección de Richard Nixon en 1968 hasta nuestros días. Y los gobiernos que se sucederían no tendrían una favorable actitud hacia Cuba; por el contrario, retrocederían a las posiciones agresivas adoptadas a partir del triunfo de la Revolución.

Ocho años en marcha atrás con Ronald Reagan

La Administración Reagan puso todo su empeño en lograr la destrucción de la Revolución cubana, abandonando los intentos de normalización de relaciones que se habían estado desarrollando desde 1974, pero evitó dar el paso de cerrar las comunicaciones oficiales directas con el gobierno de Cuba, en las cuales la existencia de las secciones de intereses era un canal y un símbolo que daba un mensaje a la comunidad internacional sobre la supuesta voluntad de encontrar



soluciones pacíficas al diferendo entre ambos países, aunque en el caso de la nueva Administración norteamericana, las palabras y los hechos desmentían esta intención.

La esencia de esa política puede hallarse en los argumentos esgrimidos por Alexander Haig, secretario de Estado de Ronald Reagan desde enero de 1981 hasta su renuncia el 25 de junio de 1982. Al decir de Haig, la estabilidad de Estados Unidos estaba amenazada por diferentes problemas y había que destruir las fuentes de éstos; Cuba era una de esas fuentes. En el terreno militar se puso de moda el concepto norteamericano de los “conflictos de baja intensidad”.

Como el jugador tramposo que tira lejos un dado para distraer la atención y arreglar a su conveniencia el otro, la Administración Reagan intentó culpar a Cuba por la inestabilidad en este hemisferio, sin reconocer la responsabilidad del propio gobierno de Estados Unidos, debido a su política antipopular de promover las represivas dictaduras militares y de entregar dinero fácil a bajos intereses que luego, al agotarse los petrodólares, se incrementaron fuertemente, provocando la crisis de la deuda externa; el fracaso de los regímenes militares, a los cuales se oponía una amplia resistencia nacional e internacional, y sumió a la región en lo que se llamó de manera adecuada “la década perdida”.

En las nuevas circunstancias, los representantes cubanos tanto en Cuba como en Estados Unidos actuaron, por supuesto, sobre las mismas bases en que la Revolución cubana lleva a cabo su política internacional: ser honestos en todo momento, indoblegables en la defensa de los principios y, al mismo tiempo, actuar con la amplitud de mente y creatividad con el fin de hallar soluciones a los problemas bilaterales que resulten aceptables y beneficiosos para ambas partes. En definitiva, es inherente a la función diplomática —especialmente, en el caso de representantes de una nación revolucionaria como la cubana— ser firmes, cordiales y flexibles; como dice el refrán: lo cortés no quita lo valiente. La justeza de esta actuación se pondría a prueba y saldría incólume en las confrontaciones futuras. En el diferendo oficial con Estados Unidos, Cuba nunca ha sido contraria al diálogo, siempre que sea en condiciones justas, de respeto y equitativas.



Como en Estados Unidos existía un fuerte estado de opinión a favor de normalizar las relaciones entre ambos países, la nueva Administración necesitaba desarrollar y fortalecer corrientes que se opusieran a ese curso de acción. El mejor recurso del cual pudo echar mano fue la mafia anticubana. Para ello se propusieron convertir a la Fundación Nacional Cubano-Americana en el principal cabildero a favor de esa política. A un integrante del equipo de política exterior de Reagan se le envió a Miami por Richard V. Allen (asesor de política internacional de Reagan entre 1977 y 1981, y después su primer asesor para seguridad nacional) para entrevistarse con Mas Canosa y compañía. A partir de los entendimientos allí alcanzados, la Fundación comenzó su trabajo como cabildero oficioso de la Administración en la promoción de la política norteamericana hacia Cuba. Para estos propósitos, la Fundación contó con la asesoría y guía de Bernard Barnett, destacado integrante del más importante grupo de presión israelita en Estados Unidos, el American Israel Public Affairs Committee.

Durante el primer término presidencial de Ronald Reagan, la política de Estados Unidos hacia Cuba se caracterizó por una combinación de acciones agresivas militares, de presiones y amenazas políticas, y de recrudescimiento del bloqueo, paralizando o dando marcha atrás a los pequeños avances materializados durante el gobierno de James Carter.

Ya a fines de septiembre de 1981, el presidente Reagan firma la orden Ejecutiva 12323 que creaba la llamada Comisión Presidencial para la Radiodifusión a Cuba, organismo encargado de establecer la mal llamada Radio Marti, radiodifusora subversiva que además violaba los compromisos contraídos por Estados Unidos ante la Unión Internacional de Telecomunicaciones. La medida se había incluido en el llamado Documento de Santa Fe (“Una Nueva Política Interamericana para los Ochenta”), preparado por el Comité de Santa Fe, afiliado al Council for Interamerican Security, “tanque pensante” de la “Nueva Derecha”, quienes trataron y lograron a veces influir en las acciones de política exterior de la Administración Reagan. Debido al carácter agresivo y subversivo de la pretendida emisora anticubana, el proyecto encontró fuerte oposición en el Congreso y no fue hasta 1983 que se aprobó por el poder legislativo y aún así, su entrada en funciona-



miento demoró hasta el 20 de mayo de 1985, ya durante la segunda Administración Reagan.

Estados Unidos empezó a ensayar una eventual agresión militar a Cuba con prolongados y amplios ejercicios militares en el Caribe y las cercanías de Cuba, los cuales se desarrollaron sucesivamente en 1981, 1982 y 1983. Se originó la provocación de la reanudación de los vuelos de los aviones espía SR-71 y la invasión a Granada en octubre de 1983, donde más de 20 cubanos perdieron la vida a manos de las tropas de Estados Unidos. Esta vía de acción corría paralela a presiones y amenazas de carácter político, intentando que Cuba abandonase los principios fundamentales de su política exterior y siguiese los dictados de Washington: romper vínculos con la Unión Soviética, descontinuar la ayuda solidaria al gobierno de Nicaragua, cesar todo apoyo al FMLN de El Salvador, poner término a la ayuda militar al gobierno del MPLA en Angola.

El gobierno cubano reaccionó con energía ante estas intrigas, denunciando ante miembros del Congreso norteamericano, en sectores políticos, religiosos y académicos, en los medios de prensa norteamericanos, cubanos e internacionales, las intenciones agresivas de Estados Unidos. Pero, sobre todo, con el fortalecimiento de las capacidades defensivas del país. La concepción de la Guerra de Todo el Pueblo y la realización de los ejercicios militares Bastión, constituyeron claros ejemplos de la decisión cubana de enfrentar hasta sus últimas consecuencias una agresión militar norteamericana. Cuba no podía actuar a la ligera en este terreno. Siendo secretario de Estado, Alexander Haig tuvo la osadía de presentar a Reagan una propuesta formal para lanzar un ataque militar contra Cuba y advirtió al entonces canciller de México y al embajador de la URSS en Washington que era inminente un ataque norteamericano contra Cuba. Reagan no quiso acompañar a su belicoso canciller (autotitulado “vicario” de la política exterior norteamericana) en la aventura y desautorizó el plan.

La única acción positiva que puede reconocerse a Reagan durante su primer mandato, fueron las declaraciones públicas contra las acciones terroristas anticubanas y el enjuiciamiento de uno que otro terrorista de origen cubano; en realidad, a la Administración no le inte-



resaba que ese sector desarrollara por su cuenta actividades paramilitares y subversivas contra Cuba; sus ojos estaban puestos en una agresión militar de las fuerzas armadas de Estados Unidos contra Cuba. El papel asignado a la mafia anticubana consistía en servir de enmascaramiento político de la agresión militar.

Lo que sí hizo la Administración fue intensificar las acciones de espionaje en territorio cubano a través de la Sección de Intereses de Estados Unidos. Estas prácticas se denunciaron y divulgaron ampliamente por Cuba en los medios de prensa, con abundante e irrefutable documentación probatoria del abuso del *status* de sus diplomáticos. Hay que señalar que Cuba sólo hizo públicas las denuncias después de haber advertido, de manera reiterada, por vía oficial confidencial sobre estos hechos a la parte norteamericana.

En los días finales del primer término presidencial de Reagan, el 14 de diciembre de 1984, los montes parieron un ratón: un acuerdo migratorio por el cual se pretendía poner fin a la situación anómala que condujo al flujo migratorio por el Mariel. El asunto se había estado debatiendo a intervalos durante cuatro años, tanto con la Administración Carter como la de Reagan. Mas, el acuerdo no tuvo ningún resultado concreto, porque Estados Unidos incumplió con el compromiso de facilitar las visas de entrada a Estados Unidos de 20 000 cubanos por año.

Reagan había sido electo para un segundo mandato por una abrumadora mayoría. Se encontraba en la cima de la popularidad. A pesar de un desempeño intelectual mediocre y de cierta fama de holgazanería en el desempeño de su cargo (se le conocía popularmente como la presidencia “teflón” —porque nada se le pegaba— y el presidente de 9 a 5 —como alusión a sus hábitos de trabajo—), gozaba de un alto nivel de aceptación y popularidad en amplios sectores de la población. Se le acreditaba con haber elevado el prestigio internacional de Estados Unidos y recuperado la economía. Junto con la primera ministra de Gran Bretaña, Margaret Thatcher, ponían en primer plano a nivel mundial las ideas conservadoras. Por otra parte, en la Unión Soviética se comenzaban a advertir las señales del deterioro que desembocarían, en pocos años, en la desintegración de esa gran potencia y el derrumbe del campo socialista.



Aunque para el gobierno de Cuba, su actuación soberana en el ámbito internacional, incluidas las acciones solidarias en otras regiones del mundo, nada tenían que ver con las relaciones bilaterales o ser tratadas como tema de negociación con Estados Unidos, lo cierto es que obcecada por su hostilidad hacia toda acción de la Revolución cubana, la Administración se negaba a aceptar la posibilidad de resolver por la vía de las negociaciones, como Cuba había propuesto al más alto nivel, la candente situación en el África Austral, causada por la agresión sudafricana a Angola, la ayuda a la UNITA y la ilegal ocupación sudafricana del territorio de Namibia, en violación de diversas resoluciones del Consejo de Seguridad de Naciones Unidas.

Mientras, por un lado, Estados Unidos votaba a favor de esas resoluciones; por el otro, alentaba a Sudáfrica a continuar con sus acciones. Estados Unidos ideó la práctica del “compromiso constructivo” (*constructive engagement*) con Sudáfrica e inventó el concepto de “vinculación” (*linkage*), según el cual el cumplimiento por Sudáfrica del cese de su presencia en Namibia debía suceder de manera simultánea con la retirada del contingente militar cubano en Angola.

Sólo después de la derrota de las tropas sudafricanas en Cuito Cuanavale el 23 de marzo de 1988 y del avance impetuoso de cubanos y angolanos hacia las fronteras con Namibia y Sudáfrica, Estados Unidos reconoció la imposibilidad de cumplir con los objetivos que se había propuesto y “convenció” a Sudáfrica de entablar negociaciones con Angola y Cuba (cuya participación era rechazada por Estados Unidos), para hallar una solución al conflicto. Los acuerdos se alcanzaron rápidamente; en las negociaciones sostenidas en Cabo Verde en julio, Sudáfrica aceptó retirar sus tropas de Angola para el 1° de septiembre de ese año.

El 22 de diciembre, en Nueva York, se firmaron los acuerdos sobre el África Austral, mediante los cuales Sudáfrica aceptaba y reconocía la independencia de Namibia. Cuba se comprometía a retirar su contingente militar de Angola en un plazo de 27 meses. Esta vez, Estados Unidos no pudo excluir a Cuba de la solución del conflicto ni cumplir su deseo de ver los soldados cubanos expulsados de Angola. El conflicto había durado más de 14 años, provocado por la obstinada



política norteamericana de destruir la independencia de Angola, impedir la de Namibia y defender los intereses del régimen segregacionista de Pretoria.

El deseo obsesivo de la Administración Reagan de destruir la Revolución, también prolongó el conflicto en Centroamérica, por el apoyo dado por Estados Unidos al régimen genocida de El Salvador y a la contrarrevolución en Nicaragua. Aunque lo más lamentable de esta política fueron los cruentos sufrimientos ocasionados a la población y las innumerables muertes, lisiados y torturados en esos conflictos.

Otra consecuencia fue el llamado escándalo “Irán-contra”, que no sólo ocasionó la debacle de la presidencia de Reagan, debido al interés de la clase gobernante norteamericana en preservar sus símbolos y representantes del poder en un momento en que avizoraban (1986) la posibilidad de la desintegración de la URSS y la destrucción del campo socialista. En estas ilegales y delictivas operaciones desempeñaron un papel importante terroristas contrarrevolucionarios cubanos vinculados a la CIA (y a la Casa Blanca), como Luis Posada Carriles y Félix Rodríguez. Un objetivo de esa política de la Administración era, según había predicado Alexander Haig, confrontar a Cuba y “hacerle pagar el precio” por lo que calificaba como “política aventurera”.

Los sepultureros de una buena intención (Bush, la mafia anticubana y Torricelli)

Cuando George H. W. Bush sucede a Reagan en la presidencia de Estados Unidos en enero de 1989, cualquier perspectiva de normalización de relaciones con Cuba estaba muerta. La Administración Reagan se había encargado de revertir el proceso iniciado por Carter, y el presidente Bush, padre, siguió encaminado en esa dirección. Si Reagan mató la normalización, Bush y sus aliados fueron los sepultureros.

Su mandato (1989-1993) coincide con la desintegración del campo socialista y la disolución de la Unión Soviética. Se proclama no solamente el fin de la “guerra fría”, sino que un “ideólogo” afirmó que era el “fin de la historia”. En medio de esa euforia del poder imperial, el gobierno de Bush, lejos de abrirse a una política de colaboración inter-



nacional, reafirma su intención de imponer el poder hegemónico unipolar de Estados Unidos. Fue la época del consenso de Washington, cuyas concepciones neoliberales se intentaron imponer en América Latina y el Caribe con desastrosos resultados. La Iniciativa para las Américas de Bush no corrió mejor suerte.

La actitud prepotente de los círculos neoconservadores norteamericanos, se impuso en las relaciones con Cuba. Casi en las postrimerías de su mandato, en el discurso ante la convención del Partido Republicano, al aceptar la nominación como aspirante a un nuevo período presidencial en las elecciones de noviembre de 1992, Bush afirmó: “Espero ser el primer presidente de Estados Unidos que visite una Cuba libre y democrática”. En realidad tenía la falsa ilusión de presidir la restauración de la dominación norteamericana sobre Cuba, pero no tuvo siquiera la ocasión de lamentar su injustificado optimismo, porque perdió las elecciones.

Entre las más importantes acciones directas de la Administración Bush contra Cuba deben señalarse la promulgación de la Ley Torricelli, la cual define que “la política de Estados Unidos tiene que a) ser la búsqueda de una transición pacífica a la democracia y la reanudación del crecimiento económico a través de la cuidadosa aplicación de sanciones dirigidas al gobierno de Castro y el apoyo al pueblo cubano”. Aparte del hipócrita y mendaz lenguaje, al ser una ley del Congreso, esta definición ordena al presidente de la nación que actúe para el cambio de gobierno en Cuba y no con vistas a la normalización de las relaciones con el gobierno cubano.

Otra acción en la cual se destacó aquella Administración fue en las reiteradas campañas sobre la supuesta violación de derechos humanos en Cuba; sobre todo, en la etapa precedente a las reuniones anuales de la Comisión de Derechos Humanos de la ONU, con el doble propósito de minar el prestigio internacional de la Revolución cubana y sentar bases para una eventual intervención en Cuba bajo cobertura internacional. No menos significativa resultó la decisión de Bush de indultar al terrorista Orlando Bosch, consecuente con sus largos años de vinculación con los elementos terroristas cubanos, reclutados y preparados por la CIA y radicados en Estados Unidos.



La invasión norteamericana a Panamá (la más grande operación militar ejecutada por Estados Unidos desde la guerra en Viet Nam), lanzada por Bush con el pretexto de derrocar y capturar al general Manuel Noriega, tenía como uno de sus fines amenazar a Cuba, castigarla y humillarla por su apoyo a las posiciones antimperialistas del pueblo panameño. Durante la ocupación militar del territorio panameño, la soldadesca norteamericana se ocupó sistemáticamente de ejecutar provocaciones contra la representación diplomática cubana en ese país. Igual intención se perseguía con el apoyo oficial norteamericano a los elementos contrarrevolucionarios en Nicaragua y al gobierno genocida de El Salvador en su enfrentamiento a las fuerzas del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (FMLN).

El mandato del presidente Bush pasó a “peor gloria” bajo el influjo de la insatisfacción de los sectores conservadores archirreaccionarios, por no continuar las acciones bélicas hasta la deposición de Saddam Hussein, cuando la Guerra del Golfo en 1991, y de la defraudación sentida por los sectores populares por la decisión del gobierno de mantener una política de altos gastos militares para respaldar la aspiración de imponer la hegemonía mundial, en lugar de limitar esos gastos y revertir los recursos que quedarán disponibles, como “dividendo de la paz”, en la satisfacción de las necesidades de los sectores más desprotegidos.

Clinton, un neoconservador bajo fuertes presiones

Resulta usual oír a un norteamericano opinar que nada hay más parecido a un político republicano que un político demócrata. Uno y otro partido carecen de una definida y diferenciada base programática al estilo europeo o latinoamericano, sus estructuras partidistas no responden a una dirección resultante de liderazgo parlamentario, sino de caciques políticos locales, y se activan en lo fundamental para la participación en las elecciones como etiquetas apropiadas para repartir cuotas de poder entre la elite gobernante. Más peso tiene la división entre conservadores y liberales en sus distintos matices. A Bill Clinton se le define como el primer presidente neoconservador (1993-2001).



Durante los dos mandatos presidenciales de Bill Clinton, la política de su Administración hacia Cuba sufrió altas y bajas, según las circunstancias electorales y de qué sector del espectro político norteamericano soplaran las presiones, pero en su proyección estratégica siempre se encaminó en intentar restablecer la influencia norteamericana en Cuba de manera similar a la actuación de sus predecesores republicanos. El 26 de febrero de 1996, el secretario de Prensa de la Casa Blanca, Mike Mc Curry, expresó que “nuestra política hacia Cuba está definida por la Ley por la Democracia en Cuba [ley Torricelli] (...) una estrategia con objeto de forzar los tipos de cambios en Cuba que los encamine hacia la economía de mercado y la democracia”.

En ningún momento, al contrario de lo sucedido durante la Administración Carter, hubo intento serio de reiniciar un proceso de discusiones con vistas a la normalización de relaciones, a pesar de que hubo contactos confidenciales de alto nivel entre representantes de ambos gobiernos para tratar sobre las relaciones bilaterales y hasta el escritor Gabriel García Márquez sostuvo conversaciones con el mismo Clinton y altos funcionarios del Consejo de Seguridad Nacional de la Casa Blanca, en la búsqueda de un clima para facilitar un proceso hacia la normalización de relaciones entre ambos países.

Ya desde la campaña electoral, cuando aspiraba a ser electo presidente, Clinton dejó traslucir lo que sería su posición. Cuando Bush, como presidente y aspirante a la reelección, mostró algunas dudas acerca de firmar la anticubana Ley Torricelli (Ley por la Democracia en Cuba), Clinton trató de sacar ventaja política del hecho, al declarar que él sí firmaría la mencionada ley. Rápidamente, Bush le quitó esa carta de la mano a Clinton y la firmó. Al endosar esta ley, Clinton se estaba afiliando a una política injerencista y de imposición extraterritorial de las leyes norteamericanas.

La primera crisis entre Estados Unidos y Cuba bajo la Administración Clinton, se produce en agosto de 1994, como resultado de los disturbios ocurridos en La Habana como consecuencia de los obstáculos puestos por el gobierno norteamericano al otorgamiento de visas a los aspirantes a emigrar a Estados Unidos y el aliento a las salidas ilegales. La actitud firme y serena de Cuba, al reclamar de



Estados Unidos una solución constructiva al problema creado y permitir la salida hacia Estados Unidos por sus propios medios a todos los que quisieran emigrar (si Estados Unidos no adopta una actitud responsable para cuidar sus fronteras, ésta no es una tarea que corresponde a Cuba), obligó a la Administración Clinton a entablar negociaciones con Cuba que resultaron en la firma, el 9 de septiembre de 1994, de un memorando contentivo de compromisos de ambas partes para normalizar el flujo migratorio. Meses después, el 2 de mayo de 1995, se alcanzó un nuevo entendimiento sobre la entrada a Estados Unidos de los “balseros” detenidos en la Base Naval de Guantánamo y el compromiso norteamericano de no permitir la inmigración ilegal de cubanos a su territorio. Aunque el lenguaje oficial norteamericano cambió en algo y se empezó a calificar a estas personas como “inmigrantes ilegales”, no varió la vigencia y aplicación de la Ley de Ajuste Cubano, porque el gobierno norteamericano adoptó la llamada política de “pies secos, pies mojados”.

Durante los meses siguientes, la Administración estuvo sometida a presiones de partes contrapuestas del espectro político norteamericano con respecto a la política hacia Cuba, pero sin que hubiese definición en uno u otro sentido. Un elemento importante en esta indecisión fue la derrota sufrida por el Partido Demócrata en las elecciones congresionales de mitad de mandato presidencial en noviembre de 1994, cuando el partido gobernante perdió el control de ambas Cámaras del Congreso federal.

En 1995, el senador Jesse Helms, entonces presidente de la Comisión de Relaciones Exteriores, y su contraparte en la Cámara, el congresista Dan Burton, a instancias del *lobby* anticubano encabezado por la Fundación Nacional Cubano-Americana, elaboran el proyecto de Ley por la Libertad de Cuba (Cuban Liberty and Democratic Solidarity Act), más conocido por la Ley Helms-Burton. La aplicación por los demócratas de la táctica legislativa del “filibusterismo”, empantanó el proyecto de ley en el Congreso, por la oposición a las estipulaciones extraterritoriales contempladas en ella, que habían generado el rechazo de la Unión Europea y Canadá, entre otros aliados de Estados Unidos.



Finalmente se aprobó en marzo de 1996, aprovechando la situación creada cuando la fuerza aérea cubana derribó sobre aguas territoriales cubanas dos aviones operados por terroristas cubanos que se dedicaban a realizar provocaciones sobre territorio cubano. (A pesar de las reiteradas advertencias hechas por el gobierno cubano a las autoridades norteamericanas, nada hicieron éstas para poner fin a las acciones subversivas, hasta que ocurrió el fatal desenlace.) El gobierno de Estados Unidos y los medios de difusión transnacionales, que actúan en la práctica como sus voceros, desenlazaron una campaña de histeria anticubana, para tratar de encubrir su complicidad con los provocadores terroristas. Aunque Clinton dudaba en firmar o no esa ley, también se plegó a las presiones de los conservadores y del *lobby* anticubano, y la firmó.

A partir de marzo de 1996, las relaciones entre Estados Unidos y Cuba se tornaron álgidas y se postergó cualquier posible iniciativa con vistas a relajar las tensiones existentes. La situación se complicó aún más, cuando, entre abril y septiembre de 1997, elementos de la mafia anticubana en Estados Unidos vinculados con la Fundación Nacional Cubano-Americana, organizaron una campaña de atentados terroristas contra instalaciones turísticas en Varadero y La Habana, en una de los cuales perdió la vida el joven italiano Fabio Di Celmo. La efectiva actuación de las autoridades cubanas permitió la rápida detención de un ciudadano salvadoreño ejecutor de los atentados contra los hoteles Copacabana, Chateau Miramar y Tritón, y el restaurante La Bodeguita del Medio.

Años después, en un documento público leído el 20 de mayo del 2005 y que titulara “La conducta diferente”, Fidel Castro dio a conocer relevantes aspectos de los contactos que esta situación provocó entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba.

En ese documento explica Fidel que el 1º de octubre de ese año, el jefe de la Sección de Intereses de Estados Unidos en La Habana comunica telefónicamente al Ministerio de Relaciones Exteriores de Cuba que tenían información desde terceros países de que podrían suceder actos terroristas contra instalaciones turísticas en La Habana en ese día o al siguiente. (Nótese que esto ocurre semanas después de



que Cuba había capturado a uno de los terroristas, pues nunca antes Estados Unidos entregó a Cuba información sobre estos planes que se venían desarrollando desde hacía meses.) Como la información resultó verídica, aunque no sucedieron los atentados, así se informó posteriormente a la representación norteamericana. Un poco más de cinco meses después, el 7 de marzo de 1998, de nuevo la representación de Estados Unidos en La Habana comunicó sobre posibles explosiones en Cuba ese día o al siguiente. Se le respondió a la parte norteamericana que la información era cierta, pero que los complotados (tres guatemaltecos) habían sido arrestados por las autoridades cubanas.

Teniendo en cuenta esos antecedentes y la posibilidad de un próximo encuentro del escritor García Márquez con el presidente Clinton en Estados Unidos, Fidel Castro le escribe una carta al mandatario norteamericano en la cual en esencia le daba elementos sobre la información en manos de Cuba, incluida la vinculación de la Fundación Nacional Cubano-Americana con los preparativos y acciones terroristas. Aunque García Márquez no logró ver a Clinton, sí se reunió con altos funcionarios de la Casa Blanca y le hizo llegar al presidente norteamericano la carta de Fidel. Lo interesante de este caso es que finalmente, el 16 y 17 de junio de 1998, un representación del FBI se reunió en La Habana con especialistas cubanos y les entregó abundante documentación sobre las acciones terroristas, datos sobre Luis Posada Carriles que permitían su ubicación y pruebas de la participación de la Fundación Nacional Cubano-Americana en la mayor parte de esas acciones.

A pesar de todos los elementos aportados por Cuba y la disposición expresa a trabajar conjuntamente contra estas acciones terroristas que amenazaban tanto a cubanos como norteamericanos, la única respuesta de Estados Unidos fue el arresto el 12 de septiembre de 1998 de los Cinco Héroes Cubanos Luchadores Antiterroristas, quienes aún cumplen largas e injustas condenas en Estados Unidos, mientras que los terroristas comprobados circulan libremente por las calles norteamericanos y sus mentores de la llamada “Fundación” siguen gozando del apoyo de las autoridades norteamericanas.

Resulta importante notar que sobre estos hechos y los que narramos a continuación, el FBI contaba con una denuncia del empresario



guatemalteco Antonio Jorge Álvarez acerca de los planes de asesinar a Fidel y de otros atentados, en los cuales estaban vinculados Posada Carriles y un grupo de personas que trabajaban en la fábrica de Álvarez. En declaraciones al *New York Times*, Posada Carriles se jactaba de que, posiblemente, el FBI no había investigado la denuncia debido a las relaciones que él (Posada) mantenía con el oficial del FBI encargado de investigar el asunto.

Igual actitud cómplice mantuvo el gobierno de Estados Unidos con relación a los planes de asesinar a Fidel Castro, primero cuando la Cumbre Iberoamericana celebrada en isla Margarita en Venezuela, en 1997, y después en el 2000 durante la siguiente Cumbre en Panamá. En el primer caso, aunque el Servicio de Guardacostas de Estados Unidos capturó a los complotados con las manos en la masa en una embarcación propiedad de un cabecilla de la Fundación, con un arma registrada a nombre del presidente de esa entidad y que expresaron su propósito de cometer el magnicidio, nada hicieron las autoridades y los encartados fueron con posterioridad exonerados por los tribunales norteamericanos.

En el conocido caso del plan de atentado contra el Comandante en Jefe cubano durante la Cumbre de Panamá en el 2000, tampoco las autoridades norteamericanas ayudaron en nada a condenar a los complotados. Por el contrario, cuando años después fueron amnistiados por la saliente presidenta Mireya Moscoso, como último y abyecto acto de su mandato, la Casa Blanca, ocupada ya por George W. Bush, mantuvo un silencio cómplice y encubridor sobre la ilegal presencia de Posada Carriles en Estados Unidos, de nuevo con el apoyo de la Fundación.

Años después, uno de los mismos mafiosos de la Fundación, enredado en un litigio con sus compinches por cuestiones de dinero, hizo detalladas declaraciones públicas sobre estas y otras acciones que organizó la Fundación.

Una cuestión a destacar sobre estas actividades es que mientras éstas se llevaban a cabo, las autoridades norteamericanas daban su respaldo a la Fundación en su trabajo de cabildeo para destruir la Revolución cubana.



Pienso que no se requieren más elementos para probar el vergonzoso maridaje entre la Casa Blanca (sea quien sea su ocupante principal), los órganos de seguridad de Estados Unidos (FBI, CIA o Departamento de Seguridad del Territorio Nacional), la Fundación Nacional Cubano-Americana y los terroristas que tienen como principales cabecillas a Posada Carriles y a Orlando Bosch.

A partir de enero de 1998, Bill Clinton tuvo que librar una fuerte batalla por su sobrevivencia, cuando se reveló su aventura sexual con Monica Lewinsky. En diciembre de ese año, la Cámara de Representantes (bajo control del Partido Republicano) votó por someterlo a juicio y sólo se libró de lo que hubiese sido el fin de su mandato presidencial, cuando el Senado votó contra esa decisión por el margen de un voto. Muchos analistas han considerado que los bombardeos lanzados contra Iraq del 16 al 19 de diciembre de 1998 y la guerra contra Yugoslavia desatada por Estados Unidos en complicidad con la OTAN hasta julio de 1999, tuvieron como objetivo apuntalar la menguada autoridad y prestigio político de Clinton en los círculos de poder norteamericanos y ante sus aliados, a lo cual ayudó también determinada reanimación de la economía norteamericana.

El último y más trascendental episodio en las relaciones de Estados Unidos con Cuba durante los mandatos de Clinton, fue la batalla por el regreso del niño Elián González a Cuba, librada desde fines de noviembre de 1998. En nuestra opinión, dos elementos forzaron al gobierno y a las autoridades judiciales de Estados Unidos a permitir el regreso de Elián a Cuba. Uno, el sólido apoyo dado por el pueblo y el gobierno de Cuba a la indolegable lucha de su padre Juan Miguel y de sus familiares por la reintegración de su hijo al seno familiar. Otro, la opinión de la población norteamericana abrumadoramente a favor de que Elián retornase a Cuba. Fue un bello episodio de solidaridad entre cubanos y norteamericanos y sentó las bases de una importante etapa de la Revolución cubana: la Batalla de Ideas. Al final, la Administración y los tribunales norteamericanos, después de someter a las más difíciles pruebas tanto a Elián como a sus padres y demás familiares en Cuba, debieron rendirse ante el persistente reclamo y permitir el 28 de junio del 2000 el regreso de Elián, aun cuando para ello tuvieron que enfrentarse a los elementos



mafiosos anticubanos en Miami, de cuyas manos fue rescatado por las autoridades el 22 de abril de ese mismo año.

Ya en las postrimerías de su gestión presidencial, Clinton pretendió cubrirse con una capa “liberal” y anunció, en enero de 1999, una serie de medidas para supuestamente promover los contactos pueblo a pueblo entre ambos países. Reacción tardía, insuficiente y engañosa, porque en nada variaba el objetivo de desestabilizar la sociedad cubana que está en la base de la política del gobierno norteamericano y refrendado en las leyes Torricelli y Helms-Burton.

La presidencia fanática de George W.

Y así llegamos a los dos mandatos presidenciales de George W. Bush, quizás el más inepto de los presidentes que ha tenido la nación nortea. Una combinación de triquiñuelas electorales y de timorata actuación política por parte de los círculos de poder norteamericanos, permitió que las riendas del gobierno fuesen a manos de una verdadera camarilla que se impuso mediante el fraude electoral.

La historia es bien reciente y no merece recontarse. George W. Bush se propuso borrar del mapa la Revolución cubana. No oculta que sus intenciones son las de “cambiar el régimen” y restablecer el sistema de explotación y dominación instituido por Estados Unidos en Cuba por más de medio siglo.

No hay que ir lejos para conocer cuáles son sus propósitos. Están claramente expresados en la historia de la llamada “Comisión para Ayudar a una Cuba Libre” creada el 5 de diciembre del 2003, para, según las palabras de George W. Bush, en octubre de ese mismo año, “hacer planes para el día feliz en que el régimen de Castro no exista y la democracia llegue a la isla”. En ella está representado prácticamente todo el gobierno de Estados Unidos: los departamentos de Estado, Tesoro, Justicia, Interior, Agricultura, Comercio, Trabajo, Transporte, Energía, Educación, Asuntos de Veteranos y Seguridad del Territorio Nacional, así como la Agencia para el Desarrollo Internacional, el Consejo de Seguridad Nacional, la Agencia de Protección Ambiental, la Oficina de Administración y Presupuesto, el Representante de



Estados Unidos para el Comercio y la Oficina Nacional de Política de Control de Drogas.

La Comisión ofreció su primer informe al presidente en mayo del 2004, quien anunció su aprobación el 6 de ese mes. Según el análisis de ese informe (más conocido como Plan Bush I), hecho por el Grupo de Estudio de Cuba de Santa Cruz, organización dedicada a abogar por el fin del bloqueo, la normalización de relaciones entre Cuba y Estados Unidos y el respeto a la soberanía cubana, “la intención descarnada del informe es poner fin al gobierno socialista de Cuba e imponer un estado capitalista y un sistema electoral basado en el modelo bipartidista de Estados Unidos”. De acuerdo con el Grupo, el informe proponía actuar en seis áreas: promover la “disidencia”; intensificar las transmisiones radiales y televisivas ilegales a Cuba; estrangular la economía cubana; propagandizar la supuesta amenaza militar de Cuba; incrementar las campañas internacionales para desprestigiar al gobierno de Cuba y, eventualmente, la ocupación del país.

Estas recomendaciones estaban en consonancia con las declaraciones del gobierno de Estados Unidos hacia Cuba, desde antes de la aparición del susodicho informe. Como pruebas de ella está la designación de Cuba como Estado patrocinador del terrorismo y la velada amenaza de ataque militar lanzada por Bush en su discurso del 20 de septiembre del 2001, cuando advirtió que toda nación debía escoger entre estar con Estados Unidos o estar con los terroristas. Meses después, en mayo del 2002, el vicesecretario de Estado para Control de Armas y Seguridad Internacional, declaró durante conferencia en el tanque pensante conservador Heritage Foundation que “más allá del eje del mal, hay Estados canallas intentando adquirir armas de destrucción masiva —particularmente armas biológicas— a saber, Cuba”. En abril del 2003, el secretario de Defensa, Donald Rumsfeld, dejó abierta la posibilidad de una agresión militar contra Cuba, si “desarrollase armas de destrucción masiva”. Días después, el embajador norteamericano en República Dominicana siguió en la misma pauta al declarar que “lo que pasa en Iraq (...) es un buen ejemplo para Cuba”.

El tema de las drogas ha sido parte de la propaganda norteamericana contra Cuba y a pesar de que la Drug Enforcement Agency (DEA)



de Estados Unidos reconoce el papel positivo que desempeña Cuba en el enfrentamiento al narcotráfico, el Departamento de Estado insiste en afirmar en sus informes anuales que Cuba no colabora en esos esfuerzos, cuando lo cierto es que ese departamento, siguiendo la política oficial norteamericana, prohíbe a la DEA y al Servicio de Fronteras e Inmigración establecer acuerdos de colaboración con Cuba y los limita a una colaboración eventual o casuística. También utilizan el tema migratorio como posible pretexto para una acción militar contra Cuba; en mayo del 2003, el jefe de la Sección de Intereses de Cuba en Estados Unidos dio a conocer que Cuba había sido oficialmente advertida por el gobierno norteamericano que una nueva ola de inmigrantes cubanos se consideraría “un acto de guerra”.

Los anteriores y muchos otros ejemplos que pudieran citarse apuntan a que la Administración George W. Bush movía sus recursos en la dirección propuesta en el Plan Bush I y da muestras de querer desarrollar contra Cuba una invasión similar a la que condujo contra Iraq.

El 1º de julio del 2006, la Comisión parió un segundo informe, el Plan Bush II. Como ya la euforia por la invasión y ocupación de Iraq estaba pasando y no había ambiente para nuevas aventuras militares, el lenguaje de este nuevo informe varió en algo, para poner énfasis en la supuesta ayuda a un eventual gobierno de transición en Cuba que solicitase la ayuda de Estados Unidos. Por supuesto, se mantenía todo el entramado agresivo y hostil hacia Cuba, se insistía en el propósito de liquidar el gobierno de Cuba y el proceso revolucionario, y se daba a entender, de manera a veces no muy sutil, el propósito de ocupar militarmente el territorio nacional cubano.

Ya la Administración Bush está llegando a su etapa final, obteniendo los más bajos índices de aceptación de su gestión entre la población de Estados Unidos. Desde las elecciones de mitad de mandato del 2006, que constituyeron un desastre electoral para el Partido Republicano, comenzó anticipadamente la lucha entre los grupos políticos por la silla presidencial de la Casa Blanca. Ningún candidato descuella entre casi una veintena de aspirantes y hasta ahora las perspectivas de una reconsideración de la actual política hacia Cuba parece estar por encima de la visión y audacia de los contendientes.



¿Y ahora qué?

Han transcurrido 30 años desde el establecimiento de las secciones de intereses y hemos dado una vuelta en espiral. Aparentemente estamos en el punto de partida, lo único que en un nivel superior. Cuba consolida el socialismo en medio de la Batalla de Ideas, a pesar de limitaciones, estrecheces y errores; ha resistido 30 años más la hostilidad y el bloqueo norteamericanos; pasamos con banderas desplegadas la prueba de fuego de la desintegración del campo socialista y la desaparición de la Unión Soviética; el internacionalismo cubano ha visto con satisfacción el fin del apartheid en Sudáfrica, el cese de la dominación segregacionista en Namibia y la conclusión de la guerra fratricida en Angola promovida por los racistas sudafricanos y los imperialistas norteamericanos; nuevas fuerzas populares acceden al poder en América Latina, desplazan a los tradicionales políticos reaccionarios y se fortalecen las tendencias hacia la integración de América Latina y el Caribe; se expanden las relaciones internacionales de Cuba y la ayuda solidaria a otros pueblos en los campos de la salud y la educación, presenta resultados que constituyen asombro para la comunidad internacional.

Mientras tanto, en Estados Unidos se extiende a cada vez más amplios sectores la verdad de Cuba y se incrementan las presiones por un cambio de la política hacia Cuba sin condicionamientos y con respeto a la independencia y la soberanía cubanas. El gobierno norteamericano está cada vez más aislado en su política hacia Cuba. El todopoderoso imperio norteamericano ve como se agotan día tras día sus posibilidades y mecanismos de dominación.

Consideraciones finales

Primera: Aunque no han cumplido el objetivo para el cual se crearon (ser un instrumento clave para lograr la normalización de las relaciones gubernamentales entre Cuba y Estados Unidos), las secciones de intereses han sido un mecanismo eficaz para mantener abierto el diálogo a nivel diplomático y evitar que los conflictos y contradicciones surgidos pasen a males mayores.



Segunda: Salvo el propósito expreso de Henry Kissinger (la iniciativa de entablar conversaciones directas con Cuba, fue más de él que de Nixon o de Ford) y de Jimmy Carter de avanzar en un proceso hacia la normalización de relaciones con el Gobierno Revolucionario de Cuba, todas las administraciones posteriores, con distintos matices, se han propuesto cambiar el gobierno cubano y liquidar la Revolución como requisito previo a la normalización de relaciones con Cuba. Esa política se ha formalizado en las leyes Torricelli y Helms-Burton y en los “planes Bush I y II”.

Tercera: La mafia anticubana que tiene su sede en Miami y su principal representación pública en la llamada Fundación Nacional Cubano-Americana (aupada y apoyada por los gobiernos de Estados Unidos a partir de 1981), resuelta el principal grupo de cabildeo de la política anticubana en Estados Unidos y, probadamente, el cerebro director de los planes de asesinar a Fidel Castro en 1997 y en el 2000, de las bombas hechas explotar en instalaciones turísticas de Cuba y de otras acciones subversivas en las últimas dos décadas.

Cuarta: Están comprobados también los vínculos de la Casa Blanca, de la CIA y del FBI, bajo todas las administraciones a partir de Reagan, con las actividades subversivas políticas y terroristas desarrolladas a través de la Fundación.

Quinta: Las líneas principales de la política agresiva de Estados Unidos contra Cuba se han rechazado por la comunidad internacional. El bloqueo político, económico y comercial impuesto contra Cuba por Estados Unidos desde 1961, es rechazado de manera sistemática por virtual unanimidad (salvo por el voto en contra de Estados Unidos, Israel y uno que otro gobierno) por los países miembros de la Organización de Naciones Unidas y, a partir de la constitución del Consejo de Derechos Humanos de la ONU, también se ha rechazado la pretensión de Estados Unidos y sus aliados de la Unión Europea de condenar la situación de los derechos humanos en Cuba.

Sexta: También ha fracasado la política norteamericana de intentar aislar a Cuba en el ámbito político y diplomático mundial. Cuba mantiene relaciones diplomáticas activas con 180 países. En América Latina y el Caribe, principal área de influencia geopolítica norteameri-



cana, sólo los gobiernos de El Salvador y Costa Rica no mantienen relaciones diplomáticas con Cuba. Con el segundo, existen activas relaciones consulares y hasta en la OEA se comienza a discutir de manera insistente la conveniencia de entablar un diálogo con el Gobierno Revolucionario de Cuba, cuestión en la cual el gobierno de Cuba no parece tener particular interés.

Séptima: El gobierno de Cuba ha mantenido inalterable su disposición de entablar negociaciones para la normalización de relaciones con Estados Unidos, siempre que esa negociación se realice sin condiciones previas y en situación de absoluto respeto a la soberanía, la independencia, la integridad territorial y de acatamiento al sistema social, económico y político que el pueblo de Cuba ha decidido establecer.

Octava: Los hechos demuestran que en la población norteamericana hay un criterio mayoritario a favor del cambio de la política oficial hacia Cuba, no sólo entre los grupos de izquierda, progresistas, pacifistas o neoliberales, sino especialmente en los últimos años entre los sectores religioso, académico, empresarial, entre los intelectuales y artistas y en importantes medios de difusión masiva. El gobierno de Cuba ha favorecido siempre esos intercambios sin cortapisas, a diferencia del de Estados Unidos que intentó, en determinado momento, usar la carta de los contactos de pueblo a pueblo, para después y con rapidez aplicar la retranca y dictar regulaciones para dificultar todos los contactos entre los pueblos, en una dirección y en la otra.

Novena: A pesar de la campaña mediática que en Estados Unidos trata de presentar el microclima miamense anticubano como expresión de la posición de los cubanos emigrados en Estados Unidos a favor de una política agresiva contra Cuba, los hechos demuestran que una amplia mayoría de esos emigrados (aunque no estén a favor del sistema socialista en Cuba) desea mantener una relación de normalidad con su país de origen y con sus familiares y amigos en Cuba. Tan es así que el gobierno de Estados Unidos ha puesto en vigor regulaciones que limitan hasta de manera cruel los contactos y relaciones entre los cubanos residentes a uno y otro lado del estrecho de la Florida.

Y para no hacer muy extensas estas consideraciones, abordamos en un último punto las perspectivas de las relaciones bilaterales:



Décima: La debilitada presidencia de George W. Bush poco o nada puede hacer en cuanto a la política hacia Cuba. Impensable resulta un acercamiento de esta Administración a Cuba, como impensable, también la posibilidad de que desate una agresión militar contra Cuba, para la cual siempre —y aun ahora— los cubanos tenemos que estar preparados, por si acaso, dados los antecedentes belicistas del ocupante de la Casa Blanca. De las declaraciones hechas hasta ahora por los aspirantes conocidos a la presidencia en las elecciones de noviembre del 2008, ninguna de ellas (incluso, la del senador Obama) se aparta de condicionar el futuro de las relaciones a un cambio en la actual organización de la sociedad cubana. Si no aparece algún cambio en el pensamiento de estos políticos en los próximos 15 meses, poco podemos esperar los cubanos de la visión política de los dirigentes norteamericanos, salvo seguir ocupados en el desarrollo de nuestro socialismo y en el enfrentamiento a la hostilidad norteamericana.

La Habana, 17 de agosto del 2007.



Los gobiernos de izquierda en América Latina

Roberto Regalado Álvarez

Después de una década (1988-1998), durante la cual los triunfos electorales de la izquierda latinoamericana se circunscribieron a las legislaturas nacionales y a las instancias provinciales, municipales y locales de gobierno, entre diciembre de 1998 y diciembre del 2006, cinco de sus más conocidos líderes fueron electos —y dos de ellos reelectos— a la presidencia de sus respectivos países. Esos líderes son, según el orden cronológico de su primera elección, Hugo Chávez en Venezuela (1998, 2000 y 2006), Luiz Inácio *Lula* da Silva en Brasil (2002 y 2006), Tabaré Vázquez en Uruguay (2004), Evo Morales en Bolivia (2005) y Daniel Ortega en Nicaragua (2006). A estos triunfos se suma la elección de Rafael Correa a la presidencia de Ecuador (2006), figura política recién surgida, cuya batalla por convocar a una Asamblea Constituyente con fines democratizadores, restablecer el control estatal sobre los recursos naturales y enfrentar los urgentes problemas económicos y sociales de su país, lo ubican entre los mandatarios de izquierda y progresistas de la región.

En el año 2006 también es preciso destacar el resultado electoral de los candidatos presidenciales Carlos Gaviria en Colombia, Ollanta Humala en Perú y Andrés Manuel López Obrador en México. Aunque los dos primeros no fueron electos, y pese a que al tercero se le despojó de la victoria, los tres obtuvieron resultados extraordinarios en sus respectivos contextos nacionales. Una característica común de estas candidaturas es que lograron movilizar hacia las urnas a los crecientes sectores sociales cansados de esperar el “derrame” de la riqueza anunciado hace tres décadas por los heraldos neoliberales.



En Chile, donde la Concertación de Partidos por la Democracia se erigió desde 1990 en el paradigma de la *gobernabilidad neoliberal*, y donde las corrientes más combativas del Partido Socialista libran una dura batalla por preservar su identidad y objetivos históricos, cabe justipreciar, primero, que su candidata presidencial fue Michelle Bachelet —y no Soledad Alvear, representante de la derecha más recalcitrante dentro de esa alianza— y, segundo, que Bachelet derrotó al candidato de la ultraderecha en la segunda vuelta de la elección presidencial, en febrero del 2006, gracias al apoyo de sectores de izquierda ajenos a la Concertación.

¿En qué contexto ocurre la elección de los nuevos presidentes de izquierda y progresistas? ¿Qué relación tienen sus gobiernos con las dos vertientes históricas del movimiento obrero y socialista: la que optó por la *reforma* y la que optó por la *revolución*? ¿Significan estas victorias que en América Latina impera un sistema democrático que la izquierda puede aprovechar en beneficio de los sectores populares? Las respuestas a estas interrogantes obligan a hacer un poco de historia.

Antecedentes históricos

A partir de la década de 1860, momento en que la lucha política legal adquiere centralidad como arma del proletariado en los países más desarrollados de Europa, comienza a producirse la división, por una parte, entre quienes la practican y quienes la rechazan (en este último caso, los anarquistas) y, por otra, entre quienes abogan por utilizarla a favor de la reforma social progresista del capitalismo o en pro de la revolución socialista.

La reforma social progresista es una estrategia que procura transformar ciertos aspectos del orden existente, o a ese orden en su totalidad, sin destruir o revolucionar sus fundamentos; en particular, sin destruir las relaciones de poder existentes. Rosa Luxemburgo precisa que “quien para transformar la sociedad se decide por el camino de la reforma legal, *en lugar y en oposición* a la conquista del Poder, no emprende, realmente, un camino más descansado, más seguro, aunque más largo, que conduce al *mismo* fin, sino que, al propio tiempo,



elige distinta meta: es decir, quiere, en lugar de la creación de un nuevo orden social, simples cambios no esenciales, en la sociedad ya existente”.¹

Esta estrategia avanzó en la medida en que el desarrollo económico, político y social, junto con las luchas de los movimientos obrero, socialista y feminista, impulsaron a las burguesías de las principales potencias capitalistas a sustituir, de manera progresiva, el uso de la coerción y la violencia como instrumentos de dominación, por la hegemonía burguesa.

El establecimiento de la hegemonía burguesa consiste en lograr que toda la sociedad haga suyos la moral, los valores, las costumbres, las leyes y el respeto a las instituciones burguesas, por medio de la cultura de masas, la educación, los medios de comunicación y otras vías. Este proceso incluye la participación y la representación de las clases dominadas en el sistema político democrático burgués. Si bien esa participación y representación son *formales* en lo referente a la esencia clasista. Antonio Gramsci la definió como un espacio de confrontación social y lucha política, en el cual las clases dominadas pueden obligar a la burguesía a satisfacer parte de sus reivindicaciones.

La estructuración de las corrientes reformistas del movimiento obrero y socialista, empieza en 1881 con la aparición del *posibilismo*²

1 Rosa Luxemburgo: *Reforma social o revolución y otros escritos contra los revisionistas*, Distribuciones Fontamara S.A., México, D.F., 1989, pp. 119-120.

2 “El posibilismo aparece en 1881 como una corriente, encabezada por el Dr. Paul Brousse, dentro de la Federación de los Obreros Socialistas de Francia, cuyo líder era el marxista George Guesde. La estrategia posibilista consistía en aprovechar los espacios existentes en el sistema democrático burgués, sobre todo en los gobiernos locales, para luchar por mejoras en las condiciones laborales y el nivel de vida de los obreros, mientras la línea oficial de la Federación de Guesde era no negociar con los liberales y demás corrientes burguesas. En 1882, se produjo la ruptura entre ambas corrientes, en virtud de la cual, Brousse, con el apoyo de la mayoría, creó el Partido de los Obreros Socialistas de Francia”. Roberto Regalado: *América Latina entre siglos: dominación, crisis, lucha social y alternativas políticas de la izquierda* (edición actualizada), Ocean Sur, Melbourne, 2006, p. 44. Sobre los orígenes de las corrientes reformistas del movimiento obrero y socialista puede consultarse George Douglas y Howard Cole: *Historia del Pensamiento Socialista*, 7 ts., Fondo de Cultura Económica, México, 1986.



francés, continúa en 1884 con el surgimiento del *fabianismo*³ inglés, adquiere mayor connotación a finales de esa década, cuando brota una tendencia *reformista* en el Partido Socialdemócrata Alemán —entonces el abanderado del marxismo en el mundo— y se complementa, pocos años más tarde, cuando en las filas socialdemócratas alemanas también aparece el *revisionismo*.⁴ La ruptura definitiva entre las corrientes reformistas y las corrientes revolucionarias del movimiento socialista, se inicia con la Primera Guerra Mundial (1914-1918) —cuando los revolucionarios se oponen a esa conflagración y los reformistas apoyan la participación en ella de sus respectivos gobiernos, lo que provoca la crisis terminal de la II Internacional—, y culmina a raíz del triunfo de la Revolución Rusa de octubre de 1917, cuando los partidos socialdemócratas asumen la misma actitud antisoviética que las fuerzas políticas de la burguesía.

- 3 “Creada en 1884, la Sociedad Fabiana alcanza notoriedad a partir de 1889 con la publicación de los *Ensayos Fabianos*, donde proclama que el desarrollo económico y social capitalista conduciría a la democratización y a la socialización de la riqueza, hasta el punto en que ese sistema llegaría a transformarse en su contrario, es decir, en socialismo. A partir de esa premisa, los fabianos desarrollan la estrategia de *impregnar* sus ideas en el sector radical del liberalismo. Su actividad consiste en publicar documentos, impartir conferencias y en el trabajo desplegado por dos de sus miembros más prominentes, los esposos Sydney y Beatrice Webb en el Concejo del Condado de Londres, donde actúan como pioneros en la promoción de un programa de protección y servicios sociales financiado y administrado por esa instancia de gobierno, en la cual constituyen minoría en relación con los liberales, a quienes, en realidad, corresponde adoptar esas decisiones”. Roberto Regalado, ob. cit., p. 45.
- 4 “Mayor trascendencia aun que el *posibilismo* en Francia y el *fabianismo* en Gran Bretaña tienen el *reformismo* y el *revisionismo* en Alemania, por el hecho de que brotan dentro del propio Partido Socialdemócrata Alemán, que a la sazón es el baluarte del marxismo y ejerce el liderazgo indiscutible del movimiento socialista mundial. El reformismo aparece en Alemania a principios de la década de mil ochocientos noventa, representado por Georg von Vollmar, en cuyo estado, Bavaria, existe una situación política que, a diferencia de Prusia, favorece el establecimiento de alianzas con los partidos de la burguesía para aprobar leyes en beneficio de los obreros. Por su parte, el *revisionismo* irrumpe mediante los escritos y discursos de Edward Bernstein a finales de los propios años noventa, quien afirma que Marx había incurrido en errores teóricos que invalidaban una parte de los presupuestos políticos sobre los cuales basaba su acción la socialdemocracia alemana”. *Ibidem*, pp. 45-46.



El reformismo alcanza su mayor intensidad durante la segunda posguerra (1945-1969) en un grupo de países del norte europeo, como consecuencia del desarrollo de las fuerzas productivas del capital estimulado por la reconstrucción de Europa Occidental y la carrera armamentista, combinado con la necesidad de presentar una imagen “democrática” y “redistributiva” del capitalismo como soporte de la guerra fría. Sin embargo, las condiciones económicas que impulsaban la reforma progresista del capitalismo desaparecen con la crisis integral de ese sistema social iniciada en los años 70, que desencadena la reestructuración neoliberal. Por su parte, las condiciones políticas del reformismo se desvanecen a principios de la década de 1990, cuando el derrumbe de la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) elimina la necesidad de dotar al capitalismo de un “rostro humano” en función de la competencia política e ideológica con el socialismo.

La estrategia de la revolución social parte de que las contradicciones de clase son inconciliables, por lo cual es preciso derrocar al Estado burgués y construir, en su lugar, un Estado de obreros, campesinos y demás sectores sociales dominados y explotados por la burguesía. A partir del análisis de la situación europea de mediados del siglo XIX, Marx y Engels estimaron que la revolución comunista se protagonizaría por el proletariado de las naciones más industrializadas de Europa. Si bien éste es el concepto original, el propio marxismo nos ofrece las herramientas teóricas para comprender las razones por las cuales esa tesis no se verificó en la práctica.

En sus estudios sobre Inglaterra, Marx y Engels identifican a la *aristocracia obrera*, “contenta con forjar ella misma las cadenas de oro con las que le arrastra a remolque la burguesía”,⁵ como un producto social del desarrollo capitalista sustentado en los avances de la industria y en la explotación del mundo colonial, semicolonial y neocolonial, que conspira contra la unidad y combatividad de la clase obrera. En la “Introducción” a la edición de 1895 de *Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850*, Engels analiza cómo el desarrollo económi-

5 Carlos Marx: “Trabajo asalariado y capital”, en Carlos Marx y Federico Engels: *Obras escogidas en tres tomos*, t. I, Editorial Progreso, Moscú, 1973, p. 171.



co, político y social registrado durante el siglo XIX por los países más industrializados de Europa, había operado un cambio en la orientación general del movimiento obrero y socialista: disminuye el énfasis en la lucha violenta, a medida que se abren espacios para las elecciones parlamentarias, nueva forma de lucha que él concebía como un medio de acumulación de fuerzas para la transformación social revolucionaria.⁶ Sobre este particular, Engels afirma que el sufragio universal abre posibilidades de “aprovechar las instituciones estatales en las que se organizaba la dominación de la burguesía” para luchar “*contra* esas mismas instituciones”.⁷

Tanto Marx como Engels prevén la posibilidad de una revolución social en las condiciones de Rusia. En carta a Vera Zasúlich, Marx opina que la comunidad rural rusa podía deshacerse de manera gradual de sus caracteres primitivos y desarrollarse *directamente* como elemento de la producción colectiva, porque, al ser contemporánea con la producción capitalista, podía apropiarse de las realizaciones positivas de ésta, sin pasar por “todas sus terribles peripecias”.⁸ Una opinión similar expresa Engels en el “Prefacio” a la segunda edición rusa (de 1882) del *Manifiesto del Partido Comunista*, cuando señala que en Rusia “la forma por cierto muy desnaturalizada de la primitiva propiedad común de la tierra”, podría pasar directamente a ser propiedad comunista “si la revolución rusa da la señal para una revolución proletaria en Occidente, de modo que ambas se complementen, la actual propiedad común de la tierra en Rusia podrá servir de punto de partida para el desarrollo comunista”.⁹

La era de la revolución socialista se abre en Rusia, en octubre de 1917, cuando Lenin y el Partido Bolchevique rompen *el eslabón más débil de la cadena*, convencidos de que ese acontecimiento constitui-

6 Federico Engels: “Introducción a la edición de 1895” de “Las luchas de clase en Francia de 1848 a 1850”, en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. I, p. 199.

7 *Ibidem*, p. 201.

8 Carlos Marx: “Proyecto de respuesta a la carta de V. I. Zasúlich”, en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. 3, p. 162.

9 Federico Engels: “Prefacio a la segunda edición rusa de 1882” del “Manifiesto del Partido Comunista”, en Carlos Marx y Federico Engels, ob. cit., t. 1, pp. 101-102.



ría el anticipo de una revolución mundial que tendría su centro en Alemania, pero la república soviética debió aferrarse por más de un cuarto de siglo a la construcción del *socialismo en un solo país*. En la posguerra resultaba lógico que el eslabón más débil de la cadena se desplazara hacia el mundo subdesarrollado. En China, Corea y Viet Nam, la revolución anticolonialista era también de carácter socialista. Por su parte, en Cuba, poco después de la victoria, la Revolución asumía identidad y objetivos socialistas. Aunque, en la mayoría de los casos, los eslabones más débiles de la cadena que se quiebran durante la posguerra en el mundo colonial, no adoptan una definición socialista, puede afirmarse que, en sentido general, las luchas de liberación nacional se inscriben en la historia de la revolución social como rupturas del sistema de dominación imperialista.

Las luchas de liberación nacional en Asia, África y América Latina llegan al clímax en los años 70 y principios de los 80. En Asia, en la década del 70 sucede la derrota del imperialismo norteamericano en Viet Nam, hecho que repercute en todo el Sudeste Asiático. En África, resalta la independencia de las colonias portuguesas; en particular, el rechazo —con ayuda de Cuba— a la invasión sudafricana contra la naciente República Popular de Angola,¹⁰ lo cual crea una correlación de fuerzas en el sur africano a favor de la liberación de Zimbabue y Namibia, unidas al dismantelamiento del régimen del apartheid en la propia África del Sur. En América Latina y el Caribe, se produce la conquista del gobierno por parte del Movimiento de la Nueva Joya en Granada y el triunfo de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua, ambos en 1979. A partir de ese momento, se intensifica la lucha insurgente en El Salvador y Guatemala.

Para revertir la erosión de su poderío político y económico mundial, durante la presidencia de Ronald Reagan (1981-1989), el imperialismo norteamericano emprende una estrategia de desgaste sistemático contra la URSS, basada en la intensificación de la carrera armamentista, el estímulo a las contradicciones entre ese país y China, y la aplicación de una política destinada a desgajar los países de Europa oriental del

10 Véase Piero Gleijeses: *Misiones en conflicto: La Habana, Washington y África, 1969-1976*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 2002.



bloque socialista. El desgaste de la URSS se complementó con la labor de zapa realizada por la primera ministra británica Margaret Thatcher, a partir de la elección de Mijaíl Gorbachov como secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), quien inició el “desmontaje” del socialismo por medio de un proceso denominado *perestroika*. Además de esa estrategia antisoviética, Reagan endureció la política hacia sus aliados de Europa Occidental y Japón, e incrementó la amenaza y el uso de la fuerza en todas las regiones del sur.

La estrategia de Reagan surtió efecto poco después de concluido su mandato. Durante la presidencia de su sucesor, George H. Bush, en diciembre de 1989 ocurre la caída del Muro de Berlín —que abrió paso a la restauración capitalista en Europa Oriental— y, en diciembre de 1991, se consumó el derrumbe de la misma Unión Soviética. Concluía así la llamada *bipolaridad mundial*, inaugurada en octubre de 1917 con el triunfo de la Revolución Bolchevique en Rusia y consolidada a partir de 1945 con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, que favoreció el surgimiento del campo socialista. Al terminar la bipolaridad, desde finales de la década de 1980, desaparecían, a corto y mediano plazo, los elementos característicos de una *situación revolucionaria*, que se habían manifestado en la posguerra en una gran parte del sur.

La dominación imperialista

Desde su independencia en 1776, Estados Unidos se dedicó a expandirse mediante el despojo de los pueblos indígenas y la anexión de los territorios de América del Norte colonizados por potencias europeas; en particular, por España y Francia. Aunque la conformación de la masa territorial estadounidense concluyó con la compra de Alaska (1867) y la incorporación de Hawai (1900), tras cumplir el “destino manifiesto” de extenderse hasta el océano Pacífico —legitimado por el Tratado de Guadalupe Hidalgo en 1948— y luego de imponerle en 1853 a México una última cesión de territorios por medio de la llamada compra de Gadsen, en ese último año se detuvo la política de “frontera móvil” que practicó durante casi ocho décadas. A partir de entonces, la resistencia latinoamericana y la oposición británica, le impidieron



anexarse nuevos territorios, debido a lo cual la ampliación de su dominación prosiguió por la vía del neocolonialismo, modalidad que, bajo la independencia *formal* de la nación, esconde su subordinación política y dependencia económica respecto de la metrópoli.

Entre 1853 y 1929, el imperialismo norteamericano expande su control sobre México, Centroamérica, la franja norte de Sudamérica y las naciones independientes del Caribe, mientras Gran Bretaña ejerce el suyo en las colonias caribeñas que aún conserva y en la mayor parte de América del Sur. Esa división de esferas de influencia se mantiene hasta que la Gran Depresión (1929-1933) provoca la quiebra del sistema neocolonial británico y le abre a Estados Unidos el camino hacia el resto de Sudamérica. No obstante, el afianzamiento de la hegemonía estadounidense en el continente sólo se completa con el desenlace de la Segunda Guerra Mundial, a partir del cual ese país emerge como la primera potencia imperialista del planeta y emplea la guerra fría como pretexto para imponer gobiernos dóciles a sus dictados en toda la región.

Aunque la fuerza siempre fue el principal recurso utilizado por Estados Unidos para dominar a América Latina y al Caribe, desde finales del siglo XIX empezó a construir el denominado Sistema Interamericano, con el fin de complementar sus acciones intervencionistas con la aceptación por parte de los gobiernos latinoamericanos y caribeños de un conjunto de valores, normas y compromisos que los hacen copartícipes de la dominación ejercida sobre ellos. Ése constituyó el principal objetivo de la Primera Conferencia Internacional Americana de 1889-1890. La también llamada Conferencia de Washington creó la Oficina Internacional de las Repúblicas Americanas, poco después transformada en la Unión Panamericana. Sin embargo, sólo a raíz del desenlace de la Segunda Guerra Mundial (1939-1945) y del despliegue de la guerra fría (1946) logró crear un verdadero sistema de dominación continental, con la suscripción, en 1947, del Tratado Interamericano de Asistencia Recíproca (TIAR) y la fundación, en 1948, de la Organización de Estados Americanos (OEA). Esos mecanismos regionales se sumaron a la Junta Interamericana de Defensa (JID), constituida en 1942. La JID, el TIAR y la OEA se complementaron, en la década de 1960, por el Banco Interamericano de Desarrollo (BID).



Años después de la creación del Sistema Interamericano, el imperialismo estadounidense empleó su propia invasión a Guatemala en 1954, que derrocó al gobierno de Árbenz, con el propósito de sustituir el principio de no intervención, proclamado en la Carta de la OEA, por el derecho de intervención. Lo mismo hizo a raíz del triunfo de la Revolución cubana, a la cual excluyó de ese sistema en la reunión de Punta del Este (1962). En sentido análogo, el gobierno norteamericano empleó a la OEA en 1965 para encubrir su intervención militar en República Dominicana como una acción “colectiva”. No obstante, desde ese momento, la OEA quedó relegada a planos secundarios y la dictadura militar de “seguridad nacional” se convirtió en el instrumento principal contra la lucha popular en la región.

La lucha popular en América Latina

La lucha popular latinoamericana del siglo xx se incuba desde finales del siglo xix, cuando empiezan a arraigarse en la región corrientes anarquistas, reformistas y revolucionarias; entre otras vías, mediante la migración de obreros procedentes de Europa con trayectoria de lucha sindical y política. A diferencia del Viejo Continente, donde en ciertos países y períodos existieron condiciones favorables a la reforma social progresista del capitalismo, en Latinoamérica y el Caribe esta estrategia fue mucho más débil y desnaturalizada. Es cierto que en algunas de las naciones donde más avanzó la acumulación desarrollista de capitales —cuyo auge se registra entre 1929 y 1955— se aplicaron ciertas políticas de reforma social favorables al proletariado organizado y a la clase media urbana —como las del *cardenismo* en México (1934-1940) y el *peronismo* en Argentina (1946-1955)—,¹¹

11 Los procesos de reforma social progresista del capitalismo latinoamericano originados en ese período, casi todos liderados por burguesías desarrollistas, fueron: en Colombia, los gobiernos de Enrique Olaya (1930-1934) y Alfonso López Pumarejo (1934-1938 y 1942-1946); en México, el sexenio de Lázaro Cárdenas (1934-1940) y el de Miguel Ávila Camacho (1940-1946); en Chile, el gobierno del Frente Popular encabezado por Pedro Aguirre (1938-1942) y el de la Alianza Democrática presidido por Juan Antonio Ríos (1942-1946), y en Costa Rica, los gobiernos de



pero, a mediano y largo plazo, predominó el *clientelismo*; es decir, la promoción por parte de las burguesías nacionales de sindicatos y organizaciones sociales “amarillas”, que recibían privilegios a cambio de dividir a la clase obrera y a otros sectores populares. En cualquier caso, vale apuntar que en ningún país latinoamericano o caribeño existía un desarrollo económico y social que permitiera la formación de un movimiento comparable con la socialdemocracia europea.

En las páginas de la revolución social latinoamericana y caribeña del siglo xx, resaltan la Revolución mexicana (1910-1917), la sublevación campesina salvadoreña dirigida por Farabundo Martí (1932), la República Socialista implantada en Chile por el coronel Marmaduke Grove (1932), la revolución de los estudiantes y sargentos ocurrida en Cuba tras la caída del dictador Gerardo Machado (1933), la gesta en Nicaragua del “Pequeño Ejército Loco” de Augusto C. Sandino (1934), la lucha independentista en Puerto Rico liderada por Pedro Albizu Campos —quien fundó el Partido Nacionalista en 1922— y el pronunciamiento armado de la Alianza Nacional Libertadora de Brasil, organizado por Luiz Carlos Prestes (1945).¹² Aunque no fueron procesos revolucionarios, sino de *reforma social progresista*, con participación del movimiento popular y de las fuerzas de izquierda, cabe mencionar aquí a los gobiernos de Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Árbenz (1951-1954); en particular, porque este último sucumbió por una intervención militar de Estados Unidos.

El triunfo de la Revolución cubana el 1º de enero de 1959 marca el inicio de una de las etapas más recientes de la historia de América Lati-

Ángel Calderón (1940-1944) y Teodoro Picado (1944-1948). Por su parte, entre los proyectos populistas resaltan: en Brasil, el gobierno de Getulio Vargas (1930-1945) y, en Argentina, el golpe de Estado de 1943, a partir del cual adquiere relevancia Juan Domingo Perón, electo a la presidencia en 1946. En 1944 es derrocada en Guatemala la dictadura de Juan José Ubico y, poco después, se abre la etapa de los gobiernos antimperialistas encabezados, respectivamente, por Juan José Arévalo (1945-1951) y Jacobo Árbenz (1951-1954). Sobre el tema puede consultarse Luis Suárez Salazar: *Un siglo de terror en América Latina: una crónica de crímenes contra la humanidad*, Ocean Press, Melbourne, 2006, pp. 209-216.

12 *Ibíd.*, pp. 157-170. Véase también Sergio Guerra: *Etapas y procesos en la historia de América Latina*, Centro de Información para la Defensa, La Habana [s.a.], p. 40, y Sergio Guerra: *Historia mínima de América Latina*, Editorial Pueblo y Educación, La Habana, 2003, p. 253.



na. Esa etapa se caracterizó por la consolidación del proceso revolucionario cubano, a pesar de las agresiones y el bloqueo del imperialismo norteamericano; la intensificación de las luchas revolucionarias, democráticas y nacionalistas, y la implantación de las dictaduras militares de “seguridad nacional” que actuaron como punta de lanza de la violencia contrarrevolucionaria. Hitos en esos años fueron los dos momentos de mayor auge de la lucha armada revolucionaria ocurridos a principios y a finales de los años 60, incluidos la gesta del comandante Ernesto *Che* Guevara en Bolivia (1967); los golpes de Estado nacionalistas y progresistas del general Juan Velasco Alvarado en Perú y del coronel Omar Torrijos en Panamá (ambos en 1968); la designación del general Juan José Torres a la presidencia del gobierno militar de Bolivia (1970); la elección del presidente Salvador Allende en Chile, al frente del gobierno de la Unidad Popular (1970); la rebelión armada que llevó al Movimiento de la Nueva Joya al poder en Granada (1979); el triunfo de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua (1979), y el auge de la lucha armada, en El Salvador, a partir de la creación del Frente Farabundo Martí para la Liberación Nacional (1980), y en Guatemala desde la fundación de la Unidad Revolucionaria Nacional Guatemalteca (1982).

En respuesta al incremento de la lucha popular, a raíz del golpe de Estado que derrocó al gobierno de Joao Goulart en Brasil, en abril de 1964, el presidente Lyndon Johnson desechó la tradicional monserga democrática, empleada por los gobernantes estadounidenses para justificar su injerencia e intervención en América Latina, y enunció la Doctrina Johnson, la cual proclama abiertamente que Estados Unidos prefiere contar con *aliados seguros* a tener *vecinos democráticos*. La Doctrina Johnson devino la plataforma de lanzamiento de las dictaduras militares de “seguridad nacional”, que ejercieron, con brutalidad sin precedentes, la capacidad represiva de las fuerzas armadas —multiplicada por el asesoramiento, entrenamiento y equipamiento de Estados Unidos—, con el propósito de destruir los partidos, organizaciones y movimientos populares y de izquierda; desarticular las alianzas sociales y políticas construidas durante el período desarrollista, y sentar las bases para la reforma neoliberal, iniciada en la segunda mitad de los años 70.



Como reacción contra las dictaduras militares y los gobiernos civiles autoritarios, en la segunda mitad de los años 60 se origina un repunte de la lucha armada revolucionaria. Éste es el momento en que opera en Bolivia, entre abril y octubre de 1967, encabezado por el comandante Ernesto *Che* Guevara, el Ejército de Liberación Nacional, algunos de cuyos sobrevivientes intentan reeditar su experiencia entre 1968 y 1970. Ésa resulta también la etapa de nacimiento, resurgimiento o auge de los siguientes movimientos revolucionarios: en Nicaragua, el Frente Sandinista de Liberación Nacional; en Argentina, los Montoneros, las Fuerzas Armadas Peronistas, Fuerzas Armadas Revolucionarias, el Partido Revolucionario del Trabajo y el Ejército Revolucionario del Pueblo; en Uruguay, el Movimiento Nacional de Liberación Tupamaros; en Brasil, el Movimiento Revolucionario 8 de Octubre, Vanguardia Popular Revolucionaria y Acción Liberadora Nacional, esta última encabezada por Carlos Mariguela; en Colombia, las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia, el Ejército de Liberación Nacional y el Ejército Popular de Liberación; en México, el Movimiento de Acción Revolucionaria y el Frente Urbano Zapatista, y en Puerto Rico, los Comandos Armados de Liberación y el Movimiento Independentista Revolucionario. En medio de este auge generalizado de las luchas populares, se celebran en Cuba la Conferencia Tricontinental (1966) y la Primera Conferencia de Solidaridad con los Pueblos de América Latina (1967).¹³

En virtud de la violencia contrarrevolucionaria ejercida por el imperialismo norteamericano y sus aliados en la región, de las debilidades y errores de las fuerzas populares y del cambio en la correlación mundial de fuerzas que se produciría con el desmoronamiento del bloque socialista europeo y de la propia Unión Soviética, en América Latina y el Caribe se destruyeron todos los procesos de orientación popular, tanto de carácter *revolucionario* como *reformista*, que comenzaron con posterioridad al triunfo de la Revolución cubana. Merecen destacarse el golpe de Estado que en 1973 derrocó al gobierno constitucional chileno de Salvador Allende; la invasión militar estadounidense que sesgó la vida en 1984 a la Revolución granadina; la lla-

13 Véase Luis Suárez Salazar, ob. cit., p. 293.



mada Guerra de Baja Intensidad (GBI) que provocó la derrota de la Revolución Popular Sandinista en las elecciones de febrero de 1990; la desmovilización en Colombia del Movimiento 19 de Abril en marzo de 1990 y del Movimiento Guerrillero Quintín Lame, del Partido Revolucionario de los Trabajadores y de parte del Ejército Popular de Liberación, estos tres en febrero de 1991 y la firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador en enero de 1992. Con estos acontecimientos puede considerarse concluida la etapa de auge de la lucha armada revolucionaria, abierta a raíz del triunfo de la Revolución cubana. Más tarde le seguiría la firma de los Acuerdos de Paz en Guatemala (diciembre de 1996), la cual ocurre en momentos en que ya se ha iniciado una nueva etapa de lucha, caracterizada por el auge de la movilización social y la competencia electoral de la izquierda. El único país donde la lucha armada no ha tenido un desenlace es Colombia, donde siguen actuando las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC) y el Ejército de Liberación Nacional (ELN), pero sin perspectivas de un triunfo militar que favorezca a esas guerrillas o al gobierno.

El mal llamado proceso de democratización

A medida que las dictaduras militares de “seguridad nacional” finalizaban el cumplimiento de sus objetivos, y mientras crecía el rechazo internacional a sus crímenes, el imperialismo empezó a promover, de manera gradual, casuística e intermitente, el mal llamado *proceso de democratización*, que consistió en el restablecimiento de la institucionalidad democrático-burguesa, pactado entre los gobernantes militares salientes y los partidos políticos tradicionales. El objetivo del pacto era sustituir las *dictaduras militares* por *democracias restringidas*, mediante la celebración de elecciones “libres” —con candidatos y partidos proscritos (no sólo de izquierda)— y la imposición de restricciones constitucionales y legales a los nuevos gobernantes civiles, entre las cuales resaltan la Constitución chilena redactada por encargo de Pinochet y las leyes de *obediencia debida* en Argentina, *caducidad* en Uruguay y *punto final* en Chile, que garantizaron la impunidad de los crímenes cometidos por los gobernantes militares salientes.



El concepto *democracia restringida* puede crear dudas, a causa de que *democracia* es una forma de dominación y subordinación de clase, que lleva implícita la *restricción* de las libertades de las clases dominadas y subordinadas. Con el término *democracia restringida* se identifica al sistema político impuesto en América Latina con posterioridad a las dictaduras militares de “seguridad nacional”, que, además de las limitaciones y condicionamientos inherentes a la democracia burguesa en sentido general, se concibió e implantó, de manera específica, para cerrar en los países de la región aquellos espacios de confrontación de los cuales habló Gramsci, en los cuales los pueblos puedan arrancarles concesiones al imperialismo y sus aliados locales.

El “proceso de democratización” se inició con la elección de Jaime Roldós a la presidencia de Ecuador (1979), siguió con las elecciones de Fernando Belaunde Terry en Perú (1980), Hernán Siles Suazo en Bolivia (1982), Raúl Alfonsín en Argentina (1983), Julio María Sanguinetti en Uruguay (1985), Tancredo Neves-José Sarney¹⁴ en Brasil (1985) y Andrés Rodríguez en Paraguay (1989), y concluyó con la elección del gobierno de Patricio Aylwin a la presidencia de Chile (1989), que puso fin al gobierno de Augusto Pinochet, la última dictadura militar de “seguridad nacional” que aún subsistía en la región. Dentro de ese proceso, los Estados contrainsurgentes impuestos por el imperialismo norteamericano en América Central, se dotaron de una fachada civil, generalmente proporcionada por la Democracia Cristiana, a partir de la elección de los presidentes Roberto Suazo Córdova en Honduras (1982), José Napoleón Duarte en El Salvador (1984) y Marco Vinicio Cerezo en Guatemala (1986).

Las dictaduras militares de “seguridad nacional” actuaron durante 25 años.

En Estados Unidos, esos años abarcan los mandatos de los presidentes Lyndon Johnson (1963-1969), Richard Nixon (1969-1974), Gerald

14 Tancredo Neves y José Sarney fueron electos, respectivamente, como presidente y vicepresidente de Brasil en la primera elección de candidatos civiles realizada desde el golpe de Estado de abril de 1964. Ésta fue una elección indirecta, efectuada mediante el llamado Consejo Electoral. Neves falleció antes de la toma de posesión ocurrida el 15 de enero de 1985, por lo cual Sarney asumió la presidencia.



Ford (1974-1977), James Carter (1977-1981) y Ronald Reagan (1981-1989). Éste fue un período de desarticulación del Sistema Interamericano; en particular, los ocho años de la presidencia de Reagan, durante la cual fue sacudido por el alineamiento estadounidense con Gran Bretaña en la Guerra de las Malvinas (1982), la política draconiana asumida por el imperialismo con motivo de la crisis de la deuda externa (1982) y el temor generado en las burguesías de América Latina por la invasión a Granada (1984) y los efectos desestabilizadores que en toda la región pudiera tener una intervención militar directa en Centroamérica, amenaza que se mantuvo latente entre 1981 y 1989.

Concluida la etapa de las dictaduras militares de “seguridad nacional”, al presidente George H. Bush (1989-1993) le corresponde iniciar un proceso para recomponer, reestructurar e institucionalizar el sistema de dominación continental. Los pilares fundamentales de ese proceso son: la afirmación de la democracia representativa, como única forma de gobierno legítima en el continente americano; el intento de establecer un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA), y el aumento de la presencia militar de Estados Unidos en la región.

Tras el “relevo” de las dictaduras militares de “seguridad nacional” por democracias restringidas, Bush emprende una fase superior del “proceso de democratización”, al implantar un esquema único de *governabilidad democrática* para la región, sujeto a mecanismos de *dominación transnacional*. El empleo de mecanismos transnacionales de dominación lo había iniciado la Administración Ronald Reagan, a partir de la crisis de la deuda externa. La madeja de la dominación transnacional se entretreje por medio de la renegociación de los pagos a los acreedores internacionales, los programas de ajuste del Fondo Monetario Internacional (FMI), los créditos del Banco Mundial (BM) y las condicionantes políticas y económicas que desde ese momento empezaron a exigir las potencias imperialistas para la firma de todo acuerdo comercial, financiero o de cooperación. George H. Bush utiliza esos mecanismos en la reforma del sistema Interamericano.

Los principales incentivos ofrecidos por el gobierno de Estados Unidos a las burguesías latinoamericanas, para que aceptaran asumir los costos políticos y sociales de la reestructuración neoliberal, fueron



el Plan Brady y el ALCA. El Plan Brady resultaba un “alivio” en comparación con la política seguida por Ronald Reagan con respecto al pago de la deuda latinoamericana, al permitir la capitalización de la deuda; o sea, la cancelación de partes de la deuda de cada nación a cambio de la venta de las industrias y los recursos naturales; política que estimuló la oleada privatizadora. Por su parte, en sus orígenes, el ALCA fue una respuesta de la Administración Bush a las solicitudes de las burguesías latinoamericanas de “libre acceso” al mercado norteamericano.

Uno de los principales medios para implantar los mecanismos transnacionales de dominación política, fue el proceso de reformas a la Carta de la OEA; en particular, el subproceso iniciado con la adopción, en junio de 1991, del Compromiso de Santiago de Chile con la Democracia y con la Renovación del Sistema Interamericano, el cual establece que la democracia representativa constituye la única forma legítima de gobierno en el continente americano. En subsiguientes reuniones de la OEA se definió con creciente precisión lo que esa organización entiende por democracia representativa, se extendió la llamada *cláusula democrática* a todos los organismos y acuerdos regionales, pertenecientes o no al Sistema Interamericano, y se creó un mecanismo de observación electoral y otro de sanción a los “infractores”. Este proceso, que alcanza su clímax con la aprobación de la Carta Democrática Interamericana, horas después de los atentados del 11 de septiembre del 2001, tiene como objetivo imponer el esquema único de *democracia neoliberal* tras la fachada de la llamada *governabilidad democrática*.

La gobernabilidad democrática es una adaptación, muy forzada por cierto, de la *doctrina de la gobernabilidad*, para adecuarla a los requerimientos de la reforma neoliberal en la América Latina de principios de los años 90, con el propósito específico de sofocar la crisis política creada por la concentración de la riqueza. Se trata de una adaptación *forzada*, porque al sujeto *governabilidad* se le añadió a la brava el adjetivo *democrática*, a pesar de ser incompatibles: es como decir *Lucifer bondadoso*.

El concepto de gobernabilidad se formuló por la Comisión Trilateral en la década de 1970 para contrarrestar lo que sus miembros identi-



ficaban como un “exceso de democracia”.¹⁵ Con otras palabras, la doctrina de la gobernabilidad no se concibió para preservar los derechos ciudadanos reconocidos por la democracia burguesa, sino para restringirlos. Constituye un *esquema de control social* que cierra los *espacios de confrontación* abiertos por la lucha de los movimientos obrero, socialista y feminista desde finales del siglo XIX, en los cuales los partidos políticos de izquierda, sindicatos y demás organizaciones populares, en determinadas condiciones y períodos históricos, forzaron a la burguesía a satisfacer sus reivindicaciones. De manera que la gobernabilidad democrática es un “Frankenstein”, armado a la carrera para dotar a la democracia neoliberal de una fundamentación seudoteórica y de una guía para la reforma político-electoral, basada en la falsa premisa de que la readecuación de los aspectos formales de la democracia burguesa bastaría para conjurar la crisis política, sin resolver —o siquiera aliviar— los problemas económicos y sociales que la causan.

La gobernabilidad democrática promueve lo que Hugo Zemelman define como *alternancia dentro del proyecto*: un esquema de alternancia entre las personas y los partidos que ocupan el gobierno, pero todos ellos sometidos a un proyecto neoliberal único, que no pueden sustituir, ni modificar más allá de muy estrechos márgenes. Con palabras del mismo Zemelman: “Lo que estamos viendo en este momento en América Latina es que la democracia abierta a la alternancia de proyectos, de la cual Allende fue un ejemplo, se está cerrando. Por el contrario, existe un sistema democrático impulsado desde los mismos organismos transnacionales como el Banco Mundial, el mis-

15 “Fundada en el año 1973 por el banquero David Rockefeller e integrada por alrededor de 300 hombres de negocios, políticos e intelectuales de Estados Unidos, Europa Occidental y Japón, la Comisión Trilateral responde a la necesidad de los *monopolios transnacionales* de disponer de mecanismos de elaboración teórica y formulación política, para enfrentar las contradicciones derivadas del proceso de concentración transnacional de la propiedad y la producción. Dos décadas antes de que se acuñara el término *globalización*, la Comisión Trilateral se erige en portaestandarte de la ideología y el proyecto de dominación mundial de la ‘corporación global’, los cuales plasma en su estudio *La Crisis de la Democracia: informe sobre la gobernabilidad de las democracias para la Comisión Trilateral*, publicado en 1975”. Roberto Regalado, ob. cit., pp. 69-70.



mo Fondo Monetario Internacional y ni qué hablar del Departamento de Estado, que están interesados en una alternancia, por lo tanto, en un juego de mayoría y minoría pero al interior de los parámetros de un proyecto único e innegociable, y que se identifica con la democracia; de manera que cualquier idea de alternancia de proyectos es calificada de antidemocrática por democrática que sea”.¹⁶

La implantación del esquema de gobernabilidad democrática implica un cambio de *forma* en la política del imperialismo norteamericano hacia América Latina. El cambio consiste en que, históricamente, un aspecto esencial de esa política era oponerse a *todo* acceso de la izquierda al gobierno, mientras que con la gobernabilidad democrática se aspira a que una izquierda “prisionera” comparta los costos de la crisis capitalista y le ayude a legitimar el nuevo sistema de dominación.

El auge de la lucha electoral de la izquierda

En medio de la crisis terminal de la bipolaridad mundial de posguerra, con la invasión estadounidense a Panamá (1989), la derrota “electoral” de la Revolución Popular Sandinista en Nicaragua (1990), la desmovilización de una parte importante de los movimientos guerrilleros en Colombia (1990-1991) y la firma de los Acuerdos de Paz en El Salvador (1992), concluye la etapa de la historia de América Latina abierta por el triunfo de la Revolución cubana, y se inicia otra en la cual predominan la movilización social y la competencia electoral de la izquierda dentro de la democracia burguesa, cuyos postulados *formales* se aplican, por primera vez, en toda la región, excepto en Cuba.

La gestación de la nueva etapa de luchas populares latinoamericanas se originó en la segunda mitad de la década de 1980. En los países sometidos a dictaduras militares de “seguridad nacional”, donde los movimientos populares y de izquierda alcanzaron una mayor organización, unidad y combatividad durante el “proceso de democratización”, también resultó mayor su capacidad de oponerse a las res-

16 Hugo Zemelman: “Enseñanzas del gobierno de la Unidad Popular en Chile”, en Beatriz Stolowicz (coord.): *Gobiernos de izquierda en América Latina: el desafío del cambio*, Plaza y Valdés Editores, México D.F., 1999, pp. 35-36.



tricciones constitucionales y legales que los gobernantes castrenses impusieron a la institucionalidad posdictatorial, y de ocupar espacios en diversas instancias de gobierno y en las legislaturas nacionales, pero no pudieron impedir la sujeción del Estado nacional a los nuevos mecanismos transnacionales de dominación, ni sustraerse completamente al embrujo de la gobernabilidad democrática.

Tres factores explican la sublimación de la democracia burguesa por parte de aquella izquierda que *brotaba* o *rebrotaba* a la legalidad a finales de la década del 80: el deslumbramiento provocado por lo que, salvo excepciones como Uruguay o Chile, era su primer acercamiento a los *atributos formales* de la democracia burguesa, en una región cuya historia está plagada de gobiernos dictatoriales, oligárquicos y populistas; el hecho de que este primer contacto con la democracia burguesa ocurriera en uno de los peores momentos de las ideas revolucionarias y socialistas —es decir, durante la crisis terminal de la URSS— y la interpretación, por parte de esa izquierda, del apoyo del gobierno estadounidense al “proceso de democratización” como garantía del fin de la dictadura, en vez de una manera de restringir la naciente democracia.

El ejemplo paradigmático de la izquierda que *brotaba* derribando las barreras políticas y electorales dejadas por la saliente dictadura, es el Partido de los Trabajadores de Brasil (PT), fundado el 10 de febrero de 1980, en el contexto de la crisis política, económica y social que condujo al desmontaje de la dictadura militar imperante en Brasil de 1964 a 1985. Su nacimiento fue resultado de un proceso de construcción iniciado en 1979 por el Movimiento Pro-PT, en el cual convergieron tres vertientes del movimiento popular y de la izquierda: el nuevo sindicalismo surgido de las oposiciones, que disputaron el control del aparato sindical burocrático de la dictadura; los movimientos sociales de diverso carácter, que proliferaron durante las décadas de 1960 y 1970 en el seno de las Comunidades Eclesiales de Base (CEB's), y los denominados *sobrevivientes*, dirigentes y militantes de la izquierda de los años 60, recién salidos de la prisión o de regreso del exilio, como resultado de la lucha por la amnistía y la defensa de los derechos humanos.

Aun dentro de la dictadura militar, entre 1980 y 1985, el PT libra sus batallas contra la Ley de Seguridad Nacional; por la autonomía



sindical y el derecho de huelga; por el salario, la seguridad y la salud de los trabajadores; por la democracia, la libertad y el fin de la censura; por el desarrollo con distribución de la renta, y por la solidaridad internacional. Al mismo tiempo, concentra su atención en el crecimiento y la educación política de su membresía, en la construcción de órganos de dirección en las bases, municipios y estados, y en sus primeras campañas electorales para los cargos de vereadores (concejales), prefectos (alcaldes) y diputados estatales y nacionales.

Entre 1985 y 1989, el PT se enfrenta a la política económica del primer presidente civil, José Sarney; se concentra en la campaña para la Asamblea Constituyente de 1986, que aprueba la elección presidencial directa; gana terreno en las elecciones legislativas de 1987 —en las cuales Lula es elegido a la Cámara con más de 600 000 votos, la cifra más alta que recibiera diputado alguno en la historia de Brasil—; amplía ese terreno en las elecciones municipales de 1988 —cuando obtiene el control del gobierno de numerosas ciudades, entre las cuales resaltan Sao Paulo y Porto Alegre— y desarrolla la primera campaña presidencial de Lula en 1989, en la cual éste tuvo un resultado impresionante, a pesar de haber sido derrotado en la segunda vuelta de los comicios.

Así como el PT, el Frente Amplio de Uruguay (FA) constituye un ejemplo, en este caso, de la izquierda que *rebrotaba* en la lucha durante los años finales de la dictadura. El FA es una coalición de partidos y movimientos políticos, fundada el 5 de febrero de 1971, que en las elecciones de ese año recibió el 18,3 % de los votos con la candidatura presidencial del general Líber Seregni, antes de ser proscrito tras el golpe de Estado de 1973. En las elecciones celebradas en 1984 como parte de la “transición democrática”, el FA elevó su votación al 23 %, a pesar de que su principal figura, el general Seregni, era uno de los políticos inhabilitados por los militares para presentarse como candidato a puestos electivos.

Aunque el auge de la lucha social y la competencia electoral de la izquierda latinoamericana se inicia en Brasil y Uruguay, la primera elección presidencial de la nueva etapa, en la cual participa un candidato popular con posibilidades reales de triunfar, aconteció en México, donde el presidente Miguel de la Madrid (1982-1988) seleccionó a Carlos Salinas



de Gortari como candidato oficialista para que diera continuidad a la reforma neoliberal iniciada por él. En respuesta a esa situación, amplios sectores progresistas y de izquierda decidieron formar el Frente Democrático Nacional (FDN), que presentó a Cuauhtémoc Cárdenas como candidato presidencial en las elecciones del 6 de julio de 1988, en las cuales fue despojado de la victoria mediante un fraude similar al cometido el 2 de julio del 2006 en contra de Andrés Manuel López Obrador.

El desempeño de Cárdenas como candidato presidencial del FDN en las elecciones de 1988, junto al de muchos candidatos y candidatas de esa coalición al Senado, la Cámara de Representantes y las instancias estatales y municipales de gobierno, fue la indicación más sólida ocurrida hasta ese momento de que en América Latina comenzaba una nueva etapa, caracterizada por el acceso de la izquierda a espacios institucionales, que hasta entonces le habían estado vedados. Poco más de un año después, el resultado obtenido por Luiz Inácio *Lula* da Silva como candidato del PT en los comicios presidenciales efectuados en Brasil en noviembre y diciembre de 1989, y la elección en Uruguay, en octubre de ese año, de Tabaré Vázquez, candidato del Frente Amplio, como intendente de Montevideo, no dejarían dudas sobre las nuevas tendencias.

Pese a que el desempeño de las izquierdas mexicana, brasileña y uruguaya resultaron las primeras y más importantes manifestaciones del auge de la lucha electoral en los gobiernos locales y estatales, y en las legislaturas nacionales de varios países, esa tendencia tardó años en llegar a tener éxito en las elecciones presidenciales, y, además, cuando lo tuvo, se produjo en otro país y por diferente senda. En México, Cárdenas fue derrotado en los comicios presidenciales de 1988, 1994 y 2000; en Brasil, Lula, en 1989, 1994 y 1998, y en Uruguay, Líber Seregni fue derrotado en 1989 y Tabaré, en 1994 y 2000.

Chávez y Evo: presidentes electos por el quiebre o debilitamiento de la institucionalidad democrático-burguesa

El primer triunfo de un candidato presidencial de izquierda durante la etapa de luchas, abierta a finales de la década de 1980, fue el



de Hugo Chávez, en las elecciones celebradas en Venezuela el 6 de diciembre de 1998. La victoria de Chávez no fue el resultado de un proceso de construcción partidista y acumulación política, como los que se venían produciendo en México, Brasil y Uruguay, sino de que Venezuela resultó el primer país latinoamericano donde ocurrió un quiebre de la institucionalidad democrático-burguesa, provocado por la reestructuración neoliberal. En esas condiciones, la figura de Chávez, quien alcanzó notoriedad como líder del fracasado intento de golpe de Estado de febrero de 1992 contra el presidente Carlos Andrés Pérez, capitalizó el descontento popular, sin que el imperialismo y los partidos tradicionales venezolanos pudieran evitarlo.

La crisis política venezolana empezó a manifestarse a inicios de la segunda presidencia de Pérez (1974-1979 y 1989-1993), cuando, días después de la toma de posesión, el 27 y 28 de febrero de 1989, se produjo el estallido popular conocido como el Caracazo, durante el cual varios cientos de personas murieron como consecuencia de la represión. En este convulso mandato de Pérez, como una de las expresiones de la crisis política en aumento, el 4 de febrero de 1992 se efectuó la Operación Ezequiel Zamora, nombre con el cual se bautizó el golpe de Estado en el cual Chávez desempeñó el papel protagónico.

En virtud de las protestas populares contra el desgobierno de Pérez, su mandato lo interrumpió el Congreso en mayo de 1993. Durante la presidencia interina de Ramón J. Velázquez, en diciembre de ese año, se celebran las elecciones en las cuales, en medio de acusaciones de fraude, triunfa el ex presidente Rafael Caldera, mientras Andrés Velázquez, candidato de la organización de izquierda Causa Radical, pasó del primer lugar al cuarto cuando se restableció una “falla” en el sistema de cómputo.¹⁷ Esta segunda elección de Caldera (1969-1974 y 1993-1999) constituyó una ruptura del Pacto de Punto

17 Los resultados oficiales de los cuatro candidatos que recibieron las mayores votaciones en esta elección fueron: Rafael Caldera, 30,46 %; Claudio Fermín, 23,60 %; Oswaldo Álvarez, 22,73 %, y Andrés Velázquez, 21,95 %. Véase *Resultados Nacionales: Elecciones Presidenciales Venezuela 3D* (www.explikame.wordpress.com).



Fijo,¹⁸ originada por el agravamiento de la crisis política, pues debido al desgaste de Acción Democrática y COPEI —el antiguo partido de Caldera—, éste concurrió con una coalición de diversas fuerzas políticas que quebró el bipartidismo, en un intento desesperado de evitar el fracaso de la institucionalidad democrático-burguesa, pero a duras penas alcanzó a terminar su mandato.

El quiebre institucional venezolano explica que Hugo Chávez, líder del Movimiento Bolivariano 200 —el rebautizado Movimiento Quinta República (MVR)—, lograra capitalizar las ansias de cambio de amplios sectores sociales, a pesar de no contar con un partido organizado y consolidado, sino que “sobre la marcha” atrajo un abanico de fuerzas políticas y sociales, incluidas casi todas las corrientes de la izquierda nacional. Así, Chávez fue electo a la presidencia de Venezuela en diciembre de 1998, en unos comicios en que obtuvo el 56,2 % de los votos escrutados, frente al 39,97 % de su más cercano rival, Enrique Salas.¹⁹ Esa fractura institucional también aclara por qué Chávez pudo emprender de inmediato la redacción y la puesta en vigor de una nueva Constitución, y realizar una profunda reforma política, sin que el imperialismo y la derecha venezolana pudieran evitarlo.

Después de aprobada la nueva Constitución de la ahora denominada República Bolivariana de Venezuela, en el referéndum celebrado el 15 de diciembre de 1999, Hugo Chávez revalidó su mandato presidencial en los comicios del 30 de julio del 2000 con el 59,76 % de los votos, mientras su principal opositor, Francisco Arias Cárdenas, obtuvo el 37,52 %.²⁰ El desprestigio y la desarticulación de las fuerzas de la reacción venezolana eran de tal envergadura que, pese a los ataques contra Chávez de los medios de comunicación privados, el imperialismo norteamericano y la derecha local tardaron cuatro años para poder articular acciones desestabilizadoras en gran escala, como el golpe de

18 El Pacto de Punto Fijo fue un acuerdo de alternancia bipartidista en el gobierno venezolano, establecido en 1959 entre los partidos Acción Democrática (socialdemócrata) y COPEI (demócrata cristiano), con el cual se pretendía establecer un “modelo” alternativo a la Revolución cubana.

19 Véase el sitio web del Consejo Supremo Electoral (www.cne.gov.ve).

20 *Ibidem*.



Estado del 11 de abril del 2002 —vencido en 48 horas por la espontánea movilización popular—, el paro petrolero que interrumpió las operaciones de la empresa Petróleos de Venezuela S.A. (PDVSA) desde diciembre del 2002 hasta febrero del 2003, y la celebración de un referéndum revocatorio contra Chávez el 15 de agosto de 2004, del cual éste salió fortalecido con el 59,25 % por el NO a la revocación, el 40,74 % por el SÍ y el 30,02 % de abstención.

A partir del triunfo del presidente Chávez en lo que se tornó un *referéndum ratificadorio*, la Revolución Bolivariana recuperó la ofensiva, como se refleja en el desarrollo de las misiones sociales de salud, educación, vivienda y otras, y en las elecciones de alcaldes y gobernadores del 31 de octubre del 2004, cuando las fuerzas bolivarianas ganaron todas las gobernaciones, salvo Zulia y Nueva Esparta, y 270 de las 337 alcaldías, incluida la Alcaldía Mayor de Caracas, uno de los principales bastiones de la oposición.

Como reacción a los fracasos sufridos en el 2004, la oposición optó por no presentar candidatos y, en su lugar, llamar a la abstención en las elecciones de diputados a la Asamblea Nacional del 4 de diciembre del 2005, con el objetivo de deslegitimar al gobierno. Mas, el resultado de esta maniobra fue que los 167 escaños de la legislatura quedaron bajo el control de las fuerzas bolivarianas. Esta derrota llevó a la oposición a replantearse la estrategia para las elecciones presidenciales del 3 de diciembre del 2006, a las cuales acudió con la candidatura única de Manuel Rosales, gobernador del estado de Zulia, el principal productor de petróleo del país. Como parte de su táctica, la oposición desechó la idea de que Rosales retirara su candidatura al final de la campaña, o de denunciar un supuesto fraude. Por el contrario, reconoció el triunfo de Chávez, quien obtuvo el 62,84 % de la votación, frente al 36,90 % de Rosales,²¹ para luego lanzar una propuesta de negociación basada en la convocatoria a elecciones legislativas anticipadas —con el objetivo de enmendar el error que la dejó sin un solo diputado a partir del 2004 y en que el gobierno se abstenga de convocar a una

21 *Ibidem*.



nueva Asamblea Constituyente que despeje el camino a nuevas reelecciones de Chávez.

En la actualidad se delinea un nuevo escenario de lucha entre el gobierno y la oposición. Chávez redobla los llamados a la construcción de lo que él define como el *socialismo del siglo XXI*, insiste en crear un *partido unido* de las fuerzas bolivarianas y está decidido a reformar la Constitución para legalizar la reelección presidencial sin límites. La oposición, por su parte, está dividida entre quienes abogan por emprender de nuevo la desestabilización a ultranza, y quienes prefieren una negociación que estimule las contradicciones en las filas bolivarianas, sobre la base de establecer una relación constructiva con el gobierno a cambio de que se detenga el proceso transformador en curso.

A diferencia de lo ocurrido en Venezuela en 1998, la elección de Evo Morales a la presidencia de Bolivia, el 18 de diciembre del 2005, no fue resultado de un *quiebre* de la institucionalidad democrático-burguesa, pero sí de su debilitamiento, en virtud del cual fue derrocado el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada (2003) y su sustituto Carlos Mesa (2005). En este caso, Evo se erige en la figura capaz de movilizar a las masas bolivianas hacia las urnas, debido a que esas masas lo identifican como el líder popular que se halla en mejores condiciones de satisfacer sus demandas, si resulta electo presidente de la república.

Las primeras señales del futuro estallido de la crisis política boliviana se producen en 1998, como consecuencia de la erradicación forzosa de los cultivos de coca emprendida, bajo presión de Estados Unidos, por el gobierno del ex general Hugo Banzer. No obstante, en abril del 2000 ocurre el estallido inicial de las protestas sociales que sacudirían al país en los años venideros. Su primer episodio fue la llamada Guerra del Agua, la cual obligó a cancelar los contratos de la transnacional Betchel. Le siguió el denominado septiembre rojo del mismo año, cuando los movimientos indígenas y campesinos interrumpieron la carretera entre La Paz, Cochabamba y Santa Cruz, en protesta por la erradicación forzosa de la coca, el intento de privatizar el agua y el plan de abrir una base militar de Estados Unidos como parte de la Iniciativa Regional Andina. Después siguieron las movilizaciones desatadas en enero del 2002 por el intento del sustituto de Banzer, Jorge Quiroga, de endurecer la legisla-



ción contra los campesinos cocaleros. A raíz de la respuesta indígena y campesina contra la violencia de los cuerpos represivos, por presiones de la embajada de Estados Unidos y de la derecha boliviana, el entonces diputado Evo Morales fue desaforado de su curul en la legislatura como supuesto responsable de los acontecimientos en los cuales murieron dos policías.

En las elecciones de junio del 2002, el candidato del Movimiento Nacionalista Revolucionario, Gonzalo Sánchez de Lozada, ocupa por segunda ocasión la presidencia (1993-1997 y 2002-2005), y el Movimiento al Socialismo (MAS), encabezado por Evo Morales, deviene la segunda fuerza política nacional. Tras el reflujo creado por la coyuntura electoral, las protestas se reanudan el 12 de febrero del 2003 con las manifestaciones contra el “impuestazo” de Sánchez de Lozada, cuya represión causa más de 30 muertos y 100 heridos. Esta situación de rebeldía llega a su clímax en octubre de ese año, cuando acontece la convergencia de la movilización indígena y campesina, de los cooperativistas y obreros de las minas, de los maestros, y de los sectores medios y bajos urbanos, entre los cuales resalta la población de El Alto. Los más de 50 muertos y decenas de heridos causados por la represión, obligan a la salida del país del presidente Sánchez de Lozada y de otros miembros de su gobierno, y el 17 de octubre asume la presidencia Carlos Mesa, a partir del compromiso de cumplir lo que, desde entonces, se conoce como la Agenda de Octubre, que incluye: celebrar un referéndum sobre el gas y el petróleo, previo a la adopción de una ley de hidrocarburos que devolviese su control a la nación; convocar una Asamblea Constituyente para refundar el Estado boliviano, y enjuiciar a Sánchez de Lozada por la represión desatada por su gobierno. La estrategia de dilación y distorsión del cumplimiento de la Agenda de Octubre por parte del presidente Mesa —quien ocupó el gobierno y se mantuvo en él gracias a que el MAS estimó oportuno darle un apoyo condicionado— provocó su renuncia forzosa el 8 de junio del 2005.²²

22 Sobre el tema puede consultarse Hugo Moldiz: “Crónica del proceso constituyente boliviano”, en *Contexto Latinoamericano*, no. 1, pp. 10-22.



La elección de Evo Morales a la presidencia, en diciembre del 2005, con el 53,74 % de la votación, frente al 28,59 % de su más cercano rival, el ex presidente Jorge Quiroga, es motivada, en gran medida, por el debilitamiento de la institucionalidad democrático-burguesa, que hizo fracasar todas las maniobras para evitarlo, como el intento de utilizar la redefinición del mapa electoral boliviano para postergar la elección presidencial y aumentar la cantidad de distritos en el departamento de Santa Cruz. La avalancha popular originada por la convergencia en la lucha de un amplio abanico de sectores sociales, llevó al MAS al gobierno, a pesar de que no cuenta con la estructura, la organización, la cantera de cuadros y el desarrollo programático idóneos para una tarea de tal envergadura.²³

Aunque en Bolivia, de manera similar a lo ocurrido en Venezuela, la victoria electoral de las fuerzas populares resultó posible gracias a la desarticulación y al descrédito de los partidos tradicionales, en este caso, ya antes de la elección de Evo, la oligarquía había emprendido la contraofensiva social y política por medio de nuevos mecanismos, cuyo eje es el sentimiento a favor de la autonomía existente en Santa Cruz y los demás departamentos de la llamada Media Luna: Tarija, Beni, Pando y Chuquisaca. Esa contraofensiva se inició el 22 de junio del 2003 con la Marcha por la Autonomía y el Trabajo, convocada por el Comité Cívico de Santa Cruz —utilizada para convocar al primer Cabildo del siglo XXI— y se recrudeció en octubre del 2004, cuando, todavía en la presidencia de Carlos Mesa, la legislatura aprobó el proyecto de ley de hidrocarburos presentado por el MAS.

Tras la elección de Evo Morales a la presidencia, la oposición boliviana tiene en su haber el triunfo de las posiciones autonomistas en los departamentos de la Media Luna, en el referéndum sobre ese tema realizado el 2 de julio del 2006, el mismo día en que se efectuó la elección a la Asamblea Constituyente. Por su parte, en la elección de delegados a la Constituyente, el resultado fue mixto, porque si bien el MAS eligió una mayoría de 152 de los 255 asambleístas, esa cifra es inferior a los dos tercios originalmente pactados para la aprobación de los acuerdos

23 Véase el sitio web de la Corte Nacional Electoral (www.cne.gov.bo).



de envergadura. De modo que, frente al empuje de las fuerzas populares en la Constituyente, a la sanción de una ley de hidrocarburos —que debido a las presiones internacionales y nacionales no incluyó todas las exigencias de la Agenda de Octubre—, a la aprobación de la reforma agraria en el Senado y las demás medidas transformadoras del gobierno de Evo, la derecha boliviana responde con la exacerbación del autonomismo en la Media Luna; tema que, a pesar de ser manipulado en función de los intereses de una elite —en particular, de la oligarquía de Santa Cruz de la Sierra—, cuenta con apoyo popular.²⁴

Lula y Tabaré: presidentes electos por acumulación política y adaptación a la gobernabilidad democrática

Cuando las derrotas sufridas por todos los demás candidatos presidenciales de izquierda que concurren a las urnas desde 1988, hacían pensar que la victoria de Hugo Chávez en 1998 había sido un accidente histórico, debido a la gravedad y singularidad de la crisis venezolana, Luiz Inácio *Lula* da Silva fue electo presidente de Brasil en la segunda vuelta de los comicios del 2002, efectuada el 27 de octubre, en la cual obtuvo el 61,3 % de los votos, frente al 23,2 % del candidato oficialista José Serra.²⁵ Este triunfo ocurría 13 años después que —pese al revés en su primer intento de alcanzar la presidencia— la votación obtenida por él frente a Fernando Collor de Mello, afianzó la tendencia favorable a la lucha electoral de la izquierda latinoamericana.

La candidatura presidencial de Lula fue derrotada tres veces —en 1989, 1994 Y 1998—, hecho que estuvo a punto de liquidar su vida política, y que sacudió de forma reiterada al PT, debido a la pugna entre las corrientes que atribuían esas derrotas al alejamiento de sus bases populares, ocasionado por la política de alianzas con fuerzas de centro,

24 Sobre el tema puede consultarse Raúl Prada: “Estado, Asamblea Constituyente y Autonomías”, en *Contexto Latinoamericano*, no. 1, pp. 23-34.

25 En la primera vuelta de esa elección, efectuada el 6 de octubre, Lula obtuvo el 46,4 % de los votos y Serra, el 23,2 %. Véase el sitio web del Tribunal Superior Electoral (www.tse.gov.br).



y las tendencias que, por el contrario, consideraban la necesidad de ampliar y fortalecer tales alianzas. Este enfrentamiento resultaba aún más agudo, porque los reveses de Lula en 1994 y 1998, ambos frente a Fernando Henrique Cardoso, sucedieron en la primera vuelta, lo que representaba un desempeño inferior al de 1989.²⁶

El resurgimiento de la figura de Lula y su victoria en la elección presidencial del 2002 fueron el resultado de un proceso de acumulación política y adaptación a la gobernabilidad democrática, en medio de una situación que se caracterizaba por la crisis provocada por la reforma neoliberal de Fernando Henrique Cardoso, el impacto del desplome de las bolsas de valores asiáticas —que contribuyó a destruir la coalición de derecha formada por Cardoso— y la preocupación por el quiebre institucional en Argentina, iniciado en julio del 2001.

La elección de Lula a la presidencia no estuvo acompañada de la obtención de mayoría en la Cámara de Diputados ni en el Senado, lo que obligó al PT a ampliar sus alianzas con sectores de centro y derecha, que no lo apoyaron ni en la primera ni en la segunda vuelta. De manera que, tanto por la correlación de fuerzas en el seno de la coalición de gobierno, como por definición ideológica del entonces llamado *campo mayoritario* —es decir, la corriente Articulación del PT—, el gobierno priorizó el cumplimiento de los compromisos con el capital financiero internacional y postergó para un eventual segundo mandato la parte fundamental de las reivindicaciones de los movimientos populares que forman la base social de ese partido. No obstante, sí emprendió programas asistenciales de gran envergadura, como Hambre Cero y Bolsa de Familia, que, aunque no rebasan los límites de las recomendaciones del Banco Mundial, casi ningún gobierno aplica.

Sin embargo, la postergación del programa histórico del PT no provocó la defenestración de varias figuras clave del gabinete y de la dirección de este partido, y que por momentos pareció amenazar la reelección de Lula, sino el escándalo y las investigaciones parlamentarias por el uso

26 En la elección presidencial del 3 de octubre de 1994, Fernando Henrique Cardoso recibió el 54,3 % de los votos y Lula, el 27 %, mientras que, en la del 4 de octubre de 1998, Cardoso obtuvo el 53,1 % y Lula, el 31,7 % (www.tse.gov.br).



de fondos ilegales para realizar pagos secretos a políticos de los partidos de centro y de derecha incorporados a la coalición de gobierno. Ese escándalo, que de manera inexplicable rebrotó antes de la elección presidencial del 1° de octubre del 2006 —cuando la policía dijo haber encontrado al nuevo presidente del PT en un hotel, con dinero para comprar secretos que, supuestamente, afectarían al candidato presidencial opositor, Geraldo Alckmin—, evitó la reelección de Lula en la primera vuelta.

A pesar de la crisis política por la que atravesó su gobierno y de las escisiones ocurridas en el PT, dos de cuyas figuras, la senadora Heloisa Helena —de izquierda radical—, el ex gobernador de Brasilia y ex ministro de Educación, Cristovam Buarque —de centroizquierda—, se presentaron como candidatos a la presidencia, Lula obtuvo el 48,6 % de los votos y Alckmin el 41,6 %, lo que implicó que fueran a la segunda vuelta electoral. Ante la perspectiva de un posible triunfo de la derecha, todo el campo popular puso en segundo plano sus críticas a Lula, y convergió en su apoyo para la votación del 29 de octubre, en la cual el líder del PT cosechó el 60,83 %, mientras que Alckmin descendió al 39,17 %.²⁷

También, como resultado de un relativamente largo proceso de acumulación política, se produjo la elección de Tabaré Vázquez a la presidencia de Uruguay, el 31 de octubre del 2004, en unos comicios en los cuales el candidato de la alianza Encuentro Progresista-Frente Amplio-Nueva Mayoría obtuvo el 50,4 % de los votos, mientras que su contendiente más cercano, Jorge Larrañaga, recibió el 34,3 %.²⁸ La acumulación política del FA se inició desde su fundación en 1971 y, después de haber sido proscrito durante la dictadura militar (1973-1984), continuó con las elecciones para el cargo de intendente de Montevideo, primero, de Tabaré en 1989, y, posteriormente, de Mariano Arana en 1994 y 2000.

Durante el período comprendido entre 1989 y 1998, la bancada legislativa del FA aumentó hasta llegar a un tercio en 1994 y a la mitad en 1998, con lo cual obligó a los partidos tradicionales a formar una alianza para alcanzar mayoría calificada, en un primer momento, y después a actuar como un solo bloque de derecha. De

27 *Ibidem.*

28 Véase el sitio web de la Corte Electoral de Uruguay (www.corteelectoral.gub.uy).



manera que, del bipartidismo tradicional de derecha, formado por el Partido Colorado y el Partido Nacional (blanco), en 1994, Uruguay pasó a un sistema de tres partidos —colorados, blancos y FA— y a partir de 1998 a un nuevo bipartidismo *de facto*, con un polo de derecha formado por colorados y blancos y un polo de izquierda formado por el FA.

A diferencia del gobierno de Lula, la elección de Tabaré a la presidencia sí estuvo acompañada por el control de la mayoría simple —no calificada— de la Cámara de Diputados y el Senado. Además, la alianza de gobierno se cimentó con la reincorporación de los partidos del Encuentro Progresista y la Nueva Mayoría al Frente Amplio, del cual se escindieron en 1989. Por otra parte, en las elecciones municipales de mayo del 2005, el FA no sólo retuvo la Intendencia de Montevideo, donde se impuso por cuarta vez consecutiva, ahora con Ricardo Erlich como intendente, quien obtuvo el 60 % de los votos, sino que también por primera vez eligió intendentes en otros departamentos, y ahora ocupa un total de ocho intendencias.

Daniel Ortega: el Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN) retorna al gobierno 17 años después

Con el triunfo de Daniel Ortega en la elección presidencial del 3 de noviembre del 2006 y su toma de posesión el 10 de enero del 2007, el secretario general del FSLN retorna a la presidencia de Nicaragua casi 17 años después de que fuera desplazado de ella en las elecciones de 1990. Como candidato de la coalición Unida Nicaragua Triunfa —construida por medio de alianzas con una parte de los antiguos enemigos de la Revolución Popular Sandinista; entre ellos, sectores de la contrarrevolución armada y la jerarquía católica—, Ortega obtuvo el 38,59 % de los votos, mientras su rival más próximo, Eduardo Montealegre recibió el 30,94 %.²⁹ En virtud de la ley electoral acordada hace años con el Partido Liberal Constitucionalista (PLC) del ex presidente Arnoldo Alemán, al haber sumado más del 35 % de la votación y su distancia del segundo lugar ser mayor al 5 %, Ortega triunfó

29 Véase el sitio web del Consejo Supremo Electoral (www.cse.gob.ni).



en la primera vuelta electoral, hecho atribuible a la división de las fuerzas liberales, que presentaron dos candidatos presidenciales: Montelegre por la Alianza Liberal Nacional (ALN) y José Rizo por el PLC.

Tras 46 años de dominio absoluto de la familia Somoza, el 19 de julio de 1979 triunfó en Nicaragua la Revolución Sandinista, como resultado del aumento de la lucha antidictatorial frente a la represión del régimen; la convergencia de un amplio abanico de fuerzas opositoras; el éxito de la lucha insurreccional en torno a la cual se reunificaron las tres tendencias en que se había dividido el FSLN; el rechazo internacional al somocismo; el apoyo político y material a la insurrección por parte de los gobiernos de Cuba, Venezuela, Costa Rica y Panamá; el fracaso del intento de última hora del gobierno estadounidense de sustituir a Somoza por una figura dócil a sus dictados, y la negativa de la OEA de aprobar una intervención militar en Nicaragua.

En sus diez años en el poder, la Revolución Sandinista recuperó la soberanía nicaragüense, nacionalizó las propiedades de la familia Somoza y sus cómplices, hizo una reforma agraria y emprendió programas de desarrollo económico y social, pero se vio obligada a dedicar sus mayores esfuerzos a defenderse de la guerra contrarrevolucionaria dirigida y financiada por la Administración Ronald Reagan. Tras un largo proceso de guerra y negociación, ajustado a los parámetros de la *guerra de baja intensidad*, la derrota sandinista se consumó en la elección presidencial del 25 de febrero de 1990, cuando triunfó la candidata de la Unión Nacional Opositora (UNO), Violeta Barrios de Chamorro (1990-1997). Este revés obedeció al desgaste del proceso revolucionario causado por la guerra; al debilitamiento del apoyo político, económico y militar soviético —a partir de la proclamación de la “nueva mentalidad” de Mijaíl Gorbachov—, y a errores de la dirección del FSLN, como dejar que el peso de la crisis económica y la guerra recayera en los sectores populares —incluida la implantación del Servicio Militar Patriótico (obligatorio)— y aceptar ir a esos comicios en situación tan desventajosa.

Después de la derrota electoral, por primera vez en la historia de Nicaragua empezó a funcionar el sistema democrático-burgués —sujeto a las restricciones de la *democracia neoliberal*—, la oficialidad sandi-



nista retuvo el control del Ejército Nacional y de la Policía Nacional, el FSLN siguió siendo el partido político más representado en la Asamblea Nacional —pero en minoría frente a la alianza de centroderecha y derecha—, y mantuvo el voto duro de alrededor del 25 % de la población; principalmente, en los sectores humildes beneficiados por la Revolución. En contra del FSLN comenzó a manifestarse el rechazo de la burguesía proimperialista, de las capas medias resentidas por las penurias de la etapa revolucionaria, y de parte de las capas humildes, o bien por escasa politización o bien como consecuencia de los errores del gobierno sandinista. En estas condiciones, la candidatura de Ortega fue derrotada en las elecciones de 1996 y 2001, en ambos casos por una coalición de derecha, articulada en torno al Partido Liberal Constitucionalista, que colocó en la presidencia a Arnoldo Alemán (1997-2002) y a Enrique Bolaños (2002-2007).

En la etapa posrevolucionaria, el FSLN sufrió varias escisiones. Uno de los temas más polémicos, tanto dentro como fuera del Frente Sandinista, fue el acuerdo político alcanzado durante la presidencia de Alemán, en virtud del cual, el entonces oficialista PLC y el FSLN —ambos con un caudal electoral muy similar— acordaron una redistribución del poder judicial y de los órganos de control del Estado, y una reforma electoral favorable a los dos partidos políticos que obtuvieran la mayor votación; esto es, favorable a ambos. A pesar del costo político que debió pagar el FSLN por ese acuerdo, en buena medida, las nuevas reglas electorales —en particular, el triunfo en la primera vuelta del candidato presidencial que obtenga el 40 % de la votación o el 35 % si su diferencia con el segundo lugar es mayor del 5 %—, hicieron posible la elección de Daniel Ortega en la primera vuelta de la elección del 2006, junto a la división en las filas liberales, que presentaron dos candidatos a la presidencia. Ello explica por qué Daniel triunfó en el 2006 con poco más del 38 % de los votos, cuando en 2001 perdió con el 43 %.

Si partimos de que el escenario político y electoral nicaragüense en el cual ocurre la elección de Daniel Ortega a la presidencia, se conforma a raíz de la derrota de la Revolución Popular Sandinista, no podemos considerarlo como el resultado de un proceso de *acumula-*



ción política, semejante a los ocurridos en Brasil y Uruguay, donde la izquierda llega al gobierno tras *brotar* o *rebrotar* en un escenario posdictatorial. En el caso del FSLN, lo que se manifiesta es su capacidad de mantener y ampliar su control sobre resortes de poder, de conservar el apoyo de una parte importante del electorado y de maniobrar políticamente. Después de 17 años de gobiernos de derecha, el regreso del FSLN a la presidencia constituye un cambio bienvenido que debe establecer una diferencia con sus predecesores; sobre todo, en política social y en política exterior, pero no cabe esperar un cambio drástico en el plano económico.

Rafael Correa: la sorpresa electoral en Ecuador

Ecuador es uno de los países latinoamericanos donde la crisis política estalla a finales de los años 90, pero, a diferencia de Venezuela, donde el liderazgo de Chávez permitió capitalizar el quiebre de la institucionalidad democrático-burguesa para emprender la Revolución Bolivariana, los estallidos sociales en Ecuador carecieron de una conducción política capaz de encauzar a las masas hacia un proceso transformador, por lo cual el derrocamiento de los presidentes Abdalá Bucaram (1997), Jamil Mahuad (2000) y Lucio Gutiérrez (2005), sólo significó reciclar la dominación neoliberal.

En particular, el gobierno de Gutiérrez resultó traumático para la izquierda y los movimientos populares ecuatorianos, porque su participación en el golpe de Estado contra Mahuad y la retórica de izquierda con que después emprendió su carrera política, llevaron a una buena parte de ellos, entre los cuales resalta el Movimiento Pachakutik, a apoyar su candidatura en la segunda vuelta de las elecciones presidenciales del 2002, con la condición de que rompiera con la política neoliberal de sus predecesores y adoptara un conjunto de medidas de beneficio popular, lo cual él incumplió. Con estos antecedentes, en el 2006 surge un nuevo candidato presidencial que no tiene una trayectoria política conocida: Rafael Correa.

Rafael Correa se da a conocer públicamente como ministro de Energía del gobierno de Alfredo Palacio, cargo que ocupa durante sólo



tres meses. Como candidato presidencial de la Alianza País, Correa se destaca por su batalla a favor de la convocatoria a una Asamblea Constituyente que ponga fin al *statu quo* neoliberal, por su defensa de la recuperación del control estatal sobre los recursos naturales del país y por promover la adopción de urgentes medidas de beneficio social. Esta actitud lo sitúa en el primer lugar de las encuestas hasta que —como establece la ley— cesaron de divulgarse días antes de la votación.

El resultado de la elección presidencial realizada el 15 de octubre del 2006 fue sorprendente, porque, en medio del colapso del sistema electrónico de conteo de votos, de acusaciones de fraude y de impugnaciones al Tribunal Supremo Electoral, el primer lugar lo ocupó el magnate ultraderechista Álvaro Noboa, candidato del Partido Institucional Renovador de Acción Nacional (PRIAN), con el 26,83 % de los votos, mientras que Correa fue desplazado al segundo puesto con el 22,84 %.³⁰ No obstante, debido al reagrupamiento de fuerzas políticas ocurrido para la segunda vuelta, efectuada el 26 de noviembre, Correa triunfó con el 56,67 % y Noboa perdió con el 43,33 %.³¹

Pese a la campaña de miedo de la derecha, con el 81,72 % de los votos por el SÍ, frente al 12,43 % por el NO,³² la sociedad ecuatoriana aprobó la convocatoria a una Asamblea Constituyente —uno de los temas principales de la campaña electoral de Correa—, que se elegirá en septiembre del 2007. Con este triunfo, se abre una nueva etapa de la lucha popular, cuyo curso y desenlace dependerán de la acción consistente y unitaria de las fuerzas políticas y sociales de la izquierda.

La acumulación política de los no triunfadores

En el año 2006 también sobresale el desempeño electoral de los candidatos presidenciales Carlos Gaviria en Colombia, Ollanta Humala en Perú y Andrés Manuel López Obrador en México.

30 Véase el sitio web del Tribunal Supremo Electoral (www.tse.gov.ec).

31 *Ibidem*.

32 *Ibidem*. Éstas son las cifras parciales que aparecieron en el sitio web del Tribunal Supremo Electoral de Ecuador, el 21 de abril del 2007.



En Colombia, donde el presidente Álvaro Uribe cambió la Constitución para legitimar su reelección, que logró en los comicios del 28 de mayo del 2006, con el 62,35 % del voto popular, resalta el 22,03 % obtenido por el candidato de la recién formada coalición de centroizquierda e izquierda, llamada Polo Democrático Alternativo (PDA).³³ Tal como ocurría en Perú en la década de 1990, cuando Alberto Fujimori era elegido y reelegido a la presidencia con elevadas votaciones, en virtud de su imagen de hombre fuerte capaz de erradicar la violencia endémica, la victoria de Uribe se explica por la imagen que proyecta de supuestos avances hacia la pacificación del país. Sin desconocer el éxito electoral de Uribe, también resulta importante destacar que el PDA, con Gaviria como candidato presidencial, quebró la alternancia bipartidista entre liberales y conservadores, y que como nueva segunda fuerza política del país se ubica en condiciones de mejorar su desempeño en los futuros procesos electorales.

En Perú, aunque en las elecciones presidenciales realizadas en el 2006 no se demostró la existencia de un fraude, la oligarquía y los medios de comunicación desarrollaron una intensa campaña negativa para evitar el triunfo de Ollanta Humala —candidato de la Unión por el Perú (UPP) y del Partido Nacionalista Peruano (PNP)—, quien capitalizó el ansia de cambios políticos, económicos y sociales de las grandes mayorías, y para elegir al ex presidente Alan García, del Partido Aprista Peruano (APRA). De esa manera, mientras que en la primera vuelta, el 6 de mayo, Humala quedó en la delantera con el 25,68 % y García lo siguió con el 20,4 %; en la segunda, realizada el 4 de junio, García se impuso con el 52,62 % y Humala perdió con el 47,37 %.³⁴

En México, el candidato de la alianza Por el Bien de Todos, Andrés Manuel López Obrador, fue víctima de un fraude en la elección presidencial efectuada el 2 de julio del 2006, urdido por el gobierno de Vicente Fox, el Partido Acción Nacional (PAN), las autoridades electorales, los medios de comunicación y la mayor parte de los gobernadores estatales pertenecientes al Partido Revolucionario Institucional

33 Véase el sitio web del Consejo Nacional Electoral (www.cne.gov.co).

34 Véase el sitio web de la Oficina Nacional de Procesos Electorales (www.onpe.gob.pe).



(PRI). Mediante todo tipo de maniobras, los participantes en la conspiración electoral elevaron la cifra de votos a favor de Calderón hasta el 35,89 % y redujeron la de López Obrador al 35,31 %.³⁵ Este fraude obedece a que el imperialismo norteamericano y la derecha mexicana consideraron a López Obrador como un obstáculo para el desarrollo ulterior del proceso de transnacionalización de la economía; en concreto, para la privatización y la entrega al capital foráneo de la industria petrolera y del sector energético.

El movimiento nacional de protestas contra el despojo cometido en la elección presidencial y el estallido social —originado por una huelga de maestros que hace más de seis meses tiene conmovida la ciudad de Oaxaca—, crearon una crisis política de gran envergadura, y convierten a Felipe Calderón en un presidente débil y propenso a recurrir a la represión.

Consideraciones

En la actualidad, siete naciones latinoamericanas: Cuba, Venezuela, Brasil, Uruguay, Bolivia, Nicaragua y Ecuador, tienen gobiernos de izquierda, o alianzas de gobierno formadas en torno a una fuerza política o a una figura de izquierda. También hay gobiernos progresistas en tres países del Caribe de habla inglesa: Dominica, Guyana y San Vicente y las Granadinas. Sólo durante dos breves períodos anteriores de la historia latinoamericana se presentaron situaciones cercanas a ésta. Uno de ellos fue a principios de los años 70, cuando coincidieron en tiempo la Revolución cubana, los gobiernos militares progresistas de Juan Velasco Alvarado en Perú, Omar Torrijos en Panamá y Juan José Torres en Bolivia, el gobierno de la Unidad Popular en Chile presidido por Salvador Allende y el de Michael Manley en Jamaica. El otro fue a finales de esa década e inicios de la siguiente, cuando coincidieron la Revolución cubana, la Revolución Sandinista y la Revolución Granadina.

35 Véase el sitio web del Instituto Federal Electoral (www.ife.org.mx).



La elección de gobiernos de izquierda durante los últimos años no es el resultado de un proceso democratizador, sino de la sustitución de las formas dictatoriales y autoritarias de dominación, que históricamente imperaron en América Latina, por una nueva modalidad de hegemonía burguesa. Las características de este cambio, muy tardío, por cierto, en comparación con los países pioneros del capitalismo, son *que ocurre en una región subdesarrollada y dependiente, y que la ideología hegemónica es el neoliberalismo*. Esto resulta importante porque en el concepto gramsciano de “hegemonía” se reconocía la existencia de espacios de confrontación que los sectores populares podían aprovechar en su beneficio propio, pero la lógica del sistema actual es abrir espacios *formales* de gobierno, que no puedan utilizarse ni siquiera para emprender una reforma progresista del capitalismo.

Los gobiernos de izquierda de esta “nueva hornada”, que se inicia en 1998 con la primera elección de Hugo Chávez a la presidencia de Venezuela, nacen y actúan en condiciones diferentes a las que lo hicieron los gobiernos surgidos de las dos vertientes históricas del movimiento obrero y socialista mundial: la que optó por la *revolución socialista* y la que optó por la *reforma socialdemócrata del capitalismo*. La izquierda que llega hoy al gobierno en América Latina no destruye al Estado burgués, ni elimina la propiedad privada sobre los medios de producción, ni funda un nuevo poder, ejercido exclusivamente por las clases desposeídas. Tampoco puede remedar el mal llamado Estado de bienestar de posguerra, que el propio capitalismo impulsó en función de la reconstrucción europea y de la guerra fría, del cual hace años que abjuró la socialdemocracia del Viejo Continente.

Hoy, la izquierda accede al gobierno de acuerdo con las reglas de la democracia burguesa, incluido el respeto de la alternabilidad, en este caso con la derecha neoliberal que, desde la oposición obstaculiza, y si regresa al gobierno revertirá las políticas que ella ejecuta. Mas, en ciertas circunstancias, el asunto no es sólo la alternabilidad con la derecha neoliberal, sino que para llegar al gobierno —y para gobernar— la izquierda se siente obligada a establecer alianzas con fuerzas ubicadas a su derecha. Y, además, en ocasiones, la cuestión tampoco radica únicamente en la alternabilidad y las alianzas externas, sino en que dentro de



los propios partidos, movimientos políticos y coaliciones de izquierda coexisten corrientes socialistas, socialdemócratas y de otras identidades, que tienen discrepancias entre sí sobre cuánto respetar y cuánto forzar los límites del sistema de dominación imperante.

El problema planteado es complejo, entre otras razones, porque no encaja en los patrones conocidos de *revolución* y *reforma*. La pregunta es hasta qué punto cada fuerza de la izquierda que accede al gobierno acepta ejercerlo como un fin en sí mismo, y en qué medida está decidida a quebrar la hegemonía neoliberal. La repuesta depende, entre otros factores, del resultado de la lucha ideológica que se desarrolla hoy dentro de los partidos, movimientos políticos y coaliciones protagonistas de esos procesos. Pero, de esta historia viva que, con sus virtudes y defectos, con sus aciertos y errores, escribe día a día la izquierda latinoamericana de carne y hueso, es que nacerá ese *otro mundo posible* que demandan nuestros pueblos.

La Habana, 16 de noviembre del 2007.



La epopeya de Cuba en el África Negra

Jorge Risquet Valdés

Nuestra primera acción solidaria hacia África se dirigió a un pueblo del norte del continente, Argelia. En el mismo año de la victoria de Playa Girón, un barco mercante cubano llevó un importante cargamento de armas norteamericanas, capturadas al enemigo, para el Frente de Liberación Nacional de Argelia, que peleaba heroicamente por su independencia. Al regreso, comienzos de 1962, trajo una preciosa carga humana: heridos de guerra y niños huérfanos de combatientes.

Al año siguiente, nuestro país, que sólo contaba con unos 3 000 médicos —pues una cantidad similar había sido robada por el mayor ladrón de cerebros del mundo, Estados Unidos—, inició modestamente la colaboración en ese campo con los pueblos hermanos, que hoy alcanza proporciones de decenas de miles de profesionales y técnicos de la salud en 69 países de cuatro continentes.

Una brigada de 55 internacionalistas cubanos: 29 médicos, tres odontólogos, 15 enfermeros y ocho técnicos de la salud, empezó a prestar servicios en el país árabe recién liberado. (Esta colaboración humanitaria se extiende hoy, en África, a 33 países, unos 2 000 trabajadores cubanos de la salud, de los cuales 1 400 médicos.)

En octubre de ese mismo año, un destacamento militar cubano, bajo el mando del comandante Efigenio Ameijeiras, acudió a la joven república argelina, amenazada por el expansionismo de la monarquía marroquí.

El cuadro que preside este acto recoge el momento en que el Che y Raúl se encuentran con Fidel, en Oriente, en los días dramáticos del ciclón Flora, para informarle que dos buques mercantes cubanos es-



taban cargados y listos para zarpar rumbo a Argelia, con el armamento y los efectivos del contingente internacionalista cubano.

Afortunadamente, no hubo que combatir. Nuestra presencia constituyó un disuasivo para los pretendientes a la anexión de una porción del territorio de la heroica nación, que había conquistado su independencia al elevado precio de más de un millón de muertos.

Entrenamos a los combatientes argelinos durante seis meses y al marcharnos les donamos los carros blindados, artillería, todo el armamento. De modo que Argelia continuó fortaleciéndose militarmente y nunca más ha sido objeto de amenazas.

Mas, el inicio de las épicas hazañas de Cuba en África subsahariana es exactamente el 24 de abril de 1965.

El hombre inmenso a quien los hombres y mujeres progresistas de todo el mundo rinden homenaje en estos meses del 40 Aniversario de su Caída en Bolivia y el 80 de su nacimiento en Argentina, el Guerrillero Heroico, Ernesto *Che* Guevara, encabezó el primer acto de la epopeya.

Dejemos al principal protagonista de aquel primer episodio, en el Congo ex belga, que nos precise el significado de la decisión puesta en marcha por la Dirección de la Revolución cubana. Y cito: “Nuestro país, solitario bastión socialista a las puertas del imperialismo yanqui, manda sus soldados a pelear y morir en tierra extranjera, en un continente lejano, y asume la plena y pública responsabilidad de sus actos; en este desafío, en esta clara toma de posición frente al gran problema de nuestra época, que es la lucha sin cuartel contra el imperialismo yanqui, está la significación heroica de nuestra participación de la lucha del Congo”.

Así narra el Che este momento primero: “El día 22 de abril por la noche llegamos a Kigoma [en la costa oriental del lago Tanganica, *n.r.*] después de un fatigoso viaje [*desde Dar-el-Salaam, capital de Tanzania, n.r.*], pero las lanchas no estaban listas y tuvimos que permanecer allí esperando al día siguiente para el cruce”.

“Por fin, en la madrugada del 24 de abril tocamos tierra congoleña ante un grupo extrañado de soldados con buen armamento de infantería que muy solemnemente nos hicieron una pequeña guardia de honor. Pasamos a ocupar un bohío desalojado expresamente para nosotros”.



El hecho de que el bohío pudiera albergarlos a todos es demostrativo de lo reducido de este grupo de vanguardia de la Columna Uno: El Che y otros 13 combatientes cubanos habían cruzado el lago Tangañica, el segundo más profundo del mundo, en dos lanchas medianas con motor fuera de borda, en una noche de lluvia y encrespadas olas lacustres. “El Lago es un estrecho cajón —describe el Che— de un valle relleno de agua y las montañas, tanto en Kigoma como en el otro lado comienzan en el mismo borde. En el lugar bautizado como Kibamba, emplazamiento del Estado Mayor, prácticamente a los diez pasos de desembarcar se empezaba a subir una fatigosa loma para nosotros más dura aun dada la falta de entrenamiento previo”.

En esa misma noche del 23 de abril, Fidel se reunía en La Habana con un grupo de diez combatientes, encabezado por el capitán Manuel Agramonte, que hasta ese día se habían estado entrenando en el campamento de Pinar del Río, donde se preparaban los futuros combatientes internacionalistas. El Jefe de la Revolución les explicó la situación existente en las dos repúblicas congoleesas, países recién liberados del dominio belga uno, de la opresión francesa el otro, así como la lucha contra el colonialismo portugués que se desarrollaba en Angola, Guinea Bissau y Mozambique.

Fidel definió brevemente las misiones a cumplir. Irían también para África Ecuatorial, hacia la cuenca del inmenso río Congo, para la República del Congo (Brazzaville). Constituían la vanguardia de la Columna Dos.

[Para evitar confusiones, en lo adelante llamaremos Congo (Leopoldville) a la ex colonia belga donde combatió la Columna Uno y Congo (Brazzaville) a la ex colonia francesa donde actuó la Columna Dos.]

Al día siguiente, sábado 24 de abril, el grupo de Agramonte abordaba el barco *Uvero* en el puerto de Matanzas, donde se cargaba aún. Después de completar al otro día sus reservas de agua y combustible en el puerto de Santiago de Cuba, el 26 partía hacia África.

El *Uvero* marchó rumbo al este sin vacilaciones, paralelo a las costas de la República Dominicana y Puerto Rico, en medio del despliegue de la flota yanqui, cuando ocurría la criminal invasión de las tropas de Estados Unidos a la tierra natal de Máximo Gómez.



La nave llegó a Conakry el 11 de mayo. Allí dejó un gran cargamento de armas, municiones, minas, uniformes y alimentos que Cuba enviaba a los combatientes anticolonialistas de Guinea Bissau, dirigidos por el Partido Africano de la Independencia de Guinea y Cabo Verde (PAIGC) de Amílcar Cabral.

El mercante cubano partió hacia Argelia, mientras que el grupo de Agramonte voló de Conakry a Accra y de aquí, el 20 de mayo, a Brazzaville.

Una semana antes había llegado el novel diplomático Darío Urrea a esta capital junto a varios compañeros, con el fin de instalar de inmediato la sede diplomática cubana. Ahora, el número de cubanos de la Columna Dos era de 15. De éstos, seis compañeros encabezados por el capitán Rafael Moracén se unieron a la guerrilla del Movimiento Popular para la Liberación de Angola (MPLA) en el Frente de Cabinda, satisfaciendo así la petición que Agostinho Neto le hiciera al Che en la visita de éste a Brazzaville, del 1º al 7 de enero de ese año.

La Columna Uno contaba ya con 32, pues un segundo grupo al mando del capitán Santiago Terry había cruzado el lago y desembarcado en Kibamba.

En los meses siguientes continuaron llegando a Kibamba (por vía aérea a Dar el Salam, por tierra a Kigoma, por lancha a la costa occidental del lago Tanganica) los hombres de la Columna Uno del Che. Fue completándose aquel heroico destacamento que, en las condiciones más difíciles, trataba de organizar su aporte al movimiento armado de los lumumbistas.

Del cruce del Tanganica, Kigoma-Kibamba, en ambas direcciones, se encargaba el capitán Roberto Sánchez Barthelemy (*Lawton*), con tanta audacia y eficiencia que el Che, parco en elogios, lo bautizó como el *Almirante del Lago*.

A la capital del Congo (Brazzaville) arribaron por vía aérea, Moscú-Accra-Brazzaville, diversos grupos; el mayor, de 25 combatientes, con el comandante Rolando Kindelán al frente, hasta reunir medio centenar.

Los integrantes del grueso de la tropa de la Columna Dos, que la bautizamos como *Batallón Patricio Lumumba*, en honor al gran líder congolés asesinado, partimos del puerto del Mariel en la noche del 6



de agosto, en el barco soviético *Félix Dzerzhinsky*. Allí nos despidió el Comandante en Jefe, acompañado de Piñeiro y Osmany. Éramos dos centenares de hombres que llevábamos buen armamento: fusil FAL como arma individual, baterías de ametralladoras antiaéreas cuatro bocas, de morteros 82 y de cañones de 75 milímetros sin retroceso. Nuestra carga incluía munición de boca y munición de guerra para un largo período, así como una buena reserva de armas de infantería, destinadas a equipar unidades africanas, cuando resultara necesario.

El 21 de agosto llegamos al puerto atlántico de Punta Negra, desembarcamos la carga y la trasladamos a los vagones del ferrocarril con gran rapidez. El 23 llegamos a Brazzaville.

Ya estaba en su punto de concentración la Columna Dos, el Batallón Patricio Lumumba, el Segundo Frente del Che en tierra congoleña.

Para esa fecha, poco más de un centenar de hombres engrosaba la Columna Uno en el oriente del Congo (Leopoldville). Nos separaba la frontera entre los dos Estados y cerca de 2 000 kilómetros de selvas, llanuras, ríos, montañas; mas, la comunidad de ideales y misiones nos hacía sentirnos como una sola unidad militar alojada en dos campamentos distantes.

Para describir con brevedad y exactitud la actuación de las dos columnas, reproducimos la magistral síntesis de nuestro segundo secretario y ministro de las Fuerzas Armadas, general de Ejército Raúl Castro, expuesta en su discurso de 1985 en el vigésimo aniversario de las misiones de las dos columnas. “En cada uno de nosotros se conserva la emoción de aquellos momentos definitorios de nuestra vocación internacionalista, cuando por vez primera un aguerrido contingente de combatientes cubanos se aprestaba a marchar al África negra para cumplir, no sólo con un deber solidario, sino con un histórico imperativo de gratitud hacia uno de los continentes desde donde vinieron nuestros ancestros, como tres décadas atrás habíamos combatido por la libertad de España, cuna también de nuestros antepasados.

”Esa convicción prevaleció durante el arduo período de entrenamiento que no sólo propició a cada uno de ustedes la preparación militar necesaria para cumplir cabalmente tan honrosa encomienda, sino forjó un profundo sentimiento de fraternidad y colectivismo acre-



centado en las difíciles condiciones de subsistencia de la misión y en el rigor de los combates, y cultivado a lo largo de todos estos años de consagración a las tareas de edificación socialista.

”Fieles a la confianza depositada en ellas por el Partido y por Fidel, en el transcurso de sólo unos meses ambas columnas desarrollaron en sus respectivos campos de acción una intensa actividad combativa caracterizada por el arrojo y la disciplina de sus integrantes.

”La columna que marchó al Congo [Brazzaville] bajo el nombre de Batallón Patricio Lumumba tenía múltiples misiones. Era, en primer lugar, reserva de la columna del Che, a cuyas fuerzas se uniría en caso necesario y en el momento oportuno.

”Tenía además la tarea de prestar ayuda al gobierno progresista del Congo, amenazado de agresión por el régimen de Leopoldville (...) Para ello no sólo el Batallón estaba dispuesto a pelear junto al ejército congolés contra una agresión extranjera proveniente de la otra margen del río Congo, sino que debía formar varios batallones de milicianos.

”No menos importante era la misión de participar con un grupo de asesores-combatientes en el Segundo Frente guerrillero del MPLA en Cabinda y entrenar columnas de combatientes angolanos, equiparlos y ayudarlos a emprender la ruta hacia el interior de Angola, hacia el Primer Frente del norte de Luanda.

”De esta múltiple misión eran responsables los compañeros Risquet y Kindelán.

”No por breve fue heroica la actuación de la Columna Uno del Che que en los varios meses que permaneció en el interior del Congo Leopoldville, adonde llegó tras salvar peligrosos obstáculos, libró numerosos y desiguales combates.

”Más de cincuenta acciones combativas se cuentan en la hoja de servicios de la columna del Che, quien bajo el seudónimo de Tatu se desarrolló en aquellos nuevos escenarios de lucha con maestría y agudeza táctica y estratégica que hicieran de él un verdadero artífice de la guerra de guerrillas.

”Mas no fue posible reunir y cohesionar a las fuerzas lumumbistas, llegó un momento en que la columna internacionalista combatía sola en un terreno desconocido. Ante tales adversas circunstancias, la



columna debió salir de aquel país. No fue vencida por el enemigo, pero el objetivo de su misión no pudo cumplirse, dada la ausencia de un movimiento patriótico vertebrado con el cual colaborar.

”Para el Batallón Patricio Lumumba resultaron más favorables las condiciones. El sostén al gobierno progresista del Congo [Brazzaville] frente a las amenazas extranjeras fue sólido y en un momento resultó decisivo. Los batallones de milicias de la juventud congoleña se organizaron, entrenaron y armaron, reforzando el apoyo popular al régimen democrático. Ello consolidó la base de retaguardia del MPLA, permitiendo el incremento de las acciones guerrilleras en el Segundo Frente de Cabinda. Dos columnas, instruidas y equipadas por cubanos, marcharon hacia el Primer Frente, hacia la lejana región de Luanda. Una de ellas, llevaba el nombre glorioso de Escuadrón Camilo Cienfuegos.

”Estos antecedentes de colaboración internacionalista con los pueblos del Congo y de Angola constituirían una sólida base para una nueva y mayor acción solidaria de Cuba con la lucha de liberación de los pueblos del África austral.

”Así, en los difíciles momentos iniciales de la segunda guerra de liberación angolana, Brazzaville sirvió con una segura retaguardia a una parte de nuestras tropas, cuya fraternidad de armas con el MPLA —surgida precisamente en 1965—, ha devenido un factor de considerable importancia en la preservación de la soberanía e integridad de la República Popular de Angola”.

Habría que agregar que en las columnas Uno y Dos, un grupo de médicos prestó sus servicios no sólo a los combatientes, sino también a la población civil, en la medida de las posibilidades. En Brazzaville existía un hospital general carente de médicos. Nuestros jóvenes galeanos combatientes llenaron el vacío e iniciaron en el país la campaña de vacunación contra la poliomielitis, la primera en el corazón de África. Nuestro grupo médico lo integraban, entre otros, un profesional de experiencia, Rodolfo Puente Ferro, quien en las últimas cuatro décadas ha estado dedicado a tiempo completo al África; los entonces recién graduados Rodrigo Álvarez Cambra, Julián Álvarez Blanco, directores actuales, del Frank País y el CIREN, respectivamente, y el cirujano Manuel Jaca, todos hacían el servicio social en Oriente.



Hasta aquí la historia de las dos columnas.

Aún permanecía nuestro Batallón en el Congo (Brazzaville), cuando unas decenas de instructores militares y médicos cubanos entraron en Guinea Bissau, para entrenar a los combatientes del PAIGC y pelear junto a ellos contra el ejército colonial portugués. El comandante Víctor Dreke, quien fue el segundo jefe de la Columna Uno del Che, encabezó este destacamento de unos 60 combatientes hasta 1968. Después fueron otros jefes que se relevaban cada dos años. En septiembre de 1974, Guinea Bissau obtuvo su independencia. Un nutrido contingente de especialistas militares cubanos, permaneció colaborando en la organización y entrenamiento del nuevo ejército nacional de la flamante república, cumpliendo los planes anuales de colaboración entre ambos países. El número de nuestros médicos también se incrementó para dar atención a toda la población del país.

A principios de agosto de 1975, con la llegada del comandante Raúl Díaz Argüelles y su delegación a Luanda, se inicia la segunda edición de la colaboración militar cubana con el pueblo angolano, bajo la dirección del MPLA, en su heroica resistencia a las tropas invasoras y sus fantoches del FNLA y la UNITA.

Hacía varios meses que estaba en acción un plan encubierto de la Casa Blanca para aplastar al MPLA, que consideraba cercano a la Unión Soviética, instaurar en Angola un gobierno neocolonial y así exhibir un triunfo internacional de Estados Unidos que compensara en alguna medida la humillante derrota sufrida en Viet Nam. El siniestro plan, aprobado y supervisado personalmente por el secretario de Estado Henry Kissinger, consistía en proporcionar dinero y armas al FNLA y la UNITA, y entrenar sus fuerzas en territorio de Zaire, pagando al insaciable Mobutu la elevada suma que exigiría por este servicio y por el de utilizar su ejército regular más a fondo para apoyar desde el norte las acciones contra el MPLA.

Base fundamental de la conjura imperialista era alentar a Sudáfrica a participar de ella, apadrinando a ambas bandas fantoches y, en última instancia, intervenir con sus tropas en el objetivo final: impedir el acceso al poder del MPLA el 11 de noviembre.

En ese mes de agosto, tropas regulares de Zaire y fuerzas del FNLA ocupaban las provincias norteñas de M'Banza Congo y Uige,



mientras que tropas sudafricanas se habían instalado en el complejo hidroeléctrico de Calueque y Ruacaná, y armaban y adiestraban a las bandas del FNLA y la UNITA en el sur de Angola.

El MPLA y su brazo armado las FAPLA gozaban de gran apoyo popular. Habían logrado expulsar al FNLA de la capital, estaban presentes en 11 de las 16 provincias del país y controlaban firmemente las de Luanda, Cabinda, Kwanza Norte y Sur, Malanje, Lunda y Benguela.

Mas, no estaban en condiciones de impedir que un doble avance de las fuerzas regulares de Zaire y Sudáfrica sobre Luanda, desde el norte y desde el sur, conquistara la capital antes del 11 de noviembre.

El esclarecido presidente Neto y sus cercanos colaboradores sabían a qué país dirigirse para solicitar cuadros y fuerzas militares que, junto a las FAPLA, enfrentaran y liquidaran el peligro mortal que se cernía sobre la independencia de Angola ¡Ahora se necesitaban 100 escuadrones Camilo Cienfuegos!

El 21 del mes de agosto en Luanda se instaló la Misión Militar Cubana bajo el mando de Díaz Argüelles. Los comandantes Fernández Gondín y Víctor Shueg y el mayor Armando Saucedo integraban su Estado Mayor. Los instructores empezaron a llegar en septiembre en pequeños grupos por vía aérea a Luanda y a Cabinda. A principios de octubre, en tres barcos mercantes cubanos, llegó la mayor parte del personal, en total, 480 instructores, y el armamento y demás suministros para equipar a unos 50 batallones y baterías de las FAPLA. Se crearon cuatro escuelas militares a toda velocidad, en Cabinda, Benguela, Dalatando y Saurimo. A mediados de octubre, miles de jóvenes angolanos recibieron armas y uniformes, e iniciaron su instrucción militar en esas escuelas.

Justamente el 14 de octubre, la columna blindada sudafricana Zulú cruzó la frontera de Namibia y comenzó la invasión de Angola. La operación fue codificada con SAVANNAH, complemento indispensable de la IAFFEATURE, el diabólico plan de Kissinger.

En su marcha hacia el norte, la Fuerza de Tarea Zulú engrosó sus efectivos con el Foxbat y otros grupos de combate del ejército racista, así como mercenarios portugueses e infantería de la UNITA y el FNLA. Unos 4 000 hombres y 100 blindados.



Noviembre comienza con la irrupción desde dos direcciones de la columna Zulu en la provincia de Benguela.

Pese a la enorme superioridad en efectivos y armamento, el invasor encuentra, por primera vez, una resistencia organizada en las inmediaciones de Catengue, se ve obligado a combatir durante varias horas contra una unidad formada por 17 instructores cubanos y dos compañías de alumnos angolanos, reforzadas con algunas piezas de artillería. La bisoña infantería apenas tenía dos semanas de instrucción militar. En un segundo combate en la tarde del mismo día, los osados defensores son sorprendidos por la retaguardia y dispersados.

Al día siguiente, otro destacamento de instructores y alumnos sostiene combate en la dirección de Balombo. El saldo inicial de esta resistencia es de cuatro muertos, siete heridos y 13 desaparecidos por la parte cubana. Los reclutas angolanos tienen muchas más bajas, en proporción a su mayor número. Días más tarde pudo precisarse que cuatro de los desaparecidos habían caído en los combates; sin embargo, casi todo el resto logró reintegrarse a su unidad.

Durante más de una semana persistirá el hostigamiento de los internacionalistas y patriotas contra los invasores, en el aeropuerto de Benguela, entre esta ciudad y Lobito, entre este puerto y Novo Redondo, y en esta capital provincial de Kwanza Sul, cuyo nombre actual es Sumbe.

Los sudafricanos pierden seis blindados y otros medios. Sufren numerosas bajas, cuyo número nunca han revelado. Lo sensible de sus pérdidas puede juzgarse por el hecho de que su avance hasta Novo Redondo le consume 13 días. El triple de tiempo que el que hubieran necesitado anteriormente, cuando avanzaban a 60 y más kilómetros por jornada.

O sea, la resistencia de menos de un millar de hombres, de ellos 60 cubanos, bajo la dirección del comandante Raúl Díaz Argüelles, frustró el plan yanqui-sudafricano de llegar a Luanda desde el sur antes del 11 de noviembre.

La noticia del sacrificio heroico de cubanos y angolanos frente a los invasores sudafricanos, nos llegó el 4 de noviembre. Ese mismo día al anochecer, mientras se analizaban las medidas a adoptar, se



despachó hacia Angola, en uno de nuestros vetustos Britania, un centenar de combatientes que se habían escogido previamente para servir y entrenar a los angolanos en determinadas armas pesadas, que la Unión Soviética había situado en el vecino Congo (Brazzaville) para las FAPLA; entre ellas, los BM21, versión moderna de las famosas Katiuskas u órganos de Stalin de la Segunda Guerra Mundial.

Fue el día 5 cuando se adoptó la decisión: Cuba aceptaba el reto, enviaríamos tropas para detener y rechazar la invasión del odiado régimen del apartheid, nuestros instructores no se abandonarían a su suerte, salvaríamos la independencia de Angola junto a su valeroso pueblo y su probado MPLA, frustraríamos los planes imperialistas de Estados Unidos y sus socios racistas.

La esclava heroína martirizada un 5 de noviembre en el ingenio matancero Triunvirato, en 1843, evocaría las raíces y la dimensión histórica de nuestra *Operación Carlota*.

El 6 de noviembre sucede un segundo combate en la zona de Kifangondo a una veintena de kilómetros de Luanda. El enemigo es rechazado.

En este día se trasladan a Brazzaville para su posterior viaje a Cuba, seis compañeros heridos en los encuentros de la provincia de Benguela.

El día 7, el Comandante en Jefe despide al Batallón de Tropas Especiales del MININT, y parte hacia Angola, en dos Britania, su primera compañía. Las FAPLA toman el control del aeropuerto y del puerto de la capital, para garantizar el arribo de las tropas cubanas.

Ese mismo día en la mañana, el barco cubano *La Plata*, procedente del puerto congolés de Punta Negra, entra en el de Luanda, trayendo las rampas de la batería de BM21, mientras que por vía aérea llegan las dotaciones cubanas para esta artillería reactiva y otras armas pesadas, personal que había partido de La Habana el día 4.

El día 8 comienza la batalla de Cabinda.

El día 9 llega la primera compañía del Batallón Especial.

El día 10 tiene lugar el tercero y último combate de Kifangondo. El enemigo es aplastado. El FNLA admite oficialmente 345 muertos. Habría que sumarles las bajas zairotas, sudafricanas y de mercenarios



portugueses. El comandante Gondín dirige las fuerzas cubanas que, junto a las FAPLA, obtienen esta victoria.

Ese mismo día a las 6 en punto de la tarde, en el Palacio del Gobernador, el Alto Comisionado de Lisboa declara que el dominio de Portugal sobre Angola ha terminado y que transfiere la soberanía al pueblo angolano. Se marcha de la insubordinada colonia sin entregar el poder a persona alguna. Las últimas tropas coloniales también parten, incumpliendo los Acuerdos de Alvor que fijaban esa retirada para el 29 de febrero del año bisiesto 1976.

En la primera hora del día *11*, ante una muchedumbre enardecida en una plaza de Luanda, el presidente del MPLA y padre de la patria angolana, doctor Agostinho Neto, proclama el nacimiento de la República Popular de Angola.

Ese mismo día, la primera compañía de Tropas Especiales se desplaza hacia Porto Amboim.

El día *12* concluye la batalla de Cabinda. La sangrienta derrota de las tropas de Mobutu en este enclave y dos días atrás, en Kifangondo, desmoraliza de manera definitiva las tropas zairotas. El comandante Ramón Espinosa dirige la acción al frente de los instructores cubanos y alumnos angolanos del Centro de Instrucción.

Separada geográficamente de Angola por una franja del territorio del Congo (Leopoldville) y poseedora de la riqueza petrolera en producción del país, fuente fundamental de los recursos inmediatos de la flamante república, Cabinda también estaba salvada.

Ese mismo día sale de Cuba el primer barco con parte del regimiento de artillería, rumbo a Luanda.

El día *13*, después de haber volado varios puentes sobre el río Queve, se reagrupan los instructores y alumnos del centro de Benguela y junto a la primera compañía y a un pelotón de BM21, pasan a la defensa de Porto Amboim. Llega al frente sur el comandante Leopoldo Cintra Frías.

En los días siguientes se establece la línea defensiva Porto Amboim-Gabela-Kibala con las tropas del Batallón Especial del MININT.

El día *14*, el primer ministro racista Vorster decide continuar la ofensiva con dirección a Luanda.



El día 15, las FAPLA retoman los poblados de Quibaxe, Piri y Ucúa, al nordeste de Luanda.

El día 17, el jefe de operaciones del ejército sudafricano, general Villjoen, vuela a Kinshasa. Asegura a Mobutu y al oficial de la CIA que Pretoria ha decidido proseguir la intervención militar en Angola.

El día 20, el Departamento de Estado entrega al embajador soviético Dobrinyn una cínica nota verbal, en la cual advierte que la URSS había ido más allá de todos los “límites razonables en Angola”.

El día 23, los sudafricanos intentan penetrar nuestra línea defensiva en Ebo. Nuestras fuerzas, en una emboscada dirigida por el comandante René Hernández Gattorno, les propinan un golpe demoledor de artillería reactiva y antitanque. Ocho blindados del enemigo son aniquilados. Según fuentes de Pretoria, sus bajas son de 80 a 90 entre muertos y heridos. La comandante racista Sophia Du Preez describe su amargura: “el sol se puso esa tarde en un domingo negro para los sudafricanos”.

El día 27, el presidente Ford aprueba 7 millones de dólares más para IAFEATURE, que eleva la cifra de dinero para el FNLA y la UNITA a más de 31 millones. Está pendiente de aprobación en el Congreso una petición de otros 28 millones, la cual se denegaría más tarde. La cifra entregada por Estados Unidos a Mobutu como asistencia económica había sido de 50 millones de dólares.

Ese mismo día, arriba a Luanda el primer barco de los tres que transportan hombres y armas del regimiento de artillería.

El día 28 llega el comandante Abelardo Colomé Ibarra, quien asume el mando de la Misión Militar Cubana.

El día 29 llega la segunda nave. La tercera llegaría dos días después.

Día 30. El gobierno de la república, a menos de tres semanas de nacida con el enemigo a las puertas, controla ahora firmemente un territorio tres veces mayor que el de Cuba, más de la cuarta parte del inmenso país.

El 10 de diciembre, el comandante Díaz Argüelles es mortalmente herido por la explosión de una mina antitanque en el camino que exploraba en su BTR. Es el oficial cubano de más alta graduación caído en combate en Angola. Es ascendido póstumamente a general de Brigada.



Al rememorar, más de tres décadas después, los acontecimientos de aquel glorioso noviembre del pueblo angolano, nos parece también una increíble hazaña de nuestro pueblo y de nuestras fuerzas armadas, que dirigió al detalle, hora a hora, el Comandante en Jefe, acompañado del ministro de las FAR y el Estado Mayor General.

Se habían creado las condiciones que en las próximas semanas permitirían empujar al enemigo y liberar todo el territorio de Angola.

Cuatro meses bastaron para expulsar a los invasores del norte y del sur. El *27 de marzo de 1976*, la última unidad sudafricana abandonó Angola.

Para los angolanos había terminado su larga y heroica guerra de liberación, iniciada tres lustros atrás en febrero de 1961.

Para los cubanos también había terminado nuestro primer enfrentamiento con las tropas del apartheid, junto a los hermanos angolanos y habíamos propinado al imperialismo yanqui, autor intelectual del gran crimen contra Angola, su Girón africano.

Los racistas sudafricanos y los mercenarios blancos, hasta entonces invencibles en el continente, recibieron su primera derrota frente a “tropas de color, de raza inferior”, como las califica su podrida ideología fascista.

El clima de paz que sucede a la terminación victoriosa de una guerra se disfrutó sólo unos meses.

Las fuerzas cubanas iniciaron su retirada paulatina de la República Popular de Angola, proceso que duraría tres años, según lo acordado entre Raúl y Neto el 23 de abril de 1976. Se estimó por ambos gobiernos que ése era el tiempo mínimo necesario para construir un ejército angolano moderno y fuerte, capaz de asegurar la integridad territorial del país.

Cuando un tercio del contingente militar cubano había sido repatriado, en marzo de 1977, resultó necesario interrumpir el programa de retirada. Surgieron nuevos peligros de agresión contra Angola, a causa de la primera guerra de los katangueses en Shaba.

En noviembre de ese mismo año, la Dirección de la Revolución adoptó una decisión que implicaba nuevos sacrificios solidarios; mas, resultaron impostergables ante la solicitud de un pueblo hermano del Cuerno de África.



Las tropas invasoras de Somalia amenazaban ocupar y anexarse una importante porción del territorio de Etiopía. En una brillante campaña militar, los soldados internacionalistas cubanos, junto a las valientes tropas etíopes lograron en 42 días de incesantes combates expulsar a los agresores y restablecer la integridad territorial de la gran nación.

Volvamos al sur de Angola.

En mayo de 1978, después de asesinar a más de 600 niños, mujeres y ancianos, los paracaidistas sudafricanos huyeron, eludiendo el combate con las tropas cubanas que se abrieron paso hacia el campamento de refugiados namibios en Kassinga, al costo de 16 muertos y 76 heridos de nuestros combatientes por el fuego de la aviación y las minas sembradas en sus rutas por el cobarde enemigo.

La llegada de los valientes hombres del Regimiento de Chamute, interrumpió la labor genocida de los racistas, salvando la vida de más de 350 refugiados heridos graves y de los centenares de indefensos namibios que habían escapado al bosque colindante.

En lo adelante, las incursiones sudafricanas se harían habituales en la zona fronteriza, así como el apoyo abierto de Pretoria y Washington a las bandas de la UNITA.

Ante tal situación se hizo patente que la presencia cubana habría de prolongarse, mientras existiera el régimen del apartheid.

Ante tal reto, Angola se convertiría en un bastión de la libertad en el Cono Austral. Veinte mil guerrilleros de Namibia, Zimbabwe y África del Sur se entrenaban allí con la colaboración de las FAPLA, las FAR y las fuerzas armadas de la URSS, mientras las tropas cubanas ocupaban la línea Mozamedes-Lubango-Menongue de unos 700 kilómetros de extensión, cuya misión consistía en rechazar una nueva invasión sudafricana en profundidad, caso de producirse.

En enero de 1979, en Boma, centro de entrenamiento de guerrilleros zimbabwanos, un *raid* sorpresivo de la aviación racista, causó el descomunal saldo de 205 muertos y 602 heridos. De ellos seis instructores cubanos perdieron la vida y 13 sufrieron lesiones a causa de la metralla.

Dos meses después, en Novo Catengue, donde especialistas cubanos entrenaban a combatientes del Congreso Nacional Africano



(ANC), un ataque de la aviación de Pretoria causó tres muertos, uno de ellos cubano, y ocho heridos.

Las bajas fueron menores que en anteriores incursiones, dado que el fuego antiaéreo provocó la precipitada huida de los pilotos racistas.

Con igual perfidia que el uso traicionero de la aviación en la profundidad del territorio angolano, Sudáfrica utilizaba las bandas de la UNITA para tratar de producir bajas y capturar rehenes cubanos, tanto militares como civiles. Camgamba, en agosto de 1983, resultó un ejemplo de ello.

La brigada angolana de 818 efectivos más 92 asesores cubanos, dislocada al sur de la provincia de Moxico, fue cercada por fuerzas de varios miles de bandidos de la UNITA, fuertemente armados y dirigidos desde la retaguardia y desde el aire por oficiales y pilotos de exploración de Sudáfrica y abastecidos por ésta con cantidades infinitas de proyectiles.

Los defensores pelearon con una tenacidad y heroísmo colectivos sin paralelo, durante nueve días, rechazando a los enemigos que se acercaban a sus trincheras, soportando día y noche el fuego artillero, sufriendo hambre y sed, acrecentadas en la medida en que se agotaban las existencias, y las últimas jornadas sin el valeroso médico, uno de los 18 cubanos muertos.

Tuvimos 60 heridos. Las bajas angolanas, lógicamente, fueron mayores. Nuestra aviación desempeñó un papel decisivo en apoyo a la unidad sitiada. Cuando el enemigo decidió retirarse, había sufrido unas 2 000 bajas. Abandonó insepultos a cientos de cadáveres.

Se cumplió la exhortación a los invencibles defensores enviada por el compañero Fidel, quien siguió la situación y adoptó, desde el Estado Mayor General, las diarias decisiones necesarias para obtener la victoria: “¡Que Cangamba se convierta en cementerio de los mercenarios que sirven a los intereses de los racistas sudafricanos!”

No por tratarse de una acción breve, de nueve horas y no de nueve días, dejaremos de calificar de heroica la actuación de los colaboradores cubanos de la educación, la salud y la construcción, junto a los civiles angolanos en Sumbe.



Ellos rechazaron con sus fusiles milicianos el ataque sorpresivo de la UNITA con fuerzas de millar y medio de efectivos, en una ciudad donde no había unidades de las FAR, ni de las FAPLA, hasta que intervino la aviación cubana basificada en Huambo.

Sumbe, aquel domingo de marzo de 1984, fue un ejercicio, con fuego y enemigo reales, de la Guerra de Todo el Pueblo, que los cubanos estamos dispuestos a librar en nuestro suelo, si el invasor osara hollarlo.

“Al rechazar ese ataque —les dijo Fidel en emotivo mensaje— y poner en fuga a los agresores, ustedes cumplieron el sagrado deber de no rendir jamás nuestras armas ante el enemigo por poderoso que éste pueda ser.

”La Patria se siente orgullosa de ustedes e inclina sus banderas de combate ante los siete héroes caídos”.

En la segunda mitad de 1987, se iniciaron conversaciones entre la República Popular de Angola y Estados Unidos. El gobierno de Reagan pretendía mediar entre Angola y Sudáfrica, mientras mantenía la llamada política de “compromiso constructivo” con el régimen del apartheid. Es decir, ser juez y, a la vez, aliado de una de las partes y doblegar a Angola. Al mismo tiempo, se desarrollaba una ofensiva de las FAPLA en el extremo sudeste del país, en la dirección Mavinga-Jamba, en un segundo intento de lograr el inalcanzable objetivo de liquidar el fantasmal cuartel general de la UNITA.

Los halcones dentro del gobierno de Sudáfrica se lanzaron esta vez a una nueva agresión en profundidad, haciendo retroceder la agrupación de brigadas de las FAPLA hasta Cuito Cuanavale. Se trataba de una intervención abierta, con una visita publicitada del presidente de África del Sur y sus ministros a las tropas invasoras, que contaban con efectivos y armamento muy superiores a los que participaron en la aventura de 1965-1966.

Se creó una situación muy difícil para la agrupación de tropas elite de las FAPLA en la región de Cuito Cuanavale, cabecera municipal situada a 180 kilómetros al sudeste de Menongue, extremo oriental de nuestra línea de defensa.

Ante la gravedad de la situación militar, el presidente José Eduardo dos Santos solicitó el auxilio de las tropas cubanas.



Al amanecer del lunes 16 de noviembre de 1987 —otra vez noviembre como en 1975— finalizó la reunión de análisis del Estado Mayor de las FAR presidida por Fidel, que había empezado el domingo a las 17 horas.

La decisión bien meditada, firme y audaz se había adoptado. Como en 1975, se decidió satisfacer la ayuda solicitada, aceptar el reto del abyecto apartheid y obligarlo a retirarse de Angola y de Namibia, acercando con ello la victoria del pueblo sudafricano y su ANC sobre el afrentoso régimen fascista.

Fui designado para viajar a Luanda y comunicar al presidente Dos Santos que brindaríamos la ayuda solicitada, lo cual implicaba el envío de refuerzos. Cuando el día 23 informábamos a José Eduardo de esta determinación y nos expresaba su acuerdo en que todas las fuerzas en el sur de Angola, FAR-FAPLA-SWAPO, respondieran a un mando único —que encabezaría el general Leopoldo Cintra Frías—, ya los primeros centenares de combatientes cubanos partían diariamente hacia Angola por vía aérea y sus medios de guerra navegaban en nuestros buques mercantes.

El presuntuoso ministro de Defensa Magnus Malam, ante rumores de prensa sobre el envío desde Cuba de una División de las FAR, expresó que no llegaría en menos de seis meses.

Racista al fin subestimó la capacidad de un pueblo latino-africano, *colored*, como llaman despectivamente a quienes no son blancos puros.

Antes del plazo de seis meses —ya sabíamos por el otro noviembre que los nervios *afrikander* fallaban en ese lapso—, los racistas acudían a Londres a la mesa de negociaciones, comprometiéndose en esta primera ronda a acatar la Resolución 435, en disposición de que se aplicara y de respetar la autodeterminación del pueblo de Namibia.

Resultó una verdadera proeza de nuestro país, trasladar y desplegar en el sudoeste angolano, entre otros medios:

- 40 000 combatientes,
- 998 tanques,
- 600 transportadores blindados,
- 1 600 piezas de artillería, morteros y medios de defensa antiaérea.



Mil bocas de fuego apuntando hacia el cielo y nuestra aviación de combate en un aeropuerto construido en tiempo récord más cerca de los objetivos vitales del enemigo, nos dieron, por primera vez, la supremacía aérea bajo el cielo de Angola.

Cuito Cuanavale se convirtió en bastión inexpugnable y trampa para los arrogantes agresores.

El Comandante en Jefe, artífice de la táctica y la estrategia de esta victoria, las definió de manera muy gráfica: “el boxeador con la mano izquierda lo mantiene y con la derecha lo golpea, Cuito Cuana- vale fue la mano izquierda y la mano derecha fue las fuerzas que se acumularon”.

El avance de las tropas de Cuba, Angola y la SWAPO por el suroeste hacia la frontera con Namibia, obligó a retroceder a los inva- sores.

Tras el inicio en Londres, a principios de mayo de 1988, de las negociaciones entre los contendientes, continuaron en El Cairo a fines de junio.

En El Cairo, los jefes racistas Pik Botha y Magnus Malan presen- taron un documento con exigencias absurdas e inaceptables, lo que nos obligó a replicarles en nombre de Cuba con palabras muy duras.

He aquí unos pocos párrafos de la respuesta que tuvieron que oírme: “La época de las aventuras militares, las agresiones impunes, las masacres de refugiados como la de Kassinga en 1978 y otros hechos similares contra el hermano pueblo de Angola, esa época ha finalizado”.

“África del Sur debe entender que no obtendrá en esta mesa lo que no ha podido obtener en el campo de batalla y que el camino de la confrontación agravará aún más la crisis”.

“Cuba y Angola, que aborrecen y condenan junto a todo el mun- do el sistema del Apartheid, no se habían referido hasta ahora, en lo absoluto a este tema en el curso de estas conversaciones, porque he- mos sido cuidadosos de no referirnos a cuestiones que no estaban incluidas en la agenda de negociaciones, a pesar de que el Apartheid ha sido declarado por la ONU como crimen de lesa humanidad”.

“Pero ante semejante propuesta, se nos ocurre que podríamos, con el derecho de hombres civilizados, exigir a Sudáfrica que incluya



en estas negociaciones la cuestión del Apartheid... y de paso solicitarle que, pormenorizadamente, informe [el nombre de] los patriotas del ANC que han sido encarcelados, las víctimas diarias del racismo y la lista completa de personas confinadas a los batustanes...”.

Dos días después, a sus provocaciones militares en el sur, se le respondió con los golpes demoledores de Ruacaná y Calueque. En una pared que quedó en pie de la guarnición de los soldados racistas en Calueque, uno de los sobrevivientes escribió en lengua *afrikander*: “los MIG-23 nos han partido el corazón”.

A partir de ese momento se quebró la voluntad de la camarilla de Pretoria.

Sus seis ojivas nucleares no nos arredraron.

No pudieron usarlas y años después, cuando el ANC iba a acceder al poder, tuvieron que hacerlas desaparecer.

Luego proseguirían en Nueva York y otras ciudades del mundo occidental las reuniones cuatripartitas hasta llegar a los Acuerdos de Paz para el suroeste de África, firmados en la sede de la ONU el 22 de diciembre de 1988 por Angola, Cuba y Sudáfrica.

Aquél fue uno de los días más alegres de mi vida, cuando presidiendo la numerosa delegación cubana presencié la ceremonia de la firma, que por nuestro país rubricaron nuestro canciller Isidoro Malmierca y el viceministro de las FAR, Héroe de la República de Cuba, Abelardo Colomé Ibarra, hoy general de Cuerpo de Ejército y ministro del Interior.

El significado estratégico de esta victoria sobre los gobiernos de Pretoria y Washington, lo definió con precisión Nelson Mandela: “Cuito Cuanavale marca el viraje en la lucha por liberar al Continente y a nuestro país del azote del Apartheid”.

El 21 de marzo de 1990 se proclamó la independencia de Namibia y asumió la presidencia del país su líder máximo Sam Nujoma, tras la victoria de la SWAPO en las elecciones establecidas por la Resolución 435 de Naciones Unidas. En aquel histórico día, experimenté la inmensa alegría de abrazar a Nelson Mandela, recién liberado de la cruel y larga prisión, más seguro que nunca de la victoria, ya cercana, sobre el yugo racista.



Las tropas cubanas habían iniciado su regreso definitivo a la patria que culminó el 25 de mayo de 1991.

Desde aquel 24 de abril de 1965, en que el Che y sus 13 compañeros de la vanguardia de la Columna Uno, cruzaron el lago Tangañica y pisaron el suelo de la patria de Lumumba, hasta el día que concluyó la *Operación Carlota* había transcurrido un cuarto de siglo, más un año, más un mes, más un día.

En estos 26 años no hubo un solo día en que los combatientes cubanos dejaran de empuñar el fusil en África. A veces fueron sólo unas decenas, en algún campamento guerrillero en la selva o instruyendo al nuevo ejército nacional de un país recién liberado. A mediados de 1998 fueron más de 50 000 soldados y oficiales.

Compañeras y compañeros:

Las Columnas Uno y Dos en la cuenca del río Congo, en 1965, contaron con unos 380 combatientes en total. La semilla sembrada por el Che fructificó. En 26 años este número se multiplicó por mil.

Más de 380 000 combatientes y 70 000 colaboradores civiles cubanos, participaron de esta hazaña sin precedentes en la historia universal. De ellos 2 077 ofrendaron generosamente sus vidas, abonaron con su sangre la victoria. Ellos figurarán siempre “entre los hijos más entrañables de la Patria”.

El objetivo estratégico de Fidel, el Che y Raúl, la colaboración combativa con los pueblos de África rebelados contra el colonialismo y el racismo resultó victorioso.

¡Hasta la victoria siempre!

La Habana, 19 de octubre del 2007.





De los autores

Osvaldo Martínez Martínez, doctor en Ciencias Económicas en el Instituto de Relaciones Internacionales de Potsdam, Alemania; graduado de la Licenciatura en Economía en la Universidad de La Habana, es investigador titular y profesor titular de la Facultad de Economía en la Universidad capitalina. Ex ministro de Economía y Planificación de la República de Cuba, 1995, un año antes se desempeñó como miembro del Grupo de Expertos de Naciones Unidas sobre el tema del Derecho al Desarrollo. Con una amplia trayectoria en diversas funciones como especialista en encuentros internacionales, asesor de delegaciones cubanas a Conferencias Cumbres de Países no Alineados e Iberoamericanas, también ha sido integrante de delegaciones oficiales en visitas del Presidente del Consejo de Estado a varios países. Ha representado a Cuba, en los 70, en la Comisión Económica y Financiera (2da. Comisión) de la Asamblea General de Naciones Unidas y ante el Consejo Económico y Social de Naciones Unidas, así como ante el Consejo del Centro del Sur, Ginebra. Miembro del Panel Ad Hoc de Economistas del NOAL para la elaboración en 1998 del informe relativo a “Una nueva agenda para el Sur”, ha impartido conferencias en el Foro Social Mundial. Director del Centro de Investigaciones de la Economía Mundial, Cuba; el también Premio Nacional de Economía 1999, es autor de importantes obras publicadas en nuestro país, y de numerosos artículos y ponencias en Cuba y el exterior. Diputado al Parlamento cubano, es su presidente de Asuntos Económicos.

Reinaldo Suárez Suárez, como profesor titular de la Universidad de Oriente, además de su desempeño académico, en la vida intelectual cubana cuenta con un importante resultado en los estudios jurídicos e históricos. Doctor en Ciencias



Jurídicas, varios son sus artículos publicados en Cuba y en el exterior referidos a la historia de la Revolución cubana y la historia jurídica del país. Además de abordar estos temas en revistas especializadas, en editoriales nacionales y del extranjero, sus libros también abordan estas temáticas con científicidad que le han hecho acreedor de la Distinción por la Cultura Nacional. En el 2002, en coautoría con el doctor Luis Buch Rodríguez, mereció el Premio de la Crítica Científico-Técnica por la obra *Otros pasos del Gobierno Revolucionario Cubano*.

Enrique Oltuski Ozacki, de vasta vida revolucionaria en la lucha contra la dictadura batistiana, lo destaca, primero, en la capital y después como jefe del Movimiento 26 de Julio en la antigua provincia de Las Villas, donde con posterioridad se une al comandante Ernesto *Che* Guevara, al arribar al frente de la Columna Invasora no. 8 Ciro Redondo a las montañas del Escambray. Con el triunfo revolucionario fue designado ministro de Comunicaciones del primer Gobierno Revolucionario; con posterioridad sería viceministro en el Ministerio de Industrias junto al Che. Reconocido con diversas condecoraciones por su participación en la gesta revolucionaria, ha escrito y publicado acerca de esa actividad de revolucionario consecuente. En la actualidad desarrolla tareas como viceministro de la Industria Pesquera y es presidente de la Cátedra Club Martiano Faustino Pérez, de la Casa de Altos Estudios Don Fernando Ortiz, en la Universidad de La Habana.

Mario Mencía Cobas, historiador, ensayista y periodista, doctor en Ciencias Históricas y miembro fundador del Tribunal Permanente de Historia de la Comisión Nacional de Grados Científicos de la República de Cuba, también desarrolla sus trabajos científicos y académicos como investigador titular y secretario del Consejo Científico de las Oficinas de Historia del Consejo de Estado y en la Universidad de La Habana, como profesor titular adjunto. Diversos son sus escritos conocidos en publicaciones especializadas y en una veintena de obras, cuyos indiscutibles valores para la historiografía cubana resultan simpar exponente de sus amplios conocimientos como especialista en los estudios e interpretación histórica del período insurreccional que antecedió al triunfo de la Revolución.

Pedro Álvarez-Tabío Longa, doctor en Ciencias Sociales y Derecho Público, también licenciado en Derecho Administrativo y en Derecho Diplomático y Consular. Durante su amplia actividad intelectual ha cumplido funciones en el



servicio diplomático y desarrollado importantes trabajos como historiador y editor. Profesor titular adjunto en la Universidad de La Habana, después de varios años dirigiendo las publicaciones de obras en la Redacción Política y de Ediciones Especiales en la Editorial de Ciencias Sociales del Instituto Cubano del Libro, ha venido dirigiendo los trabajos de las oficinas de Asuntos Históricos y de Publicaciones del Consejo de Estado. Autor de varios libros sobre el período insurreccional de la Revolución cubana, principalmente referidos a la guerra en la Sierra Maestra. Durante la Feria Internacional del Libro Cuba-2008 recibió el Premio Nacional de Edición 2007.

Armando Hart Dávalos, de amplia e intensa vida revolucionaria, fue uno de los fundadores del Movimiento 26 de Julio e integró, junto a otros compañeros, la dirección que dejó Fidel constituida en Cuba; participó de manera activa en el alzamiento del 30 de noviembre de 1956 en Santiago de Cuba, en apoyo al desembarco del *Granma*. Durante el período insurreccional cumplió múltiples tareas y sufrió prisión más de una vez. Al triunfo de la Revolución se le designó ministro de Educación y dirigió la Campaña de Alfabetización. Con posterioridad a 1965 cumplimentó diversas responsabilidades como miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba y de su Buró Político. Ministro de Cultura desde su fundación y hasta 1997. En libros y ensayos se exponen sus reflexiones sobre la política cultural, cultura y desarrollo, la relación historia-sociedad, así como el papel de las ideas en el acontecer social. Su actividad como intelectual comprometido con la Revolución cubana lo destaca en nuestro país, América Latina y el resto del mundo, lo cual se manifiesta en múltiples condecoraciones nacionales y extranjeras. Desde 1997 es director de la Oficina del Programa Martiano, adscrita al Consejo de Estado, además de vicepresidente primero de la Fundación Iberoamericana Cultural y Científica José Martí. En la actualidad, es miembro del Comité Central del Partido Comunista de Cuba, del Consejo de Estado de la República de Cuba y diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular.

Orlando Borrego Díaz, doctor en Ciencias Económicas, perteneció a la Columna no. 8 Ciro Redondo comandada por Ernesto *Che* Guevara. Con el triunfo de la Revolución y hasta 1968 ocupó sucesivamente la jefatura de la Junta Económica Militar del Regimiento de La Cabaña, segundo jefe del Departamento de Industrialización —después su jefatura—; subsecretario de Industrias Básicas,



viceministro primero del Ministerio de Industrias y ministro de la Industria Azucarera. En los años 1973 y 1980 fue asesor del Consejo de Ministros y en la actualidad es asesor del ministro del Transporte y asesor económico de la Cátedra *Che* Guevara en la Universidad de La Habana. Es autor de importantes obras acerca del Che, la economía y la dirección empresarial.

Jorge Lezcano Pérez, desde joven trabajó en los talleres de Artes Gráficas, S.A. —revistas *Carteles* y *Variedades*—. Participó en las luchas sindicales, militante del Movimiento 26 de Julio, con el triunfo revolucionario fue miembro de las ORI, administrador interventor del Taller de Artes Gráficas Evelio Rodríguez Curbelo; con posterioridad se incorporó a los trabajos del Departamento de Industrialización del INRA, bajo la dirección del comandante Ernesto *Che* Guevara. En la década del 60, entre otras funciones, en el Ministerio del Trabajo atendió los departamentos de Intervención, de Círculos Sociales y Fuerza de Trabajo, respectivamente; primer secretario general una vez fundado el Sindicato de Trabajadores de la Administración Pública. En la CTC Nacional ocupó diversas responsabilidades. Ministro de Gobierno en 1980, ocupó el cargo de Segundo Jefe del Equipo de Coordinación y Apoyo del Comandante en Jefe. Miembro de la Asamblea Nacional del Poder Popular, ha ocupado cargos como vicepresidente de la Asamblea, presidente de la Comisión de Relaciones Internacionales y miembro del Consejo de Estado; en la actualidad es jefe de la Oficina de Información y Difusión, y asesor del Presidente de la Asamblea Nacional. Miembro del Comité Central del Partido —elegido en su IV Congreso miembro del Buró Político—, ha cumplido diversas responsabilidades partidarias, representando en conferencias internacionales al PCC, el Gobierno, la Asamblea Nacional, los CDR y el movimiento sindical.

Héctor Rodríguez Llompart, licenciado en Economía y Derecho Administrativo, luchador clandestino desde las filas del Movimiento 26 de Julio, sufrió prisión y ocupó distintas responsabilidades. Con el triunfo de enero de 1959 integraba la Dirección Provincial del Movimiento en la entonces provincia de Matanzas. Fundador del Partido Comunista de Cuba, fue miembro de su Comité Central desde el Primer Congreso hasta el cuarto. Ha desempeñado diversas responsabilidades: comisionado municipal de Regla y luego en los ministerios de Relaciones Exteriores y Comercio Exterior como viceministro. De importantes cargos por él desempeñados se destacan los de ministro presidente del Comité



Estatad de Colaboración Económica y ministro presidente del Banco Nacional de Cuba, después. En la actualidad trabaja como presidente ejecutivo de FINCOMEX Ltd. y director adjunto de la Corporación CIMEX. Ha representado a Cuba en numerosos eventos internacionales y en visitas de carácter oficial a otros países.

Fabián Escalante Font, desde joven se incorporó a la lucha antibatistiana con su ingreso al Movimiento Revolucionario en la Juventud Socialista. Enero de 1959 lo sorprende en prisión. Fundador de los servicios de Seguridad cubanos, después de cumplir varias responsabilidades ocupó la jefatura de ese Departamento en 1976. General de División retirado, graduado en Derecho, fue profesor adjunto del Departamento de Estudios Sociales. Miembro de la delegación de Cuba a diferentes reuniones tripartitas cubano-soviético-norteamericana, en las cuales se han analizado antecedentes, causas, consecuencias y lecciones de la Crisis de Octubre de 1962; también ha participado en seminarios internacionales sobre actividades terroristas de la CIA. En la actualidad labora en la Corporación Cubana CIMEX y es autor de importantes obras acerca de acciones agresivas de Estados Unidos contra Cuba.

Anibal Velaz Suárez, miembro del Movimiento 26 de Julio en Santa Clara, fue organizador de las Brigadas Juveniles en diferentes lugares de la entonces provincia villareña y participante en las acciones del 30 de noviembre en apoyo al desembarco del *Granma*. Con posterioridad a su traslado a la capital, va al exilio en Tampa, donde reorganiza el movimiento y procura incorporarse a expediciones revolucionarias. Hecho prisionero por autoridades estadounidenses, lo sorprende el triunfo de la Revolución tras cumplir condena, en una casa de entrenamiento en la Florida. Trabajó en la dirección del Movimiento en Cienfuegos a su regreso a Cuba y en trabajos dentro de las FAR. Designado delegado del MININT en la entonces provincia villareña, fundador del Partido Comunista de Cuba, miembro de su Comité Central hasta 1981, fue viceministro del Interior, luego del Instituto Nacional de la Pesca y ministro de la Industria Pesquera después. Cumplió misiones como delegado del MININT en Camagüey, internacionalista en Angola, también sustituto del ministro para la Preparación de la Defensa. Hoy es jubilado con los grados de general.

José Ramón Fernández Álvarez, con una rica trayectoria militar que ocupa su vida entre 1940 y 1959, lo distingue entre los principales oficiales del ejército



durante ese período republicano. Sus conocimientos consolidados en una firme convicción de honradez militar, también lo hicieron a la vez soldado en servicios y profesor militar destacado en academias de diversas especialidades. Primer expediente en la Escuela de Artillería y del Curso Avanzado Asociado de Estados Mayores, entre otros, cumplió servicios en diversas unidades en varios lugares del país. Con el golpe de Estado batistiano fue detenido en el SIM, trasladado a Holguín y del Regimiento no. 9 pasó a ser profesor y jefe del Departamento Escolar (subdirector docente), en la Escuela de Cadetes hasta 1956. Durante 1955 y 1956 formó parte de un movimiento militar entre un grupo numeroso de oficiales jóvenes, principalmente de escuelas militares, cuyo objetivo consistía en la expulsión del poder de la dictadura, restablecer la Constitución en Cuba, las leyes y el normal proceso republicano. Sufrió prisión hasta el triunfo revolucionario de 1959. Comandó una de las agrupaciones principales de tropas contra el desembarco mercenario de Playa Girón hasta la toma victoriosa de Girón el 19 de abril, en cooperación con otras tropas revolucionarias. Ascendido a capitán en 1959, a comandante en 1961, a coronel (R) en 1983 y a general de Brigada (R) en 1996. Graduado en la Escuela Superior de Guerra en el curso 1963-1964, es licenciado en Ciencias Sociales. Miembro del Consejo de Estado, 1981-1993; vicepresidente del Consejo de Ministros desde 1978 y diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular desde 1976, ambos hasta la actualidad, también miembro del Comité Central del Partido desde 1975. Presidente del Comité Olímpico Cubano, miembro del Comité Ejecutivo de la Organización Deportiva Panamericana, en la actualidad trabaja, por designación de la alta Dirección del Gobierno Revolucionario cubano, en la atención, orientación, control y coordinación de las labores de los ministerios de Educación, Educación Superior y del INDER.

Carlos Lechuga Hevia, cofundador de la sección “En Cuba” de *Bohemia*, columnista del periódico *El Mundo* y director de programas informativos en el Canal 2 Televisión. Periodista de amplia cultura, vinculado a la lucha insurreccional, con el triunfo de la Revolución fue embajador en Chile y en misiones especiales en países de América Latina; último embajador cubano en la OEA y en la ONU durante la Crisis de Octubre. De su amplia labor en misiones diplomáticas destacan su secretaría general adjunta de la Tricontinental y en dos oportunidades ante organismos internacionales en Ginebra; miembro en numerosas delegaciones en conferencias internacionales, presidió la Conferencia de Desarme y fue



vicepresidente de la Comisión de Derechos Humanos. Autor de libros con ediciones en español e inglés, Premio de la Crítica 1994, es Premio Nacional de Periodismo José Martí.

Ramón Sánchez-Parodi Montoto, graduado de Ingeniería Industrial, profesor titular de la Universidad de La Habana, se incorporó muy joven a la lucha contra la dictadura dentro del movimiento estudiantil. Arrestado y puesto en libertad provisional va al exilio en México, luego a Estados Unidos, trabajando con el Movimiento 26 de Julio y, fundamentalmente, con el Directorio Revolucionario. Regresa a Cuba en enero de 1959; oficial investigador en los Tribunales Revolucionarios de La Cabaña bajo la comandancia de Ernesto *Che* Guevara, después laboraría en el Ministerio de Relaciones Exteriores hasta integrar las filas de la Dirección de Inteligencia del Ministerio del Interior. En 1974 formó parte como representante cubano en los encuentros entre los gobiernos de Estados Unidos y Cuba —conversaciones confidenciales— por iniciativa de Henry Kissinger. Entre 1977 y 1989, con la reanudación de manera pública del proceso de negociaciones —Administración Carter—, fue jefe de la Sección de Intereses constituida en Washington, hasta el 2007. Ha desempeñado diversas responsabilidades como viceministro de Relaciones Exteriores, servicio exterior y en la Aduana General de la República, entre otras. En la actualidad es escritor y como periodista viene publicando en *Granma* artículos acerca del desarrollo de las campañas electorales presidenciales en Estados Unidos.

Roberto Regalado Álvarez, licenciado en Periodismo y profesor de Lengua Inglesa; durante los 70 hasta 1983 fue funcionario de la Sección de Norteamérica del Departamento América del Comité Central del PCC, después primer secretario de la Sección de Intereses de Cuba en Washington y jefe de la Sección de Análisis de Área de América, del Departamento de Relaciones Internacionales del Comité Central del Partido. Ha cumplido diversas tareas en el servicio exterior, representado a nuestro país en eventos partidarios internacionales, incluidas reuniones como el Foro de Sao Paulo y su Grupo de Trabajo, y las de la Conferencia Permanente de Partidos Políticos de América Latina y el Caribe (COPPPAL), así como su secretario ejecutivo adjunto, 2003. Autor de libros, ensayos y artículos referidos a la política estadounidense hacia América Latina y temas políticos acerca de nuestro subcontinente.



Jorge Risquet Valdés Saldaña, vinculado estrechamente al Movimiento Juvenil Revolucionario desde 1943, encabezó las protestas de organizaciones juveniles matanceras contra el cuartelazo batistiano y promovió en Guatemala, 1954, la solidaridad de la juventud latinoamericana con el proceso revolucionario guatemalteco. Presidente de la Juventud Socialista en La Habana, tras sufrir prisión, viaja clandestinamente por Centroamérica y el Caribe; regresa a Cuba el 9 de abril de 1958, incorporándose después al Ejército Rebelde en el II Frente Oriental Frank País, desarrollando funciones políticas bajo el mando directo del comandante Raúl Castro. Electo miembro del Comité Central del Partido en su fundación, 1965, mientras cumple misión internacionalista como jefe del Batallón Patricio Lumumba, segundo frente del Guerrillero Heroico en la cuenca del Congo. Desde 1967 es ministro del Trabajo durante seis años. En los años 80 y hasta el presente, luego de ser elegido diputado a la Asamblea Nacional del Poder Popular, es miembro del Buró Político del Partido —segundo y tercer congresos—. Cumplió misiones al frente de la misión cubana en la República Popular de Angola —fines de 1975-mayo de 1979—. Miembro del Comité Central del Partido, presidió la delegación cubana a las conversaciones cuatripartitas que condujeron a los Acuerdos de Paz para el Suroeste de África, firmados en la ONU en 1988. En la actualidad trabaja en las oficinas del general de Ejército Raúl Castro, Comité Central del Partido Comunista de Cuba.